


LELAND·STANFORD·JVNIOR·VNIVERSITY

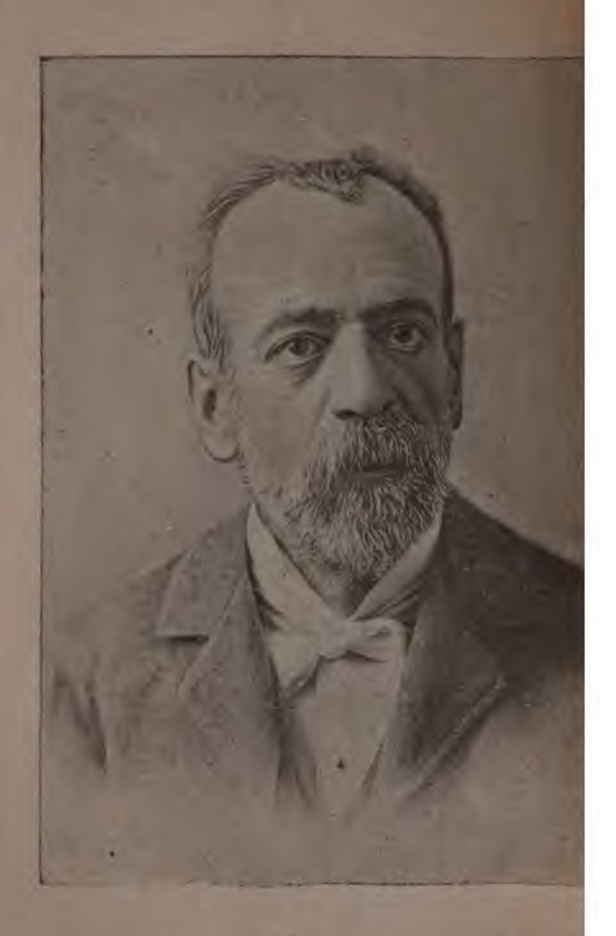

LELAND · STANFORD · JVNIOR · VNIVERSITY

BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS

ORADORES.



J. de J. Cuevas



J. de J. Llaverías



OBRAS

DEL LIC.

D. JOSÉ DE JESÚS CUEVAS.

TOMO I.

DISCURSOS RELIGIOSOS.

MÉXICO.

IMP. DE V AGÜEROS, EDITOR.
Cerca de Sto. Domingo No. 4
1898


283000



NOTICIAS BIOGRAFICAS DEL AUTOR.

EL Señor Don José de Jesús Cuevas, nació en la ciudad de Méjico el día 12 de Enero de 1842. Fueron sus padres el Sr. Lic. D. José María Cuevas y la Sra. D.ª Asunción Estanillo. Tuvo cuatro hermanos y cuatro hermanas, siendo él el penúltimo de aquellos. Sus ascendientes, por la línea paterna, fueron agricultores y propietarios rurales en el valle de San Felipe del Obraje y originarios de España; y por la línea materna, fué su abuelo, el capitán español Don Juan Antonio Estanillo, originario de las montañas de Santander.

Su familia se trasladó á Toluca, siendo muy niño aún Don José de Jesús, y allí vivió éste y comenzó á aprender las primeras letras en la escuela del muy

antiguo y muy acreditado maestro Don Bartolomé García. Con motivo de la guerra de invasión norteamericana, y por ser entonces el Sr. Lic. D. José María Cuevas diputado al Congreso de la Unión, estuvo radicado con su familia, y por algún tiempo, en la ciudad de Querétaro. Cuando se firmó la paz con los Estados Unidos volvió el Sr. Lic. Cuevas á Méjico, para continuar ejerciendo su profesión en la que tanto se distinguió, llegando á ser uno de nuestros más eminentes y respetables jurisconsultos.

A poco tiempo de la vuelta á Méjico de su familia, el niño José de Jesús, de edad apenas de nueve años, fué llevado al Colegio de San Ildefonso, y allí, en el de 1852, comenzó á estudiar el primer curso de latinidad, en unión de más de sesenta niños sus condiscípulos y de todos los cuales, hoy viven sólo tres.

Conforme al plan de enseñanza que regía en aquella época, dos cursos de latinidad y tres años del de filosofía, constituían los estudios preparatorios. Concluidos éstos, el joven Cuevas continuó los profesionales, habiéndose decidido por los de jurisprudencia, especialmente porque el señor su padre creía, y con razón, que el estudio del Derecho y el de la Teología, eran la más sólida é indispensable base para el buen ejercicio de toda profesión literaria. A todos sus hijos, en efecto, aun cuando pensó destinarlos á muy diversas ocupaciones, como el campo, la ingeniería, el comercio y la abogacía, les hizo estudiar jurisprudencia.

El joven José de Jesús concluyó sus estudios teóricos en el año de 1861, y en el de 1863 recibió su

título de abogado de los tribunales de la República, habiendo sido éste, el último título que firmara el Sr. Juárez antes de abandonar la capital, con motivo de la caída de Puebla en poder de las fuerzas de la intervención francesa. Al poco tiempo de haberse recibido de abogado, tuvo el Sr. Cuevas la desgracia de perder á su amadísimo padre, tan lleno siempre de ternura y abnegación por su familia.

Esta poseía propiedades rústicas en el Estado de Michoacán, situadas en la región oriental del mismo, limítrofe con el Estado de Méjico, y desde que era estudiante, en esas fincas de campo era donde el joven Cuevas pasaba el tiempo de sus vacaciones. Muerto su padre, allá se fué á vivir al lado de sus dos hermanos mayores, encargados de la dirección de los trabajos en ellas, y cuya administración estaba dividida entre los dos, por ser varias y extensas, esas fincas de labor y ganadería. Allí pasó los días más tranquilos de su adolescencia y juventud, bebiendo salud por todos los poros del cuerpo y poesía con los del alma.

Allí hubiera continuado por su propio gusto; pero se desataron entonces las terribles y sangrientas guerras de la Intervención y del Imperio, y los trabajos y vida agrícolas se hicieron casi imposibles. Las fuerzas contendientes incendiaban las sementeras, mataban los ganados y obligaban á los infelices habitantes de los campos á la fuga constante, ó bien á tomar parte en la lucha armada, como el postrer recurso de salvar la vida ó de perderla, defendiéndola al menos. Muchos días se pasaban sin

probar bocado á manteles; y muchas noches en los bosques, sin tener más cabezal en que reclinarse, que los arneses del caballo.

Juventud y muy sana naturaleza, se necesitaban para soportar tan continuados y penosos peligros.

Tuvo, pues, el Sr. Cuevas que abandonar el campo y refugiarse en las ciudades. Primero estuvo en Morelia y después se vino á la capital.

A su abuelo lo había arruinado la guerra de insurrección; y había quedado muy quebrantada con las revueltas intestinas, la fortuna de su padre. Al volver á Méjico, tuvo nuestro D. José de Jesús que dedicarse al ejercicio de su profesión. Mucho lo ayudaron para ello, la reputación que había tenido y la buena memoria que en el foro había dejado su padre. Al poco tiempo comenzó á tener trabajo y á dar los primeros pasos por tan difícil y espinoso sendero.

Muy joven era todavía, cuando establecido el Imperio en Méjico, fué nombrado el Sr. Cuevas, primer Auditor en el Consejo de Estado y después para el ramo de lo civil en la Secretaría particular de Maximiliano, de cuya sección militar estaba encargado el capitán Pierron, que más tarde ha llegado en su país á general de división y comandante militar de la plaza de París. Por aquel tiempo escribió el Sr. Cuevas sobre la Inmigración y el Imperio en Méjico, y el Emperador, que lo distinguía con su benevolencia, lo hizo oficial de la Orden de Guadalupe y determinó enviarlo con el P. Fischer en la misión diplomática de éste á Roma.

Caído el Imperio, el Sr. Cuevas se trasladó á Michoacán.

Pasado algún tiempo, volvió á Méjico, y por el año de 1869 se dedicó, en unión de otras muy respetables personalidades, á la fundación de las Sociedades Católicas en toda la República. Con la bendición del Cielo, tuvo tan rápido y feliz éxito la empresa, que en menos de un año se cubrió de ellas el país; y la Central de Méjico dió gran vuelo á todas sus obras, de escuelas, doctrina, sociedades de artesanos, casino y prensa periódica. Logró fundar y sostener cinco periódicos simultáneamente, que fueron: *La Sociedad Católica*, en cuaderno y para las damas; *La Voz de Méjico*, diario de combate para las clases ilustradas; *El Amigo del Pueblo*, dedicado á éste; *El Angel de la Guarda*, á los niños; y la *Hoja Semanaria*, dedicada á los indios, y para ellos escrita en español y lengua nahualt.

Electo y relegido, dos años fué el Sr. Cuevas Presidente General de la Sociedad Católica. Aunque escribió en todos los periódicos de ésta, lo hizo especialmente en el de los niños, el de los indios y el de las señoras. Para este último, escribió por entonces, sus estudios literarios y biográficos, sobre Sor Juana Inés de la Cruz, la insigne poetisa mejicana; y fué cuando pronunció sus discursos en las Asambleas de esas Sociedades.

Durante la presidencia del Sr. Lerdo de Tejada, fué electo Diputado al Congreso Federal el Sr. Cuevas, en los Estados de Méjico, Guerrero y Michoacán; pero exacerbadas las pasiones políticas en aquella épo-

ca, el partido imperante, que era el liberal exaltado, juzgó que una elección semejante era casi un insulto á las instituciones y principios vigentes, y resolvió expulsar al diputado católico de la Cámara. Así lo hizo, exigiéndole para lograrlo, el que prestara una protesta especial para él, y contraria á la ley y á la libertad religiosa garantida por la Constitución.

En la administración del Sr. Lerdo de Tejada, fué acreditado como ministro de los Estados Unidos cerca del Gobierno de la República Mejicana el Sr. Gral. Rosecranz, quien dispensó al Sr. Cuevas muy afectuosa consideración. El Gral. Rosecranz había sido una de las prominentes figuras militares del Norte en la guerra de secesión, y además de su posición política, era muy conocedor y práctico en las grandes empresas á la manera americana. Fué el que inició la construcción de ferrocarriles en Méjico, y si se hubieran seguido sus ideas, y otorgádole las concesiones que solicitó, la red ferroviaria en la República Mejicana, con menos costo, sería hoy más extensa, y estaría mejor distribuida

El Gral Rosecranz era un católico sincero, de muy rectas intenciones y elevados sentimientos. Lo que escribió el Sr. Cuevas en aquella época, sobre la cuestión de Ferrocarriles en Méjico, lo aprendió de la experiencia de Rosecranz, que la tenía larga é ilustrada en esas grandes y trascendentales cuestiones.

Cuando fué expulsado de la Cámara, salió el Sr. Cuevas del país y se dirigió á los Estados Unidos, y después de recorrerlos en todas direcciones, estuvo

viviendo en Nueva York y Filadelfia principalmente. De allí salió más tarde para Europa, la cual recorrió casi por completo, residiendo la mayor parte del tiempo que permaneció por allá, en Francia é Italia. En Nápoles, se embarcó para Tierra Santa, y como viajero y peregrino, visitó los Santos Lugares, cumpliéndose así uno de los más vehementes deseos de su corazón. Dos veces estuvo en Egipto, habiendo tenido la oportunidad de conocer en el Cairo, á Mr. de Lesseps, habitando los dos en el mismo hotel.

Allí estaba disponiéndose á visitar á las Indias, la China y el Japón, para volver á Méjico por el Pacífico, cuando recibió una carta en que su familia lo llamaba con apresuramiento, por estar mortalmente enfermo un cuñado suyo, (1) que tenía cuantiosos y complicados negocios, y los cuales con urgencia quería encomendarle. Al venir en esa ocasión del Havre á Nueva York, le sorprendió un temporal tan fuerte en el Atlántico, que desarbolado y maltrecho el buque en que venía fué providencialmente salvado por un vapor inglés, que lo condujo á San Juan de Terranova.

La relación de sus viajes la comenzo á publicar el Sr. Cuevas en un semanario ilustrado de está capital; pero sólo vieron la luz algunos capítulos.

En sus viajes nada impresionó tanto al Sr. Cuevas, como la audiencia que le concedió el Sr. Pío IX y lo que le habló en ella.

—

Vuelto á su país, tanto por los negocios que le trajeron á Méjico, como por haber gastado en viajes

(1) El Sr. Lic. D. Rafael Martínez de la Torre.

cuanto tenía se vió el Sr. Cuevas en la necesidad de volver á trabajar de nuevo en su profesión. Un año después de su regreso, tuvo la desgracia de perder á la señora su madre, á quien amaba de tal modo, que pudo su pérdida costarle la de la razón ó la vida. Por deber y por consuelo, con tal afán trabajó de nuevo, que en poco tiempo, cinco ó seis años, pudo reunir una pequeña fortuna. La vocación del Sr. Cuevas, más que forense, es literaria y artística. Deseando, pues, descansar del ejercicio de la abogacía, que tanto fatiga el espíritu y lastima el corazón, con el conflicto perenne que presenta de intereses y pasiones, resolvió abandonarle y se fué á Jalapa, para establecer cerca de allí una fábrica de hilados y tejidos de algodón.

Aunque no de la potencia de otras muchas que hay en el país, quedó esa fábrica á inmediaciones de Coatepec, con arreglo á los últimos adelantos industriales.

Se prometía el Sr. Cuevas pasar en ella, tiempo largo de tranquilidad y reposo; pero en un negocio relativo á las maquinarias de la misma, que se ajustó en Manchester y Liverpool, la perfidia inglesa le hizo perder casi toda su pequeña fortuna y se vió obligado á volverse á la capital para reanudar sus trabajos profesionales.

Mientras los organizaba de nuevo, se dedicó á escribir para el teatro, habiendo sido casi todos los dramas que escribió, creados y representados en el Teatro Hidalgo, por la artista Soledad Amat, la primera actriz dramática, por su talento, inspiración y figura, que Méjico haya tenido. Los principales dramas que escribió el Sr. Cuevas y fueron representa-

dos entonces, serían unos diez ó doce, de los cuales dos fueron traducidos al inglés por Miss. Taunthend, con el objeto de que se representaran en algún teatro de los Estados Unidos.

El teatro en Méjico no ha podido prosperar, por la injusticia y falta de recompensa por parte del público, para con los autores y artistas; y por las malas pasiones que emplean algunos contra los otros, los autores dramáticos.

—

Como es natural, la mayor parte de los trabajos del Sr. Cuevas han sido jurídicos; pero éstos por su propia índole y por vivir aún muchos de los interesados en los negocios á que se refieren no pueden ser materia de nuestra publicación. Sus obras meramente literarias, creemos que ocuparán cinco ó seis tomos de nuestra *Biblioteca*, y quedarán divididos: en "Discursos," "Vida de la poetisa Sor Juana Inés de la Cruz," "Dramas," "Viajes," "Opúsculos Filosóficos, Políticos y Literarios;" y "Defensa de la Aparición Milagrosa de la Santísima Virgen de Guadalupe," obra dedicada al inolvidable Ilmo. Arzobispo de Méjico Sr. Labastida, quien tanto apreciaba al Sr. Cuevas y á quien éste respetaba tanto.

—

No debe elogiarse á los vivos, y hemos prometido al Sr. Cuevas no hacer en estos apuntes biográficos, elogio alguno de su persona ni de sus obras. Creemos, sin embargo, que sin faltar á nuestra promesa, debemos decir, que en el ejercicio de su profesión ha sido tan desinteresado como irreprochablemente honrado; amoroso y sencillo en su hogar; leal y bueno con sus amigos, y que como cristiano.

siempre ha creído con fe intrépida y entera, esperado con firmeza, y amado con vehemente caridad. El amor que con filial ternura ha tenido siempre á la Virgen Santísima, él mismo lo cree la prenda más segura de su eterna salvación.

Hasta hace poco tiempo se conservaba con salud completa; pero las pérdidas tan dolorosas que últimamente ha sufrido, con la muerte de miembros muy queridos de su familia; la necesidad que tiene de seguir trabajando en penosos y difíciles negocios; el peso siempre grave y abrumador de los años que han transcurrido se la han quebrantado, y tornado en dulcemente melancólico, su carácter.

Recordamos sus propias palabras en la última vez que le hablamos: "Estoy, nos dijo, profundamente desengañado del mundo y de sus vanidades. Ya nada espero de la tierra; pero tengo como Job, una grande esperanza depositada en mi pecho: la de ver con ésta mi propia carne á mi Redentor por toda una eternidad feliz."

"No hablen ya de mí ni bien ni mal, nos agregó, silencio y olvido es lo único que espero y le pido á todas las glorias falaces de este mundo."

Conocemos desde hace mucho tiempo al Sr. Cuevas y estamos seguros de la sinceridad de sus palabras. Respetamos, pues, sus sentimientos, y obsequiamos sus deseos.



DISCURSO

pronunciado en la

ASAMBLEA GENERAL DE LA "SOCIEDAD CATOLICA"

de México, el 8 de Diciembre de 1869.



ILMO. SR.:

SEÑORES:

MARIA! Madre sin mancha y Virgen pura, ¿cómo hablar de tu sér inmaculado, nosotros los hombres miserables, cuya mente es de lodo y cuyo corazón es cieno inmundo? ¿Cómo hablar de tí que eres toda pureza, con inteligencia humana cubierta de tinieblas y circuida de sombras, con un seno henchido de pasiones y pecado, devorado de estúpidos deseos, desgarrado por el dolor y los remordimientos? ¿Cómo hablar de tí con lengua de tierra y con palabras perecederas que se lleva el viento como hojas marchitas que arrastra el remolino?

Si tuviéramos al menos un aliento tan puro como el de los niños y tan perfumado como las brisas de la primavera; ideas tan claras como el brillante y como la gota de agua; sentimientos tan limpios como los rayos del sol y los albores de la mañana; un acento con murmullos de armonía tan suave como los del arroyo que se desliza bajo la yerba, ó los del viento cuando comienza á desplegarse; si la tierra entera nos prestase al menos sus armonías y sus bellezas todas para pronunciar tu dulce nombre.... Mas ¡oh Madre adorada! ni aun así podríamos pronunciarlo dignamente.

¿Cómo hablar de la Madre de su Criador el hombrecillo vil, cómo pronunciar su nombre santo sin estampar su frente sobre el polvo, cuando el querubín se postra al pronunciarlo, y al oírlo los serafines y los ángeles, inclinándose reverentes, inundan los cielos con sue cánticos?

¡Perdona, Madre, si manchamos tu nombre al pronunciarlo con nuestros inmundos labios! No merecemos ser ni el polvo que tú pisas. Mas ya que eres tan buena y que nos amas tanto, permite, Madre, que be-

sando humildes la tierra de que fuimos formados, y doblando sumisos la rodilla, podamos, arrebatados en alas de fúlgida fe, consumidos hasta las entrañas y la médula de los huesos por el fuego de la caridad, podamos atónitos de admiración, hablar de tu pureza; trémulos de reverencia, entonar con una voz más potente que la de las tempestades y la de las cataratas, con más sonoro acento que el del huracán impetuoso y el de la mar embravecida, un himno de amor en tu alabanza! ¡Oh Madre, Madre, abre tu poderosa mano y envía un rayo de vívida luz que venga á estrellarse, haciéndolas fulgurar, sobre nuestras frentes; un dardo de fuego que, inflamándolos, venga á traspasar nuestros corazones!

María fué pura desde el primer instante de su sér. En ella se quebró la ley funesta de la culpa trasmisiva; no llegó hasta su alma, más blanca que el lirio, el aliento infecto de Satán; no empañó á su espíritu, más limpio que el espejo de los lagos, el turbio vaho del pecado. La fe infalible, ha impreso su sello inmortal en la pureza de María. Es como la aurora su pureza; ella

inunda de luz los cielos y la tierra; radiante como el sol, que hasta los ciegos sienten su presencia, ella fulgura para su tremendo castigo hasta sobre la estigmatizada frente de Luzbel y las de los inmensamente infortunados precitos.

La pureza de María es una verdad de sentimiento. Aun antes de que la fe la incrustara en su símbolo divino, estaba ya en la conciencia de la humanidad como un artículo de sus creencias, y todas las generaciones cristianas le habían levantado altares para adorarla en el fondo de sus corazones.

María fué pura desde el primer instante de su sér. Hoy es un día de paz, de irradiaciones y de luz. La argumentación es polémica y la controversia es siempre, aunque fingida, una sombra de duda. No mancharemos con esta nube el limpio azul del cielo de nuestra fe. No queremos demostrar lo que nadie puede ya dudar; lo que creemos todos á prueba aun más allá de la sangre y del fuego, de la vida y de la muerte. Queremos, Madre, con tu santo auxilio y en tu santo nombre, como separando con ambas manos los velos que tejen

en torno nuestro la disipación, los afectos de la tierra, los ruidos mundanales, los dolores de nuestra conciencia, y el peso sobre todo de nuestra naturaleza enferma; rompiendo por un momento el frío engaste de nuestra mortalidad, y como anticipándonos la eternidad gloriosa, queremos con el alma toda hundirnos en los deslumbramientos inefables de tu pureza inmaculada. Deja, Madre, que arrojando al suelo este pesado ropaje de vida perecedera, que nos oprime y nos sofoca, con sólo el alma entonemos un himno en tu alabanza, sonoro y dilatado como los hosannas de los bienaventurados en el cielo!

María fué pura, porque su excelso sér y el pecado eran incompatibles. Su alma purísima y la culpa eran inconcebibles en una sola entidad, como no se conciben un haz de tinieblas entretejido en haces de luminosas ráfagas, ni una nube sombría en el foco de una irradiación esplendorosa. María fué inmaculada porque no cabía mancha alguna de culpa en la criatura más perfecta en sí misma, más poderosa y más digna de la creación toda; en la criatura por excelencia, la formada por el Hacedor

Supremo, con un vuelo, con impulso, por decirlo así, de amor y de poder divinos, mayor que otra criatura alguna de cuantas han brotado de la indeficiente omnipotencia del Señor.

La pureza de María, lo inmaculado de su sér, aun antes de persuadirlo, se adivina. Es una verdad que basta para sentirla, como cerrando los ojos del alma, recogerse en espíritu é interrogarle á la parte más superior y más espiritual de nuestro sér íntimo, á ese soplo divino que nos anima y con el que pensamos y amamos, ¿quién es María? ¿hasta dónde se eleva su dignidad incomprensible de Madre de Dios, de un Dios Infinito?

La demostración, pues, más espléndida de su pureza, el himno humano menos indigno de ella, que puede entonarse en su honor, es meditar en la excelsitud de su naturaleza, admirándola atónitos desde el insondable abismo de nuestra bajeza.

Hablemos con su gracia un momento de las altísimas perfecciones de la madre del Señor; pero hablemos de ellas como si meditáramos en voz alta y como si orásemos en coro. Después de pensar en ellas, inúti

será toda demostración de su pureza; nuestro corazón nos dirá á gritos que no cupo en ella mancha alguna.

Después de la santísima humanidad del Redentor, María es la criatura más perfecta y hermosa de toda la creación. Si saliéramos de las más densas tinieblas á la vívida luz del sol reverberante, tal vez quedaríamos ciegos. No puede fijarse el alma de golpe y de repente en la grandeza de María, sin sentirse sobrecogida y deslumbrada: por grados, necesitamos subir hasta el más excelso de los seres criados. María es el eslabón último de la inconmensurable cadena de la creación. No se entra al santo recinto de un templo sin subir por los escalones de su frontispicio. Contemplemos á los otros seres, sean éstos los peldaños que nos eleven hasta el trono de la Madre del Altísimo. Arrojemos una vastísima mirada sobre las magníficas obras del Señor.

¡Qué grande, qué bello, qué magnífico es todo lo que ha salido de sus manos! Cuando recogemos nuestro espíritu, y las contemplamos con atención, todas las obras del Señor nos admiran y sorprenden, y nos parecen buenas y muy buenas, según la ex·

presión tan sencilla como sublime de la Biblia.

Aun nuestra cárcel, nuestro pequeño grano de arena, este globo que habitamos durante nuestro destierro; aun él que es un átomo imperceptible en el conjunto de la creación, es en sí mismo grande, esplendente y bello.

Tiene sus mares donde se extienden inconmensurables sábanas de espumas, donde se levantan montañas inmensas de cristal: donde un flujo y reflujo constante de las aguas, semeja el fatigoso aliento de la tierra, ó el péndulo enorme que mide su duración. También tiene sus piélagos de arenas, donde en raudos remolinos se levantan olas de polvo ardiente, tan grandes como una ciudad populosa, y también como un reino dilatado. Hay en ella bosques tan nutridos y extensos que apenas penetran á través de sus gigantes árboles los tenues rayos de la luz. y que en su fondo, tan húmedo, tan solitario y sombrío, cesando todo ruido del vital oleaje, se cree con pavor escuchar el silencio de lo eterno y de lo inmenso. También hay ríos que caminan y caminan atravesando países habitados por

hombres de distintas lenguas, y que tienen la tez, los ojos y e lcabello teñidos de diverso modo. Estos ríos, cuyo origen se pierde en las altas cumbres de inaccesibles serranías antes de confundirse en los océanos, se les mira á veces tranquilos como una linfa inmóvil de plata; y otras espantosamente irritados, precipitarse frenéticos por entre peñascos altísimos y agudos, formando hirvientes cataratas que mágicamente se deshacen en aristas de fuego, copos de nieve, haces de luz, brumas deslumbrantes, lluvias de perlas, tejidos de espuma y raudales de brillantes.

Como una virgen muy bella se envuelve en sus tupidas gasas, así la tierra se envuelve en su atmósfera azul. El éter sutil é impalpable, que al contacto del fuego solar se funde en oro, liquidándose en plata al pálido fulgor de la luna; semeja en su inmovilidad una alta bóveda de esmalte, ó en sus agitaciones tempestuosas, en que se aglomeran masas informes de densos vapores, remeda los elementos primeros de la vasta creación, surcando veloces el caos insondable, llenando obedientes el oscuro vacío á la palabra creadora de su

Supremo Hacedor! En ese éter tan tenue y tan suave, es donde duermen callados los vientos; donde despiertan gimiendo las brisas que mecen las mieses y besan las flores; donde se suelta el veloz huracán, que al volar hace un ruido espantoso, como si un monstruo gigante agitase frenético sus alas enormes. Bello es en noches tranquilas escuchar las armonías encantadoras de auras vagarosas, que parecen brotar de las arpas célicas de algunos ángeles bienhechores, que bajan con las sombras para arrullar con mágicos concentos el dulce sueño de la tierra fatigada! Bello es también escuchar despavoridos cómo el vendabal arrebatado muge al desgarrarse entre los peñascos salientes de la montaña, y al estrellarse bramadora su potencia contra los agrupados árboles del bosque espeso.

¡Todo es grande y hermoso en la naturaza! Nuestros fatigados sentidos y nuestra alma languidecente se han laxado por la desobediencia. Sólo así puede explicarse que presenciemos en una impasibilidad estúpida las escenas que se suceden sin cesar á nuestra vista. Los mares y los vientos, el alto cedro que se cimbrea en las cumbres

de los montes, y la violeta silvestre que esparce su delicado aroma á la sombra y la humedad de la silenciosa ladera; los pájaros de resplandecientes plumajes, que despliegan al sol los iris de sus mágicos matices, los insectos que deslumbran en la oscuridad de la noche como brillantes voladores, los cetáceos dominadores de los mares salobres, y los peces que arrebata la corriente de los bramadores ríos; los brutos que viven sobre la tierra, el buey que la fecunda abriéndola en profundos surcos; el perro, nuestro grande amigo; el caballo, ese caballo de fuertes remos, cuello erguido, espumoso encuentro y aliento resonante, con el que devoramos el espacio, y domamos el trabajo y la fatiga. Las aguas que corren murmurando, las brisas que vuelan gimiendo, los árboles y plantas que llevan en su propio seno el germen de su reproducción, la luz, ese fluido misterioso, ese éter impalpable que todo lo colora y embellece, el calor que todo lo fecunda, la electricidad que lo agita, la atracción que todo lo sujeta; qué bello y qué sublime es cuanto nos rodea, cuanto vemos y palpamos, oímos y sentimos.

Bueno es el Señor Omnipotente, que por lugar de destierro, que como valle de lágrimas nos ha dado tan espléndido palacio. Si éste es el destierro, ¿cómo será la patria? Si éste es el lugar de llanto, ¿cómo será la mansión de dicha plena y de ventura eterna? ¡Bendito seas Dios nuestro, que has criado tan grandes maravillas! Excelente y magnífica es la tierra que habitamos los hombres, tus hijos queridos.

Ella en toda su grandeza, ¿qué es, sin embargo, en el conjunto de la creación? ¡Atomo de polvo perdido en el espacio! ¿Sabéis cómo está el vasto firmamento? ¿Sabéis cuán grande es y los mundos que hay en él, los sistemas que lo pueblan y las nebulosas que lo inundan? ¡El espacio! ¡Su sola idea abruma y aterra! Cerrad los ojos, ¿qué véis? Oscuridad adelante y atrás, á la derecha y á la izquierda.... Alejad en la imaginación el horizonte de esas tinieblas; alejadlo más, tornad á alejarlo mucho más.... ;pero es inútil vuestra fatiga; por más que lo alejéis tendréis siempre delante nuevos horizontes de tinieblas, nueva oscuridad, siempre el vacío...... ¡así es el espacio!

El sol inflama el éter durante el día y lo trasforma en un fluido de oro, en un tejido de llamas que, deslumbrándonos, nos ciega falazmente con una venda de luz. La noche, verdadero día del firmamento, es la que nos deja contemplar los astros que ruedan en el silencioso vacío, la que nos abre de par en par las sublimes páginas de los cielos, escritas con caracteres de estrellas.

La noche con su imponente silencio, con su reposo sublime, mostrándonos los secretos insondables del firmamento, engrandece nuestro espíritu y lo eleva hasta los lindes inabordables, donde el tiempo se repliega sobre sí mismo al estrellarse en la eternidad, hasta donde el espacio parece engastarse en la inmensidad que lo devora, como absorbe sus aguas un remolino insaciable.

La noche nos parece, contemplada con nuestros débiles sentidos, un inmenso manto azul, bordado de blancas nubes que remedan los realzados níveos de esa labor inconmensurable; recamado de tembladores brillantes, de rubíes, de zafiros y de topacios que oscilan quebrando al cintilar

las ráfagas de sus luces vívidas. ¡Oh! nunca la ficción es tan bella como la realidad. No hay poesía comparable con la poesía de la verdad misma. Las estrellas, que nos parecen clavos de plata tachonando el firmamento y como hundidos en él, vedlos bien y no son sino cuerpos aislados flotando en el vacío!

La magnitud de esos astros espanta, abruman las distancias á que se encuentran, el espacio que recorren, y el número de ellos anodada. La luna es nuestra más próxima vecina, la tenemos á la mano, y dista cien mil leguas: el sol no está muy lejos, y dista de nosotros treinta y seis millones, y sin embargo está ahí luego; él, es el centro de nuestro sistema planetario. Saliendo de él, todo cálculo se pierde y toda cifra se agota. Contemplad si podéis, la distancia á que se hallan de nuestro globo algunos cuerpos celestes. La luz recorre setenta y dos mil leguas por segundo. Si cabalgando sobre un rayo de luz, más raudos que el pensamiento, nos lanzáramos al espacio, para llegar hasta algunos astros, emplearíamos algunos millares de siglos en nuestro camino. Llegados á ellos, ten-

dríamos delante de nosotros muchos otros, dos y tres, y mil, y un millón de veces más distantes que ellos. ¡La imaginación se fatiga al considerar tales distancias!

Pero espanta aun más el espacio inconcebible que recorren. Las estrellas, alejadas las unas de las otras por distancias semejantes, giran en los espacios, arrebatadas por una velocidad mayor que alguna de cuantas podemos concebir sobre la tierra. Hay soles de esos universos lejanos que recorren veinte leguas por segundo, arrastrando en su carrera millares de estrellas tributarias. Cometas han venido á visitarnos, que para tornar á vernos han empleado en completar su órbita siglos enteros, recorriéndola veloces como un torbellino luminoso. Otros cuerpos celestes sólo nos han visto una vez, y quién sabe si al volver ya no encuentren á nuestro sistema, que va también girando y hundiéndose en nuevos abismos del espacio.

¿Qué fuerza es la que hace rodar tantos mundos, la que pone en rápido giro tantos y tan enormes universos? "Fingiendo un dado, dice un astrónomo ilustre, gigantesco, cuyas aristas tuviesen cada una un kilóme-

tro de largo, su volumen sería de mil metros cúbicos.'' Para formar un volumen igual al de la tierra, sería necesario amontonar mil millares de millones de kilómetros cúbicos. Su peso sólo puede expresarse con un número escrito con decenas de cifras. Y sin embargo, la tierra es un grano de anís. Si quisiéramos contrapesarla con el sol, tendríamos que colocar en uno de los platillos de la balanza del firmamento al sol, y en el otro trescientos cincuenta mil globos terrestres, para intentar equilibrarlos. El sol, á su vez, es una simiente de mostaza comparado con los soles de otros universos lejanos. Se siente que la razón se extravía al considerar las moles enormes, las magnitudes inexpresables por la contabilidad humana, de esos luminosos viajeros del espacio!

Pero nada hay, no puede haber cosa alguna más pasmosa que su número. Millares de estrellas forman una constelación, millares de constelaciones un sistema, millares de sistemas una nebulosa.... millares de millares de millones de nebulosas recorren el vacío. Algunos universos de estas nebulosas son de una naturaleza ente-

ramente distinta de nuestro sistema planetario. Nosotros no tenemos más que un sol cuya luz es blanca; mundos hay que están alumbrados á la vez por dos y más soles, por soles rojos y azules, y violáceos, y de otros incontables colores, que no podemos imaginarnos siquiera, porque se componen de elementos distintos de los de las siete fajas de nuestro iris. Algunos mundos sólo tienen una inacabable noche: otros viven en un día invariable. La luz que ilumina á algunos sería capaz de fundir nuestro globo en un instante; á otros no llega el calor ni la luz de sus remotos soles, á los que ni distinguen siquiera. Y en todo esto, en tan incontable y tan incomprensible creación, no hay un solo átomo en reposo, todo se mueve, todo gira sin cesar; y ni un solo grano de materia pierde su camino ni se desvía de su rumbo, ninguno extraviándose viene á romper el equilibrio exactísimo de toda la creación....¡Señor Señor! ¡qué inmenso es tu poder! ¡Oh Dios poderoso! nosotros creemos, adoramos nosotros.

Hay algo, sin embargo, más bello y más grande que esa lluvia deslumbrante de as-

tros luminosos, que toda esa creación y sus incontables maravillas. Hay algo más noble y sublime, y ese algo, ¡admiraos! sois vosotros mismos, sí, nosotros, las criaturas humanas! nosotros, que tenemos en nuestro seno una centella de fuego divino, una chispa de la Divinidad, con la que amamos y elegimos, con la que entendemos y recordamos; nosotros, sí, hechos á la imagen de Dios y redimidos con la sangre de Jesucristo, que poseemos una alma inmortal y un cuerpo que resucitará en el dia postrero de los tiempos para no morir jamas!

¿Habéis visto vuestra alma cara á cara? ¿Alguna vez la habéis interrogado sobre sus facultades sorprendentes? ¿La habéis preguntado cómo ama y cómo piensa? El pensamiento, asombrador abismo, dondo caben el pasado, el presente y el futuro, adonde podéis encerrar á la creación entera: grande como el espacio, en él también pueden girar mundos y mundos sin llenarlo. La pupila de nuestro ojo contiene en su pequeñéz los más grandes objetos sin llenarse; así el pensamiento, pupila moral de nuestra alma, lo más amplio puede abarcarlo sin fatiga. Venero indeficiente de

nuestras ideas, de él brotan continuamente sin agotarlo. ¡No podemos saber, no sabemos lo que es pensar; pero es algo sin duda muy bello y muy grande!

¿Y recordar? ¿Habéis penetrado alguna vez en esas misteriosas cavernas de la memoria? Grutas sin fondo, más fácil sería descender al húmedo lecho del Océano que escudriñar sus senos recónditos. Allí, como en vastas galerías, están colocados todos los recuerdos de nuestra existencia. Allí, en aquel fondo sombrío, están depositadas las tristes memorias de nuestras decepciones, de nuestras debilidades y de nuestras amarguras: de allí es de donde la infatigable conciencia toma los hilos para tejer el torcedor de nuestros remordimientos. Como más lejos, pero en profundidades mejor iluminadas, allí están también nuestros más bellos y conmovedores recuerdos, las primeras palabras que balbutimos, las caricias y los primeros consejos de nuestras madres, las blancas ilusiones de nuestra infancia, nuestros juegos de niños, nuestros afectos de familia santas primicias del amor, y nuestras primeras oraciones, vagidos instintivos de la fe. La memoria con sus ho-

rizontes inmensos y sus lejanas perspectivas, sólo puede ser menos bella y menos admirable que la voluntad, ésta como omnipotencia del hombre, sello inmortal de su divino orígen.

¡Oh prodigio inexcrutable! Los astros siguen sin desviarse un punto el camino que les trazó su Creador. Los seres obran según su naturaleza y para los fines que fueron criados, y sólo el hombre puede seguir libremente la órbita que le está demarcada. Dios al prefijársela no quiso que fuese arrastrado por ella, sino que conociéndola, por su propio impulso la siguiese. La libertad con la que el hombre se hace por sus buenas acciones acreedor de Dios en cierto modo, es la dádiva más digna, por decirlo así, de un Dios todo bondad y todo amor, y la que más altamente revela que nos hizo á su imagen y semejanza.

El amor es el timón mágico de esta facultad milagrosa. La caridad es la reguladora de esta excelsa dote, donde se encierran los gérmenes de nuestra dicha ó de nuestra desgracia eternas. La caridad, centella del amor divino, sería capaz de abrazar el mundo entero sin consumirse. Ella

enciende los afectos de la familia, el amor de la patria, y el de la humanidad toda, sin debilitarse. Su extensión y su energía no puede la razón humana medirlas, ni aun calcularlas. Nuestro corazón, tan pequeño como lo véis, no es sólo capaz de amar á Dios, sino que ha sido criado expresamente para El, todo para El y para El tan solo. ¡Qué inmenso sol de fuego es el amor!

El mundo moral es mucho más elevado y bello que el universo físico. La luna con sus calcinadas montañas, el sol con su fotósfera resplandeciente, los lejanos astros con sus pesadas moles y sus raudos giros, no valen lo que una alma sola con su voluntad, su entendimiento y su memoria. Nosotros, sin saberlo, llevamos dentro de nuestro propio sér un tesoro inestimable; sin reflexionarlo somos los portadores de un mundo prodigioso de maravillas. Si pudiera verse el alma dentro de nuestro pecho, como se mira un objeto precioso á través de una cubierta de cristal, no podríamos sin desmayarnos, contemplar tanta grandeza. Llenos de azoramiento caeríamos sin sentido al verla claramente.

Nuestra impresión entonces podremos

calcularla por la que nos produce la contemplación de algunas almas fecundadas por la gracia, que por haberse trasparentado más, las podemos ver más de cerca por decirlo así. De cuanto nuestra razón alcanza por sí sola, ¿qué puede haber más sublime y más grandioso que el alma de San Agustín, la de Santa Teresa, y las de tantos otros santos en cuyas almas moraba el Señor, alumbrándolas con la fe, encendiéndolas con la caridad y la esperanza?

San Agustín, ¡qué alma! En él parecen haberse agotado las fuerzas de la inteligencia y del sentimiento humano. Como fuego vivo era su corazón, fuego vivo su inteligencia, fuego vivo su palabra. Habla sobre los sucesos humanos, y medita sobre ellos, y reflexiona, y los refiere y conoce su origen y sus consecuencias, como si viviendo desde Adán los hubiera presenciado todos. Fija sus ojos en la Iglesia, y penetra, por decirlo así, en su estructura íntima, hasta palpar los tejidos divinos que la sostienen. Habla de la memoria y la inteligencia humanas, y se lanza hasta una profundidad asombrosa en esos pavorosos abismos. Comenta la Sagrada Escritura, y parece que

los Profetas y los Apóstoles bajan á explicarle su sentido. Habla del tiempo y del espacio, de lo inmenso y de lo eterno; se eleva en la contemplación de los misterios, y en éxtasis de adoración, profiere voces... que hombre ninguno ha vuelto á proferir. Santa Teresa se hunde en las sombras y el silencio del claustro, y allí, postrada á los pies del Salvador los riega, como la Magdalena, con su llanto, y gimiendo y orando clama sin cesar á su Señor: la gracia de Dios desciende á ella y la eleva, y la eleva hasta una altura, en que Santa Teresa, trasportada, enajenada en éxtasis inefables, ama con el amor casi de los cielos.

¡Oh! el alma es de una grandeza que en vano intentaríamos penetrar. Si necios pretendiéramos correr en pos de esa llama celestial hasta alcanzarla, perderíamos la razón, y seríamos como un demente que con su mano quisiese asir el sol desde la tierra.

Hay algo, sin embargo, más grande que el alma humana en toda su grandeza. Mientras vive sobre la tierra; mientras está encerrada en la estrecha cárcel de su cuerpo, no es más que un filón de oro cu-

bierto de polvo y moho, un brillante arrojado al lodo. El alma humana, mientras dura su triste peregrinación, es á las almas bienaventuradas y á los espíritus celestiales, lo que la pobre tierra es á los cielos.

Dios, que es inmenso, que es infinito en todo género de perfecciones y se halla en todo lugar, en los cielos es donde se manifiesta á los espíritus celestes y á las almas bienaventuradas. Estos espíritus puros que están adorando á Dios Criador y Señor de cuanto existe, tienen una inteligencia muy superior á la humana, para contemplarlo y comprenderlo, y lo aman con una caridad que nosotros ni vislumbrar podemos, porque como Dios es la bondad, la inteligencia y la hermosura suma, y por tanto infinitamente amable, se le ama más á medida que se le conoce mejor; y si nosotros no le amamos como debiéramos, es porque no cuidamos de conocerle cuanto podemos.

Los moradores felices de los cielos son de una naturaleza tan superior á la humana, que ésta es incapaz de comprenderlos. Los ángeles y arcángeles, las virtudes, tronos y dominaciones, los querubines y serafines, todos los celestiales espíritus recibie-

ron de Dios una inteligencia y un amor, de los que son una débil imagen los de los hombres santos; y con ellos son eternamente felices en la contemplación de las perfecciones infinitas, que es para ellos un éxtasis siempre el mismo y siempre nuevo, que les hace, según la expresión de los místicos, apetecer sin ansiedad, y estar llenos sin hartura; entender y más entender, amar y amar siempre más.

A los celestes espíritus ahora sólo los conocemos por las sagradas revelaciones del Antiguo y Nuevo Testamento, por las iluminadas elevaciones de algunas santas almas contemplativas y por las narraciones, sobre todo, de San Juan, y de San Pablo que por gracia singularísima del Señor fué arrebatado hasta el tercer cielo. Pero es corta la noche..... pronto se disiparán sus sombras y rayará la luz pura de la aurora eterna. Morirán los cuerpos y tornarán á resucitar....

Entonces los bienaventurados, los hijos benditos del Eterno Padre, entrarán en la solemne posesión de la gloria que les tiene aparejada desde la eternidad, de ese paraíso "obra maestra de su magnificencia, pre-

cio de la sangre de Jesucristo": desvelándose los misterios de la creación ante sus ojos inmortales, verán al Señor en su esencia, y felices con la felicidad del mismo Dios, entonarán confundidos con los angélicos ejércitos de la Sión Eterna, el hosanna sin fin de los elegidos. ¿Qué será ver entonces los cielos en toda su magnificencia? A los bienaventurados y á las milicias de los ángeles más resplandecientes que el sol, y mayores en número que las estrellas del firmamento y las arenas de la mar? Mas ¡ah! no hablemos de los cielos. San Pablo, que fué arrebatado á ellos, sólo podía exclamar: En ellos ví lo que ojo alguno puede ver, y oí lo que oído alguno jamás ha escuchado: lo que hay en ellos, inteligencia alguna puede comprenderlo, ni lengua humana explicarlo.

¡Un poco de aliento! ¡El alma cae rendida al peso de tantas maravillas! Tan bella es la tierra y sus magnificencias, tan pasmoso el firmamento con todos sus astros, tan sublime nuestra alma en todas sus potencias: los cielos donde el Señor de lo criado se manifiesta, son de una excelsitud tan superior á cuanto podemos concebir,

que parece, al contemplar tantos prodigios, que la escala de lo grande, de lo perfecto y de lo bello, se ha agotado.

Hay algo, sin embargo, más grande, más bello, más perfecto que todo esto, y que todo esto junto. Sí, María, la criatura entre todas las criaturas, la que el Señor formó para que fuera la Madre del Verbo Increado, á la que la dió una inteligencia superior á toda inteligencia creada, una alma capaz de amarlo más que otra alma alguna; María, la elegida entre millares, la resplandeciente aurora sobre la tierra, del sol eterno de justicia y de hermosura, la Reina de los ángeles y de los hombres, la que sobre un trono de luz inextinguible y al lado de su sacrosanto Hijo, domina en los cielos y los mundos, llenándolos de bienes, derramando sobre ellos á torrentes sus bondades. Ella, el aliento de los que combaten y la última palabra de los que sucumben; el consuelo de los que lloran y la esperanza de los que sufren; el escudo de las vírgenes y el manto de los huérfanos; la estrella de los que navegan y la salud de los que padecen; Ella, cuyo nombre al morir nos legaron nuestros padres; Ella,

la Madre de nuestras madres, la qu
más que el firmamento con todos sus
dos y que los cielos con sus ángeles,
la Madre de Dios, ¿creéis que tuviera e
alma, en su santa alma, la mancha del
cado? Primero Dios, infinito, inmenso
todo género de perfecciones, eterno y o
nipotente, sapientísimo y bueno....y lue
go, en seguida Ella!....¡Esa es María!...
Que vuestro corazón decida si pudo caber
en Ella mancha alguna.

Mas nó; ni nuestro corazón, ni nuestro
entendimiento pueden decidir, sino humi-
llarse deben ambos. Hace quince años ha-
bló el soberano Pontífice Pío IX el Grande
y humildes se inclinaron todas las cabezas.
Pero nó; su voz la oímos: mas no fué Pío
IX quien habló.....Jesucristo mismo fué
quien proclamó la pureza de su santa Ma-
dre. Haced cuenta que al oir al Santo Pa-
dre, habéis escuchado la voz viva de Dios
mismo, como la oyó Moisés entre relám-
pagos y truenos, sobre la inflamada cum-
bre del monte Sinaí.

¡Bendita seas, Madre de Dios, y por su
infinita misericordia, también Madre nues-
tra! Para alabar tu pureza, los pobres hom-

bres, tus hermanos y tus hijos, no tenemos ni corazón, ni pensamiento, ni palabras. Arrebatándoles su acento á la Iglesia y sus cánticos á los ángeles, sólo podemos exclamar con ellos: "¡Dios te salve, María, llena eres de gracia, y el Señor es contigo. Madre de Dios, ruega por nosotros!"



DISCURSO

pronunciado
en la Asamblea general y pública celebrada
por la Sociedad Católica en la noche del 8 de Diciembre de 1871,
en honor de la

INMACULADA CONCEPCION DE MARIA.



Señor Illmo.,

Señores:

GRATO es, gratísimo es al alma, ver á muchos hermanos reunidos bajo la misma fe y rogocijados en lo más íntimo de sus corazones, por la misma esperanza, por una causa de santa y célica alegría.

Como los antiguos árabes, nómadas del desierto, detenían sus caravanas en el océano de arena, para celebrar en el reposo la aparición de la luna nueva; así nosotros los cristianos, peregrinos errantes en el arenal estéril de la vida, deberíamos detener hoy el cansado paso de nuestra fatigosa marcha, para celebrar en la santa quietud de la contemplación, en el inefable placer de un sublime recogimiento la aparición

sobre el horizonte de nuestra esperanza, de esa Luna llena, precursora del Sol inmortal de gracia y de justicia.

Si habiendo cumplido con las tareas que voluntariamente nos impusimos, ya que no de una manera digna, al menos conveniente, pudiésemos descansar con una conciencia tranquila, qué grato nos sería hoy en lugar de hablar con palabras como los hombres, envolvernos la cabeza y hundidos en el silencio más profundo y en la más honda meditación, sin frases articuladas, de corazón á corazón, de espíritu á espíritu como los ángeles, exhalarnos en un himno mudo de agradecimiento, y pedir nuevas inspiraciones para mejor obrar el bien en lo futuro, á nuestra Madre querida á nuestra amorosa Madre.

Por desgracia, siervos perezosos en el servicio del Señor, mal hemos llenado la tarea que fuénos encomendada. No es fácil callemos cuando nos ahoga el remordimiento. Infieles depositarios, negociadores negligentes, en lugar de aumentarlo hemos perdido el talento que nos fué entregado para nogociar con él. Quién de nosotros podrá preguntarse seriamente á sí mismo

¿qué es lo que en este año he hecho en favor de esta Sociedad Católica á la que pertenezco? sin constituirse en su propio y severo juez. Con verdad, os digo, que yo no puedo increparme con esta interrogación sin quedar profundamente disgustado de mí mismo.

Hace tres años nos reunimos bajo los más risueños augurios: todo era fervor y entusiasmo; entonces día á día se dilataba nuestra Sociedad, nuestras filas se engrosaban y, vislumbrando el porvenir á la luz fascinadora de nuestras esperanza slisonjeras, ya soñábamos volar de triunfo en triunfo hasta nuestra final victoria. ¡Qué severo, pero qué justo es el castigo de los que se olvidan de su propia miseria! Aun no han pasado cuatro años, aun no cruzan el fuego todavía ni las primeras filas y ya comenzamos á volver las espaldas y á arrojar las armas como una turba de reclutas mercenarios. Sociedad que no progresa, decae.

La Sociedad Católica ha decaído. Y no soy un imprudente al decirlo así, á la faz de propios y de extraños. La prudencia que se apoya en las reticencias y en el di-

simulo, no es una virtud cristiana. Los católicos que tenemos el derecho y el deber de la sinceridad, no tenemos otra prudencia que la verdad. Y por cierto que si nuestra falta y nuestro arrepentimiento deben ser simultáneos; si nuestra enmienda debe ser más eficaz que nuestra tibieza; poco gusto tendrán los malos en saber al mismo tiempo que nuestras negligencias, nuestros nuevos entusiasmos, y nuestros nuevos y más enérgicos fervores.

¿Y cuál es la causa de nuestra decadencia? Tenemos un camino seguro de encontrarla: buscarla todos, no en los otros, sino cada uno en sí propio. Me ha bastado examinarme á mí mismo para quedar satisfecho de haber inquirido demasiado. Escarbe cada uno en su propio pecho. Juez, juez júzgate á tí mismo.

Pero no es por cierto lo que ahora nos interesa saber la causa de nuestra decadencia, sino encontrar su remedio. Lo hay, y no local, limitado, ni interino, sino absoluto, radical y permanente, tan eficaz como sencillo, tan santo como grandioso. ¿Sabéis cuál es? ¿No lo habéis adivinado ya siendo católicos? ¡La Virgen! ¡Sí; sólo su protec-

ción será nuestro remedio, nuestra salud y nuestra gloria!

Sería un fenómeno que vendría á desmentir la historia de diez y nueve siglos el que Dios dispensara su protección á una grande empresa iniciada en su amor y para su gloria, sin dispensarla por manos de su Santísima Madre! Como Dios es tan bueno y la ama tanto, la ha hecho la Dispensadora universal de los tesoros de su misericordia y tal vez no hay gracia que no dispense por mano de Ella. Así lo cree un escritor santo; y en verdad, que el corazón nuestro, por no sé qué instinto, alcanza que tan alta y singular prerrogativa, es digno don de Dios á su Madre.

Herido en mi amor de hijo por esta consoladora verdad, vuelvo la mirada á lo pasado, con afán torno en la historia la vida á lo que fué; y encuentro regocijado en efecto, que nada hay grande en las empresas humanas sin su protección, y que el amor á Ella es como la vida y el alma de toda verdadera grandeza sobre la tierra.

Y es verdaderamente grande nuestra Sociedad Católica. Al llamarla grande, hasta

inútil me parece advertir que no le doy semejante nombre en contemplación á sus miembros, pues en este sentido no sólo es pequeña, sino mínima. Vasos frágiles, indignos instrumentos del bien, ¿qué puede producir nuestra propia pequeñez sino miseria? Grande llamo, pues, á nuestra Sociedad, y con razón, por su alteza de miras y la amplitud de sus esperanzas. No vacilaría en llamarla la postrera tabla de salvación, en la desatada borrasca de males que nos inundan en desolación y en amargura.

Si es posible contenplarla sin morir de cuita, contemplemos nuestra situación horrible. La mayor moralidad, la mayor inteligencia y el mayor bienestar del mayor número de sus individuos, es lo que constituye esencialmente la felicidad de un pueblo. De diez millones de habitantes que componen nuestra población, cuatro y medio, casi cinco son de indios: y el resto de hombres, mujeres y niños, de razas diversas y de costumbres varias. No exceden de cuatrocientas mil las familias en cuyas manos están todas las propiedades urbanas y las rústicas; ellas son las solas propietarias de ciento doce mil leguas cuadradas del te-

rritorio, y las otras viven en la más abyecta ignoroncia y en la miseria más profunda.

Dilapidados los bienes que aviaban antes á la agricultura y que servían para sostener y educar á los ministros del Señor, amenaza el clero extinguirse con los levitas de la generación actual; y los pueblos, privados de la palabra de vida, tornan en masa á la idolatría y se desbordan en crímenes. Todos los resortes de obediencia y de moralidad se han laxado, haciendo imposible la paz, y dejando la vida, la honra y la fortuna á merced de la fuerza.

No pueden menos de ser grandes las miras de una sociedad que en último término se propone, no por la política tan aturdida con sus propios gritos, tan ebria con sus ambiciones y codicias, tan impotente para lo bueno; sino por la idea religiosa, tan abnegada en sus medios y tan pura en sus intenciones, estampar la triunfadora cruz de Jesucristo sobre millones de frentes idólatras, fundar la obediencia civil sobre el más alto de los deberes morales, y, en una palabra, tornar la vida en nombre del Señor á un muerto, no de tres días como Lázaro,

sino á un cadáver de setenta años, como nuestra infortunada patria.

Grande es sin duda la santa empresa que esta nuestra Sociedad ha acometido. Más fenomenal sería, torno á decir, verdaderamente singular é inaudito, que la pudiese llevar á cabo felizmente sin una muy especial protección de la Virgen María, que es la raíz y coronamiento de toda grandeza humana, aun en el orden meramente terrestre, por expresarme así.

Tres superioridades existen sobre la tierra: la de la virtud, la del genio y la del poder. La riqueza no debemos contarla entre ellas, porque el oro inerte por sí mismo, no es una potencia sino en manos de la virtud, del genio, ó del poder. Pues bien, la eficacia de estas tres incontrastables soberanías del mundo, por un palpable designio de la Providencia, parece estar encomendada á la Vírgen María para que ella sea su reguladora en orden al plan y la bondad de Dios, de un Dios tan infinito en su misericordia como en su sabiduría. La Devoción á la Vírgen, Madre de Dios, es el alma de toda verdadera grandeza, aun en el orden no tan sólo místico y de la gracia,

sino común y profano; no sólo en el reinado de los espíritus, sino en la región de los hechos y en la esfera de los sucesos.

Esta gran verdad quiero demostrar, para que bien persuadidos de ella, comprendamos que nuestra Sociedad Católica no puede avanzar, ni elevarse á la altura de sus miras, sin un amor muy cordial á la Virgen, sin una fe muy grande y muy confiada en su protección.

Que el amor á la Madre de Dios es el alma y la vida de toda grandeza, permitidme que lo demuestre, arrancando á la historia, para arrojarlas á vuestros ojos, algunas de sus más bellas y conmovedoras páginas. Que el mayor ó menor amor á la Virgen es el termómetro de la mayor ó menor santidad del alma humana, no necesito demostrarlo, pues por una parte basta para convencerse de ello abrir al acaso el gran libro de los Santos, y por la otra, repito, que no me refiero á la grandeza de los operaciones de la gracia en nuestros espíritus, sino á la grandeza de los sucesos humanos y á la gloria de los dones de inteligencia y sentimiento, en orden á las cosas de la tierra.

Y bien; después de la virtud, ¿qué hay,

qué puede haber en el mundo más fascinador y cuya soberanía sea más absoluta y más gozosamente reconocida que el genio? Pero la inteligencia es por sí sola como un cuerpo inerte, como un águila sin alas, cual una sombra sin vida. Si el pensamiento es su alma, la palabra es el cuerpo que le da vida perceptible. El mundo se gobierna por la opinión; la opinión se rije por las ideas; y las ideas brotan al golpe de la palabra sobre la inteligencia, como la chispa al golpe del acero sobre el pedernal. Según la bella expresión de un escritor alemán: "si el reinado del pensamiento es interminable, su ministro con alas es la palabra." La palabra es, pues, el primer soberano del mundo. ¿Pero cuál es la palabra más potente que se ha escuchado sobre la tierra, articulada por lengua de mortal?

Confieso con verdad que muchas veces me ha impresionado la elocuencia del gentilismo. Confundido he quedado al presenciar en el Pnyx de Atenas, la lucha titánica de Esquines y Demóstenes, esos dos gigantes de la tribuna antigua. Las dos arengas sobre "la Corona" me han dejado estupefacto más de una vez. Al oír al demagogo

romano pisar los umbrales del Senado y ver á Cicerón detenerlo, como con la punta de un dardo inflamado sobre la frente, con aquel "Quosque tandem Catalina" que aun está resonando en la posteridad, confieso también que se me han erizado los cabellos.

Es débil sin embargo, la férrea argumentación de Demóstenes, y pálidas las sonoras y candentes frases de Cicerón en comparación de la magia portentosa de otra palabra más brillante que la luz, y más ardiente que el fuego vivo.

Un pobre monje de Clairvaux, pronunciaba en presencia de los reyes de Francia, Luis el joven y la bella Eleonora, un sermón, aconsejando una segunda cruzada. El humilde orador no tenía otra bóveda sobre su cabeza que la del cielo; una eminencia era su tribuna; y el anfiteatro de sus numerosos oyentes sus vastas quebraduras.

Cuando aquel monje desconocido hubo pronunciado su última palabra, millares de voces, trémulas de emoción y de entusiasmo, estallaron á un tiempo gritando como frenéticos; "¡ á Tierra Santa, á Tierra San-

ta, que el Señor lo quiere!" Algunos de sus oyentes se dice que marcharon rumbo á Oriente sin recibir siquiera la bendición de sus padres, el último adios de sus mujeres y sin estampar el postrer beso en la frente de sus hijos.

¿Quién era ese hombre que así arrebataba los corazones con su palabra? ¿Quién era ese monje en comparación de cuya lengua de oro eran de lodo las de Cicerón y Demóstenes? Se llamaba Bernardo y amaba á la Virgen María como un ángel; la amaba tanto y era tan amado de ella, que en la Catedral de Colonia, una estatua en mármol, representando la imagen de María le dijo una vez en voz alta y en presencia de innumerable concurso: "Dios te salve, Bernardo, hijo mio" ¡Ahí tenéis el secreto de la más alta elocuencia que ha conocido el mundo!

Después de la inteligencia, el valor. El talento comparte con el poder el cetro del mundo. El poder se funda principalmente en la bravura del alma, y el heroísmo militar, es sin duda, su más brillante faz. ¡Quién sabe qué tiene de sublime y de atronador el estruendo de las armas? ¡Los re-

lámpagos del acero victorioso deslumbran hasta el vértigo y fascinan hasta el delirio!

Qué hermoso es pasar el Gránico con Alejandro, y perderse entre la muchedumbre armada en las llanuras de Arbela. No pueden leerse los comentarios de César sin combatir en la Galia á su lado, pasar á Italia, triunfar en Farsalia, llegar al Africa y volar hasta España. Aturdido queda el espíritu con el cañoneo de Valmy, las victorias de Marengo y la batalla de Austerlitz. Mas aun no se ha agotado la escala del valor, aun ha habido más altos heroísmos en la guerra.

Hubo una época del mundo en que crecía y crecía la Media Luna Otomana. Los hijos del Profeta inundaban la Europa dividida, con olas triunfadoras y vivientes de barbarie y fanatismo. El gran Señor clava en Roma su mirada y bota al mar sus orgullosos bajeles, soñando en el dominio de las aguas y en las glorias del Corán. La cristiandad sobrecogida confía sus armas al joven bastardo de un gran rey. A las doce del dia 5 del año de 1571 la armada cristiana divisa la escuadra de los infieles.

Sobre las aguas mismas que en otro tiempo presenciaron la sangrienta querella en que Antonio y Octavio se disputaron el cetro del mundo, se traba ahora la tremenda lucha. La galera capitana inicia el combate. El gran Cervantes queda lisiado de un brazo al saltar de los primeros al abordaje, al horrible abordaje en que el valor busca la muerte al través de la muerte misma. Por momentos crece la batalla y la victoria está indecisa; pero al fin, ¡loado sea el Señor! la Media Luna es vencida, tintas quedan las olas en sangre de infieles é irradía á la luz esplendorosa de la victoria el estandarte glorioso de la Virgen. Esta fué la gran epopeya de Lepanto. D. Juan de Austria, que mandaba en jefe, fué el robusto brazo del triunfo; pero Andrés Doria que mandaba el ála derecha, el ilustre almirante genovés, fué el cerebro y el corazón de esa victoria.

¿Y sabéis por ventura cuál era la tierna devoción de Andrés Doria? Rezar en su camarote el *Oficio parvo de la Virgen.* El dejó abierto su libro, cuando salió á cubierta á mandar la terrible acción, y continuó su rezo después de la victoria. ¡Ahí teneis el

secreto de su heroísmo y de su genio! ¡ No me preguntéis ya más!

Cuando Colón también, cuando ese loco sublime, ese demente de genio, perdido en el inmenso mar no encuentra la tierra que parece huir de su presencia, y acobardada la tripulación se le rebela y determina matarlo, Colón la aplaca con la majestad de su palabra, pide un nuevo término para encontrar la tierra prometida y al siguiente día la descubren en efecto sus ojos inundados de lágrimas. Colón salió de su camarote á los gritos de la tripulación rebelada para aplacarla é infundirle nuevo esfuerzo. ¿Sabéis por ventura cómo templaba ese noble anciano su fe inefable y su constancia heroica? Rezaba las "Horas de la Virgen." ¡Bástenos saber esto para comprenderlo todo!

No conozco otro capitán más ilustre, ninguno más glorioso por sus ínclitas victorias en tierra. Era soberano digno de un pueblo de héroes. Colocada su patria en medio de vecinos tan injustos como poderosos, fué la vida de ese hombre un perpetuo combate y un perenne triunfo. Le atacan los rusos de repente, vuela á encon-

trarlos, y con doce mil polacos derrota á ochenta y dos mil rusos, Los turcos sitian á Viena con tren y muchedumbre inmensos. La capital del Austria está para rendirse, cuando llega el héroe polaco en su defensa. Ve mal acampados á los sitiadores, los empuja sobre el Danubio, cae luego sobre ellos como una tempestad; y con diez y ocho mil soldados hace pedazos á trescientos mil turcos, arrancándoles sus medias lunas crinadas, sus tiendas y hasta los cadáveres de las concubinas de sus generales. Ese hombre se llamaba Juan Sobieski y jamás fué vencido.

¿Sabéis cuál era el talismán que le aseguraba siempre el triunfo? El *Ave María*, que era á la vez su grito de guerra y su himno de victoria. Del riquísimo botín que hizo sobre los turcos nada quiso para él, y se llevó tán sólo á su patria un antiguo lienzo que había encontrado enterrado al volver, en las ruinas de Wishau, y en el cual estaba estampada una imagen de la Virgen con esta inscripción: "Juan, en mi nombre vencerás." Sobieski se llamaba Juan, y al verlo gritó: "es mio;" y fué desde entonces la bandera que le dió siempre la victoria y lo acompañó en sus triunfos.

Habéis visto á María inspirar la palabra arrebatadora, el heroísmo y la constancia; esperad un momento y la veréis inspirar también el genio artístico.

¡Oh! el arte es una cosa sublime; el culto ideal de la belleza, una especie de beatitud anticipada, un mundo medio entre nuestro mundo y el paraíso. Apenas alcanzo algo más elevado que la misión de los artistas, esos sublimes sacerdotes de lo bello. El arte en último término ¿qué es? La expresión de la belleza. Y la belleza ¿qué es? San Agustín el poeta, el grande por la inteligencia y el sentimiento, la define "el esplendor del orden:" es decir, la manifestación más perceptible á nuestros limitados espíritus y más fascinadora del infinito. ¡Ah! los artistas son la raza escogida, la generación predilecta del genio, los reyes de la vasta región del sentimiento humano, coronados con diademas de fuego y que llevan cetros de flama..

Tres hombres han sido hasta ahora los soberanos ilustres del dilatado reino del arte. Miguel Angel, Rafael y Murillo. La fuerza de Miguel Angel era la composición, es decir, las escenas que representaba, las

actitudes que fingía, las figuras que agrupaba, los planos monumentales que concebía y las situaciones extremas que ideaba; Miguel Angel era, en una palabra, el Homero del arte.

Rafael fué el rey del contorno y del colorido. Sus contornos eran correctos y puros como si se dibujaran con un pincel formado con haces de luz. Su colorido era fresco, brillante y húmedo, tan palpable como la vida y palpitante como la animación. Era Rafael correcto, animado y límpido, como el Virgilio de la pintura.

Murillo no tenía contornos, ni composición ni colorido. ¿Qué tenía, pues? Creación tan sólo. Cerraba los ojos, recogía su espíritu y una imagen venía á dibujarse en su alma, tan bella y tan pura cual nunca se había dibujado ni vuelva tal vez á dibujarse en cerebro humano. Mientras Rafael era, pues, la ejecución y Miguel Angel la manifestación, Murillo fué el creador de la belleza artística. La crítica moderna con razón exclama: todos los grandes maestros han pintado imágenes, sólo Murillo ha pintado vírgenes. Con razón en su entusiasmo exclamaba un ilustre contemporáneo: si vo-

sotros llamáis á Miguel Angel y Rafael los reyes del arte, permitidme que yo llame á Murillo el Júpiter del mundo artístico. ¿Sabéis cómo murió Murillo y quién era? Al trabajar en una iglesia de Sevilla tomó una postura muy difícil, por no tenerla irreverente, y esto le ocasionó la muerte. Al pintar sus lienzos inmortales, la Madre de Dios era su inspiración; y cuántas veces conmovido ante la imagen de María empapábalos con sus lágrimas. ¡No me preguntéis ya más cómo se forman los grandes artistas!

Mil y mil ejemplos pudiera citar, pero basta ya. ¿Quién no está persuadido de que nada verdaderamente grande puede haber sobre la tierra sin el amor de María? ¿Quién no está persuadido que Ella es el alma y raíz, de toda grandeza y de toda prosperidad humanas? ¡Ay de nosotros, si dejamos de servirla! Bien podemos darnos entonces por perdidos. ¡Ay de la Sociedad Católica si deja de confiar en su poder ó de esperar en su bondad! Perdida está entonces para siempre y sin remedio.

¡Pero no, Madre nuestra! Todos te amamos y en Tí confiamos todos. Tú eres nuestra salud, nuestro poder y nuestra gloria.

Tus hijos somos y te amamos más allá de la palabra, más allá de las lágrimas; hasta el silencio, que es la última y más solemne expresión de los amores inexplicables. Todos te amamos hasta más allá del tiempo y de la vida; y por tu amor y con tu amparo daríamos sin pestañear el cuello á la cuchilla, el corazón á los garfios, á la tritura los huesos, las carnes al fuego y hasta el alma á los tormentos!

En el nombre de Dios y con su santa ayuda, éste sea nuestro lema. En nombre de María y bajo su santo amparo, ésta sea nuestra divisa. Ven ¡oh María! Pequeños somos, pero desde el abismo inmenso de nuestra nada, te invocamos también como Murillo te invocaba desde el fondo de su mísero taller y San Bernardo en las llanuras de Clermont. Ven, ¡oh! Madre en nuestra ayuda. Tú, la fortaleza de Colón perdido en el océano; Tú, á quien Sobieski invocaba entre las brumas del Danubio y las cortantes cimitarras de los turcos; Tú, á quien invocaba el bravo Doria entre el fragor horrísono, la humareda y el estruendo de Lepanto!

¡María, María! sea nuestro grito de gue-

rra y nuestro canto de victoria! ¡María! ¡María! tu nombre sea el cántico de nuestra vida y sea también nuestra última palabra al espirar!

DIJE.



DISCURSO

pronunciado

EN LA ASAMBLEA GENERAL

DE LA SOCIEDAD CATÓLICA DE MEXICO

el 8 de Diciembre de 1872.



MARIA! No sé yo mismo cómo me atrevo, yo, cuya alma es cieno y cuyo corazón es fango, á pronunciar con mis inmuudos labios este nombre más dulce que el panal, y más puro que el primer albor de la mañana, nombre que apenas se atreven á pronunciar los ángeles en el cielo, que inunda de bendición los mundos, y que hace estremecer á los infiernos!

La más alta inteligencia humana, el más elevado sentimiento de la tierra no alcanzan á comprender todo el poderío y toda la gloria de María. Si un solo rayo de la gracia divina es tan poderoso que puede tornar á la vida un muerto y transformar en

un santo á un réprobo; si un rayo de ella tan sólo, abre á nuestra inteligencia horizontes sin término de luz, y á nuestro corazón abismos inconmensurables de amor, en verdad que yo me confundo y me anonado al considerar que en el alma inmaculada de la Virgen, según la frase santa, la gracia del Señor rebosa! Con razón Fray Luis de Granada, esa alma de paloma, inteligencia de ángel y palabra de amor, exclama, enajenado: ¡Cuánta, cuán grande y cuán dulce será la dicha de los bienaventurados, al mirar allá en el cielo á la Virgen María, tan pura y tan hermosa como lo es en sí!

No podemos nosotros ni siquiera imaginarnos la gloria de María en el cielo; pero aunque sin alcanzarla, sí podemos demostrárnosla hasta la evidencia. Es tal la gloria meramente humana, por decirlo así, de María, su gloria sobre la tierra y entre los hombres, que de no ser ella la prenda y como la muestra de la que realmente goza en el cielo, sería ésta su gloria sobre la tierra, un fenómeno inexplicable, más aún, un imposible, y un imposible sin objeto.

Después de Dios, la Virgen. María es la

primera de las criaturas. Necesitamos creer y adorar en su gloria y poderío ante Dios, porque de ellos nos responde su gloria sin ejemplo sobre la tierra: porque es tal como los católicos creemos la dignidad incomprensible de la Madre de Dios, ó la humanidad toda está demente, y los hombres todos, durante muchos siglos, no hemos sido sino visionarios estúpidos.

La gloria misma de María en la tierra, es la mejsr prueba de su gloria ante Dios. Esta verdad que sin notarlo palpamos y presenciamos todos, es la que me propongo precisar ahora para nuestro grande regocijo, porque hablar de María es grata luz á la mente é inefable delicia al corazón. Hablemos de María para que el alma nos sepa á cielo. Hablemos de Ella, para poder vislumbrar á través de las nubes sombrías de nuestra existencia terrenal, la plácida luz de la bienandanza sin límite y sin término.

Decidme lo que es la gloria humana y cuáles son sus verdaderos y más comunes caracteres? Es el amor entusiasta de los humanos, brotado de la admiración; es el instinto más ó menos acertado de nuestra naturaleza hacia lo bueno, lo sabio y lo hermoso.

Si la gloria humana es la admiración, el amor de los hombres hácia un sér: mayor será esta gloria, miéntras ese amor sea más universal, más intenso y profundo, más elevado y entusiasta, más eficaz y abnegado.

Las virtudes raras veces son ensalzadas sobre la tierra. Suelen serlo las espléndidas y las heróicas, aunque pocas. Las silenciosas y humildes, por lo común no sólo no son glorificadas por los hombres, sino que son despreciadas y perseguidas. Los móviles, por decirlo así, de la gloria humana, las causas que la provocan, son, el valor, el poder, la fortuna y la sabiduría meramente humana, no la que fundada en el temor de Dios, y teniendo por objeto el cumplimiento de su voluntad, se confunde con la virtud, que es la suprema y única verdadera sabiduría.

A María, en el orden meramente humano, no tan sólo los elementos de gloria no le fueron favorables sino que le fueron todos adversos; y sin embargo, criatura alguna ha alcanzado en el mundo mayor gloria que Ella. Esta singular contradicción, esta antítesis moral por decirlo así verdaderamente inexplicable sin la clave de la creencia cató-

lica, es el hecho que debe maravillarnos sobre manera, y persuadirnos con la más profunda convicción, que María es realmente quien es, la Madre de Dios, la Reina de los cielos y la tierra, llena de gracia, de gloria y poderío.

En un orden meramente humano, criatura alguna ha tenido menos móviles de gloria en su favor que María. Abrid las tiernas páginas de su santa vida. ¿Fué poderosa? ¿Fué rica? ¿Fué humanamente sabia, es decir, lo fué á los ojos del mundo? ¿Habitó palacios y la obedecieron ejércitos? ¿Tuvo grandes arcas henchidas de oro? ¿Fué espléndida ó feliz su existencia? Recogido, humilde é ignorado fué su vivir. Llena estuvo su vida de infortunios, y abrevada de dolores y de silenciosas lágrimas,

Era hija de reyes; pero como esos grandes ríos cuyo orígen se pierde en las montañas, el suyo era ignorado por el mundo. De padres humildes, desconocida y humilde vivió en Nazareht, cual paloma solitaria; y más tarde, dentro de los muros del santo templo y envuelta entre sus augustas sombras, como violeta que nacida en el flanco sombrío de la montaña, esparce su fragante aroma

perdida entre la yerba y á los últimos reflejos de las tibias luces de la tarde. Un oscuro artesano, de alma pura y corazón sencillo, fué el guardián de su vida solitaria. Ella iba por agua á la fuente de Nazareht, y ella hacia las labores de su pobre hogar. Desterrada, infeliz, pobre y sin recursos, atravesó el desierto huyendo del tirano. Confundida entre las santas mujeres que la acompañaban, siguió en sus predicaciones y milagros á su sacrosanto Hijo. Abandonada lloró sobre el Calvario su dolor incomparable. Retraída y humilde vivió en Efeso. Humilde, en fin, murió en Jerusalem, rodeada de unos cuantos de los discípulos predilectos. ¿Fué, pues, ilustre, póderosa ni sabia, en el orden humano? ¿Nació en alta cuna, se ciñó corona, mandó ejércitos, ó la obedecieron pueblos?

Fué rica al menos? Oh, nó! Pobre fué, demasiado pobre! Cuando estuvo desterrada en Egipto y vivió en Matahariet, pueblecillo cercano á Heliópolis, era la faena tan dura y el jornal tan escaso, que muchas veces no alcanzó el que ganaba el Señor San José, para el sustento de la Sagrada Familia, y el Hijo de Dios y su Santa Madre no

tuvieron para cenar ni un pedazo de pan. De que yo recuerdo que el Hijo de Dios y que su Madre María tuvieron hambre, no concibo cómo no temblamos en presencia hasta del pan que nos sustenta. ¡Lo habéis oído, tuvo hambre....hambre tuvo la Madre de Dios! ¡Quejaos ahora de que sois pobres!

¡Sus infortunios mismos tampoco fueron ilustres ni gloriosos! Cuando Simeón con su palabra profética le atravesó su corazón de Madre con un dardo de fuego, sólo Ella recibió la herida. Cuando perdió á su Hijo, quizá tan sólo los parientes que la acompañaban supieron su amarga inquietud. Sobre el Calvario, y durante la pasión toda de su Hijo, ni una mirada de compasión mereció al procónsul, á los legionarios romanos, á los enfurecidos sacerdotes, ni á las crueles turbas judías. Quedóse sola y en amargura incomparable sobre la tierra; pero sin que el mundo, con su admiración, consolara sus infortunios. Su vida llena estuvo de dolor, y henchidos de lágrimas sus ojos; pero sus lágrimas corrieron silenciosas y sin gloria, y sus dolores fueron mudos y sin ese lustre que arroja sobre el infortunio el

bálsamo de la compasión atónita de los hombres!

Considerada en el orden meramente humano, fué María el sér menos glorioso de la tierra, y es, sin embargo, la más alta gloria que ha existido y qué podemos imaginarnos los hombres. Ved su gloria y decidme si hay gloria humana alguna que pueda siquiera ser comparada con la suya. Las glorias humanas de más intenso brillo, de más esplendorosa irradiación, comparadas con la suya, son opacas como el lodo comparado con una estrella; oscuras como las más densas tinieblas comparadas con las luces más vivaces! En todo el vasto firmamento de la gloria humana, Ella sólo brilla como una estrella solitaria y nítida; todo lo demás es sombra.

La gloria, en último término, es el amor de los hombres. El amor de los hombres á María, es el más universal, el más intenso, el más eficaz y el más abnegado que después del de Dios conocemos los hombres. No hay gloria como la suya. Dejadme un momento comparar con la gloria de María, lo que nosotros los hombres llamamos nuestras grandes glorias. No soy un blasfemo;

quiero sólo intentar por un momento un paralelismo imposible, para que de él surja el contraste en toda su energía.

No acierto á explicarme con precisión la causa, quizá .porque hieren la del sentimiento que es la cuerda más vibrante de nuestro corazón y la más fácilmente vulnerable; pero es el hecho, que los guerreros y los poetas, son los primogénitos amayorazgados de la gloria. Milciades y Pericles, Homero y Píndaro son la Grecia. Scipión y César, Virgilio y Horacio son Roma. La Italia toda son Dante y Tasso. La Inglaterra es Shakespeare, y la Francia se llama Napoleón ó Lamartine. César, hablando de sí mismo y de la guerra de las Galias, en sus "Comentarios" decía: "César general, les hizo comprender y admirar á los bárbaros Alobroges el poder de Roma en toda su majestad." Horacio, al concluir su última oda, exclamaba: "ya no moriré del todo;" y Ovidio vaticinaba que su musa no lo dejaría morir en la memoria de sus pósteros.

Elegid, pues, para intentar la comparación imposible, las dos figuras en armas y letras, que os parezcan más gloriosas. ¿Ho-

mero y César os parecen bastante gloriosos! El primero de los poetas es el uno, y el más ínclito de los triunfadores es el otro. He elegido de intento las dos figuras, cada una en su línea, más insignes en los anales del mundo. Homero, en efecto, elevado y profundo en la idea, noble, tierno y puro en los sentimientos, grandioso y sencillo en las imágenes, viril y armonioso en el ritmo, es el poeta entre los poetas, el único poeta quizá original del mundo mental profano. César, cuya gloria costó al mundo tres millones de hombres, venció á cuantos pueblos combatió; nación alguna pudo resistirle; jamás fué vencido; venció á propios y extraños, y coronado con los laureles de la victoria, subió triunfante al Capitolio, entre las aclamaciones de sus terribles legionarios, y arrastrando como una cauda sangrienta en su embriaguez de ambición y de fortuna, los despojos del orbe vencido. Estos fueron César y Homero.

¿Y cuál es la gloria de estos hombres tan ínclitamente gloriosos? Preguntadle á una mujer del pueblo pobre, quién fué Homero. Lo ignora. ¿Preguntad á un niño si sabe ¿quién fué César? No lo sabe. Los hombres

menos ignorantes conocen tan sólo el nombre de Homero, y los literatos han leído su Iliada y su Odisea con admiración; pero al cerrar el libro se han olvidado del autor. César sólo vive como un recuerdo inerte y frío en la memoria de algunos escolares, que sobre el texto mismo de sus "Comentarios" han aprendido á deshacer el hipérbaton latino. He aquí su gloria.

Si no es una blasfemia, comparadla con la de María. Las razas del Norte y las del Mediodía, los pueblos del Oriente y los moradores del Occidente, levantan por doquiera templos para su gloria, y en todas las lenguas conocidas entonan cánticos en su alabanza. Los reyes ante Ella bajan sus cabezas coronadas; los guerreros inclinan sus armas; los sabios ponen los labios en el polvo, las mujeres lloran, y los niños hácia Ella tienden las manos y en sus altares la ofrece su inocencia flores. ¡Cuánto es amada, y cómo es amable nuestra blanda Madre!

El gran poeta, el grande artista, Tasso, le regaló á Rubens una pequeña Virgen de plata. Cuando Tasso se sintió próximo á la tumba, llamó al hijo de Rubens, y le dijo:

"Devuélveme la "Madona" que le dí á tu padre; quiero morir estrechándola contra mi pecho: cuando yo muera volverá á ser tuya; recógela de mis manos heladas y de mi seno yerto." Así murió el gran poeta cuyo númen era flama fúlgida, y cuyo corazón era una urna de oro llena de bálsamo de amor. Bossuet, la más poderosa inteligencia de los tiempos modernos, esa cabeza henchida de pensamientos, apoplética de ideas, cuando en el frío clima de Meaux y en las altas horas de la noche se levantaba envuelto en su piel de cíbolo á comentar á Jeremías, de rodillas invocaba á María. En su santo nombre comenzaba Fenelon sus páginas incomparables, que parece escribirlas sobre las más íntimas telas del corazón de su lector y con las lágrimas de su ternura. Napoleón el Grande, inclinaba también ante María, su alta cabeza cargada de genio y de laureles.

Los rudos campesinos, á María le encargan que llueva sobre sus sementeras. Bajo su manto se guarecen de las injusticias de los hombres, la viuda infeliz y el huérfano desvalido. Los mendigos, á Ella se aproximan con confianza; y los ricos, los felices del si-

glo, á Ella se acercan tímidos y suplicantes cual mendigos. Nuestras pobres indias de rostros atezados y corazones sensibles, nuestras queridas indias, abrumadas de abyección y de miseria, transidas de dolor, á María con una fé que nos edifica, y con un fervor que nos da envidia, á gritos la dicen sus cuitas y bebiéndose sus lágrimas á sorbos las infelices.

Al presenciar este múltiple espectáculo; al ver destellar así la gloria de María sobre las más altas inteligencias y los más rudos entendimientos; al verla así reflejarse en los más tiernos corazones y en los pechos más enérgicos; al ver como la aman los poderosos y los infelices, los grandes y los pequeños, los hombres y las mujeres, los ancianos y los niños; nosotros también le decimos llorando, en verdad, Madre nuestra, no hay sobre la tierra amor tan extenso como el tuyo.

Y es el más intenso al mismo tiempo. La naturaleza humana degenerada, perdió con la gracia la ingenuidad. No somos sinceros los hombres; no dice la verdad el hermano á su hermano: con faz de alegría velamos nuestras penas, con semblante risueño nues-

tras iras, con máscara de doblez pretendemos engañarnos hasta á nosotros mismos. Sólo el miedo desenmascara á nuestra naturaleza envilecida; sólo la desgracia y el dolor, haciéndonos sinceros, nos revelan por completo nuestros propios sentimientos.

No miente el hombre á quien está probando la desgracia. El temor nos arranca confesiones íntimas. No hay amor tan profundo como el que está á prueba de dolor; no hay amor tan intenso como el que se acrisola en la tribulación. La madre cuyo hijo se muere en sus brazos, invoca á María. Implora su amparo la familia mísera que se siente desfallecer de hambre. Cuando el mar se encrespa, el horizonte se oscurece, las jarcias se rompen, y levantándose las olas como montañas, el océano enseña sus abismos y la nave zozobra; los pasajeros palidecen, y trémulos claman á María. Cuando los mineros descienden á las profundidades de la tierra, con ese pavoroso descenso que semeja un viaje fatídico á la región de las tinieblas y la muerte; cuando vacilan los ademes y comienzan los grandes peñascos á desgajarse con crugidos como lamentos, á María imploran esos hom-

bres habituados al peligro y á desafiar la muerte. No cesan de invocarla los soldados en la pelea, en esa doble demencia de ira y de miedo, en ese espantoso torbellino de sangre, de alaridos, de fuego, de acero y de lamentos. Los presos claman á María desde el fondo de su calabozo, y á María invocan hasta los mayores criminales al subir las gradas del patíbulo. ¿Qué es esto? Explicadme lo que significa.

María podrá ser ignorada; pero una vez conocida no puede dejar de ser amada. Las nubes sombrías de las pasiones, el ruido del mundo que nos aturde, ese afán de las cosas de la tierra que nos empuja y nos empuja sin piedad, los vapores infectos de nuestros vicios, tienen como oscurecido y adormecido en nuestra alma el amor de María; pero tan luego como la tribulación lo esclarece ó el dolor lo despierta, levántase dentro de nosotros mismos como un sol que surge de los mares. El amor á María penetra hasta la savia de la sangre y la médula de los huesos, se ingerta en la raíz del corazón y en el fondo del pensamiento, y parece amasarse con el alma toda.

Amor que es el grito instintivo en el do-

lor y que es más fuerte que toda tribulación, creedlo, es el amor, después del de Dios, el más intenso sobre la tierra. En su presencia, no hay amor que merezca siquiera semejante nombre.

Y es el amor á María, tan eficaz como intenso. Dejad que os haga palpar su eficacia maravillosa é incomprensible.

Confucio, á pesar de sus doctrinas estrechas y teorías mezquinas, llenas de odio al enemigo y de desprecio al extranjero, que han logrado, cadáver entre los vivos, aislar á un pueblo en medio de la humanidad, fué, sin embargo, un sabio para su tiempo, y para su raza. No me extraña, pues, que mientras ese pueblo para quien legisló, tenga elementos humanos de vitalidad, Confucio viva en su memoria con respeto; como Licurgo fué respetado por los espartanos, y por los atenienses, Solón; como vivió Zoroastro en la memoria de las persas. Aun cuando sus doctrinas sean muy inferiores, á las de Sócrates y Platón por ejemplo, natural es, que habiendo sido realmente un filosófo entre los suyos, sea tenido como tal por ellos.

Mahoma, en el orden religioso, fué un

impostor solemne. Erró capitalmente en la individualidad, en la familia y en la sociedad, en estas tres bases fundamentales de todo orden humano. Suprimiendo con el fanatismo la libertad humana, trasformó al hombre en una fuerza ciega, en un animal inconsciente. Degradada la mujer por la poligamía y la esclavitud, cegó en su fuente el origen y el ser moral de la familia. Dando por sola base el fanatismo y el miedo á la sociedad, y por coronamiento el despotismo, hizo imposible todo otro orden social que no sea el reinado del terror y el predominio de la fuerza. Encargando la propagación religiosa al hierro y convirtiendo la cimitarra en apóstol, su religión progresó con la victoria en la guerra, y murió con la derrota. Religión de la fuerza bruta, donde la Media Luna retrocedió el Corán perdió terreno.

Mahoma, considerado en otro orden, fué el marido de una viuda opulenta; y en el tráfico de caravana, hizo como comerciante, montes de oro con sus ganancias. De una imaginación poética hasta la alucinación, valiente y resuelto, rico como un rey, exaltó hasta la demencia casí, el valor de un

pueblo fanático y rapaz, y lo lanzó intrépido á la pelea y á la conquista. Mahoma que fué un gran poeta y un gran guerrero, no me sorprende que viva aún, donde aun perduran sus conquistas. Tampoco me extraña que sea evocado por sus sectarios para sus crueles venganzas y sangrientos despotismos, ni que de él se acuerden para su torpe sensualismo y su disolución brutal. Sorprenderíame, sí, que sus creyentes, en nombre de Mahoma, perdonaran á un enemigo ó abandonaran sus harenes. Nemesis y Venus fueron también deidades gentiles. No necesitan un Corán las pasiones para erigirse en religión. El error con sus tinieblas y el vicio con sus cadenas, bastaban para fundarla.

Lo verdaderamente maravilloso, lo humanamente inexplicable, es que el amór á la Doncella inmaculada de Nazareth, á la madre doliente del Calvario, sea tan eficaz en el corazón de los hombres, débiles é inclinados al mal de por sí: que les dé fuerza para sobreponerse á su miseria y á su maldad nativas. Más fácil es hacer brotar agua de una piedra como Moisés, que de por sí lágrimas en un corazón endurecido. Menos

difícil es que los peces vuelen por los aires y las aves naden dentro de las aguas, que broten espontáneamente las flores de las virtudes en el corazón mismo que corrompió el pantano infecto de los vicios. Muy eficaz debe ser el amor á María, para que haga abrir la mano del avaro, para que haga que el sensual se levante ligero del florido lecho de sus deleites, para que haga que la joven incauta, la mujer débil, sea más fuerte que el placer y el oro. Muy eficaz debe ser el amor en cuyo nombre la injuria queda olvidada y el enemigo es amado.

¡Amor, que trasformas corazones, desarraigas costumbres y hasta cambias naturalezas; que haces apacible al iracundo, al torpe casto, humilde al soberbio, y desprendido al avaro; amor de los amores, muy grande debes ser para obrar tales prodigios! ¡Amor potente de María, amor purísimo henchido de poder, raudal inmenso en la virtud fecundo, grande, muy grande debes ser para haber arrastrado al ardiente San Gerónimo, cuya alma era de acero y de fuego, desde el estruendo y los placeres de Roma, hasta las ásperas soledades del desierto;

para haber elevado al retórico de Tagaste y de Cartago, al disipado de Roma y de Milán, hasta la silla episcopal de Hipona, y hasta la muerte enfrente de los vándalos! ¡ Potente debes ser, amor irresistible de María, cuando hundiste á Rancé en la Trapa; é hiciste colgar la espada á Loyola el bravo, al audaz soldado de Pamplona!

¡ Callad, menguados impostores! ¡ Cuanto digáis os protesto que es mentira! ¡ No hay amor tan eficaz sobre la tierra. como el amor potente de María, como el amor irresistible de la madre nuestra!

Mi débil cabeza y mi corazón estrecho se confunden y anonadan. No puedo explicarme cómo en pechos humanos formados de lodo, en corazones de escoria llenos sólo de miseria y ruindad, quepa tanta abnegación.

Lo que es por nosotros mismos, abandonados á nuestro propio peso, en verdad que somos de un egoísmo que aterra. Daríamos mejor la cabeza de un semejante, que un centavo de nuestra fortuna; veríamos morir de sed á nuestro hermano y no le daríamos un sorbo del agua de nuestro vaso. Los pobres son moralmente la persona de Jesucristo, y según la expresion feliz de un escritor;

"¡Qué injusticia, qué barbarie! ¡Muchos alimentan espléndidamente á sus perros, y dejan morir de hambre á su Redentor!" No lo dudéis: el corazón humano abandonado, al peso de su maldad, se hunde hasta lo más profundo.

Y sin embargo, este mismo corazón mísero y ruín, tan luego como lo hiere el amor de María, que aunque no se confunde, no puede separarse del de Dios, se trasforma en un mar de abnegación, y no hay sacrificio tan grande que de él no se sienta capaz.

¡Qué cosa hay en la tierra tan amada ni tan verdaderamente amable, que no se la hayamos ofrecido ó sacrificado á María? ¿El oro? Con él le hemos levantado templos hasta cubrir la redondez del mundo. ¿Pedrerías? Como soles brillan en sus diademas y vestiduras. ¿La salud? Hermanas de la Caridad y misioneros á millares, han sido heridos por el ala de la peste y mutilados por el plomo y el acero de las batallas. ¿Familia, hogar, bienes y honores? Abandonado y despreciado los han ya los anacoretas al hundirse en el desierto, los monjes al encerrarse en sus conventos, y las vír-

genes al marchar al claustro. ¿Poder y gloria? A millares han puesto bajo sus piés, trofeos los héroes, los reyes coronas y los Pontífices tiaras. ¿Vida y sangre? A torrentes derramaron la suya nnestros hermanos mayores allá en el Circo, y en presencia de aquellos Emperadores monstruos y aquellas cortesanas disolutas, que contemplaban atónitos la impavidez de su fé!

No me habléis de amor ni de abnegación. No hay, no ha habido, no puede concebirse amor más abnegado que el que los humanos profesan á María, á la Vírgen María, la reina y Madre de los anacoretas, de los misioneros, de las vírgenes y de los mártires. Amor que al dar la vida, cree dar tan poco como si diera nada, ¿decidme, es un amor abnegado? ¿Mayor abnegación, puede siquiera concebirse?

El amor á María es el más universal, el más intenso, el más abnegado de la tierra. La gloria humana es el amor de los hombres. María, el sér en sí mismo y humanamente considerado menos glorioso, es, sin embargo, la más alta, la más esplendorosa, la gloria más sublime de la tierra. Explicadme este portento singular. Si María es

realmente la Madre de Dios, no me expliquéis entonces nada. Lo comprendo todo. Es el prodigio constante, el perenne milagro que un Hijo Omnnipotente obra en favor de una Madre amada; es María reinando al lado de Jesús sobre la vasta creación. Mas si María no es la Madre de Dios, mi razón entonces no alcanza á explicar un hecho que sería un prodigio: un portento imposible, sin causa y sin objeto. Mi razón, sin explicar semejante milagro de absurdidad, sí podria fallar que la humanidad que así cree y así ama, es loca, y que esta también demente la humanidad que la tolera, Un Dios que tal error consintiera, no sería un Dios de verdad, y de consiguiente no sería Dios.

María es real y verdsderamente la Madre de Dios ó Dios no existe, la humanidad está demente y los hombres todos no somos más que unos imbéciles. No intentéis en vano buscarle medio á la disyuntiva. La sombra más ligera de duda, es una insensatez, un crímen y una blasfemia.

¡Humanidad mísera, de rodillas ante la Madre de Jesús! ¡Humanidad ingrata y

depravada, de hinojos y en el polvo ante tu Madre!

¡Perdona, Madre, si hemos profanado tu gloria radiante como el sol, al quererla demostrar! Mas son amargos los tiempos que vivimos y recio sopla el vendabal de la impiedad. La razón humana, esa pigmea contrahecha quiere levantarse contra Tí y morder tu calcañal, como en otro tiempo la serpiente. La razón humana, ese harapo de nuestra antigua vestidura, caído en el lodo; esa esclava envilecida del error; esa meretriz y cómplice del vicio; quiere erguirse insolente, se encabrita ya, y quiere tascar el freno como un potro salvaje. ¡A esa razón desatentada y loca, domarla debe la razón humilde, que á la luz camina de la sacra antorcha de la fe cristiana!

Perdona, Madre, si hemos profanado tu gloria al demostrarla. Lo que es nosotros no necesitamos otra prueba de tu sér, tu gloria y poderío, que el mismo profundo amor que té tenemos. Sin Tí, no queremos ni el oro, ni el poder, ni la fortuna ní el amor. Sin Tí, ¿de qué sirven la espada, la pluma ni el pincel? ¿De qué sirven sin Tí, ni una palabra ardiente, ni un pensamiento

en brasas, ni un corazón de fuego? Sin Tí, no nos alegra ver montañas altas, turbios mares, apacibles lagos ni violentos rios. Sin tu amor no bastan la ternura incomparable de una madre anciana, el corazón sensible de una esposa amable, ni la tersa frente para cubrirla de besos, de una hija pequeñuela de cabellera profusa, y de cabeza angelical, movible y perfumada. Sin tu amor, amargo nos sería el pan que nos sustenta y amarga el agua que bebemos. Sin tu amor ¡oh Madre! odiosa nos sería la existencia, y nos sería la vida el infierno horrible de la tierra

¡Si demostrarte no, amarte sí sabemos! Mira si en verdad te amamos. De tu pureza, Madre, de tu gloria y poderío, de tu misericordia inagotable, de tu dignidad incomprensible de Madre de Dios; de tu reinado sin fin y al lado de tu Sacrosanto Hijo en los cielos, la tierra y los infiernos; de todo, y á la faz de todos, respondemos con....la cabeza y con el alma....es cuanto tenemos!

¡Oh! ¡cómo llena esta prueba y regocija nuestro corazón de hombres, de hijos y de cristianos!. ¡Madre, Madre, en verdad te amamos con el alma!

¡Si por temor dejara nuestra lengua
alabarte, con los dientes nos la arrancari
mos, para escupirla en el cieno por cobs
de! ¡Si dejara ingrato nuestro corazón
amarte, abriéndonos el pecho con las uña
de allí lo arrancaríamos á pedazos, por i
mundo y por infame!



DISCURSO

pronunciado

EN LA ASAMBLEA GENERAL

DE LA SOCIEDAD CATÓLICA DE MÉXICO

el 8 de Diciembre de 1873.



Señor ilustrisimo:

Señores:

¡Un grande y penoso esfuerzo me causa pronunciar tu nombre! Me agobia el peso de mi propia indignidad. Tu nombre puro es casi un escándalo en mis labios. Desde el hondo abismo de cieno en que me agito, temo mancharlo si me atrevo á proferirlo en alta voz. ¡Oh!, para pronunciarlo, no digna, sino al menos reverentemente, se necesitarían una alma más blanca que las níveas espumas de las cascadas; un cuerpo más limpio que el agua que brotó de la peña herida por la vara milagrosa; un aliento fresco como las brisas de la mañana, é impregnado del aroma del nardo y del ci-

namomo; y un acento que encerrara en su plácida armonía los murmullos de las ondas de los lagos, los vagidos de las olas que se aduermen y el susurro de las alas del viento, cuando al caer la tarde suavemente azotan las hojas de los árboles.

Para que pueda pronunciarlo ahora, límpíame, Madre, de mi maldad nativa, detén las grandes alas negras del hórrido turbión que ruge á veces dentro de mi frente, apaga en mi pecho ese volcán inmundo que suele vomitar lava ardiente de pasiones. ¡Tú lo puedes, Madre! Purifica con fuego mis entrañas; un solo rayo de tu luz envía sobre mi calcinada frente para que irradie como un sol; pasa por mis inmundos labios el carbón encendido de Isaías; que al golpe de una sola centella de tu amor arda y levante flama mi duro corazón, más seco que la corteza caduca del árbol secular. ¡Tú lo puedes! Disipa las densas nieblas de mi mente, el crespón rasga que me envuelve en pliegues de letal tristeza, dí á la tentación que no me azote con su látigo de fuego. Al menos hoy, dame una alma de armiño y una palabra de ampo de nieve; préstame ritmo de ángel y pureza de serafín

para que pueda, cayendo de rodillas, pueda, sin manchar tu nombre, desde el fondo de mi alma prorrumpir: ¡Virgen María, Madre de Dios y Madre mía!

¿Y quién me ha dicho que tú eres la Madre de Dios? Cuando me recojo en espíritu á meditar en tu dignidad incomprensible y en el abismo de tu gracia y tu grandeza, mil testimonios y mil se me presentan de que eres tú la Madre del Eterno. Si posible fuera que yo, blasfemo é insensato, dudase de tu dignidad altísima, uno solo bastaría para persuadírmela. Tengo una prueba incontrastable. Yo creo en tí por lo que nos amas y por lo que te amamos. Sólo la Madre de Dios podría amarnos como tú nos amas. Si no fueras tú la Madre de Dios, sería imposible el amor que te tenemos.

Es verdaderamente sobrehumano y sobrenatural el amor que María tiene á la humanidad. ¿Qué es amor? Es la voluntad activa del bien del ser querido. Dos polos tiene, por decirlo así, el amor; dos caracteres que lo clasifican esencialmente: su fin y su intensidad. Mientras más se ama, en efecto, mayor bien se desea y con mayor intensidad para el ser querido. Esto es

amar. En Dios, cuya actividad es la Omnipotencia y cuya intensidad de querer es el Infinito, su amor es la Creación, su intensidad es la vida, es decir, el hecho, la realización misma de lo que quiere. El amor de María á los hombres es tal, que después del de Dios, no hay amor como el suyo. Si el amor es el deseo eficaz del bien del ser amado, ¿qué bien hay para el que no sea tan eficaz como fecundo el amor de María?

Antes de levantar los ojos al cielo, fijémoslos por un momento en la tierra. ¿Cuáles son los grandes bienes de este mundo! De los naturàles, la inteligencia, el sentimiento, la salud y la vida, son los que más estimamos los hombres; pues el oro y el poder no son dones internos, sino externos, así como el goce y el dolor no son dones, sino afecciones del ánimo, es decir, no son cualidades personales. Pero, ¿cuál don hay esencial ó accidental que el amor de María no sea bastante intenso y bastante eficaz para proporcionárnoslo? Elegid al azar los dones que á los ojos de los hombres sean más estimados.

La inteligencia la tienen en muy alta estima. Es bella, en efecto, como todo don del

Señor. Pensar, cosa es tan grande y tan hermosa, que todo hombre puede decir: "Pienso, luego soy hijo de Dios." ¿De dónde brota el pensamiento? Ignoramos su misteriosa fuente. A veces la idea se pinta sobre la frente, como si un ángel con mano invisible viniera á dibujarla suavemente. Como una niebla se levanta otras del fondo de la cabeza, que poco á poco se condensa y toma forma, hasta que la palabra interior ó pronunciada le da cuerpo y la hace palpitar de vida. Él de los recuerdos es un mundo inconmensurable. Yo no sé en qué senos sin fondo deposite la memoria sus archivos. No sé en qué atmósfera luminosa agite la imaginación sus alas. Magnífica es y bellísima la inteligencia. Con razón Schiller decía: "un reino interminable es el pensamiento," y con más razón San Agustín exclamaba: "¡Gracias, Dios mío, gracias porque pienso!"

Pues este dón tan alto, el amor de María, lo da con la facilidad misma que brota agua la fuente y el campo produce espigas. Por el año 1200 nació de la ilustre casa de los condes de Bolstad, Alberto, á quien el mundo dió después el sobrenombre de Grande.

Había pasado ya los umbrales de la juventud y su inteligencia era escasa. Él deseaba poseerla para honra de Dios y para bien de los hombres, y de rodillas, á los pies de María, dame inteligencia, Madre, la decía, y de hinojos á sus plantas rogábale con instancia y con fervor. "Yo te daré inteligencia, le dijo María al fin, movida de su súplicas, pero para que sepas que no es dón tuyo sino beneficio mío, cuando tu muerte se aproxime te dejaré en tu natural rudeza." El dón fué como de María; le dió á Alberto una inteligencia tal, que los sabios le llamaron "el Grande." Enseñó en Roma, en París y Colonia, con aplauso y admiración del mundo. Fué, entre otros, su discípulo, Santo Tomás de Aquino, el doctor angélico. Tan grande fué la inteligencia de Alberto, que la historia dice: "totum scibile scivit" que supo todo lo sabible, y Trithemio asegura que fué hombre incomparable y sin igual en erudición, docto en todas las ciencias, en todas letras y en todas cosas. Tres años antes de su muerte, cuando estaba enseñando todavía, la Virgen le anunció que ya no sería sabio. Lleno de agradecimiento y de humildad lo avisó á sus discí-

pulos Alberto, y se preparó á la muerte en la soledad y en la oración. El hecho tuvo innumerables testigos, y muchos son los historiadores y biógrafos que lo refieren.

Tan hermoso como la inteligencia es el sentimiento. Sentir, es decir, amar, es una delicia incomparable: es el amor el cielo de la tierra. Sin el amor la vida nos sería imposible: es la atmósfera vital del alma. No hay criatura tan desgraciada en el mundo, que no ame ni sea amada de ningún otro sér. El mayor criminal es amado de sus padres y sus hijos al menos. A Nerón lo amaba Agrippina. Para extinguir el amor en el alma humana, fué necesario el infierno, ese portentoso milagro de una Justicia Omnipotente. Si un sér humano pudiera ser desterrado del mundo del amor de un modo absoluto, su alma moriría de asfixia. Pensar y amar, ésta es la vida del espíritu.

Cuando el amor crece en intensidad y se dilata en extensión, el mundo se torna para el sér que así ama, en un paraíso. Nosotros, los neófitos del amor, apenas tenemos fuerza para amar á nuestras familias, á una madre, á una esposa ó á una hija; para amar á nuestros benefactores, á algún sér

desgraciado ó amable que excite nuestra compasión ó nuestro cariño. Cuando el amor se hace caridad, es decir, amor en Dios y por Dios, entonces es cuando tomando toda su fuerza y lanzándose á todo su vuelo, inunda el pecho que lo siente de delicias inefables. ¡Qué feliz debe ser el que ame á todo hombre como á su hermano, y tenga el mundo por patria, y á la humanidad por su familia! El que así llegue á amar, debe sentirse dichoso como un ángel, debe sentir un cielo dentro de su pecho.

Pues este excelso dón de amor, la Vírgen sabe darlo también á manos llenas. ¿Conocéis la vida y las obras de San Buenaventura? El mundo lo ha llamado seráfico, y seráfico quiere decir: "el que arde en amor." Flama viva era su corazón, en efecto, manantial inagotable de ternura su pecho, unción lacrimosa su palabra. Su alma encerraba un mundo de sentimiento, y un abismo de dulzura su corazón. Alejandro de Halles su maestro: "No ha pecado en Adán, decía; y Santo Tomás de Aquino le preguntaba donde había aprendido su ciencia henchida toda de amor." El hermano Giles con una humildad sublime interrogándole una

vez, le dijo "¿Puede, padre mio, un idiota amar á Dios como un gran Doctor?" "¡Oh, si, replicó San Buenaventura y puede amarle más una pobre mujer que un célebre teólogo!" Tenía San Buenaventura un corazón de fuego y una alma de niño.

Mas no me admira su fuerza de sentimiento ni su intensidad de amor. Sé que desde que fué elevado al generalato de su orden, quedó puesta bajo el amparo especial de la Madre de Dios: que todos los días rendía homenaje á la Reina del cielo; y que compuso un libro inmortal que se llama el "Espejo de la Virgen," para cantar las gracias, las virtudes y los privilegios de María, ¡Ah! Con razón amaba tanto, con razón para calmar sus temores y para recompensar su ardiente caridad, Dios le enviaba la Hostia santa por el Ministerio de sus ángeles. ¡Es evidente, da amor el amor de María!

Y alcanza tambien la salud y la vida; la salud alegría del cuerpo y sonrisa de los sentidos, y la vida, hilo invisible de la Omnipotencia que nos sostiene en el vacío de nuestra propia nada; soplo de Dios que late fecundo dentro nosotros para comuni-

carnos el sér á cada instante. A través de la misma muerte, por decirlo así, puede alcanzarnos la vida el amor de María. En Zaragoza de Aragón, vivía por el año de 1214 una joven bellísima, que se llamaba Alejandra. Dos galanes enamorados de ella, riñeron hasta la muerte. Los deudos de éstos, en su indignación insensata y criminal, creyendo la causa de tal catástrofe á la infeliz Alejandra, la degollaron y arrojaron su cabeza en una cisterna. Al pasar por aquel sitio Santo Domingo, hizo salir la cabeza hasta el brocal. Su cabeza viviente, á pesar del mucho tiempo que llevaba de estar separada de su tronco, se confesó y comulgó á vista de un concurso innumerable. Declaró en presencia de testigos numerosísimos, que el amor á María le había conservado milagrosamente la vida para que muriese en gracia. Algunos días permaneció todavía sobre el brocal. viviente y animada, para que la contemplasen los habitantes de casi todo un reino, y no murió sino cuando el prodigio era ya tan innegable como patente.

Yo sé bien que en los tiempos de necias negaciones y estúpidas sonrisas que alcan-

zamos, hechos como éste no son creídos, Pero la realidad no deja de serlo porque sea negada El suceso pasó en presencia y á la vista de millares de testigos. Los historiadores coetáneos y posteriores lo refieren. Santo Domingo fué actor en él como lo confirman sus biógrafos y contemporáneos. Entre otros, da testimonio de tan extraordinario suceso Eusebio de Nurember, es decir, la discreción y la veracidad mismas. ¿Es posible la duda en presencia de semejantes pruebas? Negar la evidencia, es insensatez.

Y si del orden de la naturaleza pasamos al de la gracia, la intensidad y potencia, por decirlo así, del amor de María se hace más patente. A los más endurecidos criminales los ha tornado en ejemplares penitentes. Ha hecho á criaturas humanas amasadas en lodo y pecado, tan puras como los ángeles. A inteligencias débiles y limitadas les ha abierto horizontes inconmensurables de una sabiduría profunda. A los hijos de la sabiduría los ha puesto más humildes que el polvo Ha vuelto, con una sola mirada de misericordia la paz y la dicha á almas mordidas por el dolor y desgarradas por el

remordimiento. No hay mal del alma tan grande, que ella no remedie, ni dón tan excelso que no alcance.

Y lo mismo abarca la fecundidad de su amor á los individuos, que á los pueblos y que á las generaciones enteras. Tenemos ojos y no vemos. Estamos ciegos porque no queremos mirar. ¿Habéis leído ese libro sobre las apariciones de la Virgen en Lourdes que acaba de publicar Enrique Lasserre y ese opúsculo intitulado "¿Dónde estamos?" que escribió hace poco el abate Gaume, ese atleta de la inteligencia, que es tal vez la cabeza más fuerte y pensadora del mundo contemporáneo? Hay coincidencias verdaderamente admirables. Hechos hay en presencia de los cuales toda duda es imposible. Se aparece la vírgen á una pobre pastorcilla en Lourdes, y sin causa alguna y derrepente, la Francia misma que ayer coronaba á Voltaire, que aplaudía con ambas manos al miserable Renan y al sofista Comte, y que escuchaba con admiración á los sabios aduladores del cesarismo anticatólico ó de la democracia impía, hoy vuelve en masa al catolicismo y se apresta á levantar en Montmartre un tem-

plo tàn grande como su arrepentimiento, y envía en peregrinación á implorar el amparo de la Vírgen María, á centenares de sus diputados. Pero cosa más admirable aún. Todo esto lo hace no Thiers, la plenitud, por decirlo así, de la vana sabiduría humana; sino Mac-Mahon, el soldado cristiano que para tan grande obra sólo cuenta con una espada medio rota en la mano y mucha fe en el corazón. Los que en estos sucesos no quieren ver la influencia de María, que volteen el rostro para que los hechos no se les vengan á la cara. La verdad se indigna y á veces también suele derribar á los que se le paran frente á frente, tan sólo para negarla.

La intensidad y eficacia del amor de María son evidentes. Después de Dios no hay sér que nos ame como ella. No nos es posible dudar de la grandeza de ese amor en presencia de hechos manifiestos é incontestables. Me refiero no sólo á los que acabo de narrar, y que son tales que si los sujetáramos á tela de un juicio forense, deberian admitirse como plenísimamente probados; y que examinados á la luz de la historia y la filosofía, pueden pasar íntegros

por el tamiz más estrecho del más rígido criterio. Me refiero sobre todo al hecho universal y constante de siglos enteros.

Que San Epifanio y san Juan Crisóstomo en Asia y en Grecia, que san Cipriano y san Agustín en Africa, que san Ambrosio en Milán y en España san Ildefonso: que en Nápoles san Alfonso Ligori y en Ginebra San Francisco de Sales; que en Francia San Bernardo, y San Anselmo en Inglaterra; que generaciones enteras, en diversos países y regiones y en diversos siglos, bajo distintos climas, influencias, pasiones y gobiernos, nos aseguren contestes que María nos ama y que nos ama con una intensidad y una eficacia tan grandes como confirmadas por hechos incontables y portentosos: y que yo crea, sin embargo, que todos se engañan y concurren á padecer un mismo error, ó que todos sin interés y sin objeto han urdido una conspiración imposible para engañarnos, son absurdos tan monstruosos que no caben en cabeza alguna racional. Lo que es á mí, no serían bastantes á persuadirme de ellos todos los novadores, todos los heresiarcas y espíritus fuertes del mundo, aun cuando sa congregasen en uno

para imbuírmelos. Hay absurdos tales, que no caben en la mayor estupidez humana.

Es evidente que María nos ama con un amor, que sólo el de Dios es más grande. Una vez conocido este hecho, necesario, es confesar que es la Madre del Eterno. Si no fuera la Madre del Ungido, el amor que nos profesa sería no sólo inexplicable, sino imposible. Si alguno me dijera, hubo un hombre en la tierra que os amaba hasta el punto de que por vos hubiera dado, no sólo todos sus bienes, sino hasta su vida, en el acto le contestaría: ¡ése fué mi padre! Si otro me dijese: hay una mujer que os dió la vida con peligro de la suya, y que con el mismo peligro y con el mismo amor os la volvería á dar, le replicaría en el acto: ¡ésa es mi madre! Cuando yo veo el amor que nos tiene María á todos los humanos, me digo también: es más grande que el de una simple mujer, por excelsa que se la suponga, sería muy grande para un ángel y para un serafín, y para una legión entera, y para decirlo en una palabra sería, me digo todavía, mucho amor para todos los espíritus justos de los cielos y de la tierra, y tan sólo puede, por lo tanto,

caber en el pecho de la Madre de mi Dios
No es posible admitir el efecto sin la causa
ni concebir un atributo sin el sujeto corre
lativo. Como nos ama María, sólo pued
amarnos la Madre de Dios. Luego Ella
luego Ella, sí, es la Madre adorable de
Eterno Verbo. ¡Madre! ¡Madre nuestra
te hemos conocido en el partir del pan
Hemos conocido tu excelso é incomparabl
origen en el raudal inmenso de tu amo
Una Madre que por salvarme se asocia re
signada en su inmenso dolor al escarni
al suplicio y á la muerte de su propio Hij
sólo puede ser madre de un Dios. Apelo
las madres.

Tú eres, sí, la Madre de Jesucristo,
Reina de los ángeles y de los hombre
Hemos conocido que eres la madre del U
gido, no sólo en el torrente impetuoso d
amor con que nos inundas, sino que lo c
nocemos también en el esfuerzo colosal
inconcebible que los hombres en nuest
mísera pequeñez hacemos para amarte cua
to nos es dable amar en nuestra estructu
de pigmeos, con nuestro mínimo coraz
hecho de lodo.

María debe ser la Madre de Dios, pues

que la amamos tanto. Si no lo fuera, ¿qué explicación tendría el amor que la tenemos, que si bien es en sí pequeñísimo, es inmenso para ser nuestro? Para amar á la Virgen como la amamos, es indispensable que sea la Madre de Dios! ¡Sería inconcebible que sin serlo la amásemos como si lo fuese.

¿Habéis meditado cuán grande y cuán hondo es el amor que la tenemos? Hay seres que no la conocen. Mas los que una vez gustaron de la inefable ternura de su amor no pueden dejar de amarla por completo nunca. Allá en el centro del Africa y en el fondo del Asia, criaturas racionales hay que jamás oyeron hablar de Ella. ¡Desdichados! En medio de la civilización, hombres también se encuentran que la desconocen y blasfeman. ¡Bárbaros! ¡No bárbaros, sino tres y tres mil veces infelices! Pero los que una sola vez la llamaron Madre, ¿podrán olvidarla? ¡Oh, no, es imposible! Dos caracteres especiales tiene el amor que profesamos á María; que después del que á Dios tenemos, es el más hondo y el más universal de cuantos amores pueden imaginarse sobre la tierra.

No sé quien ha dicho que los grandes

afectos son mudos. Ningún amor en su silencio se explica con hechos tan patentes como el que profesamos á la Madre del Señor. Casi es, sin que lo sepamos, la raíz de cuantos grandes afectos puede abrigar el corazón humano. Los deseos ciegos que provocan las pasiones, no merecen nombre de afectos, sino de cadenas forjadas en el infierno. Las ráfagas de fuego del placer, los aguijones escamados de la ambición y los resplandores siniestros del oro, son grillos de servidumbre y no lazos del corazón. Yo creo que no hay afectos más enérgicos sobre la tierra, que los del hogar y la familia. Comprendo que al deber, es decir, á Dios, se sacrifique todo, hasta la familia misma; pero no alcanzo que pueda cosa alguna amarse más que una hija, que un padre, que una madre, que un hermano, que la mujer santamente querida cuyos huesos por la virtud de un sacramento, sean nuestros huesos mismos. El hogar es, sin duda, el asilo y el crisol de los grandes amores de la tierra. En este crisol, probemos el amor que profesamos á María.

Admirados vamos á quedar. Nos va á sorprender lo hondo, lo muy hondo del

amor que, sin saberlo casi, la tenemos. Sin estar bajo su amparo, el hogar ni siquiera se comprende. Yo no he visto entre católicos palacio opulento ni cabaña pobre, donde la imagen de María no esté como cobijando con su manto la santidad de la familia y la paz del hogar. Si no estuviera como velando sobre él la imagen de María, quedaría más sujeto á la intemperie que si un huracán se llevara el techo. Si mientras el pobre labrador sale á su faena y el necesitado artesano á su trabajo, si mientras el rico se entrega á sus empresas y el sabio á sus meditaciones, la Virgen no se quedase en el hogar para cuidarlo, el infeliz padre de familia estaría temblando por la honra de su esposa, por el decoro de su hija y por la vida de sus pequeñuelos. Yo estoy seguro que si á cualquiera católico que estuviese muriéndose de hambre, se le ofreciese pan y asilo en una casa espléndida, con la sola condición de que no había de hablar ni pensar nunca en la Virgen, mejor se moría de hambre á la intemperie, que pasar sus umbrales. Si á un mendigo se le dijese: tu hija será reina con la sola condición de que no la enseñes á amar á María,

yo respondo por él que diría sin vacilar: "que se quede mendiga." Y todo esto. ¿cómo se llama? Se llama amor y amor hondísimo. Sin María no hay hogar.

Y la amamos más todavía. Somos malos y duros de corazón, y sin embargo, si la Virgen bajase en persona de su cielo, y nos dijese á cualquiera de nosotros, dame á tu madre, dame á tu mujer, dame á tu hija, nosotros revelaríamos entonces el inmenso amor que la tenemos. Somos hombres y débiles por tanto, como es endeble una arista, y ante semejante demanda era natural que arrojándonos á sus plantas, bañados en llanto, al principio la dijéramos, ahogados por los sollozos: "No, Virgen María, por piedad, á mi madre no, porque es la raíz de mi vida, toda la savia de mi sér, y yo no puedo vivir sin su cabeza cana, sin que haga cada día flotar sobre mi frente su trémula y santa bendición: á mi mujer tampoco, porque ya tú me la diste, ya es la mitad de mi alma, porque se moriría de asfixia el pobre pecho mío el día que no sintiese el dulce peso de su casta frente á la altura de mi corazón; mi hija, menos, es un pedazo de mi propio sér, su infantil

cabeza de revuelta cabellera, es el mundo mágico de toda mi ventura; sus grandes ojos, los inmensos abismos en que me embriago y languidezco de ternura." Esto le diríamos en el arrebato de nuestra amorosa debilidad; pero si Ella, poniendo levemente serio su resplandeciente semblante, insistiese diciendo: "dámelas, sin embargo," nosotros entonces, cayendo de hinojos á sus plantas, la diríamos. "Perdón, perdón Madre querida; sí, sí, tomad la que queráis, tomad las tres, si ésa es vuestra voluntad!" Decidme ahora: ¿Es ó no es, mucho muy hondo, el amor que la tenemos?

Y éste es el amor que le han profesado y le profesan todos los humanos que han llegado á conocerla. ¡Ah! tengo una magnífica prueba de la universalidad, de la catolicidad, por decirlo así, del amor que inspira. Esa prueba es muy sencilla: ¡la Letanía!

¿Sabéis, por ventura, lo que es la letanía? Ese es el solemnísimo é inmenso himno que la creación que piensa y ama ha entonado en un perdurable arrebato de éxtasis y de amor á la madre de su Señor. Es el

grito permanente de admiración á su Reina, que las generaciones y los siglos han lanzado con toda su fuerza á los espacios del tiempo para que llegue como un homenaje reverente hasta las plantas de su Señora. Las generaciones de cada tiempo han condensado todo el amor de que eran capaces en una sola frase, y la han incrustado como una nota de vibración interminable, en ese gran cántico secular que está resonando desde el paraíso tal vez, y que resonará en toda su potente armonía hasta los más remotos confines del tiempo. Cada raza, cada lengua, cada época y cada pueblo, han cooperado á su portentosa formación, con la deprecación más profunda y más íntima de su piedad. Por eso alternan en ese gran cántico de la raza humana la vibración del salterio hebraico y de la lira griega, la potente voz de la estirpe romana dominadora del mundo, con la salutación lanzada con acento de huracán por las razas primitivas del Norte; la rogación ardorosa del Oriente con el grito de júbilo proferido á una voz por los pueblos habitadores del Ocaso!

¿Decís que tiene una letanía compuesta

en su loor, y que no es, sin embargo, la Madre de Dios? ¡Insensatos! Venid, Alejandro, conquistador del Oriente; venid antes vosotros, Semíramis y Sesostris; venid, César, vencedor del mundo; venid Sócrates, y Platón, y Cicerón, y Séneca; Orígenes, y Tertuliano, y Agustín; y tú, Bernardo, y tú, Bossuet; y también vosotros los bárbaros, Gengis-Kan Señor de las tríbus tártaras, Genserico el vándalo y Atila azote del Señor, venid y decidme: ¿Han compuesto los pueblos alguna letanía en vuestro loor? Yo no entiendo más que de hechos. Decidme categóricamente: ¿por qué sólo tiene letanía la humilde doncella de Nazareth, la Madre desolada del Calvario?

Explicadme todavía más: ¿por qué en la grandiosa Basílica ó en la humilde iglesia de la aldea, cuando va á caer la tarde, y las bujías que elaboran sin mancha las abejas, lanzan sus místicos resplandores; cuando flotan las nubes del incienso de aroma incorruptible y el órgano profiere acentos de grave armonía, ¿por qué si la voz consagrada del sacerdote entona el cántico de los pueblos en honra de María, todas las voces

contestan, y las mujeres dan gemidos, y los niños lloran y los hombres se limpian los ojos? ¿Por qué se erizan al oírlo las carnes de emoción? ¿Por qué se siente que arde la cabeza, que las sienes palpitan y que estalla el corazón? ¿Por qué se cree oír un gran eco de armonía en la bóveda del cielo, como si los ángeles hicieran coro y los querubines los acompañaran con sus salterios de oro? Quiero que me expliquen sobre todo, ¿por qué cuando la letanía se reza parece que otra vez hemos estado en el cielo, y que un recuerdo de allá viene muy suave viene á lamernos la frente? ¿La Virgen María tiene una letanía que se entona en su loor? ¿La tiene? Podéis jurar entonces, sin peligro, que no hay amor tan universal como el suyo sobre la tierra.

¿El amor que á María tenemos es el más hondo y general de la tierra, y sin embargo, no es la Madre de Dios? Si ella no lo es, ¿qué otro amor podríamos profesarle si lo fuera en realidad? ¿Dios, que es la verdad y la bondad mismas, había de permitir que sin serlo realmente amáramosá la Virgen María como si en efecto fuera su sacrosanta Madre? ¿Dios, la verdad y la justicia

por esencia y la perfección absoluta, había de permitir que toda la savia de la parte óptima de sus hijos muy queridos, los hombres, se perdiese por completo, evaporándose en honra de un error! ¡Absurdos y más absurdos! ¡Insensatez y blasfemias!

María, la Virgen Inmaculada, es la Madre de Dios. Consta de toda evidencia que es la madre del Ungido por lo que ella nos ama á nosotros y por lo que nosotros la amamos á ella. En presencia de su amor, más grande que los mares y del nuestro en sí tan pequeño, pero tan grande para ser nuestro, el corazón humano irresistiblemente exclama como los antiguos mártires en presencia del Procónsul y de las bestias feroces: "¡Credo! ¡credo! ¡Creo! Hasta la muerte creo!

Sí, Madre de Dios y Madre nuestra, te creemos y te amamos, y al creerte y al amarte, nuestro espíritu se regocija y saltan de júbilo nuestros huesos, como los del Rey santo. Nuestra alma se llena de alegría al contemplarte en espíritu sobre tu trono radiante, sostenida por ardientes querubes, rebosando en tí la gracia del Señor, reinando en los cielos y en la tierra y es-

tremeciéndose á tu nombre los infiernos; siendo la fuente de la misericordia y la dulzura; la alegría de las legiones angélicas; la palma de los mártires y la Madre de los que aun pelean sobre la tierra el buen combate; la grande esperanza y el impenetrable escudo de los que militan en el mundo y gimen en el valle de las lágrimas.

¡María, nuestra Madre la del cielo, cómo somos felices con tu felicidad incomparable! Al contemplarte, criatura sin mancha, siendo la eterna delicia del Padre, y el amor del Paráclito, y la Madre del Eterno Verbo; al considerar las cosas tan grandes y maravillosas que ha obrado en tu favor el que es Omnipotente, el júbilo nos estremece y arrebata, y sólo podemos exclamar con tus palabras mismas: "Glorifica nuestra alma al Señor y nuestro espíritu se llena de gozo al contemplar la bondad de Dios nuestro Salvador."



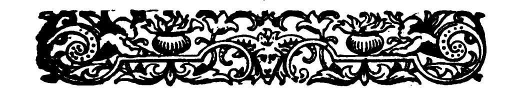
DISCURSO

pronunciado

EN LA ASAMBLEA GENERAL

DE LA SOCIEDAD CATÓLICA DE MÉXICO

la noche del 8 de Diciembre de 1875.



HE sentido el gozo inmenso que hizo palpitar el pecho de Colón cuando pisó la tierra de ese mundo que su genio había soñado, y que según la magnífica expresión de Schiller, si no hubiera existido hubiera brotado del seno de las olas expresamente para él, porque hay un pacto eterno entre el genio y la naturaleza, que obliga á ésta á cumplir lo que aquel promete. ¡He sentido ese gozo incomparable! Un libro que llegó á mis manos me reveló un mundo nuevo de amor y pensamiento. ¡Qué libro! Parece escrito desde una región del cielo, mansión sobrenatural donde moran espíritus á quienes los reflejos más cercanos de la luz divina, hacen vivir con la mirada hundida en visiones maravillosas é inefables. Sorprende hasta

el punto de llegar á dudarse si será el manuscrito de un ángel, ese libro precioso.

No es posible leerlo entre los afanes del trabajo, de los negocios y de las pasiones. De no leerlo á la luz de los primeros albores de la mañana cuando el alma está fresca como las brisas primeras de la aurora que sonríe, es necesario leerlo entonces en la noche, ya al acostarse, cuando el ruido del afán del día ha cesado, el espíritu ha recobrado su equilibrio, ha entrado el corazón en reposo, y la caldera del alma ha soltado el hollín que en la labor de cada jornada se queda apegado al cerebro humano como si fuese la escoria que dejan al fundirse en nuestro pensamiento, los vanos negocios de la vida.

Leyéndolo alguna vez en el peso de la noche, en el pleno recogimiento y profunda soledad, como impulsado por un resorte invisible y poderoso, he saltado de mi lecho para continuar su lectura de rodillas, hasta que el exceso de las lágrimas enturbiando mi vista me há obligado á extinguir la luz de la bujía y á arrojarme sobre mí almohada sollozando. Sus páginas son las confidencias de un querubín. ¡Qué libro

tan humilde y tan excelso! Una obscura y paralítica monja de Alemania, una pobre mujer de una ignorancia suma; pero que amaba mucho á su Dios, al entrar en oración iba elevándose poco á poco en éxtasis, hasta que en alas de una visión sublime comenzaba á contemplar extraños cuadros de cosas pasadas y futuras, que arrobaban su alma sencilla inundándola de suavísimas delicias.

La humilde cristiana hizo confidencia de sus excelsas y prodigiosas visiones á su confesor primero, luego á su obispo, al Santo Padre más tarde, y al último al mundo entero. Apenas se publicaron las sublimes visiones de sus éxtasis, cuando los sabios europeos de todas las nacionalidades y religiones, se apoderaron de ellas, para juzgarlas sin piedad. Después de algunos años de investigaciones prolijas y profundas que continúan aún, los historiadores, los anticuarios, los arqueólogos, los cronologistas y los filólogos, todos de común acuerdo, han exclamado con sorpresa: "No sabemos si cuanto esa monja ha dicho será igualmente cierto; pero en todo lo que está bajo el dominio de nuestra ciencia ha dicho co-

sas hasta antes de ella ignoradas, con una exactitud tan precisa que para decirlas á virtud de sólo la ciencia humana, hubiera necesitado atesorar ella sola mayor erudición, más estudio y más crítica que todos nosotros juntos." Estos hechos han pasado en nuestro siglo, y vivos están los sabios que han rendido sus testimonios.

El libro se intitula "La vida de la Virgen," y su autor se llamaba la madre Ana Catarina de Emmeriech, pobre monja de Dulmen en Alemania, que hace poco acaba de morir como una santa en ósculo dulcísimo de paz.

Ese libro es la historia de la vida de la Virgen María en todos sus más preciosos é íntimos detalles. Al leerlo creese estar leyendo sus memorias, escritas bajo su inmediato dictado. En él se enarra todo lo que hacía en su infancia, en el templo, luego en su humilde casa de Nazareth tibio nido de nuestra amable madre, que por un sentimiento impreso indeleble é incontrastablemente en todo corazón cristiano, ninguno hay que no la considere como propia, ni puede dejar de figurarse que si fuera á ella, la misma madre de Dios saldría á recibirlo

como á un hijo, con una ternura más dulce y más llena de esa amorosa confianza y trémula sorpresa, con que las buenas madres de la tierra reciben á un hijo largo tiempo ausente. Para los católicos, en Nazareth estuvo nuestro hogar común. Hemos de estar en el cielo ya, y todavía, por una fascinación de nuestro amor filial, hemos de estar buscando nuestra cuna por los rincones de la casa de Nazareth. Y sí es nuestra por herencia materna: nuestra Madre en su testamento de amor nos la dejó á todos sus hijos. Todos los católicos, los que fueron, los que somos y los que serán, tenemos derecho cada uno, á una arena de su suelo, á un átomo de sus muros.

¡Cómo sufrió la Virgen María en su huida á Egipto! Merced á ese libro, yo la he visto ir caminando por las quebradas sendas de ásperas montañas, y luego entrar al desierto mar de arena, de horizonte sin límite y de olas mortíferas con sus espumas de fuego. Y es cierto que le dieron alojamiento en esa ocasión unos bandidos, cuyo jefe acompañó al Paraíso al Salvador, en la tarde misma de su muerte; y lo es también el que la miseria se instaló como de asiento

en su hogar, cuando lloró desterrada en Heliópolis nuestra Madre.

En otra ocasión, cuando se dirigían á Belem á inscribirse en el censo ordenado por Augusto, mientras su santo esposo se encaminó á la ciudad á buscar un hospedaje que no encontró, la Virgen se quedó sola en las afueras de la población, y recargada á un árbol, en la hora ya del crepúsculo vespertino, abrumada de tristeza, de fatiga y de sublimes emociones, brotaban silenciosas las lágrimas de sus ojos y nuestra Madre querida se las enjugaba con la punta de su manto sin proferir una queja, sin exahalar el más tenue lamento.

¡El idilio de Betlem es sublime de sencillez y de grandeza! Las peregrinaciones de nuestra Madre al lado de su Santo Hijo, derramando el bien por los pueblos é impetrando siempre la misericordia divina en favor de los humanos, son como una odisea celeste. No hay ni puede haber tragedia más excelsa que la del Calvario, y según la expresión inmortal de Jeremías, no hay dolor como el dolor de María, al ver espirar á su Hijo, rindiéndose á la muerte, por amor á los hombres, la vida misma.

Jamás puede leerse la vida de la Virgen sin que el alma por endurecida que esté, exclame como en un arrebato involuntario, "no hay vida que sea ni comparable siquiera á la vida de María." No las vanas cualidades que pronto se marchitan y perecen pronto como la flor del heno, sino las dotes del espíritu que por su esencia son inmortales, son las que constituyen la grandeza humana. ¿En qué consiste la verdadera grandeza femenina sobre la tierra? La inteligencia, el amor y el sufrimiento que es el valor de la dulzura, son los tres vértices radicales de la grandeza de la mujer sobre la tierra. La virtud no es necesario enumerarla, porque ella es la base y el fin de todo lo que podemos llamar grande entre los seres finitos, y porque en último término ¿qué es la virtud, sino amor, el más santo, elevado y verdadero amor de todos los amores?

Hablando en un sentido y en un orden meramente humanos, es la vida de María un foco de inteligencia tan incandescente, un abismo tan grande de amor, un mar tan hondo de sufrimiento, que no se alcanza que pueda haber en el mundo real de la

existencia ni en el mundo ideal é interminable del pensamiento humano, vida alguna más alta, más plena, más vida, por decirlo así, que la vida de María de Nazareth. Allí están millares de historias y de tradiciones, de monumentos y de recuerdos de su vida, desde las profecías santas y los sagrados evangelios hasta las leyendas y cantares populares, desde las páginas de Epifanio y de Cirilo, hasta los cánticos de Buenaventura y las estrofas del poema de Orsini nuestro contemporáneo. El mundo entero conoce su existencia, y para todo hombre que ha salido de la barbarie, son hechos irrefragables, que María de Nazareth pensaba y hablaba en el tono altísimo del Magnificat; amaba con el acento con que le decía al Señor en las bodas de Caná, "los esposos no tienen vino," y la mirada con que perdonaba á los verdugos de su Hijo cuando lo enclavaban; y que sufría, en fin, con las lágrimas que derramó al recibirlo yerto en sus brazos, ó al verlo atravesar sangriento y demudado la calle de la Amargura!

Así pensaba, así amaba y así sufría la humilde doncella hebrea. ¿Hay vida alguna

comparable siquiera con la suya? Si su existencia está tan por encima de toda órbita del mundo real y del imaginario, que su vida supere á toda realidad y á toda idealidad; necesario es renegar de la razón ó confesar que María de Nazareth fué Madre de Dios, porque su vida fué la de la Madre de un Dios.

Conocemos la vida de María ¿Es verdaderamente superior á toda realidad y á toda idealidad humana? Toda comparación es absurda, y sin la santidad de la intención sería blasfemar, porque la vida de María es realmente incomparable; pero pidiéndola perdón antes de nuestra involuntaria profanación y con el solo fin de que pueda ser mejor apreciada la distancia enorme de las otras á la suya, no comparemos sino juzguemos las más grandes existencias reales y las más altas creaciones del ingenio humano, con los ojos fijos en la vida de la Virgen. Veremos entonces, que al lado de la suya, toda grandeza no es ni polvo siquiera.

En el gentilismo la grandeza ideal no se conocía. Yocasta la de Sófocles es un tipo que sobrecoge de repugnancia; horroriza Electra, tan rencorosa y sanguinaria: el

sacrificio inconsciente y sin objeto de Ifigenia en Aulide no puede interesar; Antígona, la hija de Edipo, fué incestuosa al fin; Brisais, la de Homero, era una esclava sin sentimiento alguno y disputada sola por su belleza como un vil trofeo de la victoria. La menos repugnante creación del ingenio gentil es Dido la de Virgilio, sin duda. Esta es la más pura y elevada creación de la poesía pagana, y sin embargo no conoce otro amor que el de los sentidos y remata su grandeza ahogando en el suicidio su oprobiosa pasión. Fuera de la idea cristiana no ha habido verdadera poesía. Era imposible que el gentilismo se elevase desconociendo el amor por completo, y teniendo y adorando como dioses las pasiones humanas. En la poesía del paganismo sólo es admirable, en ocasiones, la forma. La idea y el sentimiento son siempre detestables.

¿Y la poesía cristianizada, qué grandes figuras ideales ha producido? La Clorinda del Tasso y la Margarita de Gœthe, son menos bellas que la Julieta de Shakespeare, la Graziella de Lamartine y la Atala de Chateanbriand. Julieta ama mucho á un hom-

bre con un amor que no puedə llamarse impuro; pero que en sus trasportes no sólo pasa los límites de la castidad, sino los de la dignidad femenina y los del decoro social. Su amor, tan destituido estaba de elevación y tan de la tierra era, por decirlo así, que el veneno y la tumba de un doble suicidio fué su postrer vuelo y su último horizonte. Atala es menos grande que su escena, llena de la majestad del desierto y de los encantos de un mundo virgen. La fe de Atala fué incipiente, y la abnegación de su amor á un solo hombre, le hizo romper muy de repente los vínculos de su familia, de su tribu y de su raza, respetables siempre. Interesa el amor de Atala, pero no se llora por ella realmente, hasta que se muere. Graziella, la sencilla hija del pueblo, pero nacida en un mundo civilizado, es más interesante que Atala. El rubor que se confunde en sus mejillas conel polvo del coral que pulimenta: las oraciones y las flores que ofrece á la Madona su piedad ingenua: su abnegación llena de confianza, su primer amor henchido de ternura inocente y delicada, hacen á Graziella muy amable; pero en último término no es más que una po-

bre criatura cuyo amor está limitado á un solo sér; lleno de impaciencias y de desesperaciones como todos los amores de la tierra: y que al fin se extingue en la amargura de una ausencia sin término, dejando la triste huella de un recuerdo en un solo corazón ingrato.

Julieta, Graziella y Atala, ¿qué son sino tres notas limitadísimas del amor humano, sino tres pobres criaturas débiles, tres vasos frágiles que una sola gota de amor que no pudieron contener hizo estallar? Son de las más sublimes creaciones del genio del hombre en su más alto vuelo, del sentimiento humano en su expresión más delicada, y apenas, sin embargo, suman las tres una lágrima del sufrimiento, un tenue rayo de inteligencia, una gota pequeñísima de amor. ¿Son siquiera comparables Julieta, Atala ó Graziella á la Virgen? ¡Pero no! Si sólo formular la interrogación es una blasfemia. María está mucho, muy alta inconmensurablemente, sobre las más sublimes creaciones ideales de la poesía humana. Y ésta es la gran prueba de que existe realmente. Si la Virgen no hubiera existido todo el ingenio humano reunido,

no hubiera bastado para inventarla. Los hombres podemos mentir alterando la verdad que está dentro la órbita de la inteligencia; pero en el tipo de la Virgen todo tiene que ser verdad, porque todo él está fuera del alcance de nuestras creaciones.

La excelsitud de la Virgen María en el mundo ideal, es absoluta é incontestable.

¿Es asimismo evidente su incomparable superioridad en el mundo de las existencias reales? La realidad sobrepuja á la imaginación: nos imaginamos un número muy alto, y es mayor el de las arenas del mar y el de las estrellas de los cielos: multiplicamos distancias en el pensamiento, y no igualan las de un astro: nos imaginamos algo blanco, y la nieve lo es más. La potencia del pensamiento humano en su alcance es indefinida; pero es muy limitada en sus facultades creadoras. Todo es obra de Dios; pero por regla general sus obras son más grandiosas á medida que disminuye el número de los agentes intermediarios, como si el carácter de la Omnipotencia más genuino, fuere sacar directamente el sér de la nada por la sola energía de su eficacia. Todas las creaciones ideales de la

poesía humana no se elevan á la altura de una grandeza real. La historia presenta figuras más grandes que la poesía de los pueblos.

Y en el mundo de la realidad, ¿habrá existencia alguna que sea aunque á inmensa distancia comparable á la de la Virgen? A su lado el heroísmo más insigne, el más elevado sentimiento, el poder más extenso son átomos imperceptibles. Juana de Arco, el más sublime heroísmo femenino; Santa Teresa, la más elevada inteligencia que ha hervido bajo cabellera de mujer, y el corazón más amante que ha latido bajo sayal de monja; é Isabel la católica, la reina que ha ejercido su vasto poder con más benéfica trascendencia, ¿qué son en presencia de María?

Juana de Arco en el secreto de su oración sencilla como su alma, recibe la mística confidencia de su singular destino. La pastora de Domeremy ha sido escogida por el Cielo, para ser el ángel de los combates que debe salvar con la fe la libertad de Francia. Su pecho destinado á sentir sólo los latidos del amor y á conmoverse con los tranquilos goces del hogar, se cubre con la ar-

adura del guerrero, y el débil brazo de
doncella de Orleans, que sin una misión
xpresa del cielo apenas hubiera podido sos-
ener una espada, señala con la punta de
lla á los aterrados vasallos de Carlos VII
el sendero del valor y de la gloria. ¡ Cuán-
tas contrariedades, decepciones, ultrajes y
peligros encontró esa pobre niña en su ca-
mino, sin doblegarse ante ellos y sin exha-
lar una queja! Tenía á un tiempo mismo
su corazón, la dulzura de la paloma y la
fiereza del león. Pero era siempre criatura
humana de la misma frágil arcilla que to-
dos, y se irritó con desesperación ante la
calumnia y tembló sobrecogida de espanto
en presencia de la hoguera. El ruido de
las armas ahogó en ella la voz de la sabi-
duría, y la guerrera ilustre nunca supo ni
leer siquiera.

Santa Teresa de Jesús. ¡ Qué corazón y qué
cabeza! De los no inspirados directamente
por Dios como los profetas y los apóstoles, se
cree que el de Santa Teresa es el genio más
grande que ha conocido el mundo después
del de San Agustín. Fenelon leía constan-
temente las obras de esta Santa y solía de-
cir: "olvídeme yo antes de mí mismo que

olvidarme pueda de Teresa de Jesús." ¡Qué homenaje de un genio á otro mayor! Y todavía poco era lo que Santa Teresa pensaba en comparación de lo que amaba. El himno de su corazón fuése elevando en notas tan altas, que ya casi los ángeles las hubieran comprendido como si fuesen palabras de su propia lengua, si Santa Teresa las hubiera emitido en el cielo. Algunos suspiros del amor que devoraba á la monja de Avila no hubieran producido disonancia en un coro angélico. En sus últimos días, Santa Teresa no debe haber balbutido con sus labios, ya húmedos de aspirar ambiente de cielo, otras palabras que las del Cantar de los Cantares. "¡Circuidme de flores, porque languidezco de amor!"

Y Santa Teresa, sin embargo, no era en toda su grandeza más que una mujer fundida en el molde mismo que todos los humanos. Resistió al principio á la voz del cielo, malas lecturas le emponzoñaron el alma y ella misma dice, que estaba henchida de faltas y de imperfecciones!

El poder es el más trascendental de las grandezas de la tierra. Los que mandan á los pueblos son como los dioses limitados

de la tierra, que visiblemente representan al verdadero y único soberano de todas las cosas. Por eso es un crimen tan grande usurpar la soberanía de un pueblo: es querer suplantar fraudulentamente á Dios. Así como no hay detestación proporcionada para el crímen de los que usurpan la soberanía para el mal, tampoco hay elogio bastante para las que legítimamente apacientan á los pueblos en nombre de Dios y para Dios.

¡Isabel la Católica fué en verdad una reina grande! Obradora insigne de paz consigo misma y con los otros, dió la paz á sus vasallos: la santa paz hija del cielo que es el buen rocío del Señor sobre los individuos y las familias: que hace felices á los pueblos y multiplica sin término las generaciones venturosas. Isabel entró á pie y con la cabeza inclinada á la gentíl y codiciada Granada, para que sólo la cruz entrase triunfante. Sus conferencias en el camarín de su tienda, allá en Córdoba, con Colón, ¡qué conferencias aquellas de genio á genio! Y esa misma Isabel de Granada, de Colón y de Gonzalo; urdia, humilde esposa, tela para su marido; y rezaba con todas

sus bellas damas sus fervorosas oraciones, bien puesta de rodillas y con grande recogimiento y devoción. "Hijo mio, Diego, escribía Colón desde Segovia cuando murió Isabel, hemos perdido á nuestra madre." Una sola cláusula del testamento de esta reina valía más que todos los tesoros, los cetros y los mundos que en él dejaba. "Cuando muera, decía, que no sea vestido mi cuerpo, sino envuelto en los cobertores mismos de su último lecho, sin descubrirlo." ¡Ese cuerpo tan casto merecia bien el alma tan grande que le tocó!

Isabel estaba fundida en reina, pero era del mismo barro que nosotros. Cuando Isabel marcha en medio de su gloria, seguida de Colón y de Gonzalo como de su cauda de genios; se presenta de repente llorosa y detiene el paso de su real cortejo, la Beltraneja infeliz, grande con sus desventuras, sus lágrimas y su justicia.

Juana, Teresa é Isabel, ¿qué sois vosotras en presencia de María? ¿Cuál de las tres os sentís limpia de toda imperfección, de toda debilidad y de toda mancha? El prestigio de su heroísmo, de su poder ó de su genio con ellas murió. Juana de Arco fué enterra

da con su espada; con su toca monjil Tereresa; y con su corona Isabel. ¿Quién ha reinado más allá de su tumba? ¿Por qué sólo el reinado de María es inmortal, se va engrandeciendo con los siglos, y el tiempo que todo lo mata á él cada día lo vivifica? En presencia de María todas las grandezas de la tierra son un puñado de polvo, tan pequeño, que el aire que hace con sus alas un insecto al zumbar, es un huracán que lo disipa. Las más grandes figuras históricas al lado de María, ¿qué són? Escuchemos su propio testimonio. La doncella de Orleans consagra su espada sobre los altares de María: la estática de Avila ante su imagen se arrodilla para elevarse en gracia al cielo; y á los pies de María pone su corona la ínclita reina de Castilla.

Si en el mundo de la realidad algo ha existido grande, su mayor grandeza ha sido la luz que reflejara de María. Nada hay en el mundo ideal ni en el mundo de la realidad, que sea ni siquiera comparable á Ella. Un paso más y caemos de rodillas en presencia de María.

María no es una mentira, porque no cabe mentira tan sublime dentro de la órbita de

la impostura humana. María es una realidad, y tan por encima de todas las realidades de la tierra, que en presencia de su vida sin ejemplo y sin imagen, nuestra razón tiene que colocarse en esta disyuntiva ineludible: María es la Madre de Dios, ó sin serlo tuvo todos los dones, las gracias y las santidades que la madre de un Dios hubiera tenido. Su excepcional grandeza se comprende siendo María la madre de Jesucristo. Pero repugna á la sabiduría infinita, el que Dios haya creado un sér tan excelso en todo género de excelsitudes como María, para que no fuera su madre, la madre de un Dios hecho hombre por amor á los hombres.

María de Nazareth es sin duda la madre de Jesucristo Dios y Hombre verdadero. ¡Ojalá y la verdad conocida no sirva sólo para que seamos más rigurosamente juzgados! Tiembla hasta la raíz el alma, al pensar lo muy amable que es María y lo muy poco que la amamos. Si la bondad de la madre nuestra, no excediera en mucho, inmensamente á la maldad nuestra, estábamos todos irremisiblemente perdidos. Tal parece que nos hemos propuesto los humanos amarlo todo, menos á Ella.

¡Se confunde el espíritu verdaderamente, sólo de considerarlo! La gloria humana ¿qué es? Un relámpago de luz fatua, que no ha brillado aún cuando ya se extinguió. No hay cronómetro capaz de marcar los rápidos instantes que vive la hermosura. Aun no se encuentra un oro tan precioso que alivie el más pequeño dolor del alma ó del cuerpo. ¿Qué sabio pensó después de muerto, qué rey dictó leyes y cual conquistador fué temido cuando sobre sus cuerpos cayó la losa de sus tumbas? Nuestra vida es tan corta, que el reloj del tiempo para medirla, se sirve de un instantero de segundos, El mundo todo en verdad ¿qué vale? ¡Nada! Y sin embargo lo amamos con toda el alma, y no hay cosa vana, sobre la que no derramemos nuestro amor á torrentes.

Después de Dios nada hay en si mismo tan amable como María. Sabia es, santa, compasiva, dulce, amante y poderosa. Llena está de gracias, de tesoros y virtudes: es la amabilidad misma, y no la amamos sin embargo. Para con ella somos duros é ingratos con una alevosía tan negra y tan pérfida, que el hombre más bondadoso de la tierra no nos hubiera perdonado una vez

lo que María nos ha perdonado setecientas. En cuanto á mí, siento que si yo fuera dos hombres y me hubiera hecho á mí mismo, lo que he hecho de injurias á mi amorosa Madre, ya yo en un arrebato de justa indignación, después de escupirme la cara me hubiera estrangulado por ingrato y por in fame.

La amabilidad de María, por una parte, y nuestro desamor por la otra, sería un contraste capaz de volvernos locos, si una frase de San Pablo no lo explicara todo. Siento en mí dos hombres, decía el apóstol. Si San Pablo se sentía dos hombres, nosotros debemos sentirnos la mitad hombres y la mitad demonios.

¿Qué haremos, pues, para amar mucho á María? Tal vez se acercan ya los tiempos en que de un golpe y en una sola moneda le paguemos todo el amor que le debemos. Las lágrimas del sufrimiento contienen una cantidad inmensa de amor, y son esencia de caridad condensada en briilantes. ¡En llanto vamos á pagarle nuestra deuda!

Y de sufrir oportunidad tendremos. Quién sabe qué flota en la atmósfera, semejante á la cauda del ángel de la ira del Señor. Pa-

rece que todo lo bueno se aleja para dejar sólo una masa maldita donde el fuego de la cólera divina pueda cebarse sin piedad. ¡ Pero no! Dios es compasivo y bueno. Hay misericordia, aun en las entrañas de su justicia. Los cristianos debemos ser los árabes del Providencialismo. Un solo versículo de nuestros libros bastaría para consolar de las más grandes desventuras á la humanidad entera; el de aquel cabello y la hoja aquella, que no cae el uno ni se mueve la otra, sin la voluntad de nuestro Padre que está en el cielo.

La carne es flaca y tiembla al recuerdo de aquella arena del Circo empapada en sangre cristiana; al del cadalso de Lord Strafort se estremece: y en presencia del patíbulo de María Stuardo se inunda de pavor. Y en el punto á que hemos llegado es imposible todo engaño: el tórculo está levantado y á la primer vuelta de su manubrio nos triturará los huesos. De nnestros hermanos en fe, quién sabe cuantos se morirán de hambre: cuantos iran á dejar sus huesos en tierras extrañas y remotas: y cuantos tal vez más afortunados, dejarán la cabeza en el patíbulo.

El horizonte está negro y amenaza desatarse una tempestad de sangre. Las persecuciones han producido en otros siglos, apóstatas, combatientes y mártires. ¡Hagamos un pacto, digna ofrenda á la Madre amorosa de un Dios todo amor! El primero de nosotros, que por la gracia del Señor suba al cielo, le pedirá á María de hinojos ante su trono, que la persecución en México no produzca un solo apostata, no haga brotar un solo combatiente, sino que sea fecunda únicamente en mártires!

¡Vírgen María, óyelo bien! Desde hoy te dejámos solemnemente emplazada, para cuando la ola se encrespe enfurecida y nos arrastre mugiendo entre sus tumbos de sangre!



DISCURSO

pronunciado

EN LA ASAMBLEA GENERAL

DE LA SOCIEDAD CATÓLICA DE PUEBLA

la noche del 8 de Diciembre de 1881.



SEÑORES Y SEÑORAS:

MARIA! Tu nombre más suave que el murmullo de la brisa y más dulce que el zumo de las flores, sea la luz de mi inspiración y el ritmo santo de mi acento. ¡Hablar yo de tí! ¿Qué diálogo es posible entre un grano de arena y una estrella? ¿Qué podrán decir las tinieblas de la luz? ¿La nada tiene por ventura voz alguna con que entonar himnos de alabanza? Madre yo sé que eres buena: acepta mi pobre ofrenda. Con mi ejemplo, quiero probarte que hasta los malos te amamos; que tan buens eres que les permites ensalzarte, aun á los mismos que tanto te han ofendido.



El Venerable Padre Alonso Rodríguez, después de San Ignacio de Loyola, quizás la cabeza más fuerte que ha producido la Compañía de Jesús, en un lugar de su incomparable libro. "Ejercicios de Perfección," dice: "que la volnntad es una potencia destinada á ser dirigida por la razón, como por el timón la nave;" y en otro lugar añade: "que para que el amor vuele alto y recto, la razón debe prestarle alas, desmenuzando antes despacio y bien, las verdades que deben inflamarlo."

Para el cristiano, el amor á María no sólo es deber sino el más grande de los consuelos; amar á la Virgen es el mejor presente, después de la redención, que los cielos pudieron hacer á la tierra. En la eternidad, una de las más grandes é inefables delicias de los bienaventurados, será amar en plenitud de espíritu, á la más bella y más amable de las criaturas. "¡Cómo será el gozo de los elegidos, en viendo allá en los cielos, tal cual es á la Virgen Santa!" exclamaba Fray Luis de Granada, el de la

cabeza de ángel y corazón de paloma; ése Fray Luis, que al pasar por las plazas, se sabía en qúe templo predicaba, por los sollozos de amor y de dolor que arrancaba á sus oyentes.

Sé me dirijo á corazones católicos que no necesitan pruebas, pues no lo serían, si no ardiese en ellos inextinguible como el fuego en el antiguo templo, el amor de los amores, el amor á María, que da inteligencia grande á los que la aman, y que hace escribir en el eterno libro, la suerte feliz de los que la invocan reverentes. ¿Maa por qué la amamos? ¿Es amarla una engañosa ilusión? ¿La hemos forjado en el delirio de nuestras aspiraciones incesantes, hacia el ideal de la belleza y la bondad? ¡Blasfemias! María, la doncella humilde de Nazareth; la que lloró en el Gólgota; la que subió á los Cielos, donde convertida la gracia que en ella rebozaba, en gloria y poderío, vive Inmortal; es una realidad más palpable, una verdad más evidente que el aire que respiramos, que el fuego que nos vivifica y que la luz que nos alumbra.

Como el avaro su tesoro, pláceme revolver las pruebas incontrastables de la ver-

dad de nuestra fe, para que bien henchida la inteligencia de convicción, se encienda el corazón hasta consumirse de amor. Entre las innumerables pruebas de su verdad, para más corroborar nuestras creencias y para más avivar nuestro amor á la Madre de Jesucristo, bastará fijarnos en los tres especiales caracteres que distinguen, el amor que á María profesamos los mortales.

Lo mismo la aman los espíritus más enérgicos que las almas más sensibles y delicadas; las más altas y profundas inteligencias, que los entendimientos más rudos. Es el amor á María en sus prodigiosos efectos, el más eficaz de los amores. Brotado una vez en el corazón humano, nada es capaz de borrarlo; no puede extinguirse sino al fuego de la justicia infinita. Si el amor á María, es el más universal, el más eficaz y duradero de cuantos puede encerrar el corazón humano, verdadero tiene de ser, ó la humanidad entera está demente y la razón es la locura entonces.

***

Para amar á María, cita parece que se

han dado en un mismo afecto, á través de la distancia y de los siglos, los más rudos heroísmos y las más tiernas sensibilidades; las más poderosas inteligencias humanas y los espíritus más humildes y sencillos ¿Sabéis quienes fueron Cortés y San Buenaventura? ¿Quienes Santo Tomás, San Agustín y Bernarda Soubirous?

¿Queréis ver á Cortés? Abrid las páginas del soldado de la conquista Bernal Díaz, encantadoras por su verdad y sencillez, y en ellas encontraréis el mejor retrato moral y físico del conquistador, á cuyo lado se ve pequeño de talla al mismo fabuloso Aquiles. "Pálida tenía la color, dice Bernal, y las barbas ralas y prietas: anchas las espaldas y bien levantado el pecho. Muy diestro era en armas y caballos; tenía los ojos serenos y amorosos, menos cuando se indignaba; y sobre todo, añade Bernal, hombre de mucho y muy grande corazón: que es lo único que hace á nuestro caso."

¿Quién era ese Cortés y qué hizo? No tenía mas que su corazón y su espada; y un día se dijo á sí mismo: con ésta me he de hacer dueño de un mundo, y pasaron días,

y con ella mas tierras ganó para su rey, que reinos heredara éste, de todos sus progenitores. ¿Qué hizo, preguntáis? Tornaron los que le acompañaban la mirada un día hacia las naves que les habían traido, y Cortés sin temblar, incendió esa última esperanza de los cobardes. Muy cerca de aquí, el amor en una noche deslizó á su oído una pavorosa confidencia: Cortés irguiéndose en el acto, desnudó el acero y mató tanto, que aun está resonando á través de los siglos, el lúgubre gemido que en su dolor lanzó Cholula. "Mató tanto en esa noche, que hasta el cabello se le tiñó en sangre; y que para salir al día siguiente de Chololán, tuvo que trepar sobre montones de cadáveres."

Más tarde, impaciente de llevar un tan largo asedio contra México, él mismo conduce á los suyos al asalto. Los sitiados se defienden; los de Cortés retroceden y lo abandonan. Rodeado de enemigos y solo, no le faltan ni el corazón ni el brazo, y se salva á sí mismo, á fuerza de heroísmo y de pujanza. Al referir este suceso, el buen Bernal Díaz no tiene más que una sola exclamación, que supera toda elocuencia con su mismo laconismo. "Ah! exclama Bernal

¡mostróse entonces allí, muy varón el Don Hernando"! En verdad que no era el de Cortés un corazón medroso ni cuitado. Y ¿sabéis qué amor imperaba en ese espíritu indomable, y hacía doblegar la frente de ese hombre de gigante aliento y de energía de bronce? ¿Sabéis cual era la imagen santa que llevaba bajo su casco, para que cual talismán divino, lo preservase del peligro y de la muerte? Preguntadlo al mismo Bernal "llevaba siempre consigo Don Hernando, dice Bernal, la imagen de la Sra. Santa María, de la que era muy devoto, como debe serlo todo buen cristiano."

Impera, pues, el amor de María, sobre los más rudos heroísmos, que la aman y la invocan entre el fragor del combate, y el doble humo de la sangre y de la pólvora.

Qué contraste forma el pecho de diamante del más insigne de los conquistadores, con el blando corazón del Doctor seráfico. Pocas rasgos bastarán á fijar el bellísimo perfil moral, del grande San Buenaventura. El hijo de Juan Fidanza y de María Retell, á los veintidós años toma el hábito del humilde San Francisco; estudia bajo la disciplina de Alejandro de Halles, y marcha á

París á recibirse de Doctor con Santo Tomás, y allí enseña teología con inmenso aplauso. A los treinta y cuatro años es general de su orden, cuyo instituto restablece. Muere Clemente IV; la sede pontificia queda vacante tres años; y no pudiendo los cardenales concordarse sobre la elección del nuevo pontífice, la dejan al arbitrio de San Buenaventura, empeñándose con solemne promesa en reconocer al que eligiese, aun cuando se nombrara á sí mismo.

Digno era San Buenaventura, de este honor sin ejemplo hasta entonces ni después, en la historia. Su virtud y su mérito eran tan admirables, que amigos ni enemigos pudieron excusarse de alabarle. Bellarmino el sabio, le llama "querido de Dios y de los hombres." Alejandro de Halles, su maestro, solía decir: "que Adam pareció no haber pecado en Fray Buenaventura; Gerson el santo, asegura que de todos los Doctores católicos, es el más propio y más seguro para ilustrar el entendimiento é inflamar el corazón; y el mismo Lutero en fin, el heresiarca procaz, obligado se vió á llamarle varón excelentísimo," "prestantissimus vir."

Las grandezas de San Buenaventura, en toda su imponente magnitud, pequeñas son sin embargo, comparadas con el fuego de su amor, con la increíble ternura de su corazón. Se duda si entre los simples mortales, el alma más delicada y tierna, sería la de Santa Teresa de Jesús ó la de San Buenaventura; estas dos bellas almas, comparten la soberanía del reinado sin lindes, del sentimentalismo humano. Del hermoso corazón angélico de San Buenaventura, brotó el "Salterio de la Virgen," ese pequeño libro después del Kempis, el más inspirado tal vez de todos los libros humanos. Tanto amaba á la Virgen María, que á él se debe, que las campanas toquen todos los días á determinadas horas, para recordarla á los fieles, cuando el bronce sagrado la saluda.

¿Por qué el más áspero heroísmo y el sentimiento más tierno, entonan unísonos, himnos de amor á María?

De los hombres que no han sido directamente inspirados por el Espíritu Santo, como los profetas y los apóstoles; no hablo de Daniel, que ve en lo futuro; de San Juan, que asiste á la consumación de los tiempos; ni de San Pablo, que es arrebata-

do en espíritu, hasta el tercer cielo. De los hombres inspirados sólo por la gracia, se cree y con razón, que las dos más altas inteligencias que la humanidad haya producido en el curso de los siglos, sean las de San Agustín y Santo Tomás de Aquino; el Platón uno, y el Aristóteles el otro, del cristianismo. San Agustín levanta la mirada y se lanza al espacio; como las águilas, se cierne sobre las nubes y mirando al sol de frente, trata de la gracia, es decir, del más hondo abismo del amor y de la justicia de Dios para con los hombres. Santo Tomás cierra los ojos, inclina la cabeza y en sus meditaciones, profundiza y cava dentro los más hondos abismos y arcanos de todo humano saber; ve casi como los ángeles, todos los efectos en sus causas. San Agustín y Santo Tomás, la más elevada y la más profunda de las inteligencias humanas, tanto amaban ambos á la Virgen, que hasta hoy día la humanidad entera, y la Iglesia misma, está en duda, si esa oración de lágrimas y de esperanzas, de perlas y de brillantes, "Acuérdate oh piadosísima Virgen María" es de Sto. Tomás ó de San Agustín!

¡Quién no conoce á Bernardette Soubi-

rous, la humilde campesina, la hija ignorante del pobre molinero de Lourdes? Apenas sabe leer y apenas si puede hablar. Jamás ha aprendido cosa alguna, todo lo ignora; y sabe sin embargo lo que vale más que todas las ciencias, amar á una Virgen tan santa, tan poderosa y tan buena, que no se desdeña de bajar al llamado de la pobre niña, para decirle con su propia voz, que es la armonía más sublime de los cielos: "Yo soy la inmaculada Concepción."

¿Por qué Agustín y Tomás, le dan la mano á Bernardette y y caen juntos los tres de rodillas ante la Virgen? ¿Por qué ante ella se abrazan, para fundir en un mismo amor sus corazones, Hernán Cortés y el hijo de Juan Fidanza? El que niegue que el amor á María es el amor de todos los lugares y de todos los siglos, de todas las inteligencias y y de todos los corazones, tiene que ser ó un réprobo ó un insensato.

***

El amor á María , no sólo es universal, sino después del de Dios, el más eficaz de

cuantos amores pueden contenerse dentro el corazón humano. La raíz del pecado es la soberbia del espíritu, según San Juan; y de ella brotan la soberbia de la vida, la codicia de los ojos y la codicia de la carne. Es tan maravillosa la transformación que el amor de la Virgen opera en el corazón humano, que sólo á su influjo se comprende puedan brotar en él, las virtudes más contrarias á nuestra naturaleza; á nuestra naturaleza, caída en Adán, corrompida y degradada por el pecado; pues es verdad teológicamente, que la gracia no contraría, sino que ayuda y levanta la naturaleza humana.

El amor á María obra prodigios más grandes que el del horno encendido y del lago de los leones; prodigios diarios que todos hemos sentido dentro nosotros mismos y visto en los ajenos corazones con nuestros propios ojos. En potencia perseverante y tenaz, la más fuerte de las pasiones humanas es la codicia, el terrible "amor habendi", amor de tener, de que bablaba Cicerón. El fuego voraz de la codicia, divide padres é hijos y separa al hermano del hermano. La codicia endurece los más aman-

tes corazones; por codicia los padres..... las madres mismas, venden y sacrifican á veces, lo único. ¡Dios mío! que pareciera invendible sobre la tierra, la felicidad de sus hijos!!

Cuando una mano humana se cierra para defender la moneda que tiene dentro, no se han encontrado aún, ni acero bastante templado, ni tenazas bastante poderosas, para poder abrirla. María desde su trono de luz y de gloria, arroja una mirada doliente sobre ese puño cerrado y esa mano se abre; y hospitales se fundan y orfanatorios se levantan; pan hay para el hambriento y no tienen ya frío los niños abandonados.

No tan tenaz cual la codicia; pero pasión más violenta es la del odio. La venganza y el odio, son como la parte más florida, del tremendo acervo hereditario de Adam. Sólo por Dios es posible amar á los hombres; por nosotros mismos, los mortales somos no sólo indignos de ser amados, sino con razón odiosos y abominables. En fuerza de años, de sudores y de privaciones, hemos logrado hacer nuestra, una pequeña porción de esos miserables bienes de la tierra, tan impotentes para hacernos felices; pero tan

disputados por todos y tan necesarios para sostener nuestra misma miseria: á fuerza de ternura y de desvelos, hemos logrado que sean nuestros, el corazón de una esposa legítima y santamente querida; y el de una hija, sólo girón de paraíso, que nos da sombra en este ardoroso valle de las lágrimas. Viene otro hombre y se lleva nuestros bienes: mancha con sus pasiones nuestro honor: mata con su hálito nuestra dicha y envenena con su ponzoña nuestra vida. Arde entonces de ira nuestra frente y abrazado en rabia el corazón, gritamos ebrios de furor, ¿dónde está? quiero vengarme; matar debo sin piedad, al ladrón de mi honra y al asesino de mi felicidad.

María entonces desde la cumbre del Calvario, llorando nos mira y vuelve su mirada á su hijo Sacrosanto que expira sin rencores y amando. Lo ve á El y torna á mirarnos, y entonces la soberbia calla en nosotros, se apaga la ira y cosa imposible, tres veces imposible, pero cierta, el perdón brota de nuestro ulcerado corazón.

Más impetuoso que el del odio, es el oleaje embravecido del amor. Dichosos los que

sobre la tierra, saben odiar lo que es amable. ¡Más cedros han derribado las brisas murmuradoras del amor, que los desatados huracanes de la ira! Es ligera, perfumada y movible su cabeza; son amorosos y llenos de luz húmeda sus ojos; es débil y medrosa; sabe suspirar y gemir; es abnegada y tierna; nació para amar y ser amada; cuando habla caen perlas en taza de cristal y se escuchan acordes de armonías vagas y lejanas: es suave como vellón de seda y perfumada como aroma de flor. Es hembra, palabra que todo lo dice en boca de varón, según la frase inmortal del insigne dramaturgo Don. Pedro Calderón. En su presencia, el hombre deslumbrado y demente, no tiene más que una sola lógica enseñada por Satán, las pasiones: es hembra y es bella, luego es mía; y ¡ay! del que se atreviese entre ella y yo!

María entonces, desde su solio de estrellas, con su túnica blanca como la pureza; su manto más azul que el puro azul del firmamento; un solo rayo arroja de la luz que irradia su corazón de azucenas, sobre el manchado corazón humano, y ese corazón se purifica y queda más limpio que el albor

de la mañana. Torna el rostro le dice y marcha sin volverlo más; y ese hombre se vuelve del borde del abismo, y retrocede y marcha. No basta, le dice María; arranca ahora de tu corazón ese sentimiento. No puedo le grita el hombre, llorando y retorciéndose en su dolor; mas obedece al fin, puede entonces y arranca de su pecho esa afición banal. Más aun, torna la Virgen Santa á decirle; borra esa imagen peligrosa de tu mente. ¡Imposible! si es tan bella, grita el mísero mortal; pero al fin la borra de su mente con sus propias lágrimas y la bella engañosa visión por siempre desaparece.

Si ese amor fecundo en prodigios, raudal copioso de virtudes, generador de cuanto hay en el mundo de grandioso y de sublime; si el amor que abre la mano del codicioso y del avaro, que apaga la hoguera del odio y del rencor, que hace cerrar los ojos al deleite y tornarle el rostro á la mujer querida, no es el más hondo y eficaz de los amores, no hay entonces amor sobre la tierra ó amor es sólo una palabra sin sentido.

***

Y no sólo el más eficaz, sino el más profundo y duradero de todos, es el amor que inspira la madre de Dios á los mortales. Tan hondamente impreso está en el corazón humano que sólo puede borrarse, una vez grabado en él, con el fuego inacabable del infierno.

Malos testigos son de las grandes verdades, los que medio ebrios y tambaleantes con el dulce licor de sus prosperidades, los que sentados á la mesa del festín espléndido de la vida, se sienten hartos de dichas pasajeras y de glorias terrenales. El móvil de las almas justas, de la porción reducida de los elegidos de corazón recto y sencillo, es el amor sin duda. Amar el bien en sí mismo, porque es en sí infinitamente amable, es el don precioso que Dios otorga á sus predilectos: ese fué el lote que cupo en suerte á la legión de los mártires, al coro de las vírgenes, y á la muchedumbre de los penitentes que cubren su cabeza con la ceniza de sus propias amarguras sufridas con

paciencia y en lacrimoso júbilo, según la expresión de un ilustre apologista.

En estos corazones elevados, el nombre de María, es la nota más alta del himno de sus alegrías. Por desgracia la mayor parte de los humanos, ingratos somos en la prosperidad y duros nos tornan los mismos beneficios. El más serio y profundo de los pensadores paganos, Tácito, el historiador que más ha conocido la debilidad del corazón humano, decía lleno de convicción y de amargura: "sólo es posible gobernar á los hombres por el interés y el miedo; por el interés móvil único de las almas viles, y por el miedo, digno resorte de los corazones degradados"....

Quizás el común de los mortales olvide á María en los cortos días de la salud, en las horas sonrientes y ligeras de la prosperidad; cuando la juventud y la alegría rebozan; cuando la abundancia y con ella los amigos, nos circuyen. Los felices, escrito está, no serán nunca los testigos de las verdades inmutables; de esas verdades eternas, que el tiempo no ha de morder y á las que no han de quitar ni una sola tilde, siglos de siglos sin fin.

El que una vez llegó á conocerla, olvidar puede á María en el estruendo del júbilo mundano; en las criminales embriagueces de la prosperidad y alegría, que pasan como sombras vanas de un vane fantasma. Que sople el viento de las adversidades y que el dolor arrecie; y entonces cierto es, que no será olvidada. ¡ Primero que de Ella los mortales se olvidan de sí mismos!

Apelarse podría á todos los testimonios y á todas las conciencias, si alguien se atreviera á dudar de verdad tan evidente. Cuando la miseria llama á nuestras puertas; cuando la enfermedad se sienta al borde del lecho de un sér que nos es querido; cuando el dolor nos zarandea, como en la criba el trigo es sacudido ¿á quién volvemos el rostro suplicante entonces? Cuando el cañón atruena, las balas silban y los nuestros comienzan á desplomarse à nuestro lado, ¿á quién invocamos entonces? Ruge el viento, la ola se hincha embravecida y espumosa, gimen las cuerdas y crugen los costados de la nave combatida sobre el abismo, ¿qué nombre posa entonces sobre todos los labios balbucientes y secos? Agoniza una hija; cierra un padre los ojos para siempre;

una idolatrada madre lanza el postrimer aliento é inclinando la cabeza expira en nuestros brazos, ¿qué nombre se percibe en el estridente grito, que el dolor nos arranca entonces?

El más hondo y duradero de todos los amores debe ser el que María inspira, puesto que sobrevive á todas las desgracias y acompaña á los mortales hasta la tumba. Muy hondo debe ser, cuando es el amor del que tiene hambre y sed; del huérfano desvalido y la viuda inconsolable; del enfermo y del atribulado; cuando crece con el dolor y se acrisola con las lágrimas; cuando puede consolar de la pérdida de una hija única; y de la de un padre y una madre, que no pueden tenerse más que una vez! Creed que después del de Dios, es el más profundo de todos los amores, el que puede distinguirse á través de la amarillenta flama, del cirio que ha de alumbrar el estertor de nuestra agonía.

¡Es hondo sí, más hondo que los mares, el amor que María inspira!

Si después del de Dios mismo, el más universal, el más fecundo y eficaz, el más hondo y verdadero de todos los amores es

el que María inspira, verdadero tiene que ser ese amor. Y si es verdad ese amor, verdad tiene que ser la que lo inspira: María, la madre del Señor y madre nuestra; la Virgen santa, llena de gracia y de hermosura, de clemencia y poderío; la escogida entre millares; la Señora de los ángeles; la Reina de la tierra y de los cielos! Si después de Dios es Ella, lo más amable y digno de ser amado, que existe y puede existir, ¿por qué no la hemos amado cual debíamos, por qué la hemos ofendido tanto?

Más grande es su poder que nuestra miseria: que se hundan en el abismo de su amor, nuestras ingratitudes! ¡Llorar debemos sí, mas no desesperar! ¡Vé nuestras lágrimás, Tú que tanto sabes de llanto y de congojas! Como Job, una sola esperanza tenemos depositada en nuestros pechos, y ella nos sostiene en el áspero sendero de le vida. ¡Que con estos nuestros ojos veamos la gloria de tu Hijo! ¡Qué sea, tu nombre, nuestra última palabra al expirar!



DISCURSO

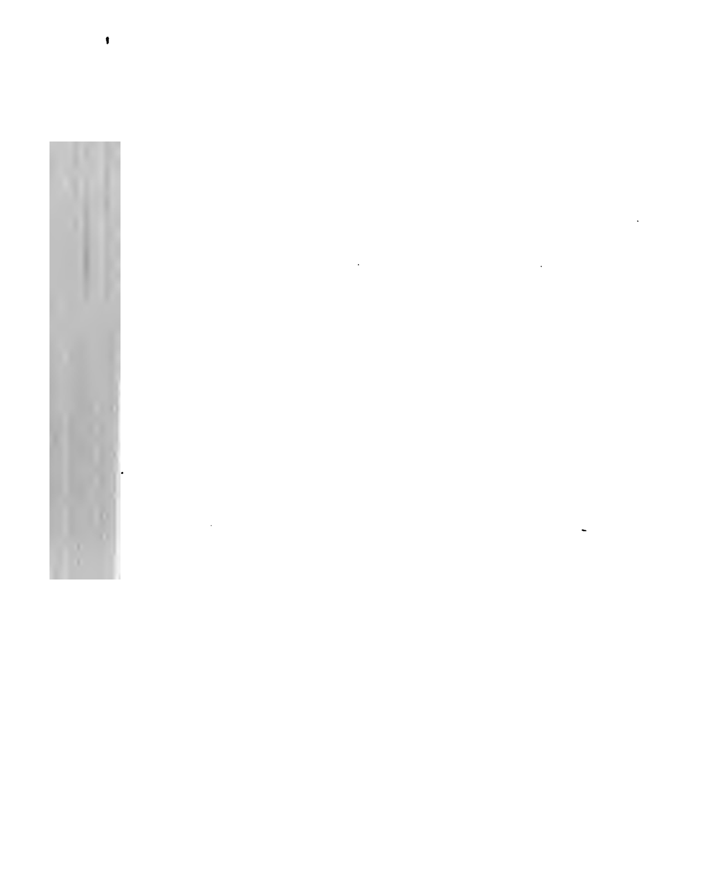
PRONUNCIADO EN LA VELADA

DE LA

SOCIEDAD CATÓLICA

DE SAN ANDRÉS CHALCHICOMULA

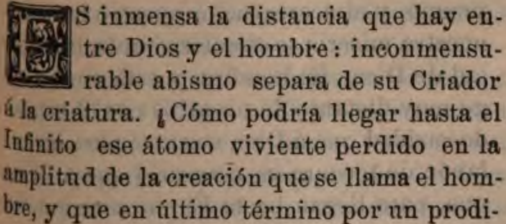
el 14 de Diciembre de 1884.





I

SEÑORES:



ES inmensa la distancia que hay entre Dios y el hombre: inconmensurable abismo separa de su Criador á la criatura. ¿Cómo podría llegar hasta el Infinito ese átomo viviente perdido en la amplitud de la creación que se llama el hombre, y que en último término por un prodigio inescrutable, es un destello inmortal de inteligencia y de amor, escondido al cruzar sobre la tierra en una partícula de cieno? Siendo al parecer imposible toda relación directa entre la nada del hombre y lo infinito de Dios, para colmar tan inmenso vacío, el Verbo se hizo carne, habitó entre nosotros, y el fuego inextinguible de su amor

sin límites, forjó el eslabón sublime que uniera con su Criador á la criatura, que atara para siempre el tiempo á la eternidad!

Nadie puede llegar hasta Dios sino por medio de Dios mismo hecho hombre, por Jesucristo que para elevarnos á su Eterno Padre, se puso hasta nuestro nivel vistiéndose de nuestra bajeza. Es la luz, como dice la palabra santa, que ilumina á todo hombre al venir á este mundo. "Es Él la luz y la vida, el camino y la vía." Es hombre sin duda Jesucristo; pero es Dios al mismo tiempo, y al acercarnos á nuestro hermano, nuestra miseria se estremece ante la majestad de Dios. Es hombre, y está sin embargo muy distante de nosotros; es el eslabón de caridad que á Dios nos ata; pero otro eslabón de ternura es necesario que á Él nos una, para llegar hasta Él sin caer muertos ante el resplandor de su divinidad. Ese segundo eslabón de amor y de misericordia, es María.

María es la más bella, la más amable y la más excelsa de las criaturas, pero criatura siempre, hija de Adán como nosotros, con la misma carne y el mismo hueso que nuestras hijas y que nuestras madres: con una

alma inmaculada y purísima, henchida de virtudes y desbordante de gracia; pero alma humana y sólo humana como la nuestra, donde el dolor desataba sus rugientes tempestades, y abría los hondos manantiales de las lágrimas amargas. Hombre como nosotros, Jesucristo es nuestro hermano; pero ¿quién se atrevería á llegar hasta Él sin ir asido á la mano de su Santa Madre? ¿Quién sin cubrirse el rostro con el manto de María pudiera resistir los resplandores del Tabor ni los abatimientos del Calvario, el rayo de sus justicias ni las irradiaciones de sus misericordias?

¡Si supiéramos los humanos lo útil que nos es María! Suprimidla con el pensamiento un solo instante, y veréis reinar las tinieblas y el espanto sobre el haz del mundo! Los más graves y profundos teólogos de todas las edades, como si cavaran en veta riquísima é inagotable, mucho han meditado sobre la misión excelsa de María en el inmenso plan de la Bondad Divina para la redención humana; á nosotros que no nos es dado volar con las poderosas alas de San Juan Crisóstomo, de San Basilio y de San Agustín; que no tenemos las hondas

ternuras de San Epifanio, de San Buenaventura y San Bernardo; que tampoco podemos cavar hasta las últimas profundidades del pensamiento humano, con Suárez y Santo Tomás, no nos queda, sino por los senderos más fáciles del sentimiento, llegar á persuadirnos, que después de Jesucristo, María es el presente más digno de un Dios de infinito amor, á su criatura! ¡El corazón que no ama á María debiera volver á la nada! Corazón que no la ama, ¿qué espera amar ya en la tierra ni el cielo?

II

Como el que tiene un brillante de muchos quilates y límpidos fulgores, posee una presea, aun cuando él mismo ignore su valor; así la joya moral de más subido precio es el amor á María, aun cuando nuestras almas por la grosera vestidura que las encierra y las hace vivir en tinieblas, no puedan darse cuenta á sí mismas, del tesoro inmenso que es amar á la Virgen! Es después de Dios mismo, lo más amable que pueda existir; al mandarnos que la amemos, nos ha-

ce Dios el regalo más grande y magnífico de su misericordia! Si como vemos las cosas sensibles con los ojos del cuerpo, viéramos con los del alma las verdades espirituales, miraríamos entonces asombrados, que el más tenue rayo de amor á María vale más que lo que puedan valer juntos, todos los más grandes, nobles y santos amores de la tierra.

El más débil rayo de amor hacia la Virgen, cuando rasgado el velo de los tiempos, pasemos los umbrales de la eternidad, atónitos contemplaremos, que vale mucho más que todas las sublimes abnegaciones de un padre amante, que todos los respetos tiernos de un hijo cariñoso, que todos los castos afectos de una esposa púdica y enamorada, que todas las caricias inocentes de una hija idolatrada, que todos los sollozos y las lágrimas de una madre amorosa y desolada!

Amar á María es cosa muy grande entre las cosas grandes; pero ¿cómo amarla sin conocerla? y ¿cómo llegar á conocerla si no comenzamos por creer en ella? El alma humana tiene sed insaciable de realidad y de ventura. Muchos extravían el camino, pero verdad y dicha buscan todos los humanos;

tras la verdad van, el sabio orgulloso que no puede encontrarla á través de las densas tinieblas de su soberbia, y el humilde pensador que se lanza á buscarla, asido siempre al cable de la fe: en pos de felicidad corren, el corazón que quiere hacerla surgir del cieno de sus propias pasiones, y el espíritu limpio que la espera, confiado en una palabra infalible y resignado en una misericordia infinita. Pensar y amar son la contextura íntima de nuestro sér moral, y sólo por uno de ambos cauces, el de la inteligencia ó el del sentimiento, puede llegar la verdad hasta nuestras almas, en el orden general de los designios divinos. La fe que es la verdad por excelencia, es virtud teologal, es decir, viene de Dios, y brota en nuestras almas cuando al Señor le place, sin que sepamos cómo; brota al fuego de la inteligencia y caridad infinitas, como brotan la espiga y la flor en los campos, como nacen las nítidas espumas que coronan las olas de los mares y como surge del seno de la nube la deslumbrante chispa del relámpago.

Los más inspirados acentos, las más sonoras voces y las más altas inteligencias

del saber humano, convergen á través de los siglos, para ensalzar el nombre y las glorias de María. Anunciada por los patriarcas y preconizada por los profetas, fué la maestra de los apóstoles y la inspiradora de los evangelistas. Los mártires la invocaban como su reina, y las vírgenes y los santos la proclaman como el modelo de la limpieza y de la santidad. Sembrado está el mundo de monumentos erigidos á su gloria, y millares de millones de santuarios tiene en los corazones de los cristianos que fueron, son y serán hasta la consumación de los siglos.

María, una necesidad sublime de la redención á los ojos de la teologia, es ante la ciencia y la historia una evidencia; y en el imperio sin lindes del sentimiento humano, es el latido de todo corazón creyente y la luz que alumbra los insondables abismos del mundo sicológico. Para creer en ella y para amarla en tierna hiperdulia, basta contemplar las huellas que ha dejado en los lugares santos que más se dignara impregnar, por decirlo así, de su presencia.

Al ver su brillante y dilatada cauda en el espacio no es posible dudar que lo cruza algún cometa: cuando flotan las nubes per-

fumadas del incienso en las altas bóvedas del templo, no se duda del incensario que las exhala. Cuando la techumbre celeste se inunda de luz y de colores, no es posible dudar del sol que la ilumina. En María, mi madre la del cielo, más creo todavía que en la que fué mi madre sobre la tierra, la que siendo niño me estrechó en sus brazos, y la que anciana ya, espiró entre los míos. ¿Cómo no creerte y adorarte María, mi Madre inmortal, cuando yo mismo he visto, palpado y sentido las huellas de tu augusta presencia, en Nazaret, en Karim y en Lourdes?

No como la relación vanal de un viajero, sino como la confidencia fraternal é íntima que un cristiano hace á sus hermanos en creencias y en esperanzas, escuchad el testimonio de lo que ví y sentí. ¡ Ojalá que mis palabras pudieran causar en vuestros corazones aunque fuera un solo latido de amor hacia la Reina de los cielos y la tierra !

III.

En esta misma estación del invierno y hace siete años, estaba yo en Palestina. No

sé por qué me llena de regocijo, que de todos los países de Africa y Asia, de Europa y América que he visitado, ninguno se asemeje tanto como el nuestro á la Tierra Santa. Exceptuada la parte de la Judea donde Jerusalem se asienta, y que se mira marchita y amarillenta, como calcinada por la ira del Señor, el resto de la Palestina en su clima, en su suelo y en su cielo, grandes analogías tiene con nuestro país. La Samaria y la Galilea especialmente, están rodeadas de grandes montañas cubiertas de poderosa vegetación como las nuestras, y cuya robusta musculatura se mira marcada desde lejos, por lo sombrío de sus profundas hondonadas. El Jordán desliza sus ondas de un gris azuloso entre tupidas arboledas que orlan sus riberas, como las que bordan las márgenes de nuestros ríos. En las llanuras de Saron ondean los trigales como en nuestros campos y el viento sacude los ruidosos maizales. En el valle ardiente de Jericó cae el sol á plomo y el suelo exhala un aliento abrasador como en nuestras tierras cálidas del Sur y de las costas.

Habíamos salido de Naplusa, población vecina á la antigua Sebaste capital de la

Samaria, y después de una larga jornada en que alternativamente habíamos sufrido los rigores del sol y de la lluvia, llegamos hambrientos, calados por el agua y rendidos de fatiga, al pequeño pueblo turco llamado Janin, situado á inmediaciones de la antigua Betulia donde Judit mató á Holofernes, y que se halla colocado en las fronteras de la Galilea con la Samaria. En Janin nos quedamos esa noche, para continuar al día siguiente y con las primeras luces de la mañana nuestro viaje hacia Nazaret.

En Oriente se viaja comunmente á caballo.

Toda aquella mañana galopamos, teniendo al Norte el mar de Tiberiades y llevando á nuestra derecha las ruinas de Naim y Cafarnaum. Un amplio y fértil valle separa las montañas de la Galilea y la Samaria: el día estaba fresco y sereno, y era una delicia incomparable cruzar á galope tendido aquellas llanuras, aspirando salud y vida por todos los poros del cuerpo y absorbiendo con todos los del alma tantas tradiciones y recuerdos. Después del medio día llegamos al pie del Tabor, monte aislado, pequeño y redondo, que un día se vió alumbrado por las irradiaciones de la Transfigu-

ración del Señor, y desde donde se miran enclavadas en el flanco de la montaña que está enfrente, como nidos de palomas, las blancas casas de Nazaret.

Como la mayor parte de los pueblos montañosos de la Palestina, no está Nazaret situado en la cumbre, sino en la ladera de la serranía de Galilea y como si estuviese colgado en una de las depresiones del terreno. Esto hace que desde lejos no se le mire, y es indecible la dulce sensación que se experimenta al descubrirlo. Nazaret no es pequeña población con calles trazadas y edificios alineados, sino verdadera aldea con el caserío desparramado en las fragosidades de un suelo desigual. A orillas de la población están la fuente y manantial de agua purísima y cristalina, de donde la Virgen Santísima sacaba la que había menester para sus faenas domésticas, y una gran piedra llamada la mesa de Nuestro Señor, porque sobre ella solía comer con sus discípulos.

En la población misma están y se conservan aún, al menos en parte, la sinagoga donde por primera vez predicó el Señor y el taller en que trabajaba el Señor San José; y en el centro de ella se mira la Iglesia

edificada en el lugar en que estuvo la casa de la Santísima Virgen. Esta veneranda y humilde casa se componía de dos compartimentos, uno de ellos labrado en la roca misma y el otro edificado: la parte edificada, como es sabido, fué trasladada por los ángeles á Dalmacia primero y después á Italia; y en Nazaret quedó la parte labrada en la roca, que formaba la cocina y la alcoba de aquel sacrosanto hogar. Todo esto se halla dentro de la Iglesia levantada precisamente para cubrirlo, y en el lugar de la alcoba están señalados los sitios que ocupaba la Santísima Virgen y en el que posó la sombra del ángel, cuando la Anunciación. Al prosternarse lloroso y conmovido para besar ese sitio en que se verificó tan asombroso prodigio de la Divina Misericordia, no es decible lo que el alma siente!

De todas las emociones que puede sufrir el corazón humano, es una de las más fuertes, tras larga ausencia y desde gran distancia, volver al seno del hogar donde nos esperan las gentes que nos son más queridas. Cuando al volver del extranjero, mi madre idolatrada que vivía aún, abrió sus brazos para recibirme, un sollozo de júbilo

se atravesó en mi pecho y me hubiera ahogado si no se desata antes mi alegría en raudales de llanto dulcísimo. Ahora mismo, dolorosa lucha desde hace algún tiempo consigo mismo está sosteniendo mi espíritu, y el valor me ha faltado para ponerle término.

Cruzadas ya sus tierras por los rieles del ferrocarril Nacional Mexicano y en los confines del Estado de Michoacán con el de México, se halla la hacienda que fué de mis padres, y donde corrieron los días más tranquilos de mi adolescencia y de mi juventud, los más henchidos de ilusiones. Sólo allí recuerdo haber visto á mi familia toda, reunida, sana, contenta y feliz; á mi familia tan amante y tan amada, que el deber, el amor y la muerte han dispersado ya. Muchos años hace que no veo aquellos sitios y es intenso el deseo que tengo de arrojarles siquiera una mirada; pero el valor me ha faltado hasta ahora, para tornar á verlos.

Allí está la pequeña capilla donde oíamos misa y en coro rezábamos el rosario: al lado de la casa, la amplia huerta de frutales exquisitos que mi mismo padre mandó plantar para nuestro recreo. En uno de los ángulos del edificio la pequeña alcoba que

habitaba mi madre y donde mis hermanos y yo le besábamos la mano todas las noches y todas las mañanas, en señal de amor y de respeto. Me da miedo ir allí: se me figura que las sombras venerandas de mis padres evocadas por tan intenso amor compadecidas saldrían á recibirme. ¡Con los años, todo debe haber variado mucho! ¡Quién sabe si hayan talado las arboledas de las márgenes del río que cuidábamos tanto: las presas estarán azolvadas y cambiado el curso de los riegos! ¡Aquellos servidores tan fieles y que tanto nos amaban se habrán muerto ó se habrán ido: los ganados también serán quizá de otra raza menos briosa y menos bella!

No podré explicarlos, pero estos sentimientos inefables y purísimos del hogar, son los que en Nazaret se experimentan en toda su sublime intensidad. El que allí llega, por lejos que se encuentre de su patria y su familia está en su propia casa, siente que ha llegado á las puertas de la morada en la tierra, de la Madre inmortal de todos los humanos. Nuestra cuna estuvo en el paraíso; pero en Nazaret estuvo el primer hogar que existió sobre la tierra y de don-

de brotaron todas las virtudes que han ennoblecido y santificado todos los hogares cristianos que en el mundo ha habido.

Como de venero indeficiente, de ese humilde hogar han brotado las santidades domésticas; los padres honrados y trabajadores, las esposas humildes y fieles, los hijos cariñosos y obedientes: la inocencia de las alegrías, la templanza en las prosperidades, las resignaciones en las miserias y las desventuras. Ese hogar purificó todas las sonrisas y todas las lágrimas de las familias, y á la muerte misma le quitó sus pavores, haciendo que el padre de familia que ha vivido en temor y justicia se extinga rodeado de los suyos en paz y tranquilidad; que desaparezca de la escena de la vida casi con majestad, como un sol que se hunde en el ocaso.

Si María no es una verdad, si no es ella nuestra Madre, ¿por qué se sienten entonces emociones tan hondas y tan gratas, tan inefables y sublimes, al traspasar los umbrales de su hogar?

IV

Distinta, pero igualmente intensa es la emoción que al alma agita, al llegar á Karim, aldea pequeña y que apenas dista dos leguas de Jerusalem.

Sain Karim, como le llaman los árabes, ó San Juan de la Montaña, como le nombran los cristianos, es hoy un pueblecillo que tendrá, entre católicos y musulmanes, menos de mil habitantes. Allí estaba la casa de San Zacarías y Santa Isabel, y allí nació el precusor San Juan Bautista, el más santo de los hombres, como se dignó llamarlo el Verbo mismo de Dios. Una parte te de la casa de Santa Isabel, como la de la Santísima Vírgen en Nazaret estaba labrada en la roca misma; sobre la estancia en que nació el Bautista se levanta la iglesia que hoy existe y de la que están encargados los reverendos padres de Tierra Santa, y de la que especialmente cuidan sacerdotes de origen español.

Hay dos altas colinas, ó más bien dos montañas cuyos flancos están separados por una profundísima y amplia barranca. En una de esas faldas se asienta la aldea de Ka-

rim, y en la otra y frente á ella, separada por la hondonada, se levanta una pequeña iglesia erigida en el lugar mismo que ocupaba la casa de campo de Santa Isabel y en la cual vivió la Vírgen Santísima durante tres meses, cuando vino á visitarla. Aquellos frondosos lugares están cubiertos de terebintos, olivos, árboles frutales y algunos viñedos; y regados por las aguas de una fuente que reparte sus linfas cristalinas por varios arroyuelos y corrientes. Cuando siguiendo las tortuosas y desiguales calles, más bien veredas de la aldea, salimos de Karim, nos detuvimos en el manantial llamado la fuente de la Vírgen, por haber Ella servídose de sus aguas, y atravesando el cauce del torrente que separa una de otra, subimos á la colina donde está la iglesia de la Visitación.

El cauce del torrente que atravesamos, es el principio del desierto de San Juan, que sigue hacia el Sur ahondándose más y más y que presenta el aspecto de una de esas abras pavorosas que se abren en los flancos de nuestra Sierra Madre. Arrojando la mirada en la misma dirección en que corre el desierto de San Juan, se miran allá muy á



lo lejos las cenicientas montañas de Moab, y más lejos aún las del Yemen y de Arabia. La colina donde la iglesia de la Visitación se asienta, está cubierta de grupos tupídos de árboles, y tapizada de una vegetación verde oscura, lozana y fresca.

La iglesia es un edificio sencillo, y pequeño, pero pintoresco y poético en su misma simplicidad. Precede á la entrada del templo un patio pequeño rodeado de tapias blanqueadas con cal, y cuya puerta es una verja de hierro. El interior de la iglesia, que es de cortas dimensiones, tiene un altar en su fondo, y sobre el altar se mira un hermoso cuadro representando la visita que Nuestra Señora hizo á Santa Isabel. En el lugar que hoy ocupa el altar estaba el dintel de la puerta exterior de la casa de la madre del Bautista. "¡Dichosa casa, exclama San Buenaventura, dichosa casa que recuerda tales madres y tales hijos!"

La tradición y el Evangelio refieren que al saber que su prima Santa Isabel había concebido fruto de bendición, como era costumbre hebrea entre parientes, salió de Nazaret la Vírgen para ir á felicitarla. Atravesó la Vírgen Santísima la Galilea, la Sa-

maria y la Judea á pie, y cruzando ásperas montañas, tendidas llanuras, gargantas agrestes y duros pedregales. Llegó al fin á la casa de Santa Isabel y al verla le dijo "salam" ¡ salud ! Santa Isabel al oírla, llena de alegría quiso arrojarse en sus brazos, pero al sentir un gozo tan intenso en su corazón y que saltaba de júbilo el fruto de sus entrañas, iluminada por la gracia y trémula de emoción, sólo pudo exclamar tendiendo hacia María sus brazos: ¿De dónde á mí la dicha que la Madre de mi Señor venga á mi casa? Bendita tú entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre. Apenas ha sonado tu voz, y mi hijo se ha estremecido de gozo dentro de mis entrañas." La Virgen entonces, inclinando sus ojos, prorrumpió en el "Magnificat," ese éxtasis sublime de la humildad, como le llama San Ambrosio, ese himno incomparable, ese cántico el más alto que haya entonado lengua humana y que haya resonado en la tierra y en los cielos!

Ese cántico sólo basta á probar la divinidad del cristianismo: basta el "Magnificat" para creer en Jesucristo y caer de rodillas ante el Crucificado. ¿Qué son compa-

radas con las entonaciones célicas del "Magnificat," las estrofas de Homero, los versos de Virgilio, los tercetos del Dante y las octavas del Tasso? ¡Atomos de polvo ruin al lado de brillantes! Ante el "Magnificat" palidecen los cánticos de Moisés, los quejidos inmortales de Job, los truenos de Jeremías y hasta los mismos salmos de David. ¡Es el "Magnificat" el abatimiento más sublime de la más grande humildad, el más sincero acento de la gratitud más profunda, el suspiro más hondo del amor más grande y el himno más férvido de la adoración más reverente! ¡Más allá del "Magnificat" nada puede alcanzar el sentimiento humano ni concebir la inteligencia creada!

Es costumbre que los peregrinos que llegan á la iglesia de la Visitación, de rodillas en el mismo lugar en que María lo entonó, recen el "Magnificat." Al primer versículo la vista se anubla y se anuda la garganta, al segundo los rostros se bañan de lágrimas, y al tercero todos sollozan y lanzan hondísimos gemidos. Nadie tiene voz ni fuerzas para concluírlo. Volviéndonos al padre que nos acompañaba le dijimos: "no podemos concluir." "Aquí, nos contes-

tó con las lágrimas en los ojos, no se reza sino se llora. Este lugar tiene don de lágrimas y no hay memoria de que ningún peregrino haya podido concluir el "Magnificat" con ojos enjutos."

¿Si María no es verdad, si no es ella la Madre de Dios y de los hombres, por qué al entonar el "Magnificat" en el lugar mismo en que ella lo exhaló, no hay ojos que no lloren, voz que no desfallezca, corazón que no salte de júbilo como el precursor en las entrañas de Isabel?

V.

De aquellos tiempos y del remoto Oriente, vengamos á la Francia de nuestros días, esa Francia, retorta gigantesca donde se elaboran todos los bienes y los males que más conmueven al mundo, á esa Francia que tanto ha edificado á la humanidad con sus virtudes y tanto la ha hecho gemir con sus escándalos.

En el Mediodía de Francia, y no lejos de los Pirineos, está el pueblecillo de Lourdes, desde hoy más, inmortal en la memoria de los hombres. Su área es reducida y pocas

en número sus edificaciones dominadas por un antiguo castillo. Por él pasa la Gabe, pequeño río, cuyas aguas mueven el pobre molino que sirvió de albergue á la inocente infancia de la dichosa Bernadette Soubirous. A orillas de la población está la cueva de Masabille, á cuyo pie corren las aguas del Gabe, ya encajonadas é impetuosas. En esa gruta y en nuestros días, la Virgen Santísima se dignó aparecer á la humilde Bernardita.

Enrique Lasserre, el cronista de la aparición y prodigios obrados por la Virgen Santísima en aquel lugar, ha probado hasta la evidencia la verdad de la una y la autenticidad de los otros. Ha compilado las más exactas narraciones, compulsado todos los testimonios, conocido y hablado con todos los testigos y presenciado muchos milagros. La Virgen pagará, como quien es, al convertido y piadoso Lasserre, la buena obra y la buena intención. Para el que tiene la dicha de ir allá la mejor de todas las pruebas, es lo que él mismo siente al prosternarse allí á los pies de la Virgen Inmaculada, que se dignó venir á visitarnos en nuestros días, como para consolarnos y for-

talecernos de los tristes y revueltos tiempos que hemos alcanzado.

La entrada de la gruta está cerrada por una verja de hierro y á través de sus barras, se ve una imagen en mármol de la Santísima Virgen, colocada en el lugar mismo en que se dignó aparecer y decir: "Soy la Inmaculada Concepción" Cerca de la verja, la fuente que brotó á la mirada de tan gran Señora. Al pie de esa reja es donde se arrodillan todos los peregrinos que llegan á pedirle mercedes y á implorar su misericordia. Al hincarse allí, quién sabe qué calosfrío de inefable delicia se siente hasta el fondo del alma, que hace estremecerse con un santo temblor de cielo. Se siente un fluido misterioso y sobrenatural, que da un sentimiento muy profundo de los males cometidos y una aspiración irresistible á las cosas santas y á la bienaventuranza eterna. Al hincarse, el corazón se agita dentro el pecho, y como movido de una fuerza misteriosa é irresistible, exclama: "aquí estuvo Ella, porque siento dentro de mí los efluvios de las huellas que dejó su presencia."

Al concluir Lasserre una de sus obras,

decía: "Vendrán, Madre mia, del Norte y del Mediodía, del Oriente y del Ocaso hombres de todos los pueblos y de todas las razas á ensalzar tu nombre y á implorar tus misericordias." Una vez que allí me prosternaba á los pies de las Virgen, allí estaban unos orientales venidos de muy lejos; había irlandeses y belgas, franceses y alemanes, asiáticos y americanos, hombres de las más apartadas regiones y de las razas más distintas. Una vez, nunca lo podré olvidar, estaba hincado allí cuando llegó á arrodillarse á mi lado un español mendigo y ciego que conducido por su esposa, había venido á pie desde su tierra y pidiendo limosna, para prosternarse ante la Madre de los Desamparados. Al principio quiso rezar y en borbotones exhalaba frases revueltas de todas las oraciones cristianas: no bastando á su piedad las oraciones aprendidas, que su misma emoción truncaba y ahogaban sus sollozos, abriendo de par en par su corazón, se puso á gritar á voz en cuello, derramando á los pies de la Virgen, todas sus cuitas y todos sus pecados.

Para hacerle saber que á su lado estaba un hombre que comprendía su lengua, le

dije que si quería que la vela que tenía en la mano, se la diera al sacerdote que estaba tras la reja, para que la pusiese en el candelabro de la Vírgen. No quiero, me contestó; el candelero soy yo que he venido de muy lejos para que ardan juntos mi vela y mi corazón. ¡ Cristiano y español había de ser! Volví el rostro bañado en lágrimas hacia la Santísima Vírgen, y le dije: ¡ bendita seas por la fé tan grande que inspiras! ¡ Al lado de ese hombre, me sentí más pequeño y más vil que un gusano!

Si María no es una verdad, si no es Ella nuestra madre, ¿por qué entonces tantas lágrimas, por qué tantos temores y tan inefables delicias en el umbral de aquella humilde gruta?

VI

Aun cuando el mundo no estuviera lleno de los testimonios de su poder, de su gloria y su grandeza, y henchidos los corazones que la invocaban, de los raudales inagotables de sus misericordias; para tener aferrados á mi alma su fé y su amor, bastaríanme los tres luminosos clavos, de Na-

zaret, de Karim y de Lourdes. Si no creyera en Ella y si á ella no amara, me moriria de dolor y de angustia.

La amo, sí, y que mis palabras no escandalicen á los débiles. ¿Cómo puede amarla, se preguntan algunos, cuando sabemos que es malo, que son violentas sus pasiones y sus fragilidades son muchas? Por lo mismo que no soy bueno, la amo y la invoco. Si no recurren á Ella los malos, ¿á quién entonces, ni qué esperanza les queda de salud?

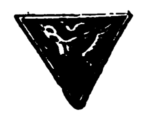
Los que no tienen derecho á entrar en el Paraíso por la puerta de la inocencia, ¿qué entrada buscarán sino la de la Misericordia? Si no amase á María y no esperase de su clemencia mi girón de cielo al fin de la jornada me moriría de decepción y de dolor! He llegado á la maturidad de los años, y las primeras canas comienzan á blanquear mi barba y mi cabello; el soplo de los desengaños se ha llevado ya todos los falaces ensueños de mi juventud, todos mis locos delirios de amor y de gloria, de ambición y de fortuna, como los vientos del otoño se llevan las hojas marchitas. Héme acercado á las sombras que el mundo llama grande-

zas, y las dichas que promete la tierra, se han vuelto al tocarlas mis manos, cieno ó ceniza. ¡La ambición me ha repelido, porque al verla de cerca comprendí lo que valía y me puse avergonzado de sólo habérmele acercado tanto. Remordimiento y vergüenza hay en el fondo de la copa del placer; y las glorias de la honra menos brillan y duran menos, que las fugaces fosforescencias de los fuegos fatuos.

Estoy en la cúpide de la vida: hacia un lado miro la pendiente por donde trepó mi juventud, surcada de cauces calcinados, donde corrieron los torrentes de mis pasiones y remordimientos: del otro contemplo el rápido declive que conduce á esa cavidad oscura y silenciosa, donde los cuerpos dormirán un sueño que ha de durar hasta que los siglos se consuman. ¿Y más allá de la tumba? El alma que es inmortal necesita una eternidad! ¿Y la eternidad qué es?

¡Ay Vírgen Santa, Madre de Dios y Madre mía! si en Tí no creyera, si á Tí no te amara, si en Tí no confiara, moriríame de espanto! Un rincón de tu cielo te pedimos para cantar eternamente tus misericordias. Dánoslo, sí: te lo pedimos porque eres bue-

na; acuérdate que el menor de tus dolores, tu más tenue suspiro, una sola de tus lágrimas pesan más en la balanza de la Divina Justicia que todos los pecados de los hombres, que al fin somos tus hijos!



DISCURSO

pronunciado en el

CENTENARIO DE SANTA TERESA

DE JESUS,

celebrado en la ciudad de Toluca, el dia 15 de Octubre de 1882.



COMO grandes faros, cuyas radiantes luces iluminan á las generaciones en el tempestuoso mar de la vida, ha colocado Dios en los promontorios de la historia las santidades preclaras, los genios insignes de algunos de sus escogidos, para que á inmensas distancias alumbren en el océano revuelto de los siglos, á las almas que atraviesan el humano vivir, trémulas de espanto y de congoja, sedientas de bien y de verdad, de ciencia infalible y de bienandanza plena!

Un nombre hay sobre todo nombre. Al escucharlo los cielos y los firmamentos saltan de júbilo, y de terror se estremecen los abismos. Un poder hay sobre todo poder que en vena indeficiente hace brotar la existencia del seno de la nada y que es la vida de cuanto tiene vida y la esencia del sér

mismo! Este Sér Infinito, al tomar nuestra carne, atrajo á sí todas las cosas, porque todas eran suyas. De Él parten y á él van todos los siglos. Colocado en la cúspide de todos los tiempos y en la más alta cumbre de la humanidad, domina desde allí á las generaciones que fueron y á las que serán, á las que duermen el sueño de la tumba y á las que sólo viven en la mente eterna.

¡Jesucristo! ¡Sólo Él es la verdad y la vida! Según la frase inspirada de San Juan, Él es la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo: la luz que de él irradia es la que como un débil destello se refleja en los más altos genios y en las más elevadas santidades: esa luz que reflejó sobre la frente inspirada de los profetas, é inflamó el corazón de los apóstoles, es la misma que prestó fuego á la candente frase de Tertuliano, potentes alas á la inteligencia gigantesca de San Agustín, y sobrehumano vigor al entendimiento angélico de Santo Tomás de Aquino. Al calor de ese fuego se inflamaron los corazones de San Francisco de Asís y de San Buenaventura, que se derritieron en caridad; la palabra de San Bernardo que agitaba millares de

hombres como el soplo de los vientos agita en los sembrados las espigas; á ese fuego se retemplaron las almas de San Ignacio de Loyola que nunca conoció el miedo ni la vacilación, para el que quedó borrada sobre la tierra la palabra imposible; y el alma de Teresa de Jesús, mar de amor sin límites conocidos, espejo de virginal limpieza, deliquio perenne de mística ternura, éxtasis sublime de inefable caridad; el alma, sí, de esa Teresa, ante la cual atónitas se detienen las generaciones para preguntarla, como dudando de tanta grandeza: Teresa ¿eres mujer ó eres ángel?

El reinado de la fuerza sobre los cuerpos, ha sido el imperio de los tiranos y de los perversos. Así dominaron al mundo Alejandro, después de desgarrar de una puñalada el pecho de su amigo, y antes de apurar la copa de Hércules; César, manchado con las delicias del Nilo y con la sangre de Vercingertórix; Nerón con la sangre de su madre sobre la frente; y Mahoma, dos veces ebrio de voluptuosidad y de matanza. Reinar con la idea sobre el mundo inmenso del pensamiento; reinar con el cetro del amor sobre el imperio sin fin de los co[illegible].

nes; ésta es la verdadera soberanía de la tierra, la inacabable y santa, porque procede de la verdad y del bien. Esta es la sola soberanía irresistible porque directamente viene de Dios.

Podemos, horrorizados ó impasibles, ver desfilar los fantasmas de las grandezas vanas de la tierra: sin conmovernos, pueden pasar ante nuestros ojos las sombras de los poderosos del siglo: los reyes con sus rotas coronas, los falsos sabios ceñidas las frentes de laureles marchitos y arrastrando sus desgarrados mantos los triunfadores; pero no pasarán sin que nuestras cabezas se inclinen y se doblen nuestras rodillas; las almas santas, selladas con el nombre de Dios y que fueron vasos de elección durante su rápido paso sobre la tierra.

Al evocar la singular figura de Teresa de Zepeda, blanca como la inocencia y roja como flama de amor; aromatizada con el celestial perfume de todas las virtudes cristianas; coronada su cabeza con la triple aureola del genio, del heroismo y de la santidad; no permanecerán erguidas nuestras frentes ante el poder y la bondad de Dios, á quien le plugo encerrar tan grandes ma-

ravillas en vaso tan frágil y obrar tantos prodigios en tan débil criatura suya.

Grande por el pensamiento y grande por el corazón, fué Teresa de Jesús escritora insigne y fundadora ilustre. La una y la otra nada son, sin embargo, al lado de la santa. Querer separar en ella las unas de la otra sería una blasfemia. ¡Sería imposible un edificio sin cimientos: no se comprende sin raíz el árbol! Pensó alto, hizo mucho y amó más porque fué santa. "Si charitatem non habuero nihil sum." Si caridad no tengo, nada soy, exclamaba el humilde San Francisco.

Bajo todas sus bases es un tipo asombroso el de la humilde recoleta de Avila. Como escritora se destaca su grandísima figura en el horizonte de su siglo, cual un gigante, y no al lado de pigmeos, sino en medio de colosos. Santa Teresa fué escritora insigne cuando todavía estaba húmeda la pluma con que escribieran, Don Pedro Calderón su "Vida es sueño," filosofía suprema encerrada en vaso de cristal primorosa

mente cincelado; el Padre Rivadeneira su libro de la "Tribulación," mapa asombroso de los caminos del Cielo por las sendas del dolor; Fray Luis de Granada su "Guía de Pecadores," donde se ve el pecado tan horrible y tan hermosa la virtud, que necesario es con ella en las manos morirse de espanto ó de amor; y el Padre Ripalda su "Catecismo," ese alfabeto sublime de la más alta teología, ese libro, después de los santos, el más portentoso que hayan conocido los hombres; ese pequeño libro que de no haber sido escrito por un ángel, el Padre Ripalda debe haberlo escrito recibiendo del Cielo cada una de sus páginas. Santa Teresa descuella como escritora en medio de esta pléyade de gigantes.

Cuando se dirigen á su verdadero fin, que es la gloria de Dios y el bien de los hombres, son nobles todos los ramos del saber humano; pero dos son las ciencias por excelencia; sólo dos ciencias hay en lógica absoluta, la historia y la teología; la ciencia del hombre y de los pueblos, á través de sus propias vicisitudes; y la ciencia de Dios de donde todas brotan y adonde vuelven todas.

La teología, que hasta donde alcanza la mísera razón humana, escudriña los atributos de Dios y las operaciones de su bondad sobre sus criaturas, que tiene por última expresión y por linde postrero la verdad revelada, es la teología dogmática. La que fija las reglas cuya primera norma está grabada por Dios mismo en la conciencia de todos los hombres, para juzgar de nuestras acciones, ésa es la teología moral. La que enseña, en fin, los caminos á la par tan escabrosos y tan fáciles de llegar al amor de Dios de donde todo bien dimana; la que muestra los medios más eficaces de mejor adorar las verdades conocidas y alcanzar mejor las virtudes deseadas, ésa es la teología mística, la flor más preciosa del saber humano, la síntesis sublime de toda ciencia, el compendio maravilloso de toda sabiduría.

La teología mística era la ciencia de Santa Teresa de Jesús. De un solo vuelo se colocó Santo Teresa en el más alto peldaño de la luminosa escala del saber humano. Seríamos ángeles los hombres si conociéramos la esencia de las cosas, es decir, la manera de obrar del infinito poder de Dios en

ellas: como ángeles seríamos si supiésemos, por ejemplo, por qué se cuaja la perla entre la concha y por qué germina bajo la tierra el grano, cuál es el principio de la salud y el germen de las enfermedades que aquejan á la humanidad, cuáles átomos son los que vibran en la luz y cuál es la esencia de nuestro propio pensamiento. Santa Teresa por especial dispensación del Criador Supremo sabía cosas más elevadas y más hondas que todas éstas. En su libro de las "Moradas del Alma" sigue paso á paso las transformaciones que ésta sufre bajo la acción de la gracia divina; ve nacer y crecer las virtudes dentro el alma y casi mira el espíritu cara á cara como nosotros vemos los cuerpos. La gracia, es decir, la acción de Dios sobre los espíritus libres, mar sin límites cuyas playas pisó apenas San Agustín, lo navega Santa Teresa llevada por la mano de Dios mismo y dice verdades que casi no alcanzan los entendimientos más profundos y que los teólogos más sutiles sólo vislumbran entre nieblas.

Medita sobre el Padre nuestro y encuentra como San Francisco de Asís y Santa Clara, tesoros escondidos en la oración do-

minical. Las meditaciones de Santa Teresa sobre el "Padre Nuestro" son una mina tan honda como rica de incontables tesoros. Las palabras de la oración suprema que todos los días balbuten nuestros labios, para ella encierran sentidos misteriosos y profundos, que nosotros no alcanzamos. Ella comprende el sentido místico del "Cantar de los Cantares," ese himno incomparable del amor de Dios á las almas escogidas y del amor de éstas á su casto Esposo Celestial.

Forzada por la obediencia su humildad, escribe Santa Teresa su propia vida y hace revelaciones al narrar las gracias que el Señor la dispensara, que maravillan á la tierra y dejan asombrados á los mismos Cielos. Arrebatada como San Pablo sube en espíritu hasta el Empíreo: después de haber descendido al negro abismo del llanto eterno, de las tinieblas que no se disipan, del crugir de dientes, y del gusano roedor que nunca muere.

Juzgar como escritora á Santa Teresa sería una blasfemia. La frase correcta y fácil, el lenguaje castizo, el período eufónico, el estilo claro, elegante y pintoresco; accidentes son que ni siquiera se perciben

al lado de la alteza de los conceptos y sublimidad de los sentimientos. Santa T resa como escritora es superior á todo c terio humano. Toda literatura sería imp tente para juzgarla, porque los hombres entienden el lenguaje de los ángeles.

Los escritos de Santa Teresa sólo pued leerlos correctamente los serafines entre n bes. Ante esas páginas inspiradas, só sientan bien á los mortales la admiración el silencio. He aquí á la escritora.

Es grande y sublime la misión del esc tor, es decir la del pensador, que piensa voz alta y á la faz de todos, para propag la verdad y hacer que el bien sea ama sobre la tierra. Es elevada esa especie sacerdocio que convierte á un hombre soldado voluntario de la verdad y la vi tud. Vivir en un aparente reposo lleno febril actividad, para destilar en medio dolores inauditos y gota á gota el pens miento, cuya esencia depurada ya debe ma tener la vida de muchos espíritus ilum nando muchas inteligencias y fortalecien

á muchos corazones, es sin duda una misión santa á los ojos de Dios y de los hombres.

Más alta que misión tan alevada, sólo puede serlo la del obrero del bien, que á la palabra agrega la acción y á la enseñanza junta el ejemplo. Santa Teresa no fué sólo maestra insigne de las almas, sino obrera infatigable y fundadora excelsa. Sus planteles admirables de virtud, tres siglos han pasado desde que los fundara y cubren aún la redondez de la tierra. En Europa y en América, en el Africa y el Asia, sus hijos aplacan la cólera de Dios con las austeridades, é imploran sus hijas la misericordia del cielo, con las salmodias mismas que les enseñara Santa Teresa.

Fué una mujer especialmente enviada por Dios para alumbrar al mundo con sus doctrina y para consolar con sus virtudes á la humanidad atribulada, bajo el peso de sus propios desórdenes. Apareció sobre la tierra ese ángel humanado, en los momentos en que más necesario era para contener y reparar los escándalos de una época, que se desbordaba en todo género de impiedades y depravaciones.

El protestantismo había subvertido lo

cimientos del orden social y trastornado la Europa, devastando á fuego y sangre Francia, Inglaterra y toda la Alemania. En el Norte del viejo mundo corrían torrentes de sangre. Sobre el trono de Inglaterra con rostro de hembra se sentaban la crueldad y la perfidia más refinadas; en la corte de Francia todo era frivolidad y placer. El mundo cristiano gemía de tantos desórdenes y tan grandes infortunios. Lloraban los fieles al mirar desgarrada la túnica de Cristo por la herejía del infeliz Lutero.

La soberbia, rebelión del espíritu contra la verdad; el sensualismo, predominio de la carne contra el espíritu; la codicia, inspirada por la soberbia de la vida, habían engendrado el protestantismo llenando la tierra de desolación. Entonces fué cuando milagrosamente aparcció Santa Teresa de Jesús como fundadora, para vencer los vicios reinantes con las virtudes contrarias. Entonces reformó la orden del Carmelo volviéndola á toda la austeridad de su primitiva regla, para que la humildad y la pobreza de sus hijos domasen la soberbia de los grandes y la codicia de los poderosos de la tierra; para que la limpieza de sus hijas

vírgenes lavase el cieno del sensualismo de los felices del siglo. Luchar con el protestantismo sin tregua y sin descanso hasta derribarlo, era la mision de San Ignacio de Loyola; levantar el monumento viviente de todas las virtudes negadas ó desconocidas por el protestantismo, fué la misión de Santa Teresa de Jesús. El atleta derriba mientras la vírgen ora. ¡Grande es el Dios que con una débil mujer confunde á una herejía y contiene los mares con sólo un dique de arena!

En sus "cartas," en sus "avisos" y en sus constituciones" ha legado al mundo Santa "Teresa la historia y el espíritu de su fundaciones. Monumento inmortal de su piedad y su sabiduría, que los siglos respetándolo, íntegro lo han dejado sin borrar una sola tilde de sus magníficas inscripciones. En sus "cartas," donde su espíritu se ha esparcido con más libertad y en las que parece entrar en una confidencia universal con todas las almas amantes de la virtud, se leen con pasmo las contradicciones sin número que tuvo que soportar, los incontables obstáculos que tuvo que vencer, para lograr que fuese aceptada y establecida

la reforma que Dios le inspirara, para que la Orden del Carmen volviese á su pristino esplendor.

Asombro causan su fortaleza y su constancia, su paciencia increíble y para decirlo todo en frase profana, su ínclito heroísmo. Heroísmo, sí, pues no son héroes los que arrastrados por el vértigo insensato de sus pasiones, llegan hasta el sacrificio de sí mismos en aras de su propio orgullo. Fuera de la vida cristiana, ningún heroísmo es posible. El que no se sacrifica por amor de Dios y en pro de sus semejantes por amor del mismo Dios, no es un héroe sino un insensato. A los ojos no sólo de la piedad, sino de la razón, más heróica es Santa Teresa arrostrando en el rincón de una celda y por amor de Dios, todo el recio vendabal de los dolores del alma, que el ardor brutal de los triunfadores, que, impulsados por su orgullo, derraman sin piedad la propia sangre y la ajena, aun cuando estos triunfadores lleven por nombre Federico II, Carlos XII ó Bonaparte.

Como fundadora, un noble monumento ha legado al mundo Santa Teresa: el de sus heróicos esfuerzos y el de sus fundaciones

incontables, canal amplísimo por donde el cielo ha inundado de gracias á la tierra. ¡Esta fué la fundadora! Si la admiración y el silencio son el mejor elogio á la escritora, el único digno de la fundadora será el himno de gratitud de la humanidad reconocida. ¡Feliz Teresa, cumplióse en tí la palabra santa! "El que á la enseñanza junta la buena obra, ése es el que tendrá alto lugar en los cielos."

El espíritu de nuestro siglo está maquinando una grande iniquidad, y ya asoma á sus labios la blasfemia que intenta proferir. Llenando de elogios á la poetisa y á la sabia, quiere como hundir en el olvido á la Santa, arrojando sobre ella un denso sudario de silencio. Santa Teresa es grande á los ojos de la posteridad en letras y en fundaciones, porque era Santa. Quitadle las letras y dejadle la santidad y sin ellas tan grande será como con ellas. Mas si la santidad se le quita, nada es entonces ante Dios ni ante los hombres. La santidad es

la sola raíz y fundamento de su grandeza abrumadora.

A pesar de su magnitud insólita, pequeños son la fundadora y su genio al lado de la Santa. Todas las cosas deben dirigirse á su fin y obrar según su natnraleza. El alma humaua, inteligente y libre, por fin tiene, conocer y amar á su Criador, hasta perderse en El, como los ríos se pierden en el mar. Un conocimiento de la verdad henchido de amor y este amor palpitando de una delicia inacabable y plena, es el fin de nuestras almas, único término digno de ellas y de Dios, que de la nada las formó para que fuesen inmortales.

Una alma es más perfecta á medida que más se une por la inteligencia y por el amor á la inteligencia y á la bondad infinitas. Las virtudes son como las alas con que las almas vuelan hacia ese firmamento luminoso de la verdad y del bien, en cuyo centro Dios irradia como un sol sempiterno de infinito amor. Si nos fuere dado ver cara á cara el alma de Santa Teresa caeríamos muertos de asombro como heridos de un rayo, ó quedaríamos ciegos como ante el rostro resplandeciente de un querubín. Esa

alma donde tantas virtudes se anidaron mientras estuvo presa en su cuerpo mortal, más luminosa debe brillar en los cielos y en medio de los bienaventurados, que brilla en nuestro firmamento la estrella de la tarde en los serenos crepúsculos del otoño.

Sería tarea superior al humano esfuerzo narrar una á una las virtudes que adornaron esa alma tan limpia, tan ardorosa y tan bella. Innumerables biografías se han escrito de Santa Teresa y no han bastado para completar el amplio dechado de sus virtudes. Las más poderosas inteligencias han cavado durante siglos en la rica mina de sus trasportes de amor divino, y aun no le encuentran el fondo. El Padre Ripalda, su confesor ilustre, vuela en pos de ella y se detiene falto de aliento sin poder seguirla; San Juan de la Cruz, tampoco se siente con alas bastante poderosas para acompañarla en su alto vuelo. Fenelón más tarde, el cisne de Cambrai, el preceptor de los reyes y el mentor de los pueblos, intenta seguirla sobre las huellas que Santa Teresa dejara en sus escritos y sólo puede, anonadado de admiración, exclamar: "Antes olvídeme de mí mismo, que olvidarme pueda de Teresa

de Jesús." Sólo ella pudo ser digna biógrafa de sí misma.

No faltó á su gran santidad, ni que el infierno vomitara sobre ella blasfemias por medio de la inmunda boca de Voltaire.

Si ante la Santa callan las lenguas de los grandes maestros y de los grandes santos ¿qué nos cumple hacer á nosotros míseros gusanos que vivimos en el cieno y nos agitamos en las escorias del tráfico banal de este mundo de maldad? Sólo nos es dado de rodillas y al pie de sus altares, pedirle que ella que llegó ya al término feliz de la jornada, envíe sobre nuestras frentes un rayo de luz de su fúlgida auréola para que alumbre nuestro áspero sendero, un rayo sobre los nuestros, del amor de Dios que abrasó su corazón.

¡Teresa de Jesús! Escritora insigne, fundadora ilustre, santa amada del Señor, justos son los loores que el mundo entero en estos momentos por doquier entona en honra tuya. En el himno que hoy levantan

en tu honor todas las lenguas civilizadas, no dejes de escuchar con especial complacencia, nuestro acento que fué el tuyo. Es tu fiesta para nosotros una fiesta de familia. Hablamos la hermosa lengua que tú hablaste, unos mismos fueron nuestros padres, la sangre que hizo latir tu hermoso y grande corazón, es la misma que atravesando los mares con Don Hernando el de la fe de apóstol y el de la espada incontrastable, circula hoy en nuestras venas y alienta nuestras vidas.

¡Teresa de Jesús! Tú que tanto puedes ante el trono del Señor, del Dios poderoso y justo, por quien los pueblos viven, que levanta las razas ó las abate según los designios impenetrables de su sabiduría infinita, ruégale que arroje una mirada de compasión sobre la noble España y la muchedumbre de sus incontables generaciones en el mundo de Isabel y de Colón! Que despierte de su sueño España, nuestra ilustre abüela, para que con la grandeza de su fe y de su genio, el heroísmo de su corazón y pujanza de su diestra, de nuevo llene la amplitud de dos mundos.

¡Que bendiga también en nosotros á los

hijos de sus hijos! Ya crece y se encrespa la ola, ya el alud se está formando, la tormenta y la inundación avanzan...... Ay, Teresa; si ahogados quedan en ellas nuestra sangre y nuestra habla ¿quiénes entonces, podrán aquí, sobre este fértil suelo, alabar al Señor Dios nuestro con toda la férvida fe de nuestra raza y el sonoro acento de la hermosa lengua que fué tuya?



DISCURSO

pronunciado en la velada literaria que celebraron las

CONGREGACIONES DE SAN LUIS GONZAGA

el 21 de Junio de 1891.



DIFICIL es dirigirse con acierto á jóvenes congregantes, reunidos en gozosa fiesta para celebrar solemne y piadosamente el tercer centenario, de la dichosa muerte de su patrono San Luis Gonzaga, ese ángel humanado, que en su rápido vuelo rozó apenas la tierra con la punta de las alas, dejando en ella, sin embargo, un reguero inmortal de luces de astros y de aroma de azucenas. San Luis Gonzaga casi no fué un sér humano, sino una alma hecha de amor de serafín y como envuelta en un cuerpo formado de pétalos de lirios. Ampo blanquísimo de inocencia; purpúrea gota de sangre, sin tregua vertida en penitencia del pecado ajeno; lágrima perpetua de ternura derramada por los dolores de todos los desgraciados; llama perenne de

amor, tendiendo sin cesar á elevarse al cielo, esto fué San Luis Gonzaga sobre la tierra.

No tengo los labios ni el corazón bastante limpios para hacer su panegírico; mi indignidad sería casi una profanación.

En este siglo tan fecundo en todo género de asociaciones, quizás no haya otras, tan nobles por sus propósitos, tan eficaces en sus resultados y tan santas en sus medios, como las Congregaciones de jóvenes cristianos, que nacidos bajo la inspiración de la Virgen Santísima á fines del siglo XVI y en Siracusa, hoy cubren la redondez del mundo, y son como catacumbas de los tiempos modernos, de donde saldrán legiones de mártires, destinados á sufrir todas las afrentas del mundo, todas las persecuciones de los poderes de la tierra, y todos los suplicios del siglo, menos sangrientos pero no menos feroces, que los de las primeras edades del Cristianismo.

Digno modo de honrar la memoria de

San Luis Gonzaga, será meditar por unos momentos y en voz alta, sobre los inestimables bienes que de presente y para lo futuro, proporcionan estas santas congregaciones á la juventud cristiana. Por lo pronto grandes beneficios le dispensan: el de la oportunidad, el de preservación, el de liberación y el de preparación. ¡Desmenuzándolos bien, quedará en su gratitud, como anonadada el alma, ante la magnitud de tales beneficios!

El más grande y terrible engaño de la adolescencia, es el no creer en la muerte; está viendo el puerto de donde acaba de zarpar, y se imagina que es sin límites el mar de vida que tiene delante. Si mirara hacia atrás, contemplaría horrorizada cómo huyen rápidas, cómo se hunden y desaparecen bajo las olas del tiempo, las playas de donde partió. Cuántas barcas que al salir el sol desplegaban sus blancas velas, para cruzar gozosas el golfo azul de la vida, antes del ocaso fueron tragadas por los

negros y revueltos abismos del pavoroso mar de la muerte.

Pero la juventud aun en presencia de la tumba misma, no tiene conciencia de la brevedad de la vida humana. Cree que son muy largos los días del hombre sobre la tierra y que por tarde que la comience, siempre tendrá tiempo para rendir su faena, antes que el sol se ponga. ¡Fatal espejismo, tremendo engaño es éste! Desde que en Adam cayeron todos los hombres, de tal manera se endureció el alma humana, que para poder forjar ese hierro en bruto, se necesita comenzar á amartillarlo desde la aurora. Apenas si basta una larga vida para medio pulir ese durísimo diamante. Después de muchos años de desierto, se le erguía el alma á San Gerónimo al recuerdo de los placeres y soberbias de Roma, y á los ochenta años todavía se le encabritaba á San Alfonso María de Ligorio como si tuviese veinte.

El primer beneficio que las Congregaciones dispensan á la juventud católica, es ponerla á trabajar desde el amanecer en la grande obra de su santificación. La tarea es tan noble, tan subido el jornal que por

ella se paga, y es, sobre todo, tan bueno y ayuda tanto á cumplirla, el Amo á quien se sirve, que nunca se madrugará lo bastante para comenzarla. La oportunidad duplica el precio del beneficio recibido. Las congregaciones conmienzan á labrar las tierras de la heredad del Señor, cuando todavía están vírgenes, antes que los fuegos de las concupiscencias las hayan disecado, los vientos arrasantes de la duda las hayan desolado, ó que los turbios arroyos que bajan de las colinas del mundo, las hayan convertido en cenagosas charcas y pútridos pantanos. Al acto de madrugar, para comenzar desde temprano la santificación del día, en su estilo de realce, le llamaba Fray Luis de Granada, la rueda maestra de toda la jornada. Las Congregaciones, al comenzar desde las primeras horas de la mañana de la existencia á doctrinar y santificar las almas de los niños, no sólo les proporcionan la rueda maestra de toda la jornada de la vida sino la clave de su eternidad feliz.

San Juan, con inspirada precisión, ha señalado la raíz de todo pecado y las fuentes de donde dimana: pero la manera como brota en nosotros, será siempre uno de los más recónditos y pavorosos misterios de nuestra naturaleza decaída. A veces parece que allá en el fondo de nuestra alma se agita una especie de levadura infernal, cuyos vapores mefíticos, al menor descuido de la voluntad, se condensan en pecado. En otras ocasiones, no parece brotar del fondo de nosotros mismos, sino entrarse en nosotros de fuera, como un miasma envenenado que se aspirase por todos los poros; ó venir hacia nosotros desde muy lejos, como si fuese un pájaro monstruoso salido de un antro horrible, que con su ala impura viniese á manchar nuestra frente. De todos los vehículos del mal, el elemento humano es el más eficaz y formidable: si el infierno revelara sus secretos, se vería que muchos quizás de los precitos, no se condenaran por sí solos, sino que otro sér humano fué la causa ocasional de su perdición.

Muchos padres por un exceso de sentimentalismo, y muchas madres sobre todo, en el extravío de su ternura, se ima-

ginan que la niñez y hasta la adolescencia son incapaces de pecado. San Agustín que pensó en todo y en quien las alas de la poesía no torcían la dirección del vuelo, dice: "que en los pequeñuelos, con las primeras luces de la razón comienzan las primeras sombras del pecado," La experiencia confirma, por desgracia, tan triste verdad: las almas de los niños son de una blandura esponjosa, que lo mismo que lo bueno pueden absorber lo malo, y quizás más fácilmente el mal, porque la parte calcinada por el sello á fuego del pecado original quedó tremendamente debilitada. "Concebido fué el hombre en pecado, gemía Job, y con funesta propensión al mal." Tienen que ser muy grandes el peligro y propensión del niño al mal, para que Nuestro Señor Jesucristo con el fin de preservarlos, El tan dulce y de tan tiernas palabras, se haya servido de frases que ponen tanto espanto. "Al que escandalizase á uno de estos pequeñuelos, que creen en Mí, más le valiera le atasen una piedra de molino al cuello y lo sumergiesen en lo profundo del mar." Al recordar tan terribles palabras, parece imposible que haya escuela sin Dios, maestros perversos, y

sectas y asociaciones para la perdición infantil.

Las Congregaciones son huertos cerrados de simientes escogidas, plantadas á orillas del caudaloso torrente de la gracia; regadas constantemente con aguas de vida, ninguna se pudre ni podrá corromper á las demás. No sólo están eliminados en ellas, los malos ejemplos y las malas amistades, sino que en esas nobles y bien intencionadas Congregaciones, siendo todas buenas ó mejores, las malas compañías son imposibles; y predicada con el ejemplo, la más sublime y persuasiva de las elocuencias, la edificación es constante y eficaz. Las Congregaciones son como vastos invernáculos, donde la planta humana, la de más laborioso y delicado cultivo, crece sana, sin temor á los punzantes hielos ni á los ardores del estío.

Es inmenso este beneficio de preservación, que las Congregaciones prestan á la juventud católica. Eliminadas las malas amistades cuya eficacia de infición es de una potencia verdaderamente satánica, y sustituidos los miasmas deletéreos del escándalo, con las auras vivificantes y purísimas del

buen ejemplo, fundadas esperanzas hay, de que la niñez en vez de ser la ruin simiente de generaciones contrahechas de cuerpo y de alma, sea el fecundo germen de nobles y generosas estirpes, robustas en la fe, valerosas con todos los alientos de la esperanza y heróicas con todos los ardimientos de la caridad; generaciones blancas como la inocencia de las vírgenes y rojas como la sangre de los mártires.

Algunas vocaciones se revelan tardíamente; pero por lo común se manifiestan en los años que enlazan la adolescencia y la juventud de la vida. A los catorce años de edad, pronunció Fenelon, improvisándolo, en uno de los estrados más distinguidos de la nobleza de Francia en aquella época, su primer sermón, revelación instintiva de su vocación eclesiástica y su futura incomparable elocuencia. San Luis Gonzaga, á los diez, hizo su primer voto de virginidad y por su frecuente oración y la austeridad de su vida, era ya casi un profeso. D. Juan

de Austria, criado por D. Luis de Quijada en la soledad y silencio de un pueblecillo de España, ocultándole su origen é inclinándolo por todos medios al estado eclesiástico, tendría diez ó doce años, cuando interrogado por orden de Carlos V. sobre cual regalo deseaba más se le hiciese, irguiéndose respondió sin vacilar, "una espada y un caballo" presagiando así en él con semejante respuesta, al soldado insigne de Lepanto y Flandes. Santa Teresa á los doce años, quería ir á buscar el martirio entre los moros de Africa.

Ha habido muchas vocaciones, no sólo manifiestas sino divinamente solemnes: los cielos se han abierto, y la voz de Dios mismo ha llamado por sus nombres á algunas almas y reveládoles lo que de ellas quería, como á San Pablo; pero en lo general, los primeros vagidos de la vocación son tenues y confusos como los de un infante recien nacido. Semejantes á esos hilos metalíferos que conducen al descubrimiento de las vetas mineras, los hilos que revelan las vocaciones, son muy delgados y con suma facilidad se pierde el rumbo que llevan; son tenues corrientes de agua que caminan á

mucha profundidad, y que apenas puede adivinarse su curso, por los pequeños manchones de humedad que transpora hasta la superficie del terreno. Y por débiles que sean, es necesario estar siempre atentos, hasta escuchar esos latidos de la vocación, pues suelen desaparecer por mucho tiempo, y una alma sin vocación conocida, es una nave sin timón en medio de la borrasca, una especie de gitana moral, sin rumbo ni hogar sobre la tierra.

Es muy difícil percibir las voces secretas de la propia vocación en medio del tumulto y estruendo de la vida moderna, de cuyos ruidos y agitaciones no está exenta ni la misma niñez. La sobria enseñanza elemental antigua, ha sido sustituída por una aglomeración de estudios disímbolos sobre todos los ramos del saber humano, que relaja el cerebro de los niños; apenas saben hablar, cuando ya entran en todas las fatigas y trabas de un trato social prematuro; antes de tiempo los abruma el hastío de diversiones y placeres impropios de su edad, que divagan su mente y enjutan su tierno corazón. Muchos se marchitan y desfallecen como delicadas flores, á los mi-

mos indiscretos de sus propias familias. ¡Pobres niños! según la cruda frase de Horacio al increpar las monstrusidades de la antigua Roma, se les obliga á soñar en el placer desde que nacen y á ensayar danzas indignas desde la cuna. ¡Ya no hay niños! exclamaba Selgas.

Es inconmensurable la grandeza del servicio que las Congregaciones prestan á la niñez y juventud liberándolas de tantas fatigas abrumadoras, de tantas trabas importunas y de tantos ruidos ensordecedores; proporcionándoles los momentos de paz y de silencio, que tanto necesitan para poder interrogarse á sí mismos sobre su propia vocación, para poder escuchar la voz de lo alto, respondiendo como Samuel: "Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha." Las Congregaciones son como asilos de paz y seguridad en medio de las violencias y estruendos de una conflagración universal, celdas de silencio y de reposo, erigidas junto á las plazas públicas del fragor mundano y en las aceras de las grandes avenidas de la atronadora civilización moderna, donde la juventud puede recogerse á meditar sobre sus destinos en el tiempo y la eter-

nidad, y donde puede escuchar los ecos de las voces del Cielo repercutiendo en las conciencias humanas. Sin congregaciones, la niñez y juventud se sentirían siempre aturdidas por un vocerío ininteligible, semejante al que produjo la confusión de las lenguas, al pie de la Torre de Babel en las llanuras de Senaar.

Por grande que sea éste de liberación, mayor es el beneficio de preparación que las Congregaciones prestan en el mundo á la juventud católica. Sería un insensato el paladín que se lanzase á singular combate contra sus formidables enemigos, sin escudo y sin loriga, sin lanza y sin espada. Para pelear el buen combate á que todo cristiano nace destinado, es necesario que se apreste con tiempo, para entrar bien armado en la lucha terrible que le espera contra el infierno, el mundo y las rebeliones de su propia naturaleza decaída. Las Congregaciones son como vastos arsenales, provistos de todas armas de buen filo y de buen tem-

ple, que al servicio del valor, serán la mejor prenda y la más fundada esperanza de victoria.

Es inútil buscarlas en otra parte: para poder domar el mundo y escalar el cielo, no hay otras armas que las virtudes cristianas. Los antecedentes de familia y la posición social algo pueden ayudar á la virtud; también es un auxiliar de ella la educación científica, bajo la doble condición de que por principio tenga el temor del Señor y por fin último la mayor gloria de Dios; asímismo puede ser un freno para contener el mal, el rigor de las leyes civiles, aunque siempre débil, porque el pensamiento no cae bajo la ley, ni ésta puede llegar hasta el fondo del corazón humano, que es donde el pecado nace y se anida.

Las virtudes no brotan en el alma humana sino al influjo de la gracia divina, es decir, bajo la acción misma de un Dios de inmenso poder y de infinita misericordia; pero el cielo no deja arrancarse la gracia sino por la oración, ni la distribuye sobre la tierra por otros canales que los sacramentos, instituidos para ello por Dios, que no puede, siendo la suprema verdad, con-

tradecirse á sí mismo. Las Congregaciones, esto son esencialmente y en último término, asambleas de-jóvenes que se reunen como los primitivos cristianos en las catacumbas, para orar en común, y para ayudarse mutuamente, á participar con menos indignidad y más fruto de los santos sacramentos; éstos son los medios eficacísimos é indefectibles de que las Congregaciones se valen para engendrar virtudes cristianas en las almas de los jóvenes. La experiencia de tres siglos responde de los felices resultados; entre otros varones insignes, de las Congregaciones salieron, San Francisco de Sales, ese panal de amores, formado por el rocío del cielo en una oquedad de las rocas de los majestuosos Alpes; San Luis Gonzaga, ese himno animado de la pureza; y San Juan Berchmans, esa epopeya viviente de humildad y sencillez.

Y hay un grave error, casi una calumnia tal vez inventada por la pravedad del mundo, ó quizás forjada por el mismo Satanás, para impedir que los niños ingresen á las Congregaciones. Hay padres necios que creen, y habrá padres de familia malvados que hasta dirán, que en las Congregacio-

nes se deprime la voluntad de los niños para inclinarlos al estado eclesiástico, falseando su vocación. Que algunos jóvenes por inspiración divina, eligiendo la mejor parte, prefieran consagrarse al servicio del altar y que su vida se deslice en seguridad bajo la augusta sombra de las bóvedas del santuario, es un gran bien para ellos y para los demás. ¿Qué puede hacerse en la tierra más elevado, más útil y más santo, que ser el intermediario por ordenación divina entre Dios y los hombres, el guardián por el sello imborrable del carácter sacerdotal, de la alianza eterna entre el cielo y la tierra? Natural es que de las Congregaciones salgan sacerdotes no indignos de serlo; pero los hechos desmienten, que sean exclusivamente semilleros de levitas.

De las Congregaciones han salido desde hace tres siglos y seguirán saliendo, no sólo monjes santos y sacerdotes ejemplares; sino padres de familia, que poblarán la tierra de hombres justos y de bienaventurados el cielo. De las Congregaciones, esperamos nosotros, los grandes propietarios que no considerarán á los indios infelices y á sus infortunadas familias, como nna acce-

sión de sus ganados; ricos que no esconderán los nueve décimos de su fortuna, para sacarle sin riesgo y sin trabajo el fruto de toda ella, al décimo restante; industriales que no pagarán su salario á los obreros en hambre y tisis; banqueros y negociantes cuyas combinaciones mercantiles no sean ya las antiguas mohatras judaicas: letrados, profesores y sabios, que de la ciencia y la justicia harán un culto y no un vil tráfico; artistas que no harán del talento una bellaquería; hombres públicos sin más aspiraciones que las del patriotismo y la conciencia; y soldados cuya espada no saldrá de la vaina sin razón, ni volverá á ella nunca sin honor. Las Congregaciones no exijen vocaciones sacerdotales: de todos sus miembros esperan virtudes, porque á su santificación nacieron destinados todos los hombres, en todos los estados y en todas las edades de la vida.

Las virtudes que las Congregaciones la inspiran, no sólo son el más rico tesoro de

la juventud al presente, sino que serán su más poderoso talismán en lo futuro, su más seguro elemento de victoria en las luchas mortales que la esperan. Como acabada la vida ya no hay tiempo sino sólo sér, se cree que el mayor tormento de los condenados, será tener que sufrir en cada momento, la eternidad toda entera. Sería cruel y hasta impío, infligirle á la juventud un tormento semejante, condensándole en un punto todos los desengaños, todos los dolores, todas ias caídas y todos los remordimientos de la escala completa de la vida; presentándole en un momento dado y como de un golpe, todas las incontables miserias del vivir humano, desde las dolorosas insuficiencias de la infancia hasta las locas ambiciones y desenfrenadas codicias de la maturidad, hasta los egoísmos fríos y sórdidas avaricias de la vejez. Pero sí será discreto y hasta compasivo, prevenirla de los grandes abismos que encontrará en su camino desde mañana.

Cada jornada de la vida tiene sus peculiares peligros, pero quizás ninguna mayores que la juventud, cuyo camino va por la ceja estrecha de abruptas montañas, que á

sus pies tienen profundidades hondísimas y oscuras, que atraen con sus vértigos y han devorado á millares de millares de viajeros. Los precipicios más peligrosos por donde pasa la desigual y tortuosa vereda de la juventud inexperta y temeraria, son los abismos del trabajo, de las vanidades, de los miedos y de los afectos. Son mucho más temibles y causan más espanto, que la cornisa de los Alpes, y que las barrancas sin fondo de Maltrata y de Metlac.

——

Después del primer pecado, el trabajo se hizo para el hombre caído una necesidad ineludible. Sin pan no se vive y el pan no se amasa sin sudor. Como todo castigo de Dios en la tierra, el trabajo es una expiación, llena de justicia; pero también llena de misericordia. Es el sustento de las familias, la dignidad del hombre y el ahuyentador de las ocasiones del mal; pero al mismo tiempo es, afanes y vigilias fatigosas, dispendio de energías físicas y morales, privaciones y humillaciones sin cuento.

Como su fin próximo son los bienes materiales, cuya expresión compendiosa y genérica es el dinero, el trabajo compendia así mismo, todos los sufrimientos que la adquisición y conservación de las riquezas engendran entre los humanos. Dos fieras disputándose la misma presa, son menos feroces, que dos hombres disputándose la misma moneda. Quizás el oro sea lo que más amen los hombres en el mundo, pues es menos rebelde á salir de las entrañas de la tierra que lo esconden en filones, que de las arcas que lo guardan acuñado. Para adquirirlo, se necesita luchar en la liza del trabajo con energía y perseverancia heróicas, y éstas al mismo tiempo deben ser tan puras y tan rectas, que no manchen el corazón con durezas y codicias, que no lastimen la caridad ni ofendan la justicia. Con el mismo afán debe trabajar el hombre que si no hubiera más que tierra y con la misma abnegación que si no hubiera más que cielo.

Tácito el sombrío historiador, tan pronto para la censura como tardo en elogiar, alaba grandemente á un romano de su tiempo, sólo porque supo ser rico y fué digno

de serio. Acumuló dice Tácito, grandes riquezas sin fraude y sin bajeza: las aumentó sin usuras ni injusticias; las conservó sin parsimonia; y las gastó sin prodigalidad y sin propio ni ajeno daño. Este arduo problema del trabajo es el primero que la juventud encontrará en su camino, y que sólo podrá resolverlo con acierto y para su temporal y espiritual provecho, con mucha paciencia para soportar sus martirios, con mucha humildad para sufrir sus humillaciones, con mucho valor para afrontar sus desdenes, y con mucha caridad, sobre todo, para no abusar de sus prosperidades ni dejarse corromper con los halagos de sus ganancias.

No es menos profundo que el del trabajo, el vertiginoso abismo de las vanidades. La juventud todo quiere saberlo y de todo quiere gozar. Como su afán de ciencia nace de la vanidad y no del amor de la sabiduría, prefiere los curiosos á los conocimientos útiles y las apariencias á la realidad. De la

soberbia y vanidad literarias, han brotado tantos libros blasfemos é impíos, tantas historias falsas, tantas novelas obscenas ó frívolas, tantos periódicos ligeros, escandalosos y calumniadores; tantas comedias malignas, y zarzuelas desnudas, y tantos dramas que han manchado la escena teatral con sangre injustamente vertida y con disoluciones triunfantes. Antes, la sabiduría la cosechaban los grandes talentos á costa de perseverantes labores; hoy, brota espontáneamente como un hongo venenoso en los pantanos de la ociosidad.

Del loco afán de gozar sin tregua ni medida, han surgido esas asociaciones del placer, que de la complacencia en las murmuraciones hacen una urbanidad obligatoria; cuya menor servidumbre es imponer amistades peligrosas ó molestas; cuyo mayor aliciente son las ruinosas emociones del azar; y cuyos más ligeros gravámenes, los constantes, ineludibles y dispendiosos compromisos. De ese mismo insensato afán de goces, han nacido los viajes interminables, que tanto merman la bolsa, la salud y la conciencia; que han convertido á los ricos del siglo en errantes peregrinos volunta-

rios, y en tristes expatriados sin amistades ni respetos: y que han reemplazado los apacibles y gratísimos murmurios del hogar, con los estridentes gemidos de las hélices y las asmáticas sufocaciones de las locomotoras. De ahí mismo ha brotado, la incesante lectura de novelas, ese ajenjo del espíritu que hace soñar despierto; y la asidua asistencia á los espectáculos tan execrados por Tertuliano, y de los que San Agustín, con su penetrante mirada de águila, decía: "No es razonable derrochar por mentiras, la preciosa savia del alma, que tanto necesitamos para las tremendas realidades de la vida. Cada lágrima vertida sobre las fingidas catástrofes de la escena, es lágrima robada al dolor de nuestros propios pecados y á la compasión por las miserias de nuestros hermanos."

Pero siempre, el hijo primogénito y mimado de la vanidad será el lujo el cual no puede ser tenido por tan legítimo y tan inocente, si se contemplan los bárbaros estragos que en todos tiempos ha causado en el mundo. Millares de vidas sacrificó en levantar pirámides en Egipto y en suspender en Babilonia jardines en el aire. En la an-

tigua Roma, aplanó montañas; cavó lagos; reemplazó el bienhechor olivo y la útil y secular encina, con bosques de sonantes y estériles laureles: y desterró el fecundo trigo para sembrar violetas y rosales, que rendían abundantes cosechas de perfumes y muchas guirnaldas olorosas con que coronarse la frente en los festines. En los modernos tiempos, el lujo ha provocado los desfallecimientos de la mísera Irlanda y los rugidos del hambre en Inglaterra; ha corrompido las médulas de las razas francesas haciendo que á sus hijos les pese demasiado la espada de Carlos Martel, y en todo el mundo ha engendrado el socialismo y las huelgas, con sus pánicos y dinamita. El abismo de las vanidades, sólo puede atravesarlo la juventud, mirando siempre hacia arriba para no desvanecerse y caer.

Por contradictorio que parezca, la juven-ventud tan expuesta está al mismo tiempo á las jactancias como á los miedos. El del miedo es uno de los más espantosos preci-

picios que la esperan: por una aberración incomprensible, la divisa de la juventud parece ser, no sentir miedo de lo verdaderamente formidable, para tenerlo de todos los vanos fantasmas forjados por la locura humana. Por temor al ridículo, no vacila en lanzarse á gastos superiores á sus recursos, en contraer amistades desiguales que son una complicidad en los vicios ajenos, y en descender hasta la más baja y cobarde de las hipocresías, la triste hipocresía del mal. Por miedo de no poder trepar sola la áspera pendiente de la vida, en vez de buscar el fraternal apoyo de los buenos, se resuelve á transigir con todos los vicios é implorar la humillante protección de los malvados. Por miedo de no aparecer cobarde, se lanza sin temor á la muerte, á través de duelos, que aunque las más veces sean una farsa en la intención de los que los pactan, muchas se convierten en sangrientas tragedias que enriquecen al infierno. Por miedo en fin, de ser vencida por los malos, de que éstos la priven de la sal y el fuego, en vez de combatirlos se rinde la juventud á sus enemigos, ingresando á la gran secta de las tinieblas, esa querida hija de Satanás, men-

tirosa como su padre, que promete socorros y comienza por pedirlos, proclama libertades y forja cadenas, hace entrever solios para sus adeptos y los convierte en escabeles. El precipicio de los miedos, nadie hasta ahora ha logrado pasarlo con felicidad, sino apoyándose en el firme brazo de la valerosa perseverancia cristiana, que gastó los dientes de los leones y melló las hachas de los verdugos.

Pero de todos los derrumbaderos de la juventud, ninguno más temible y pavoroso que el de los afectos humanos. Como el enemigo está dentro de ella, la fortaleza está casi perdida. Hilos invisibles de amor son los que atan y mueven el mundo. Uno de esos hilos arrastra al padre á las rudas faenas del trabajo para llévarles pan á sus hijos: un hilo de ternura ata á la madre, á la cabecera del contagio, cuando su hijo está enfermo. Por doquiera, hilos de amor fundando los hogares y las familias, amparando á las sociedades, aproximando á

los pueblos, unificando á la humanidad y atando la tierra con el Cielo. Sin el amor no habría padres ni hijos, esposos ni hermanos, amigos ni prójimos. Es tan grande y tan preciosa la caridad, que ella sola bastaría si todos los hombres la tuvieran para llorar menos el Edén perdido. Sin ella, sería el mundo la desolación suprema, pues esencialmente el infierno no puede ser otra cosa, que el desamor eterno y absoluto.

Por lo mismo que el amor es un tan preciozo elíxir de vida, un tan exquisito licor de felicidad, es de la más extremada delicadeza. Tiene que guardarse siempre en odres nuevos y limpísimos: el menor descuido lo tuerce, el más pequeño átomo de mundo ó de pecado que en él caiga lo corrompe, y muchas veces, para siempre. Las corrientes del amor son de una precisión magnética, y no tienen más que dos polos: el cielo y el infierno. Como en la vida se consume para sustentarla, más amor que pan, es indispensable gastarlo día á día, y momento por momento, y sin embargo, bajo pena de un reato eterno, no se ha de mal emplear ni de desperdiciar una sola de sus partículas. ¡Qué tremenda responsabilidad

ser depositarios de semejante tesoro! Para usar de él sin abusar, no bastan las solas fuerzas humanas. En este espantoso abismo de los afectos de la tierra, como si fuesen las hirvientes aguas de una inmensa catarata, sin distinción de tiempos ni lugares, sexos ni edades, se han despeñado generaciones enteras. ¡Pero no hay qué asomarse á semejante precipicio, que sólo el mirarlo causa vértigos! Los hombres por sí solos no podrían salvarlo; pero todo es fácil con la gracia al hombre, y cuando es necesario, como es Dios tan bueno, les manda á sus ángeles, que volando, los pasen en peso.

Qué grandes bienes dispensan las congregaciones de la Santísima Virgen, á la juventud, no sólo de presente sino también para lo futuro. Sin compararlas, por supuesto, con la Iglesia que es la Esposa de Jesucristo y la madre común de todas las asociaciones cristianas, quizás, si bien se reflexiona, no hay en la tierra, exceptuadas

las órdenes religiosas, sociedades de más alteza por sus propósitos y de más trascendencia en sus resultados que las Congregaciones. Son un amplísimo y muy bien combinado sistema de irrigación que dirigiendo desde las alturas los arroyos de la vida, rigen y purifican todas las aguas que han de regar la vasta heredad del Señor.

El día del juicio será de sorpresas estupendas. Qué azorado quedaría el mundo del oro y la soberbia, si con la inflexible lógica de la verdad se le demostrase, que consideradas en un orden absoluto, vale mucho más intrínsecamente una hnmilde y desconocida Congregación de la Santísima Virgen, que la gran compañía de Suez con su amplio canal cavado en las arenas del desierto para abreviar las rutas del mundo; que la Liga Ferrocarrilera de los Estados Unidos, con sus interminables vías de acero y sus incontables monstruos voladores, de potente empuje y entrañas de fuego; y que esas compañías de navegación que con sus enormes palacios flotantes, oprimen por do quiera, el lomo movible de los mares.

Son admirables las Congregaciones por

la sencillez de su organización y la eficacia de sus medios; pero como fueron inspiradas por la Santísima Virgen son una obra acabada, redondas como una esfera perfecta. Además de buenas en sí mismas, siempre están dirigidas por sacerdotes virtuosos y prudentes, y las más veces por jesuitas, los que como los caudilios del Gran Capitán en la guerra de Italia, pueden ser tenidos todos, no sólo por buenos sino por mejores. Pero como los hombres por santos que sean, siempre son hombres y pueden cansarse y engañarse, Dios ha cuidado de darles patronos invisibles pero vigilantísimos, que desde el Cielo las cuiden y dirijan.

Bendición y muy grande de Dios sobre una Congregación, es darle por patrono á San Luis Gonzaga. En las finísimas balanzas de la justicia divina se pesa hasta el más sútil polvo de diamante, de las buenas acciones. La justicia y misericordia infinitas, conceden á los santos una gloria proporcionada á sus méritos, y les confieren un poder de intercesión más eficaz, respecto de las virtudes que más amaron y alcanzaron durante su peregrinación en la tierra. La gloria de San Luis Gonzaga fué

revelada á Santa Magdalena de Pazzis y asombrada de su grandeza, decía esta Santa, que si no le hubiera sido mostrada, nunca hubiera creído que fuera tan grande, la gloria de Luisito, en el Cielo. Anticipando la dulce familiaridad con que se han tratar los bienaventurados en la Celestial Jerusalem, Santa Magdalena le llamaba á San Luis Gonzaga "Luigino."

San Luis Gonzaga, que durante su vida tan corta en el tiempo y tan llena para la eternidad, tanto sobresalió en la pureza y la mortificación, en la humildad y en la oración ¿qué poder no tendrá en el Cielo, para alcanzar esas mismas virtudes á los congregantes que imploren su auxilio, con la dulce confianza con que se invoca el socorro de un hermano? El, que tan cariñoso y tan amable era aquí ¿cómo podrá desoír ahora que ya reina con los justos, los angustiosos gritos de sus hermanos que todavía luchan con el embravecido oleaje de la vida?

El patrocinio de San Luis Gonzaga, es favor muy especial del Cielo; pero como Dios, no sólo es bueno, sino que es la Bondad Infinita, les hizo á las Congregaciones

el presente de los presentes, el don de los dones, la gracia de las gracias: les dió además, la protección maternal de la Santísima Virgen. En diez y nueve siglos que lleva de redimido el mundo, ya muchos santos desde en vida se han asomado al cielo, y muchos espíritus celestiales y bienaventurados han bajado á la tierra. Este doble testimonio de los que han ido y de los que han venido, corroborra lo que tantos doctores y padres de la Iglesia creyeron y tantas generaciones han adivinado, que es parte del plan divino, no dispensar gracias á la tierra sino por conducto de María Santísima. Su poder es casi la omnipotencia, puesto que le es dado el meter sus ambas purísimas manos en los inmensos tesoros del cielo, para derramarlos sobre el mundo sin medida.

Y no es menor su bondad que su poder. El alma de María Santísima es una obra maestra del Poder Divino. Formó Dios una alma bellísima, y la colmó de dones y de gracias. La Virgen Santísima correspondió á todas las gracias recibidas, y como la correspondencia á la gracia atrae nuevas gracias, se fueron multiplicando en Ella, hasta

quedar toda llena de gracia, según las palabras de la salutación angélica. Al mirarse así favorecida, al contemplarse la Madre Virgen del Eterno Verbo, por conocimiento y gratitud, amó á Dios con toda la energía de su alma, y por ese amor que á Dios tiene, es por lo que á nosotros nos ama con indecible ternura. Es tan incomprensiblemente grande el amor que la Virgen Santísima nos tiene, que si necesario fuera, lo mismo que sufrió en la tierra y mucho más, volvería á sufrirlo por uno solo, por el último y más ingrato de los hombres. Si esto haría por el más abominable de los pecadores; ¿qué no hará por sus hijos predilectos á quienes por especial encargo de Dios tiene qne amparar y proteger? ¡Ay! si no hubiera Virgen María, cuántos, cuántos hubieran muerto de desesperación ó de terror. ¡Ah! si los condenados pudieran amarla, se acabaría el infierno.

Concluyamos. Las Congregaciones son muy buenas en sí mismas, y son muchos y

muy grandes los beneficios que dispensan á los jóvenes que las forman. Con tiempo los ponen á trabajar en su gran negocio, en su único negocio, porque en verdad que el salvarse es lo sólo necesario. Los preservan del terrible contagio de las malas amistades, los malos ejemplos, y del de esos miasmas salidos del infierno que andan como flotando en la atmósfera del mundo. Imponen silencio en torno de ellos, para que puedan escuchar las voces interiores reveladoras de su propia vocación, que es la rueda maestra de la vida y el timón que dirige la travesía. Inculcan en ellos las virtudes que tanto necesitan desde hoy, y que más necesitarán mañana, para atravesar sin caer los profundos abismos que encontrarán en su camino. Les proporcionan la dirección visible de hombres sabios y virtuosos, y el patrocinio invisible de insignes y poderosos santos. Les aseguran, sobre todo, la protección de la Santísima Vírgen, que es la escala más firme para subir al cielo y el más seguro cable para alcanzar las playas de la eternidad feliz.

Conociendo que las Congregaciones son tan buenas y tan benéficas, hay que amar-

las. Obedecer y cumplir sus prescripciones y perseverar en ellas, eso es amarlas. Pero la verdad y el bien por su propia naturaleza son difusivos y el corazón humano no es tan egoísta que no quiera aumentar su propio bien compartiéndolo con los otros hombres. Además de amarlas, hay pues que propagarlas.

Hacerlo todo así, será el mejor modo de celebrar el tercer centenario de la dichosa muerte de San Luis Gonzaga, de complacer á la Santísima Vírgen tan digna de ser complacida, de regocijar al amoroso corazón de Jesucristo Nuestro Salvador, y de procurar la mayor gloria de Dios, cuyo nombre augusto jamás podía escucharlo Carpio, nuestro poeta, sin emoción, y que yo no me atrevería á pronunciar en voz alta, si no me alentará la dulce esperanza, de que el abis mo infinito de las misericordias del Señor me salvará del profundo piélago de mis iniquidades. ¡Mucho ama Dios á vosotros los buenos; pero también á los malos nos tiene compasión! Como el alma de la Vírgen pura, "LLENESE DE GOZO NUESTRO ESPIRITU AL CONTEMPLAR LA BONDAD DE DIOS NUESTRO SALVADOR!"

DISCURSO

pronunciado

en la velada literaria que en honor de

SANTO TOMÁS DE AQUINO

celebró el Seminario de Puebla la noche del 8 de Marzo de 1896.



ILMO. SEÑOR:

SEÑORES:

 las almas, Dios les habla sin ruido de palabras y sin murmullo de acentos articulados, sino con las mociones silenciosas é inefables de su gracia y las vívidas irradiaciones de su luz sempiterna, con las que sin abrasarlas, las alumbra. De manera distinta se comunica con la humanidad y con el hombre: O ha hablado el lenguaje humano, como á Adán en el Paraíso y como habló el Eterno Verbo al humanarse; ó les ha hablado por el ministerio de otros hombres, inspirando á éstos directamente como á los profetas en la Antigua Ley, ó revistiéndolos de carácter y poder especiales, como á los apóstoles

y sus sucesores, á los pontífices y sacerdotes en la Nueva Alianza.

Para dirigirlos é iluminarlos, el lenguaje habitual, por decirlo así, de la Divinidad, ha sido el de las inspiraciones de la santidad, del genio ó del heroísmo, á algunos hombres elegidos en los designios impenetrables de su sabiduría infinita, para ensanchar los horizontes de la verdad sobre la tierra, ó transformar la faz de ésta en los órdenes moral y sensible. Dios que por boca de Isaías llamó á Ciro por su nombre doscientos años antes de que naciera y por la de Daniel anunció las futuras conquistas de Alejandro; á su tiempo suscitará á Constantino y Carlo Magno, los dos grandes fundadores de imperios; encenderá para abrasar al mundo amor de serafín en el corazón de San Francisco de Asis; ó levantará como gigantescos faros para alumbrar los amplios mares de la inteligencia humana, á San Agustín y Santo Tomás, esos colosos del genio, cuyas obras, la "Ciudad de Dios" y la "Summa," son sin duda las dos más altas y duraderas pirámides que haya erigido sobre la tierra el pensamiento del hombre.

Ninguna inteligencia de mortal ha recibido quizás homenajes más grandes de admiración sincera y de profundo respeto, que la de Santo Tomás de Aquino. Más de seiscientos años há que expiraba en una pobre celda del convento de Fossa Nuova y con la humildad de su estado y su carácter, el modesto religioso, que hasta hoy siguen proclamándolo por su Angel las escuelas; cuya palabra continúa siendo la última que pueda pronunciarse, en las cuestiones más elevadas y profundas; en los problemas más trascendentales y más árduos que abisman nuestra mente y agitan nuestros corazones. En este mismo instante, en el rincón de un mundo para él ignorado, aquí estamos reunidos con el solo fin de inclinar con humildad las nuestras ante esa frente que Dios en su bondad y para iluminar los siglos, se sirvió sellar con el radiante é inextinguible sello del genio. Hacer la distribución de premios entre los alumnos de un Seminario á los pies del gran doctor de la Iglesia, en verdad que es uno de los más hermosos y oportunos homenajes que pudieran tributarse al Angel de las Escuelas.

En 1259 asistió Santo Tomás al Capítulo

General de su Orden Dominicana que tuvo lugar en Valenciennes, y por él fué encargado en unión de Alberto Magno, de reglamentar los estudios escolares de su época. Tal vez no sea una tesis inadecuada para este pobre discurso, é inoportuna para este ilustrado auditorio, la grave cuestión de la enseñanza pública entre nosotros, tratada según las inmutables doctrinas de Santo Tomás y con arreglo á las necesidades de nuestro país, nuestra situación y nuestro tiempo.

El hombre no nace perfecto y por su naturaleza tiende á perfeccionarse. El estado primitivo y la caída original, son la clave que la revelación subministra para descifrar el enigma. Sin la luz de ella, la débil razón humana se pierde en conjeturas absurdas, pero no puede desconocer ni se atreve á negar el hecho. Para un sér inteligente y libre que nace imperfecto y tiende á perfeccionarse, la educación es el medio para ello más adecuado y conveniente. *Ex corpore et anima dicitur esse homo, sicut ex duabus rebus quœdam tertia res constituta, quœ neutra illarum est.* El hombre nació para sí, la familia y la sociedad en el tiempo, y para Dios siempre, en el tiempo y en

la eternidad, pues es su último fin y al que toda vida debe ordenarse. *Tota humana vita oportet, quod ordinetur, in optimum et ultimum finem humanæ vitæ.*"

Partiendo de estos inconcusos principios sentados por la filosofía tomística, necesario es quedar persuadido de que la buena educación debe, por razón de la naturaleza del hombre, referirse tanto al cuerpo como al espíritu de éste, y por razón del fin comprender tanto la privada como la social, es decir la suficiente para ponerle en aptitud de llenar sus deberes para consigo mismo, la familia, la sociedad, y Dios sobre todo, que es su primer principio y su fin último.

No sería fácil precisar la verdadera causa, pero en México, por la altura, por las condiciones geológicas y meteorológicas del país, tal vez por la misma dulzura enervante de su clima, la raza humana no puede habitarlo sin debilitarse físicamente en sí misma y sobre todo en su descendencia. ¿De dónde vinieron las razas que primitivamente lo poblaron? continúa siendo un obscuro y desesperante enigma; pero en las que encontró la conquista, ya había la tradición de esa degeneración física. Que de

las europeas que después lo han poblado, fuera la española la que ocupara en su mayor parte el Nuevo Continente, fué tal vez un designio providencial, pues de todas es la que menos se debilita al propagarse en él. En México se ha observado que las razas sajonas degeneran más pronto que las latinas, y de éstas, la española é italiana menos que la portuguesa y la francesa.

La debilidad en nuestra raza se manifiesta especialmente en su fealdad, la fragilidad de su salud y la brevedad de su vida. Hipócrates, el padre de ella, definía la medicina, el arte de conservar la vida, la salud y la hermosura. La razón y la ciencia aconsejan que las tres bases principales de nuestra educación física, deben ser la buena alimentación, los ejercicios más apropiados al desarrollo corporal, y la mejor higiene en el vestido y las habitaciones. Todas las instituciones y todas las leyes por sabias y buenas que sean en sí mismas, serán ineficaces si no son la expresión de las buenas costumbres de antemano establecidas y consolidadas. Formarlas, pues, debe ser el primero de nuestros intentos, porque es la fundamental de nuestras necesidades.

La alimentación, que tan directamente se relaciona con la salud, es de tanta importancia en el orden social, que el mismo San Ignacio de Loyola, que aun en lo meramente humano ha sido quizás el organizador más sólido y profundamente pensador que haya habido en el mundo, quiso que sus hijos á quienes destinaba á una vida activa, á luchas tremendas contra el infierno y el mundo, estuviesen, sin faltar á la sobriedad cristiana, bien alimentados, para que pudiesen soportar sus meritorias y abrumadoras fatigas. Francia, que de los modernos es el país mejor alimentado, es el que en lo general tiene una población más sana y alegre, más activa y más discretamente laboriosa. Por buena alimentación no debe entenderse los refinamientos del sibaritismo ni los excesos de la gula. Después de acompañarlos en alguna de sus faenas agrícolas, compartir la alimentación de los campesinos franceses, es una grande é inocente delicia: el plato del labrador francés, aun en su mayor pobreza, es el perpetuo banquete de la sobriedad, la salud y la alegría. Hablando en familia, casi en secreto y henchido el corazón de sincera

ternura, todo puede decirse y oírse. Mientras nuestros desgraciados indios y nuestro pueblo pobre, sigan alimentándose con maíz medio crudo como las bestias, con cruel pimiento y esos brebajes envenenados que inspiran crímenes y desgarran las entrañas, estamos aún más allá de la conquista, aun no hemos salido de los límites de la barbarie.

Casi tan importantes son, para la educación y vida social, como la alimentación, el vestido y el aseo que con éste se relaciona. Washington, que á la profundidad de su prudencia agregaba las inspiraciones de su bondadoso corazón como de padre, encargó á los americanos cuando los hizo independientes, el aseo y la igualdad en el vestir, pues creía, y con razón, que sin igualdad en el vestido serían imposibles la igualdad social y política. El vestido es el eslabón mudo que ata las clases sociales y como la enseña de todos los oficios honrados de la vida civil.

Cuando engañándonos á nosotros mismos para dañarnos y con el fin de aumentar las tarifas de un ferrocarril, para distraer la atención pública, expulsamos de

nuestro suelo á las Hermanas de la Caridad, le proponían los poderes de entonces al Ilmo. Sr. Labastida, Arzobispo de México, que si renunciaban á portar su hábito las Hermanas, no serían arrojadas del país. "Me es imposible, contestó llorando el afligido Arzobispo, sacrificar un solo pliegue ni una solo mota de sus venerados hábitos: son su escudo y su bandera: sin ellos su edificante caridad cristiana aparecería como una dudosa y vulgar filantropía. Mejor sacrificar á ellas que á su traje. Del sacrificio de su hábito tendría que responder yo: del martirio de esas santas víctimas responderían sus verdugos."

Los árabes beduinos tienen sus túnicas como los hijos de los patriarcas: los fellhas del Egipto y los abisinios también están vestidos. En el centro del Africa y en algunas islas de la Oceanía, hay pueblos bárbaros que están desnudos; pero un pueblo vestido de andrajos de asco y de impudor, sólo entre nosotros se encuentra. Sin vestido no puede inspirarse respeto á los demás porque se siente el desprecio de sí propio. Los americanos, que es el pueblo que más intensa y sinceramente nos detesta,—

para resumir en una sola palabra todo su orgullo y todo su odio, nos llama los grasientos. Por duro que sea, hay que aprovechar el consejo del enemigo. Debemos persuadirnos de que un pueblo desnudo, no merece sentarse al banquete de la civilización.

Y no basta á disculpar nuestra sucia desnudez lo exíguo de nuestros jornales y los altos precios de las importaciones. Es de una necesidad indeclinable y de una patente justicia, la promulgación de alguna ley indumentaria que haga obligatorio el vestido para todas las clases sociales. Si para vestir á nuestro pueblo nada podemos sisar á las pródigas subvenciones que regalamos á las empresas extranjeras, á las concusiones y á los peculados, que se obligue entonces á todos los amos á vestir á sus domésticos, á los patrones á sus obreros, á los hacendados á sus peones, á las empresas públicas y compañías privadas á sus servidores, y que el Gobierno, sobre todo, sea el primero en dar el imponente ejemplo aseando y uniformando á todos sus empleados. Si no logramos en lo que falta de este siglo vestir á nuestro pueblo, á los princi-

pios del entrante acabaremos de perder nuestra autonomía social, quedando convertidos todos, á pesar de la dulzura de nuestro clima y las riquezas de nuestro suelo, en un hacinamiento de hambrientos y desnudos jornaleros, en un montón de asquerosos mendigos, revolcándose sobre un tapiz de flores y bajo un fanal de zafir.

Así como en lo material, debe nuestra educación pública dedicarse á combatir de preferencia la desnudez y el hambre que son las dos más acentuadas manifestaciones de nuestra debilidad física; así en otro orden superior, necesita consagrarse con todo empeño y grandísimo esfuerzo, á contrarrestar hasta extirparlas, la pereza, la falsedad y la envidia, que son las tres más repugnantes expresiones de nuestra debilidad moral. Sondear las propias llagas para curarlas, no es crueldad, sino discreción y amor. Pega pero escucha, le dijo Temístocles, cuando Euribiades se enfureció al oír la verdad.

Tal vez encuentre alguna atenuación nuestra culpa, en la fecundidad de nuestra tierra, que sin fatiga del hombre, le prodiga todos sus frutos: en esas enormes rocas de

oro y plata que sustentan nuestro suelo: en las engañosas y enervantes dulzuras de un clima delicioso, en que las noches son tan templadas y tan claras como los días, en que las brisas de sus más ardientes veranos parecen aliento tibio de hadas, y las ráfagas de sus más crudos inviernos, apenas golpean la cutis como con pétalos de rosas empapadas en rocío. Tal vez sea ésta nuestra débil disculpa; pero no amamos el trabajo y no queremos trabajar, y sin el sudor de su rostro, ningún hombre y ningún pueblo comerán su pan.

Del americano, que lo tenemos tan cerca y enfrente como un ejemplo y una amenaza, quizás su sola cualidad y la sola causa de su portentosa prosperidad material, sea su amor al trabajo. En sus ciudades, aldeas y campos, hay un torbellino de actividad y de labor, que desvanece y asombra: en algunas de sus poblaciones, las fabriles y marítimas, hay tal fiebre y tal estruendo de trabajo, que en su comparación parecen silenciosas y quietas hasta Liverpool y Manchester. No con esa codicia y ese exceso, que hacen del hombre casi una aspa ó un émbolo; pero si estando al lado de ese hu-

racán seguimos en no querer trabajar, seremos arrebatados como hojas secas que arrastra el vendabal.

Nuestra pereza nos ha llevado ya hasta el borde del abismo de la miseria. En 1821 era nuestra, toda nuestra patria, y hoy casi nada es de nosotros; apenas si nos quedan diseminados en la amplitud de nuestro vasto territorio, algunos pedazos de tierra estériles ó pantanosos, algunos agujeros de minas agotadas, algunas pocas casas ruinosas en nuestras ciudades, y algunas pobres cabañas de adobe en nuestros campos, tristes y miserables, como aduares de salvajes. Los ferrocarriles, los bancos, las fábricas, los grandes cultivos, el comercio exterior é interior, todo es ajeno. Si no conservamos á fuerza de actividad y diligencia, los pocos puestos que nos quedan en las filas del trabajo, ¿dónde y cómo encontrarán mañana su pedazo de pan los infortunados nacionales? El erario, aunque no estuviera siempre afligido y alcanzado, no podría mantenernos á todos. El Pritaneo sólo mantenía á las miserias más insignes y gloriosas de Atenas.

¿Por qué no lo será la nuestra, siendo

hija de dos razas tan leales? Los indios son taciturnos y desconfiados, pero de una firmeza de roca: Mejía no quiere ni salvar su vida sin la de su Emperador; Juárez, que era como Sila, el mejor de los amigos y el peor de los enemigos, para todos los suyos más que amigo fué su padre; y Almonte que trajo la intervención, la volvió á llevar con esperanza de traer otra que mejor sirviera. Los españoles tan propensos á la altivez y violencia, son leales y francos. Calleja, porque así lo creía con plenitud de conciencia, no vacila en proponer como el mejor medio de sofocar la insurrección, batir y ahorcar á los insurgentes; Dávila, cuando todo el país había proclamado su independencia no rinde el castillo de San Juan de Ulúa, "porque España no lo había mandado para entregarlo sino para defenderlo."

La falta de sinceridad en nuestro carácter, llena de amargura el hogar y los afectos íntimos. Ha hecho imposibles casi, todos los tratos del comercio humano: los documentos de muchas instituciones de crédito y las escrituras públicas, están redactadas bajo la inspiración de una desconfian-

za tal, que hace inútiles los Códigos é implica hasta la renuncia de los principios fundamentales del derecho: las compañías anónimas infunden temores insuperables y ninguna grande empresa puede acometerse, por falta de lealtad y recíproca confianza, que son el alma de los trabajos colectivos. Los recursos del crédito, tan fecundos en resultados benéficos para las transacciones mercantiles y las combinaciones industriales, por deficiencia de sinceridad, están perdidos para nosotros.

Y más estragos que la falsedad ha causado en nuestra vida social, la envidia, que ha sido el naufragio de nuestras antiguas y buenas costumbres domésticas, y el borrón de nuestra historia. A esta pasión desastrosa debe atribuirse el apocamiento y la falta de espíritu de empresa en nuestros ricos que nada se atreven á emprender en provecho suyo y procomunal, porque á toda iniciativa de su parte, basta presumir que será provechosa, para que la acompañen nuestros votos, aunque silenciosos, vehementes, de que fracase. La envidia ha apagado el fulgor de las glorias más verdaderas y legítimas. Con el pasado no debe ha-

ber partidos ni ceguedad de pasiones; á todos los muertos se les debe el mismo respeto y la misma serena y justa imparcialidad. La envidia, sin embargo, ha logrado entre nosotros, hasta espesar tinieblas y ahondar silencios en torno de las tumbas más inviolables y más ilustres. Sánchez de Tagle fué uno de los más elocuentes oradores de nuestra tribuna, Lares el más sabio de nuestros legisladores y Alamán nuestro primer hombre de estado: de los primeros ni se habla y del último se habla con odio. A Iturbide y á Miramón, los mató la envidia de sus enemigos y sus émulos.

Ardua empresa es la educación social de un pueblo, que es el auxiliar más eficaz para lograr la enseñanza escolar. Pero si entre nosotros tan difícil es la social porque hasta ahora no se ha intentado siquiera, lo es mucho más la escolar, pues necesítase para su planteamiento comenzar por destruir las falsas bases sobre que se halla asentada.

De todas las libertades que ha defraudado al pueblo el liberalismo con sus errores y sus pasiones, después de la religiosa, la pérdida más dolorosa y que es más digna

de ser llorada y reivindicada, es la de la libertad de enseñanza. La Constitución la garantiza, pero desde el momento en que el poder debe autorizar el ejercicio de las profesiones, que los títulos de ellas no se expiden sin exámenes, ni éstos pueden sustentarse sin estudios hechos bajo el plan y los textos oficiales; la libertad de enseñanza, por una irrisión depravada y cruel, se convierte en la más abominable de las tiranías: la de las inteligencias y las conciencias. La de instrucción pública es la ley que ha desgarrado más ternuras y hecho derramar más amargas lágrimas á los hogares, y que acabará por convertir el pensamiento y corazón nacionales, en una masa pútrida de estupidez y de impiedad.

Aceptado por todos los Estados el plan de estudios que rige en el Distrito Federal, se ha hecho casi una ley nacional y á él han tenido que plegarse los establecimientos de enseñanza privados, algunos seminarios, y hasta los Jesuitas, tan experimentados, tan sabios y tan beneméritos de la instrucción pública en el mundo, se sienten engrillados en sus colegios, con las pesadas cadenas de semejante plan de estudios, forjado en las

tinieblas de las logias como un ariete contra la enseñanza católica. Los vicios radicales de este plan de estudios, son la confusión y conmixtión de todos los estudios preparatorios, hechos bajo un mismo sistema y en una misma escuela para todas las carreras; el exceso de materias é intemperancia de sabiduría en los estudios profesionales; el sentido tan poco práctico con que éstos han sido reglamentados; su carácter oficial; y el divorcio sobre todo de la idea religiosa, sin la cual no pueden tener objeto ni base, cimientos ni cúpula, estudios algunos.

Los estudios preparatorios no pueden ser los mismos para todas las carreras, ni menos enseñarse en una misma escuela. Cada profesión tiene su disciplina particular, y exige aptitud y preparación especiales. No pueden unos mismos estudios servir de base á ciencias absolutamente diversas, ni menos las matemáticas superiores, tan abstrusas y de tan limitadas aplicaciones, ser el fundamento indispensable para todas las ciencias tanto experimentales como morales. Enseñar en una misma escuela todos los preparatorios, es hacer del estudio un

tumulto, suprimir todas las emulaciones legítimas y todos los prudentes discernimientos de la diversidad de talentos, y convertir el aula en una inmensa hornaza, en la que de un golpe se fundan todos los preciosos, con todos los metales viles y todas las escorias.

Tantos y tan amplios son los conocimientos que se exigen para las carreras profesionales, que ninguno puede llegar á ser profesor en una sin serlo en todas. El ingeniero necesita ser astrónomo: el arquitecto, químico: el agricultor, literato: el jurisconsulto, sublime matemático: el artista, físico: el comerciante, jurista; y todos políglotas consumados, pues además de la propia, necesitan conocer cuando menos otras dos lenguas muertas y tres vivas. Bajo plan semejante, no podrían llegar á ser en conciencia profesores, ni los más grandes ingenios que haya habido en el mundo.

De esta aspiración pletórica á una sabiduría inasequible, ha resultado que todas las profesiones han tomado un carácter tal de meramente teóricas, que ni para el individuo ni para la sociedad, llegan á traducirse en hechos prácticos y beneficiosos. Los

DISCURSO

pronunciado en la Distribución de premios

del

COLEGIO CATÓLICO DE MÉXICO,

el 14 de Diciembre de 1873.



Illmo Señor:
Señores:

El mundo está haciendo una gran fuerza para retrogradar al paganismo: tanto se estremecen y crujen las bases del orden moral, al empuje que hace nuestro siglo para subvertirlo, que llega á creerse que el infierno le presta esa pujanza. Bien merece el nuestro, que sobre su frente procaz y cínica, se grabe con fuego el tremendo anatema que como un rayo, lanzaba contra la cabeza del suyo, en una de sus más enérgicas odas, Horacio, ese Tácito de la poesía antigua. Como él podemos exclamar con razón. "Nuestro siglo es fecundo en toda especie de vergüenzas: ha manchado la santidad de la familia, bastardeado las razas y corrompido de raíz las generaciones."

El mal es inmenso, y en el orden humano ya no queda más que una sola esperanza de combatirlo. Para estimar el remedio en todo lo que vale, es necesario contemplar antes aterrorizados, el mal en toda su extensión y en toda su profundidad. Las leyes que rigen el mundo moral, son tan inflexibles como las que obedece el mundo físico. Como se piensa se siente, y como se siente se obra, La idea, la voluntad y la acción, son los tres eslabones de una cadena moral é intangible, pero más resistente que si fuera de hierro y que á ningún poder humano le es dado romper. Nuestro siglo, no podemos engañarnos por más tiempo á nosotros mismos, piensa mal y mal siente, y como piensa y ama, es como obra.

¡En las ideas qué trastorno! ¡Cuánta ignorancia y cuánto error! La verdad es una. No hay ni puede haber sobre la tierra otra que la que irradie la cruz de Jesucristo. El evangelio, que es la plenitud de verdad en el orden filosófico: en el histórico, es la evidencia; no puede ser ya discutido siquiera y sin embargo, ¡que indócil es nuestro siglo para aceptarlo en su integridad y benéfica trascendencia! Todos los esfuer-

zos de la inteligencia humana en nuestros tiempos, parecen no tener otro objeto que alcanzar el error y ensalzarlo bajo todas fases aun las más absurdas é insensatas. Los pueblos, lo mismo que los individuos, parecen no tener otro afán que volver la espalda á la verdad.

No hablo de los que viven en la ignorancia, de los que aun están sumergidos en Asia, Africa y América, en las densas tinieblas de la idolatría y de la barbarie. En el mundo civilizado, en el que otra vez fué cristiano, cuán poca es la fe que se encuentra ya. Rusia, que por sí sola es un mundo, es cismática toda: Alemania en casi toda su multiplicidad es protestante é incrédula; Inglaterra lo mismo; Francia, Italia y hasta España, cuando no son netamente impías, tratan de ser católicas á su manera; de inventar, como nosotros lo pretendemos ahora, un catolicismo á nuestro agrado que se amolde á todas nuestras pasiones, y que sea conciliable con todos los errores del mundo y todos los caprichos del poder. Si el catolicismo no fuera la inflexible verdad, ya los sabios y los políticos hubieran encontrado el mo-

do de conciliarlo con el budismo, el mahometismo, con el deísmo y hasta con el ateísmo. Parece, en efecto, que todos los poderes han recibido la consigna de coligarse en guerra implacable contra la verdad eterna.

La literatura, por su parte, también ha entrado en la liga. La pretendida ciencia actual todo su empeño lo dirije á demostrar que el hombre desciende del mono y que la materia piensa. Los poetas y novelistas más religiosos son panteístas, y los más francos ateos. Por no creer en la verdad muchos afectan creer hasta en la transmigración de las almas. Para la mayor parte de los novelistas el bien y el mal no se distinguen esencialmente; para los escritores dramáticos, los periodistas y oradores parlamentarios, el individuo es impecable é inconsciente, y sólo son responsables la sociedad que no educa, las pasiones que ciegan y el fanatismo que degrada á los hombres. Un impío muchos volúmenes ha escrito para demostrar que los siete vicios capitales son los siete veneros de toda virtud.

Y no hay exageración. Este es el espíritu de la literatura actual. En nuestro país, hoy, en estos momentos, la prensa periódica y

nuestras corporaciones literarias se ocupan en discutir, casi en demostrar, que el suicidio no es más que el legítimo ejercicio de un derecho que la naturaleza ha concedido al hombre. Afortunadamente esta cuestión la tienen resuelta ya los brutos, pues ningún potro salvaje se arroja al precipicio, ni hay chacal tan feroz que entre á las llamas arrastrado por su propio instinto.

Por increíble que parezca, nuestro siglo que tan mal piensa, peor siente. ¿Qué es lo que ama? Estamos en pleno reinado de los sentidos. Por nuestros sentimientos no seríamos extranjeros en la Grecia de Alcibiades, ni en el imperio romano de Tiberio y de Claudio. Los espíritus más elevados son los que se limitan á la codicia del oro y de la vanidad: pues los demás se agitan en un cieno que no puede removerse ni con el pensamiento, sin sentirse ahogado por sus miasmas Los teatros, las tabernas, los clubs, todas las reuniones públicas, ¿qué espectáculos ofrecen? Aunque más sangrientos, no eran peores los del circo romano. Nunca había tenido tantas sucursales el infiierno sobre la tierra. ¡Oh, espanta la podredumbre del corazón de nuestro siglo! Me oyen niños y

me escuchan mujeres, y yo no podría, sin escándalo poner el dedo sobre la llaga; pero afortunadamente no necesito demostrar lo que palpan todos. Ningún siglo había amontonado en su alma tanto lodo como el nuestro.

Y sus obras son dignas de sus sentimientos. Hemos llegado al crimen heroico. Los internacionalistas, y de ellos hay millares de millares en el mundo, tienen un programa digno de estar suscrito por el mismo Satanás. Piden nada menos que la abolición de Dios en el orden religioso, de todo gobierno en el social y la de la familia en el doméstico. En París, la mayor parte de los incendiarios eran mujeres, es decir, el sexo de la ternura; y niños menores de doce años, es decir, la edad de la inocencia. Los pueblos por entretenimiento se insurreccionan; y los individuos, por lujo propalan y sostienen las teorías más criminales y disolventes. El mando, que antes era una misión dimanada de Dios, hoy es una grangería que pertenece al más diestro ó al más osado. Los más tiernos lazos de la familia, apenas pueden respetarse hoy, sin ponerse en ridículo.

¿Qué es esto? ¿A dónde vamos á parar? Evidentemente el mundo no puede continuar así. En presencia del estado que guarda, Gaume el implacable, el pensador en bronce, cree que su fin se acerca sin remedio. Si algún hilo queda de esperanza, ¿cuál será este? El poder no. Está demente y ha hecho pacto expreso con el mal, de que lo dejara en libertad y lo ayudara cuanto pueda, para que venza el bien. La prensa tampoco. Nada pueden las palabras contra los hechos. ¿Qué valen razones para espíritus que conocen la verdad, pero la niegan; que están convencidos del bien, pero lo aborrecen? ¿Qué discusión es posible faltandola buena fe y lo que es peor, la buena voluntad? Una sola esperanza queda en el orden humano. La educación de la niñez.

Cuanto se haga con las generaciones presentes, las que están formadas ya, es inútil; no hay medicina bastante eficaz para tornar á la vida á un cadáver. Nuestro siglo es un muerto de muchos días, y ya no hay otra cosa que hacer con él, mas que arrojarlo á la fosa. Está ya agusanado; que le devoren los buitres. Los esfuerzos de todos los hombres buenos deben referirse á

las nuevas generaciones. En el futuro está su verdadero campo de batalla. ¡Pobres niños! Que no vean nuestros ejemplos porque van á crecer locos. ¡Enmienda y arrepentimiento! Nuestra experiencia es bien triste. Ya no más libertad de pensamiento, ni civilización indefinida, ni progreso sin término. Virtud y juicio. Nuestro Catecismo del P. Ripalda, muchas persignadas y mucho temor de Dios. Menos patriotismo, y más trabajo y más honradez. Menos filantropía y más caridad. Menos amor al género humano en el orden especulativo é impracticable; y más justicia y más respeto en el orden práctico y concreto. Toda esperanza debe tenerse con los ojos vueltos hacia el porvenir. Lo que no se alcanze por medio de la educación, por ninguno otro es asequible

No puedo asistir nunca á solemnidades como ésta, sin ternura y sin un sentimiento de profunda gratitud. Los niños son lisonjeros como una esperanza, y el magisterio es santo como una segunda paternidad. Me conmueve verdaderamente un abismo de abnegación, que estoy presenciando y que no podría ocultar á los que me escu-

chan sin cometer un crimen de ingratitud. Nunca podremos comprender lo mucho que á nuestros maestros debemos. Me admira y me edifica que el mismo que ahora enseña á estos niños el alfa de la ciencia, sea el que en el mejor plantel de educación que el país haya tenido, explicó durante muchos años á millares de discípulos, las profundidades de la jurisprudencia romana: esa pirámide de Cheops del pensamiento humano; ese abismo de justicia y sabiduría. Antes de serlo vuestro; fué nuestro maestro en la ciencia de la justicia. Amadle, niños, como nosotros le amamos.

¡Ojalá y sus nobles esfuerzos sean eficaces! Si la educación de la niñez no vuelve al mundo á sus verdaderos caminos, entonces ya no queda más que una sola esperanza....lo desconocido.... que es el recurso final á la Providencia. Pero Dios que es la sabiduría, es tambien la misericordia inmensa y la justicia infinita. Muy bien puede ablandar con miel corazones de bronce; pero también puede, si su indignación estalla, fundirlos con fuego.

Niños, tened compasión de nosotros. En vuestras débiles manos está el porvenir del

mundo. Si sois buenos, es decir, si sois cristianos, se salva. ¡Quién lo había de creer! Este ejército de pequeñuelos, es el único capaz de cerrar el paso á los comunistas Ya el petróleo está untado en toda la redondez de la tierra, y si ellos no lo pisan, levanta llama y nos abrasa á todos. Por piedad sed buenos. Grabad bien en vuestro corazón, esta máxima que es el compendio de toda ciencia: el principio de la sabiduría es el temor de Dios. Niños, os lo suplico otra vez, y desde el fondo del alma, por piedad, sed buenos.

Y nosotros hombres, oremos y temblemos: roguemos á María detenga el brazo de la Omnipotente Justicia. El mundo está en crisis; ya el infierno agujereó la tierra y sobre ella se está vaciando. Al borde estamos del abismo: ya están listos y en orden de batalla, incontables ejércitos de masones y comunistas; y como su cauda de fuego, legiones de demonios!

En vista de tan incomparable y tan inminente peligro, sean estas nuestra última convicción y nuestra última palabra:

¡La educación católica salva al mundo, ó el petróleo renueva la faz de la tierra!

DISCURSO

pronunciado

en la solemne Distribución de Premios del Colegio Católico

del

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

DE PUEBLA,

el 30 de Octubre de 1893.



Señores:

Un hombre entrado ya en años, de grave aspecto y mirada bondadosa, deteniendo á un adolescente que atravesaba corriendo el ágora de Atenas, ¿á dónde, le preguntó, te diriges, joven, tan de prisa? Al mercado, le contestó, donde se compran las cosas necesarias para sustentar la vida. ¿Y dónde, añadió aquel hombre, se comprarán las cosas necesarias para sustentar el espíritu? Calló confuso el adolescente sin saber qué contestar, y su interlocutor sonriendo añadió entonces: ven conmigo, y yo te las enseñaré sin que tengas que comprarlas. De esta manera Sócrates llevó á su escuela é hizo su discípulo á Jenofonte.

Aquel hombre era Sócrates, el filósofo más insigue de la antigüedad, el que, lo que parece imposible, con la sola lumbre de su razón natural, alcanzó las tres verdades de más trascendencia para el género humano: la unidad de Dios, la inmortalidad del alma y la unidad indisoluble del matrimonio, raíz y fundamento de la familia: y aquel adolescente era Jenofonte, el condiscípulo y amigo de Platón, el que más tarde sería, con las armas en la mano, el héroe inmortal de la retirada de los "Diez mil," y en el apacible campo de las letras, la "abeja ática," por la dulzura de sus sentimientos y la incomparable suavidad de su estilo.

Hoy hay que reproducir la misma pregunta que hacía Sócrates há más de veintitrés siglos: ¿dónde se comprarán las cosas necesarias para sustentar la inteligencia? Si en el mundo hubiese como fragmentos del paraíso perdido, huertos cerrados de aires salubres, tierras amenas y fecundas, y regadas por las aguas límpidas de manantiales purísimos, donde los sembrados y arboledas produjesen frutos de verdad y virtud, y donde brotasen, aromatizando la

atmósfera de la vida, todas las flores del saber humano, allá correrían atropellándose todas las familias para instalar á sus hijos en esos oásis de paz y de sabiduría.

Estos vergeles encantados, donde el árbol de la sabiduría florece á la sombra benéfica del Cristianismo y donde abre sus corolas el pensamiento humano á los vientos vivificantes de la verdad y á los rayos esplendorosos de un sol inmortal, son los planteles de educación cuyo primer principio es el temor al Señor y cuyo último fin es la mayor gloria de Dios. De todos los albergues del hombre en la tierra, despnés del convento, donde como en un invernáculo de almas crecen, se maduran y conservan las más altas grandezas y las más sublimes abnegaciones humanas; ningún otro hay más impotente, más inviolable y más augusto que la escuela, semillero de ciencia y y almáciga de virtudes.

Los templos, aunque estén en ella, no son de la tierra; desde la más pobre ermita de la miserable aldea hasta las más grandiosas basílicas de las populosas metrópolis, los templos no pertenecen á la tierra; como diamantes deslumbradores en un vil metal,

son pedazos del cielo incrustados en n
tro miserable globo donde se ha dign
venir á habitar en fuerza de su amor
comprensible, el Señor mismo, que no c
be en la inmensidad del espacio, ni basta
á contener los cielos de los cielos.

La escuela apoyándose en los muros del templo, la educación teniendo por base la religión, no sólo está ligada con el progreso, sino que es el único manantial de verdadera civilización en el mundo. Nuestro siglo se ha apoderado con intención aviesa de estas hermosas palabras, civilización y progreso, para hacer de ellas un ariete de demolición contra los órdenes religioso y social; pero aunque desde su origen las haya bastardeado la Revolución Francesa, y las hayan profanado la impiedad y la anarquía, significarán siempre cosas grandes, verdaderas y buenas; porque el progreso ó civilización, aceptado en su genuino sentido y correctamente definido, no puede significar más que la mayor moralidad, la mayor inteli-

gencia y el mayor bienestar material para el mayor número posible de hombres. El progreso verdadero, es santo y bueno, porque es uno de los más grandes dones concedidos por Dios á la libertad é inteligencia humanas, y todo don de Dios es perfecto.

No sólo es manantial de todo progreso sano y sólido, sino que es la educación en la presente edad, el solo remedio eficaz de los graves males que la aquejan y el más poderoso conjuro contra las tremendas catástrofes que amenazan al mundo en un porvenir no lejano. La irreligión, el socialismo, la anarquía y el militarismo, hacen crujir pavorosamente los ejes de los mundos social y doméstico, como si estuvieran desesperadamente sacudidos por los últimos y frenéticos empujes del averno.

La impiedad, que suele terminar en un verdadero endurecimiento, en una especie de petrificación infernal, comienza siempre por la ignorancia: si fuera posible encerrar en un solo día en una inmensa escuela á la humanidad toda, bastaria enseñarla á leer los dos renglones de la misericordia del Señor en la magnificencia de sus obras y

de los rigores de su justicia en las catástrofes de la historia, para que la irreligión quedase desterrada para siempre del mundo. Si llegara á hacerse comprender á todos los hombres, que la propiedad individual es el antemural de la independencia doméstica, y que entregar la propiedad al Estado es entregarle también la esposa y los hijos: y que abolir el orden, sería entregarse con todos los suyos á merced de los caprichos de las injusticias y de las brutalidades de la fuerza; quedarían extinguidos en su germen el socialismo y la anarquía. Bien persuadidos los humanos que es inviolable la vida aun del más miserable de los hombres; y que un solo átomo de buen derecho pesa más en la balanza eterna de la infinita Justicia que todos los mundos con cuanto en ello de material se contiene, ¿quién se atrevería á desgarrar el pecho de su hermano, sólo para teñir en púrpura con su sangre, las enseñas de un pueblo injusto ó el manto triunfal de algún soberbio guerrero?

Para apercibirse del íntimo enlace de la educación escolar y el progreso social, bastaría, guiados por los grandes pensadores

católicos contemporáneos, asomarse á los profundos abismos del mundo actual, en cuya tenebrosa sima sólo se ve brillar como una luz de esperanza la educación cristiana. Pero consideraciones filosóficas de tal naturaleza, perderían por su misma amplitud su utilidad concreta y no serían propias de esta ocasión ni de este sitio, donde las palabras que se pronuncien. aunque tengan que ser escuchadas por hombres maduros y profesores tan respetables por su carácter como por su ciencia; deben dirigirse á la juventud estudiosa, que muy pronto pasará los umbrales del mundo y formará la nueva generación que ha de recibir de nuestras manos el sagrado depósito de tradiciones y de esperanzas, de glorias y de infortunios, que á su vez nos entregaron nuestros padres.

La educación escolar no sólo será para México la fuente inagotable de todo progreso sano y sólido y el manantial abundante de su futura prosperidad, sino la clave única para resolver con acierto los pavorosos problemas á cuya solución están atados el destino, la felicidad, la vida misma de este pedazo del globo que le plugo al Señor dar-

nos para que nos sirviera de morada durante nuestro paso sobre la tierra; de esta patria tan infortunada como querida, que guarda las tumbas de nuestros padres y donde se mecerán las cunas de nuestros hijos, donde arderán los fogones siempre amables de nuestros humildes hogares, de esta patria que, en menos de medio siglo, ya dos veces y por defenderla, ha sido empapada en sangre propia y ajena.

México, como nación, está colocada en esta inflexible disyuntiva: la educación de sus hijos ó la muerte, la escuela cristiana ó la tumba.

Si bien se reflexiona, los problemas que México, para vivir necesita resolver acertadamente y en un porvenir no lejano, son el de su autonomía, el de la propiedad, el del trabajo y el de la unificación social de las razas que pueblan su territorio. Estos problemas no pueden ser estudiados con un criterio honrado y sincero, sin persuadirse al mismo tiempo, que sólo una educación

uniforme y profundamente cristiana es el medio eficaz, amplio y oportuno, de resolverlos sabia, justa y felizmente.

Platón, ese sublime utopista, quería que en su soñada República se hablase desde su infancia á los ciudadanos de política; pero entendió por ella, el arte de saber mandar y obedecer para la felicidad de todos. Desde que la política se ha hecho la fórmula de las ambiciones y tiranías, el programa forjado en las tinieblas de una perpetua conjuración contra todos los poderes legítimamente constituidos, y una contante agresión contra el reposo y la libertad de los buenos; sería la abominación más monstruosa y la más repugnante perversidad, enseñarles á los niños á descifrar los signos ominosos de esa cábala de todos los egoísmos y depravaciones, y abrir en sus tiernos corazones el venero indeficiente de odios tan profundos como inextinguibles.

Pero hablarles de las grandes cuestiones en cuyo fondo se encierra el arcano de la felicidad suya y de todos los seres que les serán queridos, no es envenenarles el alma con errores y pasiones, sino purificárselas y elevárselas, preparándolos á la ejecución

de grandes abñegaciones con la meditación de grandes verdades. La política así entendida sería la de Bossuet y Fenelon, la ciencia sublime que piadosamente intenta penetrar los designios de la Providencia, para adunar sumisa y reverantemente todos elementos humanos, á fin de que su santa voluntad sea hecha, para bien de sus elegidos en la tierra, como se cumple en el cielo. Los gemidos de un pueblo en sus aflicciones, se sobreponen á todos los gritos de los partidos y á todos los rugidos de las pasiones, porque son palabras mudas de verdad y de amor: las únicas dignas de la adolescencia, que es la edad de las esperanzas y las inocencias.

No hay mayor desgracia para un pueblo, decía Fenelon, que la de tener un vecino injusto y poderoso.

La autonomía de México, que tanto costó conquistar; once años de ruinas y de lágrimás, de luchas y desolaciones, de fuego y sangre, y lo que peór fué, de odios y de

maldiciones, ¿es un bien durable? ¿á la dicha de poseerla no se mezcla el temor y la amargura de perderla?

Diplomáticos nuestros, pensadores y experimentados, y cuyo criterio se ha asentado al peso mismo de la responsabilidad contraída, aseguran que nuestra autonomía está libre en lo futuro de peligros y asechanzas. Creen que el solo pueblo que pudiera menoscabarla, no querrá agredirla por temor de engrosar sus comicios con ciudadanos espúreos; romper su equilibrio federal dando derecho de representación á alienígenas; haciendo competencia al jornal de sus obreros con el trabajo extraño; alterando una de las corrientes ya establecidas de su comercio y acreciendo los formidables elementos de excisión que, lentos é incontrastables, están socavando los cimientos de su unidad.

Tales obstáculos no bastan, por desgracia, á defender las zonas despobladas de nuestro suelo, ni á amparar los contornos salientes de nuestro mapa. Poca seguridad tendría un derecho que sólo estuviera defendido por los perjuicios que al agresor pudiera acarrearle violarlo. Los testimo-

nios de nuestra historia, suministran m
más consoladores y eficaces de asegura
autonomía de la parte poblada de nues
suelo. Bastará como el Cónsul Varrón,
desesperar nunca de salvarla: resolverse
que todo reto en que se interese la naciona
lidad sea á muerte, bastará para conservar-
la incólume.

La desgracia es maestra fecunda en saludables y seguras enseñanzas. Sería una impiedad y una calumnia al valor de nuestros padres, atribuir á su cobardía la pérdida de más de la mitad del territorio heredado de nuestros progenitores. Ese perdido territorio estaba vacío: en su extensión amplísima sólo había cuatrocientos mil habitantes, de los cuales más de la mitad eran colonos de la raza misma del invasor: más bien que ensanches de su población pacífica, fueron avanzadas de su ejército, enemigos disfrazados de huéspedes.

Y no es una jactancia temeraria encomendar la guarda de la independencia nacional á la sola resolución inquebrantable de no perderla sino con la vida. En el luctuoso camino de más de ochocientas leguas que nuestros padres sin pan, sin municio

es, sin dirección y sin consejo trazaron en os años de 1846 y 1847 en nuestro territorio, marcando sus etapas con charcas de su generosa sangre y con montones de sus huesos astillados por la metralla, ni una sola vez volvieron la espalda al peligro, ni las armas cayeron de sus manos. La victoria no les fue arrancada en el campo de batalla; la perdieron ellos mismos en la pusilánime incertidumbre de sus deliberaciones y les fué arrebatada de sobre la carpeta de la diplomacia. Si el cielo, menos irritado, les hubiera concedido un año más siquiera, de humillaciones y reveses, el triunfo final hubiera sido suyo; de ellos habrían implorado entonces la misma paz que tan cara les vendieron.

Pero más que la política, la autonomía social será ahora la amagada. ¿Que importará que el nombre quede ileso, y sin alteración á la faz del mundo y sobre el mapa las fronteras, si perdida la autonomía social el suelo mismo se escapa de vuestras plantas y quedáis como extranjeros en vuestra propia patria? Un pedazo de tierra no puede ser patria: la religión, la raza, la lengua, las tradiciones, las costumbres, el

amor sobre todo, eso es la patria; y perdida la autonomía social, todo está perdido. Sin templos y sin lengua, sin pan y sin techo, ya no hay ciudadanós, sino gitanos y mendigos.

Así como un hado adverso y misterioso ocultaba á Colón el continente americano, una bruma oscura y densa ha velado hasta ahora nuestras playas á los ojos de la inmigración extranjera. Los rigores de su destino, que obligaron á México á tener que derramar sobre su suelo la sangre española y francesa, americana, austriaca y belga; y el escándalo de sus pasadas y sangrientas disensiones domésticas, lo han envuelto en un vapor sanguinolento y fatídico, que ha hecho desvíen su curso las grandes corrientes de inmigración humana que del viejo se dirigen al nuevo continente, para ir á perderse todas en el inmenso y estruendoso remolino de la Unión Americana.

Esas leyes desconocidas que rigen las corrientes de los vientos y los mares, parécense á las leyes también ignotas, que dirigen las emigraciones de las razas humanas de uno á otro punto del globo á través de los desiertos, los hielos y los mares. Y todavía

más misteriosos que ellas son los instintos y sentimientos del corazón humano. ¿Por qué durante un siglo todos los desbordamientos de poblacióneuropea han afluido hacia los Estados-Unidos? Es un secreto que ni la ciencia ni la historia alcanzan á explicar. Tuvieron que ser fugaces los deslumbramientos de una libertad que finca sólo en las instituciones y no en las costumbres. ¿Cómo han podido ejercer durante tantos años una atracción tan intensa, un clima duro, una lengua difícil, un trabajo aspérrimo, una subsistencia cara y costumbres tan dominantes é inflexibles? Es un fenómeno semejante al que se produjo, cuando durante la prosperidad de la antigua Roma, parecían precipitarse en gruesas oleadas todas las razas humanas, para venderse en ella como esclavas.

Es probable que muy pronto torciendo su curso esas grandes avenidas humanas, vengan á inundar nuestro suelo. El pueblo americano, en nombre de la salubridad, del jornal y del orden, está levantando ya diques para contenerlas; y las convulsiones europeas, precursoras de la catástrofe, haciendo los primeros empujes para precipi-

tarlas. Hay en Europa trece millones de hombres que en un momento dado estarán sobre las armas, arrancados al hogar y al trabajo: los abismos de la Deuda Pública, en fuerza de cavarlos, ya no alcanzan fondo: el nihilismo y el socialismo, atacando están el edificio social por todos lados; y la impiedad minando en sus cimientos todo orden humano, para que sin trabas el infierno se precipite sobre la tierra. Si la crisis monetaria, engendrada por la codicia judía y el orgullo británico, y que amenaza dejar en la indigencia á más de la mitad del género humano, hace desbordar la copa de las desolaciones, quizás estalle antes de que termine el siglo formidable y pavoroso cataclismo.

Cuando huyendo de las ardientes lavas de ese volcán, inmigrantes europeos de todas nacionalidades se desborden como una catarata sobre México, entonces comenzará la más grande de las crísis de su agitada historia. Fuera del americano, ningún pueblo ha encontrado el secreto de resistir triunfante una inmigración numerosa. Los chinos matan á los inmigrantes; los pueblos asiáticos y africanos de los bordes del

Mediterráneo, los aislan; los hispano-americanos los reciben con generosidad imprudente y desleal, que los insolenta en daño de ambos; y el americano los doma á pan y látigo....

Es noble y santo el amor del hogar nativo; pero más noble y más santo es el amor de la humanidad. Después del Cristianismo, las fronteras de los pueblos no pueden ser barreras de odio y de separación, sino puertas de hospitalidad siempre abiertas. Habiendo sido redimidos todos por el amor y con la sangre de un solo Dios, el mundo es para todos los hombres, pues sin distinción de razas, colores ni lenguas, hermanos somos todos, como hijos de un solo Padre, que en su amor infinito, á todos nos ama con sin igual ternura.

Cuando estalle esa lucha sin fuego y sin sangre, sorda, tenaz y terrible, en la que México tendrá que combatir en defensa de su autonomía social, de la autonomía de todos y cada uno de sus hijos, no tendrá para pelear más que dos armas, las solas dignas de la civilización y del cristianismo, el amor y la inteligencia.

El amor que debe unir á propios y extra-

ños en una sola y sincera fraternidad, mientras las nuevas generaciones los funden en una misma sangre: y la inteligencia, con la que debe luchar en el terrible combate de la vida, no sólo por defender su honrado pedazo de pan, sino para salvar lo que con evidencia tiene México de mejor: una lengua formada, sabia y hermosa; un hogar que, merced á las virtudes de la mujer, como un precioso tesoro salvado en un naufragio se conserva aún en piedad, pureza y ternura; y una religión, sobre todo, que es la única verdadera, porque es la única divina.

Pero el amor y la inteligencia, esas armas incontrastables y gloriosas, sólo se encuentran en tres arsenales: en el santuario, en el hogar y en la escuela.

Enlazado con el de su autonomía social y de igual ó mayor trascendencia es para México el pavoroso problema de la propiedad.

Apenas si tiene México una participación mínima y estéril en sus valores públicos.

La masa de nuestros valores públicos la componen principalmente la deuda nacional, los ferrocarriles, los bancos, y en cierto sentido y con determinadas limitaciones algunas compañías mercantiles é industriales. El monto de nuestra deuda pública es aproximadamente de $200.000,000, de los cuales puede calcularse en $90.000,000 la exterior. Nuestros ferrocarriles ya construídos, que alcanzan una extensión de cerca de doce mil kilómetros y que sus dueños tienen gravados en $300.000,000, se cree que valen $200.000,000, de los cuales hemos dado por subvenciones $75.000,000. El capital, que forma como dicen los economistas, el volumen de la actividad fiduciaria de nuestros bancos, puede estimarse en $50.000,000, y en otros $40.000,000 los capitales pertenecientes á empresas públicas ó negociaciones privadas que operan en el país con capitales extranjeros.

Los tenedores de los bonos de nuestra deuda exterior y de las acciones y obligaciones de nuestros ferrocarriles, son en su mayor parte holandeses, alemanes, suizos, ingleses y americanos, y muchos de ellos, judíos. De las acciones de nuestros bancos

la mayor parte también están en manos de extranjeros, residentes en el país los unos y fuera de él los otros. La verdadera dirección y servicio de nuestra deuda exterior está en Berlín, y las juntas directivas de nuestros ferrocarriles en Londres, Boston y Nueva York. El capital extranjero menos interesado es el americano, pero los intermediarios forzosos en las más de estas grandes empresas han sido sindicatos americanos, que aún conservan su influencia y su intermediación.

En este acervo enorme para nosotros, de cerca de $500.000,000, el país no representa sino una vigésima parte cuando más y está excluido de toda dirección é ingerencia. Esta masa de valores públicos, la nueva generación necesita nacionalizarla á todo trance, porque en lo hacendario como en lo militar, perdidas las alturas quedan dominados los bajíos. Las empresas que son dueños absolutos del servicio de las vías de comunicacion y de los fletes, por completo tienen en sus manos la suerte de la agricultura y del comercio; los bancos que pueden fijar á su arbitrio los tipos de intereses, árbitros quedan de la industria y del traba-

jo; y el asentista que tiene á su cargo la emisión, la realización, el servicio y la amortización de un empréstito garantizado con las rentas públicas de un país, no sólo es dueño de las llaves de su tesoro, sino que tiene casi el dominio eminente sobre el país mismo.

Y una vez rescatados los valores públicos no ha terminado la ardua tarea de la nueva generación. Necesita sin herir el derecho ni ofender la justicia, distribuir sobre nuevas bases la propiedad privada. Aunque se le asigna una población de doce millones, México quizás no tiene más de diez millones de habitantes. La estadística conjetura que el valor de la propiedad en el país, tanto rústica como urbana, se aproxima á mil millones, y con más probabilidad afirma que no pasan de un millón los dueños de toda ella. Tan absurdo es económicamente que nueve décimas partes de los habitantes de un país estén destituidos de toda propiedad en él, como que la décima parte restante de sus pobladores pueda explotarlo todo y gozarlo convenientemente.

Como los reguladores de esas potentes maquinaria sde la industria moderna, había

antes en el país un poderosísimo regulador de la propiedad, que guardaba el equilibrio en toda ella. La Iglesia poseía bienes cuyo origen de propiedad era el más santo y justo de cuantos pueda haber: la piedad y la caridad, las dos más grandes virtudes del corazón humano; y la donación, el más eminente y generoso ejercicio del dominio. No tenía la Iglesia en México lo que el odio y la codicia habían calculado; apenas llegaron á cincuenta y ocho millones los bienes productivos que poseía. Pero los poseía cristianamente, es decir, era dueña de ellos, según la doctrina cristiana sobre la propiedad, tan concisa y admirablemente formulada por Santo Tomás. Era dueña de ellos "para cuidarlos y explotarlos; pero el usufructo de los mismos lo comunicaba fácil y amorosamente con los pobres, para servir sus necesidades."

De esta manera la Iglesia se interponía entre el propietario y el desposeído, y ni éste sentía su necesidad ni aquel abusaba de su abundancia. Habiendo desaparecido en el país este gran regulador, es necesario arbitrar otros medios de restablecer el roto equilibrio. Los que sugieran la injusticia y

la violencia serán atentatorios y nocivos; y los que encuentre la sola prudencia humana de no ser contraproducentes, serán quizás estériles. Larga y dolorosa ha sido la experiencia: desde las leyes agrarias de los Gracos hasta las grandes espoliaciones de nuestro siglo, todas las trazas de los poderes humanos han sido inútiles para aliviar la suerte de los desheredados del mundo. El P. Félix, el pensador contempóraneo que más hondamente las ha penetrado, y el que con más férrea dialéctica las ha formulado y discutido, creía que la única solución sólida, eficaz y duradera de todas las graves cuestiones económicas y sociales que agitan á nuestro siglo, sería cristianizar la propiedad.

La cuestión de la propiedad no pueden resolverla ni los Poderes en sus Parlamentos y con sus armas, ni las multitudes en sus comicios y con sus turbulencias. Sólo puede resolverse en el fondo silencioso de la conciencia humana. Darle ilustración al pobre para multiplicar la potencia adquirente de su trabajo, y darle blandura al corazón del rico, para desasirlo de los bienes del mundo haciéndole vislumbrar los horizontes de una eternidad donde ni el dolor ni la dicha mue-

ren nunca, es resolver de raíz la cuestión de la propiedad en la tierra.

Pero para llevar la luz á la mente y el amor al corazón del hombre, no hay más camino que la educación civil y religiosa.

La amplitud y fertilidad del suelo y la escasez de población, están ocultando y dilatando los naturales efectos de la mala distribución de la propiedad; pero quizás no basten á contener las tremendas consecuencias de la dificultad y mala distribución del trabajo en México. Aunque parezca contradictorio, por lo que se refiere al trabajo, el país padece por exceso y por defecto. Trabajan en él menos de los que deben, y los que trabajan, trabajan mucho: los que pueden no quieren trabajar, y los que quieren no pueden. El más complexo, el más erizado de dificultades, y el más apremiante de los problemas que México necesita resolver, es, sin duda, el del trabajo.

En México, la suavidad de un clima enervante y debilitador, la fertilidad de un sue

lo generoso, las tradiciones de una falsa riqueza y de una falsa dignidad, han enflaquecido el respeto y el amor al trabajo. La riqueza, en el orden cristiano, libra de las privaciones de los bienes materiales; pero no exime del trabajo. No son dueños los ricos de los bienes que Dios les ha dado, sino administradores de ellos, y su tarea de trabajo crece á medida de sus riquezas. Tampoco exime á los pobres del trabajo la fertilidad del suelo: deben hacerlo producir, no sólo para ellos, sino para otros más pobres, porque el que pudiendo ayudar á su hermano no lo socorre, casi lo roba.

En el social, lo mismo que en el organismo humano, no pueden dejar de funcionar unos miembros sin que se fuerce y debilite la acción de los otros. Si los pobres no han de trabajar por falta de aspiraciones y necesidades; si los moradores de las pequeñas poblaciones se han de conformar con las cosechas que para la subsistencia de todo el año les rinden sus labores con un solo mes de trabajo, pasando el resto del tiempo como la antigua plebe bizantina, en los vicios y en espera de revueltas; si los pequeños rentistas por suficiencia de elementos

de vida han de eximirse del trabajo, y si los grandes capitales tampoco han de trabajar por ausentismo y por falta de espíritu de asociación y de empresa, ¿qué clases sociales son entonces las que deben trabajar y en qué pueden trabajar?

El trabajo entonces de las clases laborantes se hace tan ímprobo como mal retribuido, tan humillante como difícil de encontrar. Tomadas todas las avenidas del trabajo productivo por las empresas y colonias extranjeras, ya no queda pan para el infortunado nativo, sino en el jornal de la esclavitud, en el miserable sueldo arrojado con desdén por manos extrañas, ó en la pensión del empleo público sin seguridad ni porvenir, alcanzado muchas veces con bajeza, y pocas veces desempeñado sin apostasía ó sin complicidad.

Es casi un crimen nacional, dejar solos sobre el aspérrimo campo del trabajo: á nuestra clase media al lado del extraño y ayudándole á formar rápida fortuna, sin esperanza de participación; á nuestro pueble sirviendo á las grandes y productivas empresas, á todo riesgo, y sin otro porvenir que la mutilación, la vejez y el abando-

no; al inmigrante pobre y sin experiencia, explotado sin piedad, por su propia sangre; y al indio mártir, sudando doce horas sobre su abrumadora faena. La explotación por el trabajo, del indio y del inmigrante pobre, es un crimen que clama al cielo. Al indio, Dios mismo nos lo ha dado en adopción, y el inmigrante joven, muchas veces niño, es también un depósito sagrado: viene á nosotros bajo la triple é inviolable garantía, de la misma raza, las mismas costumbres y la misma religión.

El combate en defensa del trabajo nacional debe ser no sólo el más reñido, sino el más implacable y heróico. Salvado el trabajo, con él hay esperanzas de salvarlo todo; sin él, todo está perdido, y quizás para siempre y sin remedio. La escuela es el último reducto de su defensa.

Otro problema pesa sobre el país, á cuyo lado, los demás por graves y trascendentales que sean, se miran pequeños. Tres siglos y los esfuerzos de las naciones más sabias y poderosas del mundo no bastaron á

resolverlo. Con la independencia lo heredamos de nuestros progenitores: desde entonces está pesando sobre nuestra conciencia como un aterrador remordimiento, y mientras no le demos solución á satisfacción del cielo no habrá para nosotros tranquilidad ni dicha sobre la tierra.

A fines del siglo XV surgió de lo ignoto un mundo henchido de pobladores desconocidos. Sorprendida un momento la Europa con tan inesperado y portentoso suceso, entonó un himno de admiración y de gratitud al Sér Supremo, y esperó reverente sus órdenes para cumplirlas; pero enloquecida bien pronto por el doble vértigo de su soberbia y su codicia, desconoció el beneficio, y renegando de su misión, convirtió la que debía ser de luz, de amor y de alegría, en una obra de lágrimas, de exterminio y de tinieblas.

Da vergüenza y dolor por la flaqueza humana, pero es inexorable el testimonio de la historia, eterna é inflexible voz de la posteridad. Sólo dos almas estuvieron á toda la altura de tan grande suceso; la de Isabel y la de Colón. El descubrimiento del Nuevo Mundo fué un don que Dios hizo por

manos del genio á la virtud. El genio y la virtud se comprendieron. "Aquí tiene Vuestra Alteza, le escribía Colón, incontables súbditos en quienes propagar la fe de Cristo." "Serán hijos míos en el tiempo, le contestó Isabel, para hacerlos hijos de Dios en la eternidad." Jamás han atravesado los mares mensajes humanos más sublimes.

Colón fué aherrojado; Isabel murió; los mares se llenaron de naves exploradoras; los conquistadores aparejaron las suyas, y una ola de fuego y de sangre barrió la faz del Nuevo Continente y de sus islas. Inglaterra, con una sabiduría humana que espanta y una frialdad de egoísmo que hiela, mató á los indios sin piedad. Francia los repelió de sí, dejándolos morir en el aislamiento de su ignorancia y su miseria. Portugal, sin vacilación, los hizo víctimas ó esclavos. Sólo España, esa nación magnánima á cuya sangre parece haber prestado la fe los gérmenes de la inmortalidad, fué la única que cuidó de cicatrizar las heridas abiertas por el hierro de la conquista con el bálsamo suavísimo de la caridad cristiana. La historia antigua de México es sólo la historia de las órdenes religiosas que lo

evangelizaron y civilizaron. México no podría dejar de ser católico, sin rasgar las páginas más bellas, más edificantes, más conmovedoras de su pasado.

Cuatro siglos han pasado, y al cabo de ellos, nos encontramos viviendo en nuestro suelo y con nosotros, cinco millones de los restos de esas razas aborígenes. La conquista los hizo nuestros compatriotas; la independencia nuestros conciudadanos; y antes el Cristianismo, nuestros hermanos. De ellos, los unos viven labrando nuestros campos para darnos pan y derramando su sangre para darnos paz; y los otros habitan en el fondo de nuestros bosques y en las hondonadas de nuestras serranías, ó vagan en las soledades de nuestras fronteras, sin fe, sin abrigo y sin pan. ¿Qué hacemos con ellos?

La impiedad, que no tiene corazón, porque la fe y la caridad son hermanas, como remedio á sus males les aconseja á los indios la rebelión, el despojo y el asesinato, ¡como si el crimen pudiera ser nunca la consolación de la desgracia! Además de criminal sería estéril tan perverso atentado. El destino ha atado su suerte á la nuestra: aun

cuando tildando tres siglos de prescripción quedaran por únicos dueños del suelo, sin nosotros los indios volverían á hundirse por su propio peso en el abismo del gentilismo y la barbarie.

Si los indios nunca deben fundar sus esperanzas en el crimen, tampoco nosotros podemos perseverar en nuestro delito. Hacerlos trabajar doce horas por treinta centavos; alimentarlos con puñados de maíz; dejarlos desnudos hasta el impudor; darles por habitación los cubiles que disputan á las fieras, ó chozas tan miserables que hacen preferibles las zahurdas; ultrajar en ellos todos los derechos del ciudadano y del hombre; violar en su familia todos los pudores y todas las santidades de ella, y dejarlos á todos, grandes y pequeños, hombres y mujeres, sin una luz de fe en la mente ni un rayo de amor en el corazón, sin consuelo en la tierra y sin esperanza en el Cielo, es un crimen que no debe ni puede continuar. De cada día que pasemos en el tracto de nuestro delito, seremos responsables en presencia de Dios y de los hombres. Y ojalá Dios en la severidad de sus juicios y á reserva de castigarlo después, no cons-

tituya por nuestro juez en la tierra al pueblo americano, que sería el más cruel é inexorable de los jueces, al sentirse reo de análogo y mayor delito.

¿Qué hacemos con los indios? Sólo el Cristianismo, que es la verdad absoluta, tiene respuesta para todas las preguntas y solución para todos los problemas. Por su debilidad, por su ignorancia y su infortunio, los indios son más que nuestros hermanos, son nuestros hijos. Los deberes de la paternidad son inmutables é indeclinables; debemos doctrinarlos, educarlos y sustentarlos; en una sola y más cristiana palabra, debemos amarlos. Si grande es el gravamen, grande será también la recompenas.

Nuestro tesoro no consiste en las rocas de oro y plata que sustentan nuestro suelo; en la variedad de nuestros climas; en la abundancia y suprema calidad de nuestras producciones; en nuestras costas bañadas por el Golfo y el Pacífico, ni en Tehuantepec, "la puente sobre los dos mares," como le llamaba Cortés. Nuestro verdadero é incomparable tesoro consiste en cinco millones de indios. La fuerza que esconde esa

enorme cantidad de dinamita humana, obrando sin dirección y ciega, puede arrasar nuestro suelo con más espantoso cataclismo que si á un tiempo reventaran todos los volcanes; pero bien dirigida, puede asimismo derribar en un instante cuantos obstáculos se opongan á nuestra prosperidad y grandeza.

No lo hemos estudiado ni sabemos cuán grande es nuestro tesoro. El indio ríe poco y llora mucho; medita y calla; no lo rinde el trabajo ni el dolor lo vence; es leal hasta la muerte y nada quebranta su constancia; sufre sin queja y muere sin congoja; obedece sin réplica y manda sin vacilación; su abnegación llega á la perpetuidad del heroísmo y su fe religiosa es capaz de trasladar montañas. El indio es un diamante ignorado: el día que labremos sus facetas, nosotros mismos quedaremos deslumbrados. El día que cinco millones de indios estén alimentados y vestidos, doctrinados y educados, adiestrados en los oficios de la paz y ejercicios de la guerra, convertidos en productores y consumidores, restituidos á la conciencia de su dignidad y satisfechos de su dicha; cuando en fuerza de sentirse

amados nos amen también, en ese día feliz y glorioso, tan prósperos seremos en la paz como invencibles en la guerra!

Hay que educar al indio; pero si á despecho de la impiedad debe decirse todo, el indio no puede tener otros maestros que los misioneros. Si se ha de consultar la experiencia de tres siglos, los maestros del indio tendrán que volver á serlo el franciscano y el jesuita.

El maestro, sí, pero acorazado con sotana ó cogulla. La escuela, sí, pero al pie y á la sombra de la Cruz.

La educación escolar y el progreso están íntimamente ligados. La educación, que es en lo general el fundamento más sólido del adelantamiento social, en México no sólo será la base de su civilización, sino la clave única para resolver los graves y peligrosos problemas, de cuya acertada solución dependen su prosperidad y su existencia misma como nación.

Después de haber tratado de demostrar estas verdades, asalta de repente como un remordimiento al corazón.

¿Habrá sido una crueldad inoportuna haberle hablado á una juventud tan tierna, como la que se educa en este plantel, al abrigo de la Compañía de Jesús abuela insigne de nuestras letras, de cosas tan dolorosas y tan serias? ¿Pero cómo hablarlà de las espantosas realidades de la tierra sin amargura, si todos los senderos de la vida son espinosos y salobres todos los ríos de lágrimas que la riegan?

Es necesario hablar por el presente y por el futuro, por los coetáneos y por los pósteros. El doloroso examen de nuestras amargas é íntimas congojas, no debe conducirnos á sólo exhalar quejas femeniles y estériles, ni menos á lanzar reproches injustos y tardíos contra un poder valeroso y bien intencionado. Debe, por el contrario, ponerse en manos de éste la doble y poderosísima palanca del pensamiento y confianza nacionales, para que con su ayuda pueda remover las enormes moles que á todos nos están abrumando, y que arrojamos sobre

nuestros hombros en los atolondramientos de la impotencia.

Antes de morir, debe la generación actual, con la sinceridad y solemnidad propias de quien habla en postrimerías, pronunciar siquiera una palabra en su abono, que como su perpetua defensa quede resonando siempre en la posteridad. En los extremos peligros el valor es la prudencia suprema. La patria estaba exangüe y agonizante, y era necesario darla paz aun á precio de oro. Crujían ya los puentes y se desplomaban los túneles de su vía, y antes de que se hundieran era necesario lanzarla por ella á todo vapor y á todo riesgo. Se hizo, pues, no sólo lo menos malo, sino lo único que podía hacerse. La temeridad era entonces la sola esperanza de salud.

Callar sería la más cruel de las compasiones: si ya pronto ha de rendir su jornada la generación presente y la venidera no ha de poder repudiar la herencia que le dejemos, piedad es mostrarla de antemano al menos las más pavorosas cláusulas de nuestro tremendo testamento.

Dentro de diez, dentro de cinco años, la adolescencia de hoy será ya la robusta ju-

ventud que bajará á la liza á pelear el buen combate. ¿Estará predestinada á ser una legión de victoriosos héroes ó de sublimes mártires? Vencidos ó vencedores, la gran victoria será siempre suya; ¡que en el triunfo ó en la caída, despiertos ó soñando, obrar bien, como dice Calderón, es lo que importa!

¡Qué Dios los bendiga y los conforte!



DISCURSO

pronunciado

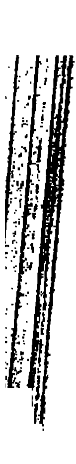
en la gran velada literaria, con que se celebraron

el 15 de Diciembre de 1889

LAS BODAS DE ORO

del

ILMO. SEÑOR ARZOBISPO DE MÉXICO.





ILMO. SEÑOR:

SEÑORES ILMOS:

SEÑORES:

I es grato en el siempre dulce y amoroso hogar, regocijarse en el aniversario del natalicio de un padre querido y respetado, gratísimo es también en el amplio seno de la familia cristiana, cuyos vínculos no han brotado de la carne ni la sangre, sino del espíritu, celebrar con santo júbilo el tierno recuerdo del día en que naciera á la inmortalidad del sacerdocio, un Pastor tan amante como amado, á quien el cielo colma de días para el alivio y consuelo de su grey!

Es claro para la fe, que es la iluminación del entendimiento, y natural y sencillo para la caridad, que es la sabiduría del amor;

pero para la sola razón humana es tan sorprendente como absurdo, el grandioso conmovedor espectáculo que estamos presenciando. Un pueblo triste como el desengaño y abatido como la desgracia, una nación á la que no despiertan de su sueño ni las angustias del presente ni los temores del porvenir, sacude de repente su letargo para entonar unísona un himno gigantesco de amor, para felicitarse á sí misma por la salud y la longevidad de un solo hombre, de quien en el orden meramente terrestre nada tiene que esperar ni que temer: éste es el singular y anómalo suceso que ante nosotros se está verificando.

Que la vanidad de las letras sabias según el mundo, que el oro único móvil de los corazones corrompidos, y el miedo, sólo resorte de las almas degradadas, hagan que los hombres queden deslumbrados por el brillo de la falsa ciencia, se inclinen ante la riqueza y se postren á las plantas del poder, ésa ha sido la triste historia de los mortales desde que el primer hombre prevaricó, ése el acervo de miserias humanas amontonado por los siglos. Pero que á un hombre anciano é inerme, á quien no prece-

den los lictores y siguen los verdugos del poder, ni circuye el pavoroso brillo de las armas; que no puede derramar tesoros de riquezas para comprar con ellas muchos esclavos voluntarios, y envilecer de raíz muchos corazones: que un hombre á quien todos los perversos odian y ultrajan, y todos los sabios del siglo llaman ignorante; una nación entera abandonando sus faenas, se agrupe en torno suyo, y respetuosa, venga de todos los vientos para decirle que lo obedece y lo ama, ése sí es un fenómeno tan portentoso, que sólo puede explicarse como una prolongación mística de las tiernas, y á la par tremendas escenas de Belem y del Calvario; como una continuación viviente de lo que el abate Gaume en la energía antitética de su lenguaje, llama el sublime desatino de los siglos: el mundo todo de rodillas á los pies del Crucificado.

Lo que humanamente no es explicable, la fe con una sola palabra lo explica todo: es digno de ese amor y de ese respeto de una provincia entera, porque es el primado de ella, porque es Obispo de una Iglesia, y obispo quiere decir, un mortal que ha llegado á la más alta dignidad á que pueda

alcanzar el hombre, un príncipe cuya corona no ha sido forjada por hombres con metales sacados de las entrañas de la tierra, sino que ha bajado de los cielos para que eternamente brille como un nimbo inmortal, pues el sacerdote lo será por toda la eternidad, según la palabra santa: "*Sacerdos, sacerdos est in æternum.*" Y este príncipe espiritual cuya corona jamás caerá de sus sienes, tendrá un imperio sin límites en el mundo de las almas en nombre de El que lo envía, porque todo lo sabe en Aquel que lo inspira y todo lo puede en Aquel que lo conforta.

No hay monarcas ni repúblicos, príncipes ni magistrados, que sean más amados y obedecidos que los obispos: éste es el hecho que desde hace diez y nueve siglos está presenciando el mundo en la amplitud de su redondez, y es un hecho en sí mismo tan portentoso y trascendental, que no puede menos de provocar las más serias meditaciones no sólo del cristiano sino del filósofo. ¿Qué secreto han encontrado los obispos cristianos para hacerse amar como no lo fueran nunca los héroes y los sabios del mundo? ¿Qué misteriosa virtud tienen pa-

ra ser obedecidos, como no lo fueron los reyes del antiguo Egipto y los sátrapas de Asiria en el esplendor de su despotismo, ni los Césares romanos en la doble demencia de su crueldad y su soberbia?

El cristiano es el hombre más libre, el único hombre verdaderamente libre que existe sobre la tierra. No exíjese de él obediencia contra razón, sino por el contrario, un obsequio razonable. No hay peligro en que meditando sobre las grandezas de la religión que profesa, su fe se enturbie, ni su caridad se amengüe, antes bien, cavando en ellas como en veta inagotable y riquísima, más arraigará la una y más se encenderá la otra. Lícito será pues y saludable meditar unos momentos en común y en voz alta, por qué los obispos cristianos, serán tan profundamente amados y tan incontrastable y voluntariamente obedecidos.

Un obispo católico es lo más grande que en lo humano puede concebirse, por la sublimidad indecible de su carácter y por la incomparable magnitud de su benéfica misión. *Los ángeles de las Iglesias* los llamó durante muchos años la antigüedad cristiana.

El sello más patente de la divinidad del cristianismo es su sencillez misma á la par de su excelsa sublimidad. El reinado de Dios en el mundo, es decir, el reinado de la verdad y del bien en las almas por convicción y por amor, eso es la Religión cristiana. Nada puede concebirse más fácil y sencillo, y sin embargo, no ya el quererlo y el hacerlo, sino sólo el pensarlo excedía los límites del pensamiento humano, como lo atestigua la historia de la misma humanidad, durante el curso de los siglos. El pensamiento de la antigüedad toda, se hizo acción por decirlo así, en Sesostris, Ciro, Alejandro y César, en quienes se personificaron el Egipto, Persia, Grecia y Roma; la antigüedad entera, con sus ideales y aspiraciones, con sus sentimientos y pasiones.

En más de cuatro mil años el ideal de la antigüedad pagana fué sojuzgar al mundo sujetando los cuerpos por la fuerza. No tuvieron otro fin las expediciones de Sesostris, los combates de Ciro, las batallas de Alejandro ni las guerras de César: un pueblo dominador y los otros dominados, un tirano é incontables esclavos; fué la única y constante aspiración del paganismo. No

desconoció la existencia del alma humana ni su inmortalidad, y sin embargo nunca pensó la antigüedad en hacerla feliz, ni menos en dominarla por la persuasión y el amor. Y por increíble que parezca, el mundo moderno á medida que se aleja de la idea cristiana, torna á caer en el mismo olvido que el paganismo: no cree más que en el poder del oro y de la fuerza, no quiere almas voluntariamente sumisas, sino cuerpos brutalmente esclavizados. Más de diez millones de hombres secuestrados al hogar, al trabajo y á la felicidad propia y ajena: armados de los más terribles instrumentos de muerte y desolación y listos ya para despedazarse á la primera señal, es el tristísimo y horripilante espectáculo que ofrece por primera vez nuestro siglo para escándalo de la historia. Los de Atila, Genserico y Gengis Kan fueron siglos menos sangrientos que el nuestro, abierto por Bonaparte con torrentes de sangre humana y que Bismarck amenaza cerrarlo con espantosas hecatombes.

La idea de un reinado inmortal sobre las almas por amor y para la felicidad de ellas mismas, excede tan desmesuradamente al más

alto vuelo del pensamiento humano, que no puede ser sino divina. Y lo que la lógica demuestra, la historia con hechos lo confirma.

Henchido está de amor y sabiduría infinitos, el plan divino en orden á la redención humana. Para rehabilitar á la humanidad caída, antes que todo, necesario era reconciliarla con su Creador, mediante un sacrificio de valor inmenso, en que se adunaran la justicia sin límites y la misericordia sin término. El fruto de la redención sería que Dios mismo alumbrase el entendimiento humano para que conociese la verdad, encendiese la voluntad del hombre para que amase el bien y le diese fuerza sobrenatural á sus desmayadas potencias, para que profesase la una y practicara el otro. Esto es en compendio el Cristianismo, ésta fué la obra excelsa y sacrosanta de Nuestro Redentor. Pero su obra hubiera sido incompleta, si después de haberse hecho Hombre Jesucristo, no hubiera proporcionado medio al hombre de deificarse en El; y trunca hubiera quedado si no hubiera proveído los medios para que se eternizara, perpetuándose de generación en generación sobre la tierra, y yendo á rematar en los cielos

Si Jesucristo hubiera abandonado á sólo los hombres su obra, en manos tan infieles el sagrado depósito hubiera perecido, como se perdieron las tradiciones paradisiacas para la mayor parte del mundo, y como para muchas naciones se ha perdido la verdadera fe al desgarrarse la túnica inconsútil de la Iglesia. Para hacer tan eficaz como perdurable su obra de amor, Dios mismo se quedó por todos los siglos en medio de los hombres, real y verdaderamente, aunque velado por los misterios del más augusto de los sacramentos. Si se hubiera quedado en cuerpo mortal como cuando vivió en la tierra, la ingratitud humana lo hubiera crucificado muchas veces, ó la vida social y política del mundo hubiera cambiado radicalmente, pues los elegidos se hubieran agrupado en torno suyo, y para ellos el cielo hubiera comenzado desde la tierra. Al permanecer entre nosotros sacramentalmente, quedaron conciliados el amor y la sabiduría infinitos, en tan inefable como sublime manera. Jesucristo pues, no sólo espiritualmente infunde vida á la Iglesia, su mística esposa, sino que permanece en ella y permanecerá hasta la consumación de los si-

glos real y verdaderamente, como una Víctima constante de propiciación y como una fuente inagotable de amor, de la que manan todos los dones y gracias que santifican al mundo. *(Por eso Santo Tomás llama al de la Eucaristía, el más excelente de los sacramentos y la consumación de ellos).*

Habiendo, pues, descendido á la tierra para santificar á los hombres, y no debiendo permanecer entre ellos para siempre y visiblemente Jesucristo, su sabiduría dispuso, que los sacramentos que son los medios de la santificación, fuesen dispensados por hombres y lo fuesen por signos visibles que comunicasen gracias invisibles.

Como por naturaleza los hombres nacieron para vivir en sociedad, natural era que también para su santificación viviesen congregados en su tránsito por la tierra; pero ninguna sociedad humana es posible sin que unos manden y otros obedezcan, y ése es el doble fundamento de carácter y de jurisdicción, en que reposa la inconmovible jerarquía eclesiástica, sin la cual no habría Iglesia, y sin ésta, frutos de la redención para todas las generaciones humanas hasta la consumación de los siglos.

No bastaba si la Iglesia había de perpetuarse, que Dios en su misericordia hubiera otorgado á los hombres la facultad de derramar en la tierra los tesoros del Cielo, que á tanto equivale la de dispensar los sacramentos, sino que se necesitaba además, que les diese la inconcebible prerrogativa de poder trasmitir esa tan excelsa facultad á sus hermanos, y eso fué precisamente lo que hizo al instituir el Sacramento del Orden Sacerdotal, del que son los dispensadores los Obispos, en quienes reside la plenitud del sacerdocio, y á quienes con razón los primitivos cristianos en su santa simplicidad llamaron, "místicos y espirituales engendradores de sacerdotes."

Con tan singular y maravillosa prerrogativa, son los Obispos como la clave de ese inmenso edificio espiritual de almas humanas, que se endurece y purifica al fuego de la encendida hornaza del mundo, para brillar después eternamente en la ciudad de Dios. Los sacerdotes son como los excelsos exploradores de las alturas, que constantemente están escalando el Cielo para que á torrentes se derramen sobre la tierra las misericordias del Señor. Flor y primicias de

la especie humana son los sacerdotes; como la legión célica encargada de retener á Dios entre los hombres, aprisionándolo con las redes que El mismo tejiese en su infinito amor. El sacerdocio es el cimiento inamovible en que descansa todo el edificio cristiano, y sin obispos no hubiera sacerdocio. ¿Qué juicio deberemos formar, pues, de la altísima dignidad de un Obispo? Si la fe no nos alumbrara, lícito nos sería dudar en presencia de un Obispo, si debiéramos tenerlo más que por humano por un serafín disfrazado de hombre, pues realmente aunque por naturaleza sea inferior, por gracia está elevado á más alta dignidad que el ángel mismo.

Si por su altísima dignidad no merece ser respetado y obedecido, ¿qué es lo que puede haber entonces, digno de respeto y de obediencia sobre el haz de la tierra? Jesucristo mismo ha bajado del Cielo y se ha hecho hombre, para decirnos: mis Apóstoles y sus sucesores quedan en mi lugar, y en prueba de su misión me pongo Yo en sus manos con todos los tesoros de mi infinita ternura. ¿Qué embajadores puede haber de Señor más bueno y poderoso? Qué creden-

ciales más auténticas que las de esos enviados del Rey Inmortal; para los hombres de buena voluntad las credenciales que todo Obispo trae del Cielo, son más fulgentes que si estuvieran escritas con luz de estrellas y selladas con fuego del Sinaí.

Locura sería el creer que cuando los Obispos hablan es á ellos á quienes obedecemos. La verdadera fe bien sabe al escuchar esa voz, reconocer en ella otro acento de dulzura incomparable, el mismo que hizo caer de hinojos á la Magdalena cuando llorando y pugnando por asirlo, sólo le decía enajenada: ¡ Rabonni ! ¡ Maestro ! ¡ Abisma meditar en la altísima dignidad del carácter episcopal ! Anonada el pensar que Dios haya extremado su bondad para con el hombre, hasta el punto no sólo de prestar su voz á los Obispos, sino que para enseñarnos á obedecerlos, haya comenzado por ponerse El mismo en sus manos.

Y tan digno de amor y de obediencia es un Obispo por la santidad de su carácter, como de profundo agradecimiento por la benéfica trascendencia de su misión sobre la tierra. De los múltiples deberes episcopales, tres son los más prominentes, ó más

bien dicho, en tres de sus funciones se compendian y resumen todos. Enseñar á su grey, rogar por ella y ampararla, son las tres funciones episcopales por excelencia: un Obispo por tanto, es un sér superior, cuya vida está consagrada constantemente á orar, á pensar y amar; las tres cosas más elevadas y más santas, que los hombres pueden hacer en la tierra y aun los ángeles mismos en el Cielo,

La verdad es tan bella, que si pudiéramos verla, decía Platón, quedaríamos enamorados de ella. Es un tesoro de tanto valor, que por alcanzar uno solo de sus destellos, el mismo Platón iba hasta el fondo del Egipto y Pitágoras á la Magna Grecia: Aristóteles sufría las veleidades de Alejandro; y Plinio se ahogaba, por querer espiarla al borde de un cráter inflamado. Loores de eterno agradecimiento entona el mundo á los sabios, porque le han arrancado á la naturaleza alguno de sus secretos ó vislumbrado alguna de sus misteriosas leyes. ¿Qué amor y gratitud merecerán los Obispos, que por deber y por conciencia, son los eternos guardadores de la verdad, y no de una verdad restringida y relativa, del orden natu

científico, sino de la Verdad Absoluta,
'os resplandores las generaciones todas
rán atravesar el tortuoso sendero de la
humana para llegar á su inmortalidad
›sa?
los Obispos no estuvieran defendiendo
antemente á la verdad de los incesan-
aques del error, ya estarían hechas
s la familia y la sociedad, y el mundo
anegado en un nuevo diluvio de erro-
demencias. Seríamos ya paganos con
no y blasfemos con Arrio. Los pela-
›s nos hubieran hecho autómatas y los
rnos filósofos reducido á la condición
stias. El comunismo nos hubiera deja-
ı un pedazo de pan; el divorcio y el
contrato, sin familia; y la falsa li-
d sin acción ni palabra, sin pensa-
:o ni conciencia. Es tan estimable la
ıd, que vale en sí más que todos los te-
de la tierra; los bienes sensibles que
›rciona, son nada en comparación de
enes invisibles que comunica. El que
ıa una sola verdad, da más que si die-
› y pedrerías: la dádiva del que nos
ca en la mente una sola idea verdade-
más rica y generosa que si ciñera á

nuestras sienes la corona del más poderoso imperio.... Y los únicos que regalan verdad sobre la tierra son los obispos, porque son los únicos que la tienen y que por mandato expreso de su Señor no pueden guardar ese inmenso tesoro para sí. Propagar y defender la verdad es cuidado tan preferente del Obispo, que los mismos Apóstoles dijeron: "Nos orationi et ministerio verbi instantes erimus." Dediquémonos de preferencia á la oración y predicación. Si no hubiera obispos, el mundo quedaría más á obscuras que si se apagara el sol.

Da mucho el que da un tesoro, pero daría mucho más el que con el tesoro diera discreción para gastarlo, y alegría y salud para disfrutarlo. Los obispos no sólo dan la verdad, sino que nos alcanzan con sus oraciones luz para conocerla y voluntad para amarla. La predicación separada de la oración nos daría la verdad cadáver, no la verdad viva. ¿De qué valdría plantar y regar sin pedirle el incremento al único que puede darlo? ¡Si el mundo supiera lo que valen las preces de un obispo! Según la bella frase de San Agustín, "la oración que de la tierra sube al Cielo, hace que el Cielo baje

hasta la tierra." Si éste es el maravilloso poder de las oraciones del más miserable pecador, ¿qué poder no tendrán las preces de los obispos, elevados por Dios al sumo sacerdocio, para que giman sin cesar por los pecados de su pueblo y hagan constante violencia al cielo para que tenga piedad de sus rebaños. Como Moisés, mientras ellos tienen las manos levantadas, el pueblo fiel obtiene la victoria en los terribles combates de la vida humana. Cuando bajan los brazos, el hambre tétrica y las impetuosas inundaciones, la peste voladora y las sangrientas guerras asuelan el mundo, y los rugidos y llamaradas del infierno lo espantan y lo calcinan.

Dios, que bien conocía la flaqueza de nuestra naturaleza, que bien sabía todas las tentaciones é ignorancias, debilidades y amarguras que abreviarían nuestra fugaz existencia aquí, nuestro breve pero dolorosísimo tránsito á través del tiempo; quiso en las ternuras de su bondad, que los obispos fuesen no sólo los altos faros que iluminasen las revueltas olas del mar de la vida y las potentes alas con que subiesen nuestras preces á la altura, sino que el corazón

episcopal fuese también, el amplio y sagrado asilo donde encóntrasen consuelo y refugio todas nuestras miserias. Desde hace diez y nueve siglos, los obispos son la luz y disciplina de los monjes y vírgenes consagrados al Señor; el hospital para todas las enfermedades humanas; el horno siempre encendido en que se cuece el pan de los pobres; la paternidad de los huérfanos; el libro siempre abierto en que todos aprenden la santa caridad: en una palabra, la santa y sublime caridad cristiana, con el corazón y los brazos siempre abiertos para todos los que sufren y para todos los que gimen.

Espejo pastoral han sido llamados los obispos, y el espejo son en verdad en que se reflejan todas las virtudes cristianas. Ellos con su palabra inculcan la fe y la doctrina, con sus oraciones alientan nuestras esperanzas, y con el ejemplo, que es la más persuasiva de las elocuencias, nos predican la caridad. Meditándolo bien, ¡qué cosa tan admirable es un obispo! Un conjunto de maravillas es una especie de sér sobrehumano, mitad hombre y mitad ángel, con los pies en el suelo y con la cabeza en las nubes. El entendimiento necesitan tenerlo

siempre lleno de todas las verdades eternas, porque las almas humanas en su terror y en su ignorancia todo lo preguntan; y el corazón henchido de todas las compasiones, porque de todas necesitan las miserias de los hombres. A una alma fortalecida con todas las virtudes necesitan agregar un cuerpo de bronce más fuerte que todas las fatigas. El sueño de sus noches es la oración y las lágrimas, y el descanso de sus días los trabajos del Apostolado. Si los obispos no estuvieran ungidos en el alma y el cuerpo con el óleo misterioso de la fortaleza, sucumbirían desfallecidos al peso invisible pero enorme de su carga. Si la religión cristiana no fuera divina, un obispo sería un imposible!

Después de haber reflexionado unos momentos en lo que es un obispo, ya no necesitamos preguntar por qué los obispos cristianos serán tan reverentemente obedecidos y tan entrañablemente amados; porque á su paso las muchedumbres doblarán la rodilla, y porque hoy lo mismo que hace siglos, se postrarán en su presencia muchas frentes que no se inclinarían delante de los Césares. Por grande y conmovedor que sea, ya no puede sorprendernos el espectáculo que

aun estamos presenciando; espectáculo tierno hasta las lágrimas y sin ejemplo en los fastos de nuestra historia eclesiástica. Para celebrar el natalicio á la inmortalidad del sacerdocio del venerable Primado, dejando á sus rebaños, sus amantes hermanos han venido del Aquilón y del Levante; y con él han estado también en espíritu los retenidos lejos por la inflexibilidad del deber.

Las lágrimas son la última expresión del sentimiento humano. Enternece hasta el llanto, ese grupo de obispos que por primera vez estamos contemplando. Algunos se cree verlos envueltos aún, en el humo de las locomotoras, y otros con los ojos fulgurantes y tostados los rostros, por los tórridos climas en que habitan: algunos parecen traer sobre sus túnicas el polvo de los desiertos ó el lodo de las inundaciones; y las vestiduras de otros se miran como desgarradas por los zarzales de los ásperos caminos que han atravesado. No se puede contemplar ese grupo sin llorar: involuntariamente se recuerda el último ósculo de paz que al pie de la Cruz se dieron los Apóstoles, cuando se separaron para evangelizar al mundo. ¡Cuántos, Dios mío, de los santos

y venerables obispos que estamos mirando, al decirse adiós sea quizás para no volver á verse sino en la eternidad! Ruda es su tarea, pero grande el jornal que les espera, cuando al caer la tarde vuelvan á la casa del buen Padre de Familia que los ha enviado, porque es muy rico y generoso el Dueño de la Viña para quien trabajan!

Es noble y santo el regocijo inmenso con que el pueblo cristiano de la Diócesi de México, está celebrando el Jubileo sacerdotal de su Pastor amado, y es justo también el agradecimiento henchido de ternura, con que dá la bienvenida á los Apóstoles que desde tan lejos han llegado, para alegrarse con la alegría y ser felices con la dicha de su venerable Hermano. La "Sociedad Católica de la Nación Mexicana," desde los humildes rincones en que habita su bajeza, ha llorado también de alegría y ha unido su corazón y sus votos á los de todo el pueblo cristiano.

Como la "Sociedad Católica" os conoce, Ilmo. Señor, tan de antiguo y tan sinceramente os ama, guiada por su amor ha podido penetrar hasta el fondo de vuestra alma; y estremecerse y palpitar con el cúmulo de recuerdos sonrientes los unos y do-

lorosos los otros, que en estos días tan solemnes han henchido hasta desbordarse, vuestro corazón. En ese vuestro noble corazón hemos vivido, asistiendo á todas las conmovedoras escenas de vuestro presente y de vuestro pasado.

Hemos estado en la húmeda y fértil Zamora, mirando como á través de una nube sonrosada, aquel honrado y virtuoso hogar, donde se deslizaron los felices días de vuestra tranquila infancia: aspirando aquel ambiente, que impregna la naturaleza de los que allí nacen, de una aroma de vitalidad con el que nunca envejecen; que les amplía las espaldas y les ensancha el pecho, para que puedan beber sin peligro el viento de los años, como beben los árabes los vientos del desierto. De allí, hemos ido al Seminario de Morelia, cuna literaria de tantos hombres ilustres, donde fueron padres de vuestro espíritu aquel R. Sr. Rivas que era un sabio y que era un santo, y aquel Sr. Portugal cuyo elogio más grande y merecido es, que fuese digno sucesor del gran D. Vasco de Quiroga, á quien todavía las razas tarascas á través de tres siglos, llorando lo llamaban su padre. Allí mismo, el

cielo os dió por amigo al Ilmo. Sr. Munguía, aquel gigante pensador que no pudiendo contener espíritu tan grande en tan frágil vaso, espiró al fin en vuestros brazos, de plétora de piedad y de genio.

Qué grato nos ha sido volver á Zamora y en aquel convento, fundado por frailes que fueron una pléyade de héroes y una legión de ángeles, en el devoto Santuario del Señor de la Salud, asistir á vuestra primera misa al lado de vuestros padres; y como ellos, inundados en lágrimas y temblando de emoción. Como flor de heno pasan las dichas de la tierra: acabó pronto el célico idilio. De vuelta en Morelia comienzan ya á nublarse vuestros días, con celajes flotantes de melancolía.... Y luego á Puebla, y á sufrir el primer tumbo de la ola enfurecida, que desde entonces no ha cesado de encresparse y de rugir. Muy triste es surcar los mares sin esperanza de volver; pero Dios no abate sin consuelo. Qué dicha, al fin de la jornada ir á postrarse á las plantas de aquel Santo Pontífice, blanco cual copo de nieve por dentro y por fuera; y qué dicha volver más tarde á esa Roma eterna, cuando abrió sus puertas seculares, á

los hombres justos guardadores de la verdad sobre la tierra.

Como las olas empujan á las olas, días tristes empujan á días más tristes coronados de amargura. Extranjeros vinieron de muy lejos á enseñarnos la concordia peleándose entre sí: los que se quedaron estaban ya enfermos de muerte y no quisieron tener á su lado más consejeros que su miedo y su soberbia. La tremenda catástrofe, lúgubre resonó en el mundo, y desde entonces en un castillo desierto, un fantasma ensangrentado y con su rota corona en las yertas sienes, gime y se queja sin cesar. Pasaron meses y años han pasado.... pero escrito está, la Inmaculada Esposa del Cordero no pasará día sin aflicción sobre la tierra. Sus combates han seguido en la sombra y en silencio, y más dolorosos aunque menos cruentos. Ya no derrama su sangre sobre la arena del Circo, pero aun vierte su lanto sobre el suelo de las Catacumbas...!

Hemos visto lo que no vieron nuestros padres, y lo que tal vez no verán nuestros hijos. El hombre es digno de nuestro amor y de nuestra reverencia, porque es mucho o que ha amado, es mucho lo que ha sufri-

do, y porque aunque su heroismo no se queje, no es de rosas el lecho en que descansa. Ni duplicándolos y centuplicándolos, ni aun así serían nuestros homenajes dignos de nuestro Obispo, porque un Obispo es por la excelsa santidad de su carácter y la sublime alteza de su misión, lo más grande que exista sobre la tierra y lo más grande que en lo humano pueda imaginarse. Se tiembla al decirlo, pero á un Obispo lo debemos reverenciar como á Jesucristo mismo, según la tremenda y profunda expresión de San Ignacio Mártir: *revereantur omnes Episcopum, ut Jesum Christum existentem Filium Patris.* Reverencien todos al Obispo como si en él viviera Jesucristo Hijo del Padre.''

Como en María fundamos nuestras esperanzas, confiemos en que el cielo escuchará benigno nuestras súplicas. En presencia de millones de almas Nuestro Pastor amado ha prometido á la Virgen Santísima de Guadalupe coronarla, y Ella que lo está esperando, Ella lo sabrá guardar. ¡Madre, Madre, Tú nos respondes de él en el tiempo y en la eternidad: acuérdate que te lo entregamos!

ALOCUCION

dirigida en la

NOCHE BUENA DEL AÑO DE 1895

á los pobres que trabajan en el muladar
de la ciudad de México.



Mis grandes amigos y queridos hermanos:

JAMÁS había tenido la honra de hablar desde tribuna más alta, ni de dirigir la palabra á una asamblea más elevada ni más digna, mucho más que si lo fuera de reyes. Me dirijo en esta noche, la más grande y solemne en la serie de los tiempos, á vosotros los pobres del muladar, los que vivís de las basuras: á vosotros los pobres de los pobres, es decir los predilectos del Señor, los aristócratas de la miseria, los que sois mártires sublimes de un instante, para llegar muy pronto á trasformaros en los inamovibles potentados de la eternidad.

La pobreza, que considerada á la luz vacilante y escasa del mundo es el compendio aterrador de todos los dolores humanos,

ada á la vívida é indeficiente luz se convierte en el más rico é inagotable de los tesoros. Llevada la pobreza con paciencia es el perenne prodigio que trocará las de espinas en coronas de estrellas, y en manto de espléndida púrpura los miserables harapos.

Tiene que ser verdadera nuestra religión que ha santificado la pobreza, porque sólo siendo divina, pudo atreverse á llamar á la faz de todos los grandes y dichosos de la tierra, bienaventurados á los pobres.

¡Qué dura es la pobreza para el cuerpo y para el alma!

En esta cruel estación de frío hace crujir las carnes cuando no tienen abrigo. El hambre tenaz é implacable, abate y quebranta el cuerpo hasta que lo hace desfallecer. No tener techo centra la intemperie, casi hace inferior la humana á la suerte de las fieras, que encuentran sus cubiles al menos, en el fondo de los desiertos y en la espesura de las selvas. Estar desnudo es una vergüenza y un dolor. Para las enfermedades del pobre no hay remedios ni consuelos: no tienen distracción sus tristezas, ni treguas sus amarguras. La pobreza es

el martirio lento é inacabable de todo el cuerpo.

Y son más acerbos los dolores que la pobreza hace sentir al alma. El trabajo, esa esclavitud ineludible á que nacemos destinados todos, tiene cadenas muy pesadas para el pobre; quizás sea más dolorosa que la dura fatiga con que adquiere el mermado jornal para snstentar la vida, la insolencia de la mano cruel que se lo paga, arrojándoselo como si fuera una limosna, cuando debiera presentárselo de rodilllas como quien tributa á la justicia.

El corazón humano está formado para amar. La del amor es la sola atmósfera en que pueden respirar las almas, el solo aliento propio de seres inteligentes y libres. Sin amor el corazón humano moriría de asfixia. Nadie hay que no ame á alguien sobre la tierra. ¿Quién no tiene padres ancianos ó hijos pequeñuelos á quienes sustentar? ¿Un hermano en desgracia ó algún amigo desvalido á quien socorrer? ¿Una esposa querida, mitad de nosotros mismos, una hija, depósito el más sagrado y tierno que pueda confiarnos Dios? No poder darle ni un báculo al padre anciano en que apoye sus últimos

pasos sobre la tierra, ni un andrajo á la hija con que cubra su inocencia, ni una flor á la mujer santamente amada con que pueda adornar sus enmarañados cabellos, es el más angustioso tormento de la pobreza. No tener qué dar, es el supremo y más sublime sacrificio del pobre.

El pobre que lo es con resignación, es un héroe, un mártir y un santo. Pero Dios que es todo amor, para que el pobre no desfallezca en su camino de abrojos y pueda rendir con aliento su abrumadora y fatigosa jornada, le ha dado desde ahora y como una prenda del galardón que para después le guarda, los dos más grandes tesoros de su bondad infinita: la paciencia, que trueca en delicias los dolores; y la esperanza que torna ligero todo fardo, que á los reflejos de su luz inmortal, empequeñece todo lo de aquí y hace esplender en toda su grandeza lo de allá.

¡Si el pobre pudiera comprender, cuán grande es el dón que con la pobreza ha recibido del cielo, se moriría de júbilo!

Ser pobre es ser predestinado, es pagar desde la tierra la expiación de nuestras miserias para entrar sin deudas á la eternidad;

estar divisando desde aquí abajo el radiante trono que le espera allá arriba para reinar eternamente al lado del Juez inmortal de los siglos. No alcanzan la inteligencia ni el amor humanos, para comprender el valor inmenso de ese diamante purísimo, de ese incomparable tesoro, que en nuestro ruin lenguaje llamamos pobreza, y sólo deberíamos denominar el más seguro sendero de la eternidad feliz y la llave maestra del paraíso.

Dios es muy rico. Es suya toda la tierra, con todas sus minas y sus frutos, con todos sus montes y sus mares. Son suyos el radiante sol, esa luna, cuya apacible luz nos está alumbrando, y todos esos astros incontables que cruzan el inmenso firmamento. También son suyos los cielos con todos los ángeles y santos que los pueblan. ¡Asombraos! ese Dios infinitamente rico, al hacerse hombre, sólo uno escogió para sí entre todos sus tesoros: la pobreza! Siendo dueño de todos los tronos, prefirió nacer en un pesebre; tuvo frío, y apenas tuvo pañales con que envolver sus adorables carnes.

Desde que el Verbo Humanado quiso nacer en un establo, ganar el pan con el sudor de su rostro y no tener donde reclinar

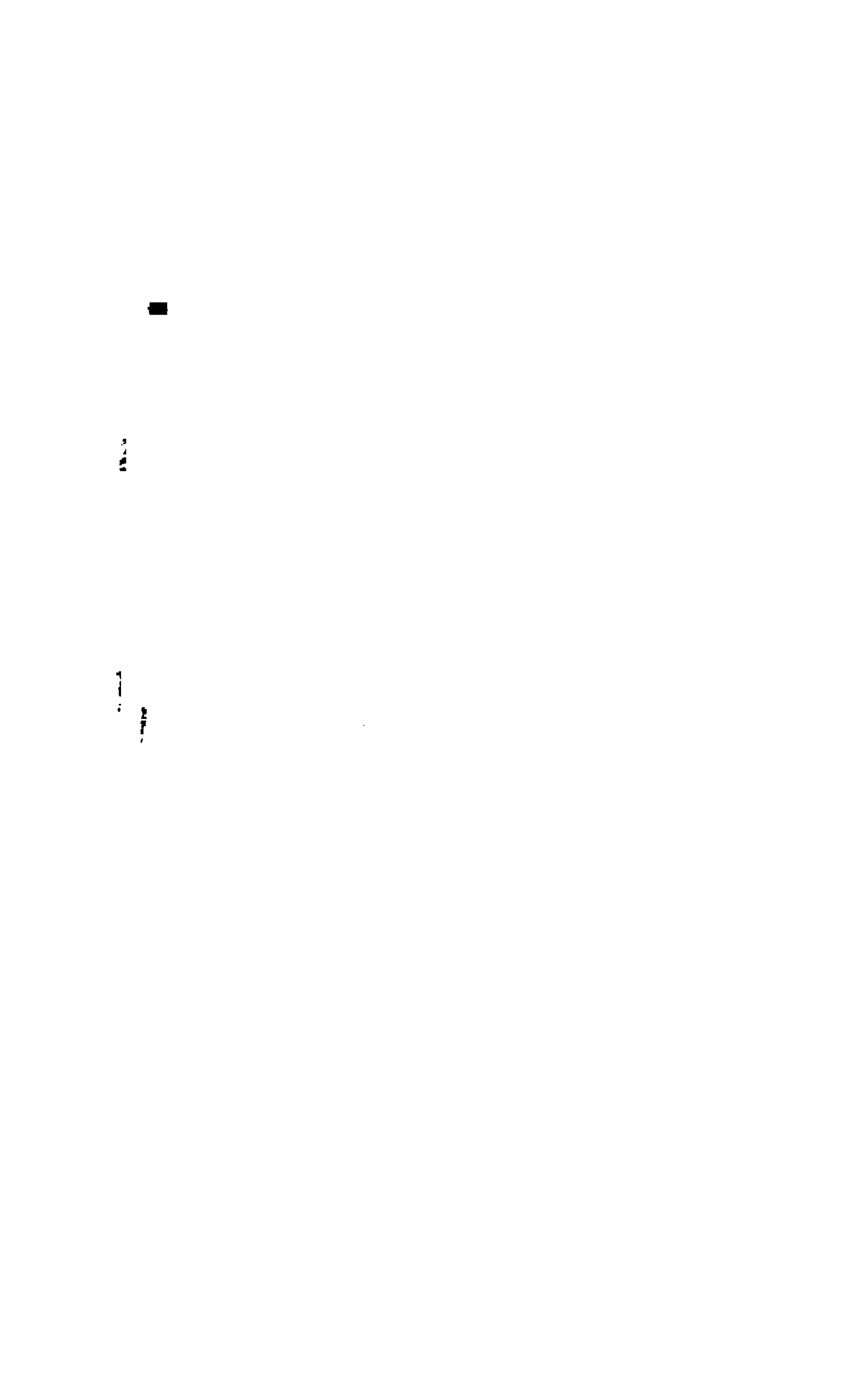
su cabeza, quedó tan dignificada y santificada la pobreza, que toda frente pensadora y noble tiene que inclinarse con respeto ante la augusta majestad de la miseria honrada.

Pobres, primicias de la Redención, primogénitos de la familia cristiana, hijos predilectos de nuestro padre que está en los cielos, ya que tan opulentos sois en gracias y tanto valéis ante el acatamiento del Señor, tened á vuestra vez compasión de nosotros los mendigos del alma, y dadnos una limosna por amor de Dios! No nos olvidéis por piedad en vuestras oraciones, y los que lleguéis de vosotros antes que nosotros á la eternidad, rogadle al Señor que en el día tremendo de su justicia no se acuerde al juzgarnos más que de su misericordia; que nos perdone al ver nuestro pedazo de pan en vuestras manos, al escuchar todavía en vuestro oido el eco de nuestras sinceras palabras de consuelo y al encontrar en vuestos corazones los más tiernos afectos de nuestro amor.

Rogadle ahora y entonces, que nos ponga del lado de los benditos de su Padre. ÉL lo tiene dicho y primero caerán el cielo

y la tierra, que deje de cumplirse ni un ápice de su palabra eterna: *"Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me dísteis de comer; estaba desnudo y me vestisteis"*





DISCURSO

LEIDO

en la velada literaria celebrada el 27 de Septiembre de 1895

en honor del libertador de México

D. AGUSTIN DE ITURBIDE.





SEÑORES:

MAS que el aspecto gozoso de una multitud que celebra regocijada el más fausto y glorioso aniversario en sus anales patrios, tenemos el aire solemne y grave, triste y casi sombrío, de una familia huérfana, sin hogar y sin esperanzas, que quiere, en nombre de sus ingratos y desnaturalizados hermanos, á la par que rendir un testimonio de agradecimiento, presentar sus excusas y consumar un acto de reparación para desagrviar así la ultrajada memoria de su ilustre padre.

Acaban de pasar las festividades patrióticas de este año en celebración de la Independencia Nacional, y como en muchos años anteriores, ni una sola vez se ha oído durante

ellas, pronunciar el nombre venerando de Don Agustín de Iturbide; el verdadero autor de nuestra patria autonomía: el soldado invicto cuyo acero brilló deslumbrante con todos los reflejos de las glorias nacionales: el político profundamente pensador, que sin lágrimas ni sangre, logró desatar los lazos que ligaban á dos mundos; el héroe de abnegación sublime, que prefirió el sacrificio de su propia vida, mejor que sembrar los gérmenes de los futuros disturbios de su patria; el padre, en fin, de nuestra independencia, que después de enseñarnos el modo de ser libres, nos mostró el camino de ser felices.

Por más que se medite y se escarbe en todos los asquerosos fondos de las bajezas y depravaciones humanas, no llega á comprenderse el repugnante móvil de tan negra y tan monstruosa ingratitud. Si á un americano del Norte se le propusiese que ultrajara la memoria de Washington, ó á un americano del Sur que maldijese el nombre de Bolivar, uno y otro se estremecerían de indignación y de horror.

¿Por qué odiamos nosotros á Iturbide? ¿Por qué reniega México de su padre? ¿Por-

que posó en sus sienes un momento la diadema imperial? No pueden abrigar un amor tan feroz por la libertad republicana, corazones cuya mayor delicia durante medio siglo, ha sido precipitarse en todas las ignominias de la servidumbre. ¿Se odia al libertador porque su faz era blanca y goda la sangre que corría por sus venas? Son incapaces de tan profundo odio de raza, pechos que tan poco han amado la suya, que han contemplado impasibles la desolación de millones de sus hermanos, sin darles un pedazo de pan ni una palabra de consuelo. ¿Es la envidia, esa baja pasión sin placer y la única que se avergüenza de sí misma, la que no satisfecha con llenar de amarguras los corazones vivos, quiere violar hasta los lindes de las tumbas, para infamar la memoria de los muertos? Parece imposible llevar el rencor hasta los recuerdos, odiando hasta las cenizas de los que fueron.

¡Ojalá y esa indifencia de los unos y ese odio de los otros, no sean para nuestras degeneradas razas, ni el más oprobioso de los estigmas, ni el más tremendo y funesto de los presagios!

El amor de los pueblos á sus bienhecho-

res por el genio ó por el heroísmo, no debe medirse con el ruín y engañoso metro de la gloria humana, sino como las distancias de los astros, por la luz que nos envían y los beneficios que derraman sobre nosotros. La conciencia humana es la única capaz de inspirar el amor que les es debido, porque es la única que puede desde su fondo silencioso, avalorar con justicia y con serena imparcialidad la grandeza del beneficio recibido, la sabiduría de los medios empleados para lograrlo, y la rectitud y fuerza de las intenciones en alcanzárnoslo.

Iturbide, por la grandeza del beneficio que nos hiciera, la sabiduría de los medios excogitados para lograrlo y por la fuerza de sus intenciones selladas con el ostracismo voluntario y el supremo sacrificio de su propia vida, es una de las más grandes, más hermosas y más amables figuras de nuestra historia.

El de la independencia es el mayor beneficio que un mortal puede dispensar á un pueblo, porque el de su autonomía es un bien que los comprendía todos. Los pueblos, como los hombres nacieron para ser libres, porque Dios crió á los unos y á los

otros para ser buenos y felices, y el ejercicio supremo de la libertad humana deben ser siempre la verdad y el bien. Mi ruín ciencia y mi conciencia oscurecida y cobarde, nunca han podido resolver por sí mismas, el tenebroso y tremendo problema del derecho de conquista. ¿Cuando no es en propia defensa, es lícita la guerra? Por hacerle bien, pero sin tener que rechazar el propio agravio, ¿puede un pueblo porque es civilizado, porque es rico, porque es fuerte, conquistar á otro pueblo porque es bárbaro, es pobre y es débil? ¿Serán gratos á los oídos de la justicia, los suspiros de la Alsacia-Lorena, los gemidos de Irlanda y de Polonia, y los desgarradores sollozos de la India y la Cochinchina, de Madagascar y de Masahua?

En la historia del genéro humano, que es la elegía tristísima dèl pecado y su castigo, de tres maneras ha hincado sus garras la conquista, sobre los pueblos: incorporando consigo y de lleno el vencedor al vencido, "parcere sujectos et debellare superbos" como la antigua Rama, que así hizo suyo el mundo: extinguiendo el dominador al dominado, como Mahoma y Tamerlan; ó conservando el conquistador pero sin confundirse

con ella, á la raza conquistada, para que ésta al propagarse cebe las progenies de esclavos y de ilotas, como lo hicieron en el siglo XVI la mayor parte de las naciones europeas en el Nuevo Mundo, y lo hacen hoy los ingleses en la India, y con los negros y los indios los americanos.

España no siguió en sus conquistas y para conservarlas, ninguno de estos senderos ya conocidos por la experiencia de la historia, sino que conservó á las razas conquistadas sin esclavizarlas por completo, ni incorporarlas con ella de lleno. Este fué el primero de sus errores en el orden de la prudencia humana, es decir, ante el egoísta criterio de las pasiones é intereses temporales; porque si en el supremo y sublime orden de la caridad cristiana pudiera comprenderse el derecho de conquista, sólo se comprendería por amor, para la difusión del bien y la verdad sobre la tierra, y sin desconocer el inviolable dogma de la unidad é igualdad de la especie humana; todos los hombres, como hijos todos de un mismo Padre Celestial, para quien no hay razas privilegiadas porque no las hay desheredadas, ante quien nadie es pequeño porque nadie es grande.

Al hablar de los males de la dominación española, con el solo fin de mejor apreciar y más agradecer los beneficios de la independencia, sólo debe hacerlo México con justicia, atribuyendo los errores, como es lo cierto, á la época y á las circunstancias; y con amor, con el respeto profundo y veneración sincera, que un hijo agradecido debe profesar siempre á una madre generosa y tierna que le dió cuanto tuvo y cuanto pudo: una sangre generosísima en la que siempre hierven el honor y la nobleza; un pasado lleno de hazañas y de glorias; y una luz inmortal, sobre todo, que después de iluminarnos en el tránsito sobre los pavorosos abismos del tiempo, alumbra para guiarnos hasta á ellas, los pórticos de la eternidad feliz.

Toda soberanía viene de Dios: este principio es la sola salvaguardia de la dignidad humana. Los hombres fueron criados para vivir en sociedad; pero ninguna sociedad puede existir sin orden, es decir, sin que unos manden y otros obedezcan. Este es el origen y fin de la soberanía: Dios, que es la sabiduría infinita, no pudo querer el fin sin los medios.

Toda soberanía de Dios dimana y el pueblo sólo la declara. Sería inútil que el hombre fuera inteligente y libre, si su destino fuera vivir siempre sujeto á las brutalidades de la fuerza y las pasiones é ignorancias del mayor número: las mayorías no extinguen sino que multiplican los errores y las injusticias.

Después de la Redención, los poderes de la tierra debieron convertirse en los apóstoles armados de la fe, las potestades encargadas de hacer cumplir aquí abajo los amorosos decretos del Cielo con respecto á los hombres; así entendieron la misión de los poderes humanos, Constantino y Carlo Magno. Pero cuando con el transcurso de los siglos y en el combate de las pasiones, comenzaron á oscurecerse la fe y á entibiarse la piedad, surgió el regalismo, la intervención primero en el gobierno de las almas, y la usurpación después por parte de las potestades civiles, de los derechos de la Iglesia, maestra única de los espíritus y sola legisladora de las almas.

En el orden religioso, fué uno de los más graves males del Gobierno Virreinal de México, la inmixtión de éste en las incumben-

cias exclusivamente eclesiásticas. Cortés era sinceramente piadoso y comprendía que la evangelización de las razas aborígenes era el fin principal y sería la única atenuación de los horrores de la conquista; pero las audiencias y virreyes que le sucedieron contagiados del cesarismo dominante entonces, apenas si respetaron los lindes de la jurisdicción eclesiástica, ni dejaron libertad de acción á la Iglesia en su misión santificadora. Buscando el poder civil alternativamente el apoyo de los Obispos ó de las órdenes religiosas, para sus intrusiones, relajaron la disciplina eclesiástica, hicieron de la fe que es una persuasión una imposición, y de la piedad que es una expansión espontánea y consoladora, una consigna rígida y fría.

Situada la colonia á enorme distancia de su metrópoli y siendo las comunicaciones entonces tan difíciles y tardías, era casi imposible que la Nueva España fuera regida por leyes convenientes y oportunas. Abrumado el Consejo de Indias con la multiplicidad de sus tareas y compuesto de miembros las más veces y en su mayor parte, que no conocían las colonias ni tenían

el sentido práctico de los negocios é intereses de ellas, sus dictámenes vagos é inadecuados, sólo podían contribuir á formar una legislación incoherente, redundante y contradictoria.

Y esa misma distancia era la mayor impunidad de los gobernantes. Pocas veces llegaron á término los juicios de residencia, y los hijos de Nueva España no tuvieron otra garantía de buen gobierno que las personales virtudes de sus virreyes, en ocasiones benéficos y emprendedores como Mendoza y Revillagigedo; en otras sangrientos como Venegas y Calleja; y las más automáticos y sin iniciativa, que convirtieron el poder en una especie de mayordomía vulgar sin gloria y sin responsabilidades, sin más programa que el reposo y la economía, y tan indignos por tanto de elogio como libres de censura.

En aquella época, aun no había nacido la ciencia económica. Se ignoraba que la fertilidad del suelo, y el trabajo del hombre, sobre todo, abundante y bien remunerado, es lo que constituye la verdadera riqueza de los pueblos; y se creía por el contrario, que el oro y la plata, que no son más que la uni-

dad métrica de los valores y el vehículo que multiplica las transacciones, era lo que constituía la opulencia de las naciones. Partiendo de estos errores universales entonces, España no se dedicó en sus colonias más que á las explotaciones mineras y estableció su comercio con ellas bajo las bases del monopolio, dejando sin cultivo su vasto y feraz suelo, y lo que peor fué, sin trabajo á sus hijos y con jornales misérrimos por única recompensa de sus faenas de siervos.

Pero de todos los males del virreinato, los más graves y transcendentales eran los del orden doméstico. La raza española, cuyo patriotismo es superior sin comparación al de los otros pueblos, ha tenido la preocupación y la desgracia, de no estimar ni amar á su propia descendencia sino á condición de haber nacido dentro los límites de la península ibérica y sus islas adyacentes. A sus hijos nacidos en América, los tenían los españoles por inferiores, los conservaban bajo la más severa patria potestad mientras vivían, los privaban de toda participación en su fortuna, y no los iniciaban en ninguna de las penosas y fortificantes luchas del trabajo. Cuando al morir sus padres here-

daban las cuantiosas fortunas de éstos, ya los hijos estaban bien preparados con tan largo aprendizaje de pereza y abyección para pródigos, indolentes y viciosos.

Este mal íntimo y doméstico, se hacía sentir también en toda su fuerza, en los órdenes social y administrativo. Los sueldos pingües, los trabajos honrosos, las consideraciones sociales, los altos grados en el ejército, los empleos y las magistraturas elevadas, las dignidades eclesiásticas y civiles, y hasta las esposas tiernas, bellas y ricas, todo era para los peninsulares. Para el criollo la sujeción, la tutela, la obscuridad y la inacción; el olvido y la impotencia.

Muchas y muy buenas leyes se dictaron en favor de la raza conquistada, pero poco y mal se cumplieron sin duda. España hizo en pro de los indios todo cuanto pudo, pero pudo poco. Nada, absolutamente nada hemos hecho nosotros por ellos, pues como están los recibimos en el año de 1821; con un jornal de doce granos y doce horas de trabajo; desnudos y alimentados con dos puñados de maíz; semi-bárbaros y casi idólatras. En el órden providencial el abandono del indio fué la causa probable de la pér-

dida de los dominios españoles en América. Dios, que no tiene en la tierra otro tesoro como el de las almas, que por una sola de ellas daría muchos astros de su firmamento, concedió á España tres siglos de plazo para civilizar al indio y vencido el plazo sin que la tarea se terminara, despidió al obrero perezoso. Tan severa y provechosa lección debería estar siempre resonando en nuestros oídos.

Estos eran los más graves daños del gobierno colonial, obra no de España, la más noble y generosa de las naciones, según los testimonios de su épica y conmovedora historia, sino de lo adverso de las circunstancias y lo aciago de los tiempos. Un solo hombre nos libró de tantos y tan graves males, con el prestigio y los prodigios de su heroísmo y de su genio. Si nosotros hemos despilfarrado tan rica herencia, no es justo reprochar al generoso testador la loca prodigalidad de tan indignos herederos. Si el agradecimiento debe ser proporcionado al beneficio, el de México á Iturbide debiera ser inconmensurable.

Y tan grande como fué en si el bien que nos alcanzó fueron sabios los medios de que

se sirvió para lograrlo. La malignidad de nuestro carácter disturbador y pérfido, parece que no satisfecho con anarquizar el presente, quisiera dividir y cizañar el pasado, haciendo que se subleven las unas contra las otras y querellen entre sí las cenizas de los muertos. La magna y laboriosa obra de nuestra independencia duró diez años y fué la glorioso tarea de tres hombres, principalmente: del que la inició, del que la prosiguió y del que la consumó. Con respetuosa ternura debe México pronunciar los nombres de todos los que cooperaron á ella; pero especialmente deben vivir siempre grabados en su corazón y su memoria, lôs de Hidalgo, Morelos é Iturbide.

Se le reprocha á Hidalgo que por festinarla inconsideradamente retardó la obra de la independencia, y que la hizo una tarea de guerra cuando podía alcanzarse por medios menos desoladores y sangrientos.

Si no aprovecha el abatimiento de España y la confusión en que entonces estaba á consecuencia de la invasión napoleónica y del contagio de las ideas revolucionarias, hubiera tenido que aplazar indefinidamente su levantamiento. Tuvo, además, dada la

energía y movilidad del carácter español, que confiar todas sus esperanzas de éxito á los azares de la guerra. Francia vendió á Santo Domingo su independencia. Inglaterra reconoció la de los Estados Unidos desde que comprendió que resistirla más hubiera comprometido sus intereses. Portugal hizo independiente al Brasil trasladando allí su dinastía reinante. No hay ejemplo de que España haya perdido sus conquistas sino por la fuerza; así perdió sus posesiones en Italia y los Países Bajos, en Africa y en América. Si en ello no hubiera ingratitud é irrespetuosidad, sólo podría reprochársele la confusa vaguedad en la concepción del plan, y su impotencia para impedir que las turbas sublevadas desnaturalizasen el carácter y sentimientos que debió tener la insurrección á que las provocara. Pero inclinémonos ante la memoria de Hidalgo. Quizás, si él no hubiera proclamado la independencia de México, aun seríamos colonos.

Por su valor Morelos, por su gran talento militar y político, por su abnegación patriótica y la inquebrantable firmeza de sus convicciones, mereció y parecía ser el desti-

nado á conquistarnos el gran bien de la independencia. Las inteligencias superiores no se enredan en la misma profusa é inútil fecundidad de sus pensamientos; sino que miran los sucesos desde lo alto, como las águilas, y se apoderan de sólo las ideas radicales y dominantes, con las que los comprenden y las rigen por completo. Al iniciar la guerra de su independencia, México no sabía cómo quererla. Se quería la abolición del gobierno virreinal y la sustitución de éste por otro nacional y autónomo; pero dependiente siempre de la corona de España y sin dejar de formar parte de los dominios de ésta. Abajo el mal gobierno y viva nuestro amado Rey Fernando VII, fué el grito incoherente y confuso de todo el prólogo de nuestra insurrección.

Los letrados que se unieron á Morelos para asesorarlo con sus luces, á pesar de la rectitud de sus intenciones, más contribuian con sus dictámenes á espesar que á esclarecer las tinieblas de aquella situación. En las deliberaciones de Chilpancingo y Apatzingán, el genio de Morelos, como un meteoro de lucidez, despidió ráfagas de claridad vívida que iluminaron de repente los horizon-

tes del porvenir nacional. "Separar la Nueva España de la vieja, y para lograrlo, vencer á los españoles armados que tenemos enfrente, debe ser nuestro propósito," dijo Morelos, con la concisión, la profundidad y la precisión, que caracterizaban su talento y su carácter.

Entusiasmados los que le rodeaban al ver tan netamente planteado el problema, creyeron fácil su solución venciendo prontamente al ejército enemigo. "Son muy valientes los españoles—exclamó entonces con acento solemne Morelos—están bien disciplinados y armados, y todas las tradiciones están á su favor: la rapidez en las marchas y la elección de los lugares es la única esperanza que nos queda." Dos palabras de ese gran hombre bastaron á fijar todo el plan político y militar de la segunda época de nuestra lucha por la independencia. Las dotes estratégicas que desplegó en la ejecución de sus planes militares fueron tan insignes, que Napoleón en el día de su desgracia vaciló en si vendría á buscar un asilo entre sus filas; y que han hecho que nuestra historia sin vacilación, tenga á Morelos como el hombre más ilustre en arma ques

haya producido México.... El árido suelo de Ecatepec en que fué derramada su heróica sangre, debería estar siempre humedecido por las lágrimas de gratitud de México independiente.

Del de la desgracia postrera que es el crisol de los grandes hombres, Morelos salió sublimado. Cuando entre las imponentes ceremonias de la degradación, que precedieron á su fusilamiento, se le excitaba al arrepentimiento de la causa de la independencia: "Me arrepiento, prorrumpió con voz entera y firme, de todo corazón de mis delitos y miserias; pero pronto á morir y en presencia de Dios, ante quien voy á comparecer, no me arrepiento de la independencia, por la que siempre combatiera, porque en el fondo de mi alma la creo el mayor bien, tanto para los mexicanos como para los españoles." Palabras dignas de su inquebrantable y heróico corazón.

No plugo al cielo que Morelos consumase la obra grandiosa de la independencia de Nueva España. Hasta donde la limitada filosofía de la historia puede penetrar la causa de los sucesos, sería de creerse que por falta de integridad en su plan no coronó

el éxito los esfuerzos de Morelos. Sólido y acertado en lo que se refería á las cuestiones militares y políticas, no comprendió ni resolvió las que se referían á la parte religiosa y social de aquella situación delicada y crítica, que llevaba en sus entrañas todo el porvenir de la Nación. Iturbide, educado en la escuela de aquellos sucesos á los que había asistido como actor prominente ó como testigo inmediato; y aleccionado con diez años de experiencia, la más indeleble y provechosa, como adquirida á costa de lágrimas y sangre; pudo con ella formar su plan de Iguala, ese prodigio de penetración y de genio, ese monumento de la más alta sabiduría política, que fué el asombro de los coetáneos y la admiración de los pósteros.

El fin de la guerra no debe ser más que la paz. El odio, infecundo por su propia naturaleza, no puede servir de fundamento á prosperidad alguna; sólo el amor puede ser base de una paz durable y una felicidad verdadera. Sublevadas las pasiones con una guerra de diez años extremada y sangrienta por ambas partes, un odio terrible se había encendido entre españoles y mexicanos. En tres siglos de dominación, los españoles,

cruzando montañas y atravesando ríos, habían explorado regiones desconocidas, habían congregado pueblos y ciudades, erigido monumentos y realizado obras gigantescas, levantado iglesias é instituido todo género de establecimientos de piedad y de beneficencia. Con la caridad digna de sus creencias y la largueza propia de su carácter, nos habían dado cuanto tenían: su religión, su lengua, sus costumbres y su sangre; eran nuestros padres y no amarles era una aberración monstruosa. Aborrecer y despreciar á los mexicanos que eran sus hijos, también era de su parte una impiedad execrable. La unión sincera é indisoluble de ambas generaciones, un ósculo inacabable de eterna paz entre ellas, era el primer fundamento de toda esperanza para el porvenir.

La imperfección de la naturaleza humana hace que no estén los hombres exentos de los defectos de sus propias cualidades: la energía y valor de los españoles degenera en una tenacidad sorda á toda voz de avenimiento y de razón, que sólo es dominable por la fuerza. Se acusa á jefes de la insurrección y especialmente á Morelos é Itur-

bide, de sanguinarios, y se olvida que los enemigos á quienes tenían que combatir como Calleja, Cruz y Concha, lo eran mucho más. La guerra es una calamidad y una abominación; pero ya en ella sólo puede hacerse con sangre. Su lógica incontrastable es la sangre: el nudo de la guerra no se desata con clemencia sino con justicia; pues la clemencia, como decía Cortés, no es virtud en el que pelea, sino en el vencedor.

Ese fué el mayor prodigio del plan de Iguala y del genio de Iturbide: persuadir á los españoles de que la causa de la independencia era legítima, incontrastable y santa; que los sucesos aconsejaban y el bien de todos y la justicia exigían que México fuese independiente, sin sangre y sin odios, sino en ejercicio de un derecho augusto é inalienable; como un hijo que al sentir la plenitud de la juventud y la mayoría de la edad, se emancipa con todo el beneplácito y con todas las bendiciones de su padre. México necesitaba y quería hacerse independiente á toda costa; pero fué maravilloso que merced á Iturbide lo lograra, sin violencias ni sacudimientos. Nuestros padres que lo presenciaron, refe-

rían que el de la entrada del Ejército Trigarante á la Capital, fué un día de sublime y universal fraternidad: que se confundían en uno los vítores por México y por España, y que en las plazas y calles llorando de emoción, se abrasaban sin conocerse las gentes. Aun después de muchos años, nuestros padres no podían hablarnos de aquel día, sin que se les arrasaran en lágrimas sus ojos.

La unión y la independencia eran grandes bienes, pero inútiles sin la religión, que es el primero y mayor de todos, como lo es el fin sobre los medios. Las más altas potestades de la tierra no son más que vicarios humildísimos y misérrimos obreros del Altísimo; y los más estruendosos y trascendentales sucesos de la historia, repercusiones en el tiempo, de los eternos decretos de la Providencia Divina, en orden á la salvación de las almas inmortales, que es el designio de su sabiduría infinita y de su amor sin límites. Criado á la luz del Evangelio y lactado con la doctrina católica, México tenía el de su fe como su único y verdadero tesoro. Si las instituciones políticas y las conformaciones sociales no son como

un puente tirado desde el tiempo á la eternidad, para facilitar el tránsito feliz de uno á la otra, á las generaciones: no sólo carecerían de objeto sino que serían contrarias á su fin esencial. Con merma de la fe ó menoscabo de la piedad, toda falaz dicha es pérdida y toda prosperidad es funesta y engañosa: éstos eran los sentimientos unánimes de la nación mexicana é Iturbide comprendiéndolo así y de acuerdo con los propios suyos, proclamó en su plan, la conservación y aumento de la Religión, como la primera y más fundamental garantía del porvenir social y político de México.

Religión, unión é independencia, este fué el plan de las Tres Garantías proclamado por Iturbide en Iguala: sencillo fué como la verdad y será inmortal como el *bien*.

Pronto habrá trascurrido un siglo desde que ese plan se proclamara, y la experiencia de muchos años de infortunio, que es el más imparcial y provechoso de los testimonios, le han hecho merecida justicia á su sabiduría, enseñándonos que por olvidarlo y despreciarlo, le han venido á México todos sus males, y que volver á él de lleno y con sinceridad, es la sola esperanza razo-

nable y seria que le queda de remediarlos.

La división aunque silenciosa profunda y el odio aunque solapado intenso, que trabaja los corazones mexicanos, no son hijos de nuestras sangrientas revueltas ni de nuestras pasiones políticas, sino de la degradación de nuestro carácter y la corrupción de nuestros sentimientos. Es triste y enojoso, pero el primer deber del que habla en voz alta y en presencia de muchos es decir la verdad, por amarga y dolorosa que sea. Al debilitarse nuestra raza en lo físico, ha degenerado en lo moral nuestro carácter, en egoísta, servil, envidioso y falso en las clases ilustradas; y en apático, perezoso y abyecto en el pueblo pobre. Fuera de la del segundo Imperio que fué una guerra en que lucharon ideas y sentimientos sinceros y en que se batieron los intereses nacionales, la mayor parte de nuestras otras revueltas no han tenido más móviles y designios, que el triunfo de ambiciones bastardas y codicias rastreras. Con un hecho abrumador corroborra nuestra historia las terribles acusaciones que arroja sobre nuestra cabeza; sólo dos medios ha habido hasta hoy de gobierno: ó por el interés vil, que es el cebo

de los corazones corrompidos; ó por el miedo, que es el resorte de las almas degradadas. Si no volvemos á la sincera y cordial unión proclamada en Iguala, no podemos seguir viviendo como nación: no es posible la existencia como cuerpo político, de un pueblo en que para los muy pocos sea todo, el poder, la gloria, el oro, los honores y las fruiciones del vencedor; y para los muchos, todas las humillaciones, los tributos, las miserias y servidumbre de los vencidos.

Tampoco puede persistir ese divorcio entre el pueblo y los poderes públicos, provocado por la constante hostilidad de éstos á las creencias religiosas de la nación. La separación entre la Iglesia y el Estado es una dolorosa necesidad en los pueblos que han perdido la fe; pero ni aun esta triste separación se comprende, convirtiéndola en una persecusión tan alevosa como cruel, contra la religión verdadera. La inmensa mayoría de la nación mexicana persevera católica; pero la apostasía oficial de sus poderes públicos, cría un constante conflicto entre el gobernante y gobernados, que hace odiosa y desprestigia la autoridad de los unos, y hace infeliz y llena de amarguras,

la vida social y doméstica de los otros. Mientras subsistan las leyes que codifican esa persecución, será más desgraciada la suerte de los católicos en México, que en otros países heréticos ó cismáticos. Volver á la religión verdadera, por el camino de la libertad sincera, ilustrada y honrada, es no sólo una conveniencia sino una necesidad apremiante y absoluta.

La reversión á la piedad y á la unión, será un buen camino para afianzar la independencia nacional. Querer eludirlo con sólo negarlo, no es medio eficaz de conjurar el peligro. Los que lo han atraído y exacerbado, para atenuar su responsabilidad ante sus coetáneos y los pósteros, niegan el peligro; pero éste existe y el instinto de propia conservación se los revela á todos los amenazados por él. No está asegurada nuestra autonomía social y política. Una influencia extraña y poderosa que como los anillos de una serpiente gigantesca nos envuelve de pies á cabeza, nos priva de toda acción libre y amenaza sofocarnos: se siente ya como si el suelo se escapara de nuestras plantas y las playas de la patria se alejaran en silencio de nosotros.

Inútil sería volver nuestros ojos hacia el Oriente. El conflicto del "Alabama," la expulsión de Bazaine y sus cuarenta mil hombres, la exención del servicio militar en el Imperio Germánico alcanzada con sólo una corta residencia en la República Americana, la indemnización Mora y las satisfacciones al "Alianza," y los linchamientos de Nueva Orleans, bastante revelan la impotencia de Europa por sí sola, y á tan larga distancia. Quizás es llegado el momento de fincar nuestras esperanzas en la realización del sublime y simultáneo deseo de Bolívar é Iturbide: la fraternal y eficaz unión de todas las razas latinas de América entre sí, y la alianza sincera de todas ellas con las naciones del Viejo Mundo. Es muy grande desgracia, pero es una necesidad de nuestro siglo, para que sea escuchada y atendida: tener que darle á la justicia por intérpretes, el interés y la fuerza.

Antes no era realizable la unión Hispano-Americana por la dificultad de las comunicaciones, y la falta de intereses concretos, y peligros comunes é inmediatos, que la hiciesen urgente. Hoy que por Tehuantepec acaban de comunicarse los dos

océanos, y que la sugestión que ha provocado y los auxilios que mantienen la insurrección de Cuba, han hecho más patente y apremiante el peligro, quizás es llegado el momento oportuno de llevarla á cabo, pronta y felizmente. La raza latina en América forma veinte nacionalidades, ocupa una extensión de treinta millares de kilómetros y cuenta sesenta millones de almas. Cerca de 600.000,000 suman anualmente sus importaciones y como 500.000,000 sus exportaciones, lo que da á su comercio un volumen anual de más de mil millones de pesos.

El canal de Panamá, si no técnica y financieramente, se ha hecho una empresa casi imposible; y poco menos difícil es la de Nicaragua. La ciencia moderna cree, que el trayecto menos difícil y menos costoso, sería el del canal que se abriese por Tabasco y Tehuantepec desde la laguna de Santa Ana y aprovechando la cuenca del Grijalva, para bajar hasta la Laguna Inferior en el Pacífico. De hecho y hasta hoy, la mejor comunicación interoceánica en América, será el ferrocarril de Tehuantepec, por ser éste el más corto y mejor situado, no sólo con respecto á las dos costas del Nuevo

Continente, sino con relación al trayecto marítimo entre Europa y la parte oriental del Asia, pues si bien la ruta por Suez es menos larga, no tiene la ventaja de tener á mitad de su camino por mercado intermedio, todo un mundo, como la de Europa al Asia, pasando por América.

Si las naciones del Nuevo Mundo, en su calidad de tales, se asociasen para formar una vasta y grandiosa empresa, cuyo fin ulterior fuese la apertura del canal interoceánico en América, y que tuviese por objeto inmediato el servicio marítimo de ambas costas de ésta y las comunicaciones directas de Europa y Asia á través de Tehuantepec, ya habría de hecho, un punto de contacto, un interés común y una frecuencia de relaciones, que podían servir de base sólida y duradera á la unión hispano-americana. Para que esta alianza no mermase la independencia, ni ofendiese la dignidad de ninguna de la naciones aliadas, las atribuciones del congreso que formasen los representantes unidos de ellas, debieran limitarse á constituir un tribunal supremo de arbitraje, que fijase el derecho público, á fin de impedir las tiranías y revueltas in-

teriores; un consejo anfitriónico que hiciese imposible la guerra entre ellas, y una procuraduría eminente, que en representación de millones de hombres, pudiera declarar excluido del comercio y trato con todas ellas, al pueblo que atentase contra los derechos de cualquiera de las naciones así unidas, por ese pacto de verdadera y sublime fraternidad.

Esa alianza que sería la paz y la seguridad de la raza latina del Nuevo Continente, y la mejor garantía para México de su independencia, no es sólo una ráfaga de caridad cristiana deslumbradora y fugaz, no una brillante é irrealizable utopía: el peligro actual la hace necesaria y la oportunidad de las circunstancias fácilmente hacedera. Se calcula que el establecimiento de esa flota importaría cien millones de pesos, y que los estados latinos de América aunque pobres, podrían fácilmente conseguir la parte que proporcionalmente les correspondiera á cada uno, en las naciones ricas de Europa y del Asia.

No puede tributarse mejor homenaje de admiracion al plan de Iturbide, que reconocer después de setenta años de extravíos, la

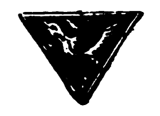
necesidad en que estamos de volver á él, con sinceridad y de lleno.

Grande fué el beneficio, y como fueron sabias las medidas que empleó, fueron heroicas las virtudes que desplegó Iturbide, para alcanzárnoslo. Con sólo la inspiración de su genio y el prestigio de su heroismo, nos libró de tantos y tan graves males. Para lograr tan alto fin no escogió otros medios que la razón y el amor: la religión, la unión, la independencia, fueron las bases de su plan inmortal. En siete meses ejecutó tan gran designio, sin lágrimas ni sangre. Más tarde, cuando la gratitud nacional colocó en sus gloriosas sienes la corona imperial, probó la rectitud de sus intenciones con la abdicación y su ostracismo voluntario.

Después, ¡qué horror y qué vergüenza! Cuando las balas disparadas por nuestras manos parricidas, atravesaron su magnánimo y noble corazón, sus últimas palabras de perdón al expirar, fueron todavía un postrer voto por nuetra prosperidad.

Sabemos ya quién fué el Libertador de Méjico, D. Agustin de Iturbide, y todo lo que hizo y cómo lo hizo, por nosotros. Pro-

nuncia ahora, México, tu propia sentencia, al fallar si Iturbide es digno de todo tu amor ó de todos tus odios.



DISCURSO

para

la velada literaria, celebrada en el tercer aniversario

de la

CORONACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

DE

GUADALUPE

la noche del 29 de Octubre de 1898.



ILMO. SEÑOR:

SEÑORES:

ES noble y santo el objeto con que aquí estamos reunidos! El de celebrar el tercer aniversario de la coronación de la Virgen Santísima de Guadalupe, patrona insigne, Madre compasiva y tierna, de un pueblo que la ama agradecido y que reverente la invoca, con el pecho henchido de fe, y palpitante de esperanzas su desgarrado corazón! Será inmortal la frase de nuestro insigne poeta: "¡Qué dulce es para el hombre tener Madre!"

El de la coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe, es uno de los más grandiosos y trascendentales sucesos de nuestra historia religiosa. Ansiada por la piedad de casi dos siglos, tuvo nuestra generación

la dicha incomparable de llevarla á cabo: ella ha coronado á la Virgen Santísima, en medio del sollozo inmenso de todo un pueblo conmovido; empapando la corona que colocó sobre sus fúlgidas sienes, con las lágrimas de la más intensa piedad y de la gratitud más honda. ¡Qué menor homenaje le podía tributar á la tierna y compasiva Madre, que trocando en un instante el corazón endurecido de una raza idólatra, sacó de las más densas tinieblas á la luz esplendorosa de la fe cristiana, á más de diez millones de almas; que detuvo en el momento supremo el orgullo de un invasor injusto y altanero, para salvar la independencia de su pueblo; y que le ha dado á éste una tregua de paz, para que restañando sus heridas, y recobrando el aliento, pueda apurar los rigores de su destino, recibir la muerte en masa que le espera, con faz serena y corazón entero!

Fué bueno y santo coronar á la Virgen Santísima de Guadalupe. Dos reglas hay de criterio para distinguir el bien y mal morales; dos brújulas para poder marear con acierto, sobre el revuelto piélago de la conciencia humana: el amor de los buenos y el

odio de los malos. La Santísima Virgen de Guadalupe fué coronada con júbilo indecible de los unos é hizo rugir de furor á los otros. Pero aun hay otra regla suprema de criterio moral, infalible como el consejo evangélico que la enseña. "El árbol se conoce por sus frutos." ¿Qué frutos de bendición ha producido para México la coronación de su excelsa patrona?

El de su coronación es uno de los actos más solemnes de nuestro culto; el homenaje de amor, más colectivo, más público, más intrépido y sincero que pudiera rendirse á la Santísima Virgen; y Ella en amor, ni sería posible ni quiere ser vencida. Amarla es obligarla á que nos ame: es más que comprar el sol con un grano de arena; es trocar una gota miserable, de nuestro amor ruín, tan egoísta y cenagoso, por los abundosos y límpidos torrentes del suyo, tan lleno de unción, de gracia y de poder. El alma más purificada y más encendida en amor, no podría ni en sus mas altos vuelos, barruntar siquiera la intensidad y la ternura del amor, con que la Virgen Santísima ama, hasta al mas protervo é ingrato de los hombres.

La Virgen María es la obra maestra de la Omnipotencia de Dios: la más alta y grande de las inteligencias creadas; el más elevado y puro de los amores finitos. Al sentirse colmada de gracias y de dones ¡con qué agradecimiento y en qué manera amará á su Criador? Sólo alcanzan á expresarlos las mismas suyas, las palabras humanas mas sublimes, que han escuchado no sólo los mundos y los siglos, sino la eternidad y los cielos. "Glorifica su alma al Señor, que se dignó obrar en Ella cosas tan grandes y maravillosas." Pues si la Virgen Santísima que así ama á su Señor, en Él y por Él nos ama á los humanos ¡qué no hará por nosotros, al recibir los homenajes de nuestro más férvido amor?

Si pudiéramos ver las almas como vemos los cuerpos, como las ven los espíitus puros; qué maravillados quedaríamos al contemplar los torrentes de misericordias que sobre ellas ha derramado desde que fué coronada, la Virgen Santísima, que desea la eterna y plena dicha de cada una de ellas, más, muchísimo más, que todas juntas pueden desear la propia. ¡Cuántas tinieblas de error y de ignorancia habrá disipado en las

mentes; cuántos disecados por el dolor, cuántos corazones calcinados por la desesperación, habrán revivido á la esperanza, con sólo una de sus miradas; de cuántas almas petrificadas en el mal, habrá hecho brotar su amor, las fuentes inextinguibles, de las lágrimas tan amargas y tan dulces del arrepentimiento!

Mas no hablemos de las clemencias de la Virgen Santísima en el orden de la gracia y de la eternidad. Santamente debe tratarse de las cosas santas: de cosas tan inefables y sublimes, sólo puede hablarse reverentemente, bajo las bóvedas de un templo, entre nubes de incienso, dirigiéndose á un auditorio que escuche con el alma arrodillada, y con una voz ungida, que de lo alto haya recibido la misión de inculcar tan excelsas verdades en los corazones humanos.

Aquí y en estos momentos, para no ser irreverentes ni indiscretos, debemos limitarnos á meditar breves instantes para reconocerlos y agradecerlos, en los especiales beneficios que desde que fué coronada, está dispensando la Virgen Santísima á México, en el orden social y temporal, en el meramente secular y profano, por decir-

lo así. En este orden son muchos y muy grandes sus beneficios; pero los más prominentes y generales, los que más sentimos y palpamos todos, son: los de nivelación social, fundada en fraternidad cristiana, base la más sólida de toda democracia sincera; levantamiento de las almas esclavizadas, reintegrándolas en el sentimiento de su dignidad natural; consolación en el más apremiante y penoso de nuestros infortunios presentes; y esperanza ó resignación, para los peligros de un futuro tan pavoroso como próximo.

Si México ha de seguir llevando una existencia independiente, sólo podrá vivir en el orden político, bajo las instituciones netamente republicanas. Además de que lleva casi un siglo de haberlas adoptado en teoría, los últimos estremecimientos de la Revolución Francesa que todavía se siente al finalizar el nuestro; la degeneración de las dinastías reinantes, que casi las está extinguiendo; el espíritu turbulento é indócil de la época; y para nosotros, el ejemplo y vecindad sobre todo, de los Estados Unidos, que más bien que deslumbrados con las irradiaciones de su falsa li-

bertad, nos tienen como aturdidos con los estruendos de su prosperidad material; hacen para México, de una necesidad indeclinable y absoluta, el régimen democrático.

Pero la democracia, que según la profunda y concisa definición de Aristóteles, es el "gobierno de todos por todos," sólo es posible teniendo por base la igualdad política, y ésta no puede alcanzarse sin la fraternidad cordial y sincera. El principal obstáculo en lo pasado, y con que en el presente, el sistema republicano lucha entre nosotros, es la falta de cohesión nacional, y la división tan profunda y tan arraigada que separa nuestras distintas clases sociales. No por crueldad y dureza, pues el corazón mexicano, por lo mismo que es débil, propende más bien á blanduras estériles y á dulzuras falaces: tal vez por las antiguas tradiciones de conquistados y conquistadores; la tan mala distribución de la propiedad; la ignorancia, desnudez y miseria de nuestros proletarios, ó quizás y principalmente, por la diversidad de razas, el hecho y muy lamentable es, que los de alguna ilustración y recursos, vemos á los de abajo como si no fueran humanos, sino de otra especie dis-

tinta, intermedia entre el hombre y la bestia. Pocas almas sienten allá en su fondo y hablando consigo mismas, que las de un artesano ó jornalero, las de un indio ó mestizo, valgan tanto ó más, que ellas.

Las úlceras que están en el corazón, sólo pueden sanar, con cauterios ó bálsamos que lleguen hasta el corazón mismo. Desde que fué coronada la Virgen Santísima, aumentó su culto, que es el de amor por excelencia, y quedó á sus pies y en su santuario, abierta para todos los corazones generosos, una cátedra sublime de democracia celestial. Desde entonces se presencian allí, escenas capaces de alumbrar al más rudo entendimiento, y de fundir en llanto el corazón, aunque sea más duro que el bronce. No hay soberbia, que allí, no se abata; ni orgullo que no se dome.

Cuando la conquista de México comenzó, creyeron los indios que los españoles eran dioses; pero al ver que también morían, y que exhalaban el último aliento con dolor y terror, comprendieron que eran hombres como ellos. Al ir á llorar al pie de la colina santa del Tepeyac los propios quebrantos, al lado y confundiéndose con las clases más

desvalidas, mezclando con las suyas nuestras lágrimas, por rehacio que sea nuestro orgullo, tenemos que reconocer y confesar, que por dentro todos somos igualmente miserables. ¡Es elevada y honda la enseñanza que allí predican las peregrinaciones! En ellas vienen centenares y hasta millares de peregrinos de todas las razas que pueblan el país, de todas las condiciones y categorías sociales, fundidos en un mismo deseo y con un mismo corazón, y formando todos un solo cuerpo moral.

Se miran en ellas, al lado de la matrona opulenta que envuelve su distinguida faz en los pliegues de su mantilla, como con un nimbo de gravedad y melancolía, la robusta ranchera de anchas espaldas y rostro atezado: junto á la doncella rica, de flexible talle y de crugiente falda de seda, la pobre campesina de marcha firme y paso resuelto, como habituada á trepar peñas y hollar breñales. Al lado del hombre de letras de semblante pálido, del rico propietario y acomodado rentista de rostros blancos, el pobre jornalero de faz renegrida por el sol y el barretero con el semblante enmohecido por los miasmas subterráneos. Todos entran

confundidos y de rodillas al santuario: exhalando todos un mismo sollozo y derramando las mismas lágrimas, á los pies se postran todos, de la Virgen Santísima de Guadalupe.

Las lágrimas son perlas que el dolor cuaja en las almas: si todas las que allí se derraman son iguales, del mismo oriente y de los mismos quilates, hay que creer que lo serán también las almas en que brotan. Si las peregrinaciones siguen y con ellas en aumento la devoción á la Virgen Santísima., muy pronto quedará fundada entre nosotros la verdadera república, la que tenga por bases la igualdad y la fraternidad sinceras, ó por mejor decirlo y más claro, la sublime y santa caridad cristiana. ¡Qué grande es, si bien se reflexiona, este beneficio que la Virgen Santísima nos está dispensando! ¡Cómo no han de ser nuestros iguales por un momento en los comicios populares, los destinados á ser nuestros eternos conciudadanos en el cielo!

Son crueles sin ser exactos, los dos aforismos últimamente formulados por Moltke y Bismarck. "Las grandes guerras no son podas saludables para la humanidad" como

decía el primero; ni "la fuerza debe prevalecer sobre el derecho" como lo proclamaba el segundo. La humanidad fué creada para vivir en paz, porque ella es el principio y fin del amor, y la humanidad sin amor, no sólo sería una monstruosidad sino un imposible; pero la paz sobre la tierra, por lo que tiene de humana, también sufre mermas y apareja daños.

Con la paz se afeminaron hasta Esparta y Roma. En el seno de una paz profunda y duradera, á causa de la corrupción humana, los deseos de goces y propias comodidades se avivan, y todos los egoísmos se exaltan. Y nada es tan cobarde como el egoísmo: está lleno siempre de miedos, que de complacencia en complacencia lo arrastran hasta la lisonja y bajeza; y de éstas lo precipitan hasta la complicidad y el crimen.

Cuando el servilismo se apodera de una época ó de un pueblo, poco á poco va extendiendo las mallas de su amplia red, hasta prender en ellas á todas las clases del estado, y á todas las posiciones sociales. Bajo los Césares romanos se llamó peste; bajo la tiranía de los grandes perseguidores Enrique VIII ó Isabel de Inglaterra, se apellidó

desolación grande; y en el reinado de Luis XIV, en el que no se libraron de su infección ni el genio y el heroísmo, fué denominado, vergüenza universal. Por desgracia, y muy grande, nuestros egoísmos, mucho se han extendido y están muy llenos de miedos. Teme el pobre que el patrón le quite el trabajo y jornal, y lo lisonjea; los de trabajo y mediana posición, tienen miedo de que el usurero no les preste, y lo halagan: los hombres de negccios temen que el magistrado les falle en contra, y no omiten medio de captarse su benevolencia; los acaudalados y de grandes empresas, por atrapar los negocios pingües, que sin trabajo y pronto multiplican las fortunas, á todo están dispuestos; desde los más humildes funcionarios hasta los más encumbrados burócratas, temorosos por los sueldos y posiciones que disfrutan, tienen que ahogar en humo de adulaciones, á los que pudieran removerlos de sus cargos. La cadena de nuestros sevilismos no tiene solución de continuidad y á todos nos están quebrantando sus férreos eslabones.

¿Qué hacémos? ¿que dirían nuestros padres si resucitaran? ¿Cómo ha de haber libertad,

si no encuentra corazones libres en que poder anidar? Mas no bastan esfuerzos humanos para romper semejante yugo: la fe y la razón de consuno, la historia y la experiencia universal, sólo un medio han encontrado. El que teme á Dios, no teme ni puede temer á los hombres: ése fué el secreto que hizo libres á veinte millones de mártires. Pero el temor de Dios no se alcanza sin implorarlo, y el camino infalible de lograrlo, es la mediación de La que todo lo puede. Para los que buscan el reino de Dios y su justicia, en verdad que todo lo demás es añadidura: ven en verdad, el valimiento y la riqueza, la ciencia y los honores, y hasta el poder y la vanagloria, cual el ropaje de un día, que pronto arrojaran como harapos viejos, al borde de su tumba.

¡Qué grandes son el poder y la clemencia de la Virgen Santísima! Haberse dignado bajar hasta nuestro suelo, para establecer en medio de nosotros un tribunal perenne de manumisión, del cual se levantan libres todos los que se arodillan esclavos! Sin Ella ya hubiéramos vuelto al gentilismo con Ahuitzotl y Maxtlatón: ya hubieramos declarado dioses á todas las potestades de la tierra.

¡ De todos los torrentes, el más incontenible, es el de la bajeza humana!

La pobreza, es uno de los poderosos resortes con que la sabiduría divina rije los destinos de la humanidad degenerada. Como ésta en su caída, se lastimó tanto de ese lado, para domar ese potro salvaje que se llama codicia, se necesitaba un freno tan áspero como la pobreza. Felizmente en estos últimos años no nos han visitado las pestes asolaradas; las sequías no han matado de hambre y sed nuestros ganados; ni las inundaciones, podrido en los campos los maizalez, solo pan de nuestros jornaleros. Aires salubres, lluvias fecundantes y paz, hemos tenido; pero la pobreza pública y privada, con semblante sañudo avanzaba á pasos de gigante, hácia nosotros. Llegó al fin: y nos tiene ya entre sus garras.

Los sofismas de la ciencia moderna se estrellan contra los hechos: proclama que el crédito es fuente de riqueza para las naciones y que la opulencia de éstas se ha de medir por lo que deban. Tal teoría quizás haya podido fascinar á algunos sabios; pero hasta ahora no ha llegado á convencer ni menos á consolar, á ningún pobre. Singular es

que la teología que tan ajena es á las riquezas temporales, sea la ciencia que haya fijado las verdaderas bases de la economía política "Comerás el pan con el sudor de tu rostro," dice la palabra santa. No dañar los intereses de otro y trabajar, son las verdaderas fuentes de toda riqueza y las bases de toda la ciencia económica. Por eso somos tan pobres como nación y en familia; porque debemos mucho como pueblo, y trabajamos, poco ó por poco, como individuos.

Para los hijos de la tierra, cada día se hace el trabajo más escaso y más improductivo. Peón del campo con diez horas de trabajo y veinticinco centavos de jornal, ó garrotero de tren con peligro inminente de muerte y cincuenta centavos diarios, son los dos más amplios caminos para el pobre, de buscar su pan: dependiente ínfimo de negociaciones y empresas extranjeras, ó profesiones literarias, cuyos ejercicios están de antemano monopolizados, son los dos únicos senderos para encontrar trabajo, que puedan practicar las clases ilustradas. Por más que se retuerza de dolor nuestra vanidad, tenemos que confesarnos á nosotros mismos, que somos muy pobres.

La pobreza, tan saludable y santificante, como expiación, es de las penas humanas, la que más que en nosotros mismos, nos hiere en los seres que nos son queridos. No poder sostener en su decrepitud á padres ancianos; educar á hijos pequeños; ni poder dotar á hijas virtuosas y por casar; penas son en verdad, que llegan hasta lo más profundo del alma. Sólo la devoción á la Santísima Virgen puede mitigarlas. Con el aumento de ella desde que fué coronada, la Santísima Virgen, que centuplicado paga el amor que se la profesa, en tres maneras está aliviando nuestra pobreza: infundiendo en las generaciones vigorosas y jóvenes, el amor al trabajo, que es el mejor medio de encontrarlo; consolando y fortaleciendo á los que la sufren, para que la soporten sin desesperación y sin estallar en odio contra los ricos; é ilustrando la conciencia y ablandando el corazón de éstos, para que no defrauden el trabajo del pobre aumentando la faena ó mermando el jornal, y aborrezcan la usura, esa lepra de las riquezas, que con ellas pasa de trasmisión en trasmisión, hasta consumirlas.

De la bondad de la Santísima Virgen de

Guadalupe, espera México el remedio de sus dos más grandes vergüenzas económicas. Pronto se vestirá su grasiento pueblo, y el jornal del indio pronto llegará á un peso.

Pero de todos los beneficios que en su ternura nos está dispensando la Virgen Santísima, ninguno tan singular y tan grande, como el de infundirnos aliento ante el pavoroso peligro que de fuera, pero tan próximo, y que tan de cerca nos amenaza.

Al firmarse los protocolos, la beligerancia se ha suspendido y con ella los deberes de la neutralidad; pero no los de la prudencia, que aconseja encerrarse en los límites de una discreción conveniente y decorosa. Ante los sucesos de guerra que aun está presenciando, el mundo se ha quedado estupefacto: hechos sin precedente en la historia, y que ni los estadistas ni los pueblos, comprenden ni pueden explicárselos.

Inexplicables son, en efecto, una guerra en que se logra la más plena victoria sin combates; una plaza fuerte, tomada no por asalto, sino con sólo la intención de asaltarla. No se alcanza que en la rendición de una sola plaza, se comprenda también la

de toda una provincia y la de una isla entera; que un puñado de cívicos con fiebre y sin disciplina, sean como las horcas caudinas bajo las cuales pasen, cerca de doscientos mil soldados aguerridos, deponiendo sus armas y pertrechos, casi sin dispararlos. ¿Qué guerra es ésa, cuyos campos de batalla, en vez de cosechas de laureles sólo producen vergüenzas, y quizás mayores, como decía Cicerón, para el vencedor que para el vencido? Si no nos es permitido juzgar de esos hechos, al menos debemos aprovechar la dura lección que nos predican. Ellos patentizan hasta donde la masonería hecha poder, puede hundir en los abismos del infortunio y la ignominia, á una nación, por noble, esforzada y poderosa que haya sido.

Si la prudencia nos impide apreciar esos hechos en su valor bélico y externar los votos que ellos nos arrancan, no sólo es una potestad sino un deber, juzgarlos ante el derecho y la moral, en sus causas, sus medios y sus resultados; pues no hay neutralidad que ligue ni miedo capaz de acallar á la conciencia humana, único juez soberano é incorruptible sobre la tierra. El Congreso y Gobierno de un pueblo civilizado y

prepotente casi por unanimidad y á la faz del mundo ¿puede declarar la guerra, por convenir á sus intereses; por su proximidad al suelo y mares que deban ser el teatro de ella; y por cumplir generosos deberes de humanidad para con los oprimidos?

Justificar la guerra con la facilidad de hacerla y las conveniencias que nos pueda acarrear, es hacer retrogradar el derecho público de un solo golpe, veinte siglos; es volver con la antigua Roma, al pleno paganismo. "Por dominio eminente, proclamaba ésta en los días de su prosperidad, corresponde al pueblo rey, cuanto sus legiones puedan arrebatarle al mundo." Y más trascendental es investirse de propia autoridad, con el sumo sacerdocio de la humanidad y la justicia; si bastan el oro y la fuerza, para conferirle á un pueblo el pontificado de humanidad y la suprema dispensación de lo bueno y equitativo en la tierra, están de más en ella, el Vicario de Jesucristo y los sucesores de los Apóstoles: ya no hay que ir al Vaticano para escuchar de rodillas la voz del Cielo, sino al nuevo Delfos para recibir sus oráculos.

Por laxo que sea el derecho de guerra,

desde el momento en que se tiene la evidencia que los proyectiles del enemigo no pueden ni siquiera abollar las corazas de los barcos propios ¿será permitido, hundir impunemente los indefensos de ese enemigo, con todos sus tripulantes? La muerte accidental de uno solo de los suyos ¿los autorizaba en retorsión bélica, á teñir los mares en púrpura, con la sangre inocente y generosa de cerca de ochocientos héroes mártires? Por derecho de victoria, ¿pueden ser presa de guerra, millones de hombres civilizados y libres? ¿Pueden los hombres, á fines del siglo XIX de la éra cristiana, ser considerados como accesión del suelo y traspasados de una mano á otra, como ganados de bestias?

Si con la proclamación de semejantes doctrinas y la sanción sangrienta de tales principios, el mundo entero está horrorizado y escandalizado, ¿cómo estaremos compungidos los pueblos débiles y alarmados los vecinos? Y cuanto hagamos en el orden meramente humano para conjurar el peligro, serán votos además de estériles, infames ó criminales. "Tal vez sea un bien, dicen algunos, el peligro que como un mal

tanto tememos." Sólo de escucharlo, rugen indignados, y lanzan no se sabe si un ahullido de desesperación ó un sollozo de dolor inmenso, los restos de las razas latinas, que ultrajados y escuálidos, vagan en la Florida y Texas, la Luisiana y California. "Tenemos tiempo, dicen otros; no caerá el rayo sobre nuestras cabezas, sino sobre las de nuestros hijos": es monstruoso y horripilante ese voto parricida. El que así hizo, el impío Luis XV, fué escuhado para su eterno oprobio: en vez de la suya rodó sobre el patíbulo la de su inocente nieto, la de Luis XVI, ese rey mártir. Una sola debe ser nuestra esperanza: no tener humanamente ninguna. Cuando se agotan todos los recursos humanos, hay que apelar á lo desconocido.... y lo desconocido entonces, es Dios con su eterna justicia y su misericordia infinita.

Lo que tiene de más grande la fe, es que ella engendra la esperanza. ¿Acaso no tenemos Madre? ¿Su poder se ha acortado ó ha menguado su ternura? Sí antes se derrumbarían la tierra y los cielos, que Ella dejara perecer á uno de los suyos, ¿qué no hará por todo un pueblo, que atribulado y

reverente, que confiando y sollozando se arroja en sus brazos, para pedirle la independencia de su patria, ese bien tan grande en el que tantos bienes se compendian?

Hacemos bien en celebrar este tercer aniversario de la coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe. Fué aquel un solemne homenaje de amor y reverencia, que en vano quiso la impiedad entibiarlo y enturbiarlo, arrojando dudas sobre la verdad del milagro. No está sujeta al criterio de eruditos cavilosos ni de anticuarios extravagantes: la de la Aparición, es una verdad de sentimiento y de hechos.

Aquí estoy, dijo, la Santísima Virgen al descender entre nosotros, para ser vuestra madre y para escuchar más de cerca vuestros ruegos. Allí está todavía: nuestro amor y confianza, pueden poner á prueba su lealtad, su poder y su clemencia. Con el corazón y los ojos anegados en llanto de ternura y de rodillas á sus plantas, lo que tanto necesitamos, de Ella y por Ella esperemos alcanzarlo: una república magnánima y sincera, en la que quepan todas las ideas y sentimientos honrados, y á cuyas urnas de sufragio, puedan acercarse juntos y fra-

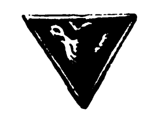
trenalmente confundidos, el altivo colono europeo y el postergado indio, el apático criollo y el mestizo inquieto; una libertad leal y verdadera, de almas y por dentro, que legisle lo justo, que crea que toda soberanía es santa porque viene de Dios y que no incline la cabeza ante los hombres sino sólo ante la majestad de la ley; y un trabajo abundante y regenerador, que sea no sólo el sustento de nuestros cuerpos, sino la tranquilidad y el porvenir de nuestras esposas y de nuestros hijos.

Roguémosla sobre todo, que Ella, la fortaleza de los débiles, conjure la formidable tormenta que se cierne ya sobre nuestras cabezas. Por rigurosos que sean nuestros destinos, que nos dé la Virgen Santa, valor para arrastrarlos como cristianos y varones, sin arrogancia y sin bajeza; ó la resignación al menos, que es el consuelo supremo en el infortunio, porque es la esperanza inmortal en lo eterno. Tremendo sería, tener que morir como esclavos y en inglés! Si México, si ésta nuestra patria tan entrañablemente querida, ha de ser borrada del catálogo de las naciones, la Virgen Poderosa, Auxilio de los cristianos, nos conceda al

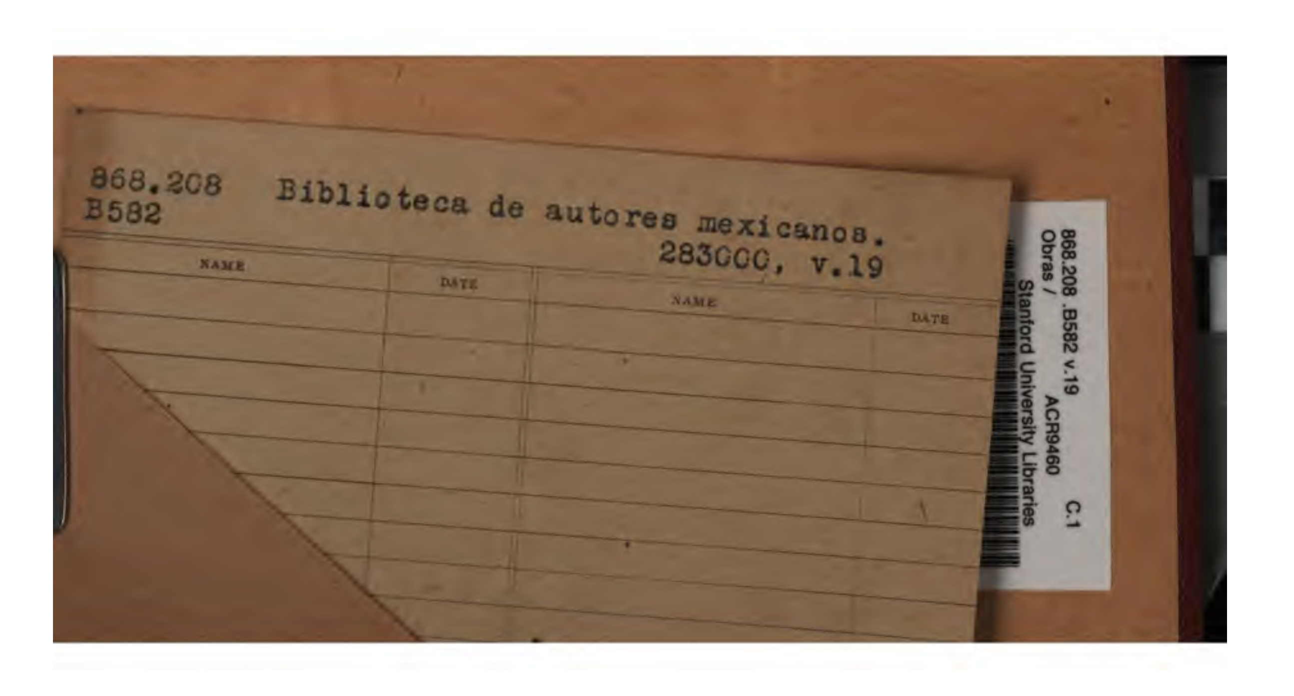
menos morir como hombres libres y con el rostro levantado; morir, como el poeta *Zorrilla* lo deseaba: "mirando de cara al sol, y á Dios su oración postrera dirigiendo en español."



INDICE.



*Este libro se acabó de imprimir
el día 10 de Marzo de* 1899,
*en la Imprenta de Victo-
riano Agüeros, situada
en la calle de la
Cerca de Sto.
Domingo
núm.
4.*


868.208 B582 Biblioteca de autores mexicanos.
283GGG, v.19
NAME
DATE
NAME
DATE
868.208 .B582 v.19 C.1
Obras / ACR9460
Stanford University Libraries

